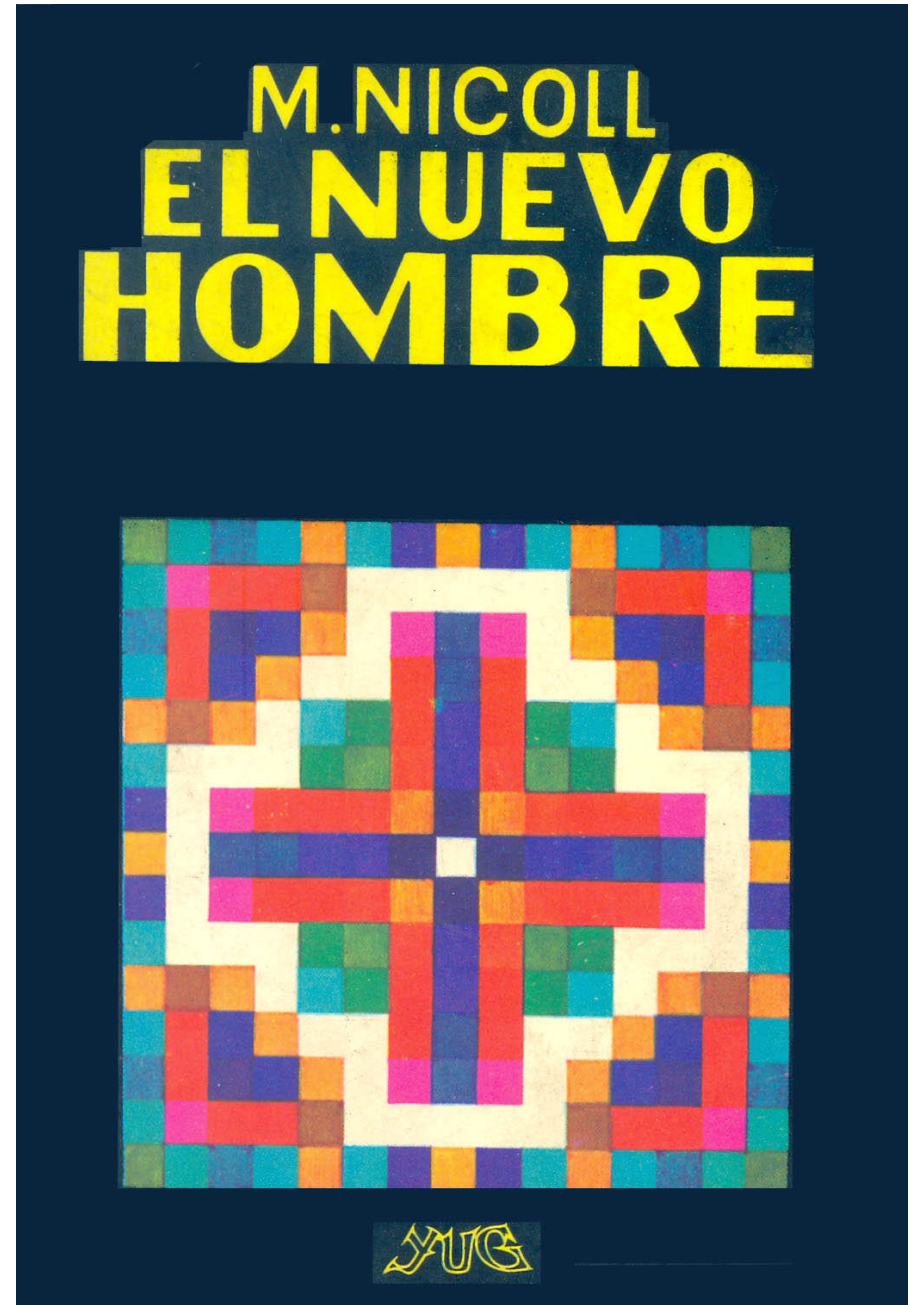


The New Man by **Maurice Nicoll**. First published in 1951.
Republished by Eureka Editions in 1999.

Primeira edição, em espanhol, em 1975 pela Editorial YUG, México.
Encontra-se na Internet uma cópia desta edição mexicana em:
http://www.4shared.com/file/41185699/13a69032/Nicoll_Maurice_-_El_nuevo_hombre.html
de onde foi copiada e editorada por Constantino K. Riemma,
para divulgação gratuita pelo www.clubedotaro.com.br

Índice (links)

- Capítulo I - El Lenguaje de las Parábolas 3
- Capítulo II - La Idea de la Tentación en los Evangelios 20
- Capítulo III - Las Bodas de Caná 32
- Capítulo IV - La Idea del bien por encima de la Verdad..... 43
 - El Milagro en el Estanque de Bethesda 49
 - El buen samaritano..... 57
 - Los Obreros de la Viña 58
- Capítulo V - La Idea de la Justicia en los Evangelios 64
- Capítulo VI - La Idea de la Sabiduría en los Evangelios 75
- Capítulo VII - Simón Pedro en los Evangelios 82
- Capítulo VIII - La Idea de la Oración 93
 - La Necesidad de la Persistencia en la Oración 94
 - La Necesidad de Ser Sincero en las Oraciones..... 96
 - La Respuesta a las Oraciones 98
 - La Suplica en las Oraciones..... 100
- Capítulo IX - El Sermón de la Montaña..... 103
- Capítulo X - La Fe 115
- Capítulo XI - El Reino de los Cielos..... 136
 - La Idea de la Selección 154
- Capítulo XII - Judas Iscariote 161
- Apéndice 167



Capítulo I - El Lenguaje de las Parábolas

Primera Parte

Todas las sagradas escrituras tienen un sentido interno y otro externo. Tras la literalidad de las palabras yace escondida otra gama de significados, otra forma de conocimientos. Según una de las más antiguas tradiciones, hubo una época en la que el hombre estaba en contacto con esos conocimientos y significados internos. Muchos de los relatos del Antiguo Testamento proporcionan un conocimiento diferente, tienen un significado muy distinto de aquel que se puede obtener leyéndolos al pie de la letra. Relatos como el del Arca de Noé, el del mayordomo y del panadero del Faraón, el de la Torre de Babel, el de Jacob y Esaú y el guisado de lentejas, y muchos otros más, tienen un significado *psicológico* interno que está muy lejos del nivel de un entendimiento literal. Y en los Evangelios la *parábola* se utiliza de la misma manera.

Muchas son las parábolas que se emplean en los Evangelios. Si las leemos al pie de la letra vemos que aparentemente se refieren a viñas, padres de familia, mayordomos, hijos dispendiosos, aceite, agua, vinagre, semillas, sembradores y tierra y muchas otras cosas. Pero éste es el nivel literal de su significado. Como ocurre con el lenguaje de todas las sagradas escrituras, el de las parábolas es difícil de comprender. Cuando se los lee de un modo textual, tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo están no sólo llenos de contradicciones, sino que inclusive encierran un sentido cruel y repulsivo.

Y es solamente natural que surjan estas preguntas: ¿por qué estas escrituras que llamamos *sagradas* están hechas en tal forma que conducen a un extravío? ¿Por qué razón no se explica su significado con toda claridad? Si el relato que informa que Jacob suplantó a Esaú, o el de la Torre de Babel, o el del Arca de Noé, construida de tres plantas y que navegó sobre las aguas del Diluvio, si ninguna de estas leyendas es verdaderamente cierta y más bien ocultan un significado por completo distinto, ¿por qué razón no se hace más evidente? ¿Por qué no se explica con claridad lo que significan? Y si aquel que estuviese acostumbrado a pensar de esta manera preguntase por qué el relato de la Creación en el Génesis (que por cierto no se puede tomar al pie de la letra) es algo tan completamente distinto de lo que dicen las palabras, bien podría llegar a la conclusión de que todas estas escrituras supuestamente sagradas no pasan de ser una especie de fraude

perpetrado con deliberación contra la humanidad. Si todos estos relatos, alegorías, mitos, comparaciones y parábolas que contienen las sagradas escrituras significan alguna otra cosa, ¿por qué no se las puede declarar abiertamente, desde el comienzo mismo, de suerte que todos puedan entenderlas? ¿Por qué ha de estar todo tan velado? ¿Por qué tanto misterio, tanta oscuridad?

La idea subyacente en toda sagrada escritura, es la de proporcionar un sentido más elevado que el que pueden dar las meras palabras, y su verdad debe el hombre percibirla *internamente*. Esta interpretación más elevada, interna o esotérica que se vuelca en palabras e imágenes accesibles a los sentidos ordinarios sólo puede asirse mediante la comprensión, y es justamente en este punto donde surge la primera dificultad cuando se trata de proporcionarle al hombre un entendimiento superior. El entendimiento literal de un hombre no es necesariamente igual a su capacidad para captar un significado psicológico. Una cosa es captar de modo literal y otra entender psicológicamente. Tomemos algunos ejemplos. Uno de los mandamientos nos dice: "No matarás". Esto es literal. Pero su sentido psicológico es éste: "No matarás en tu corazón". El primer significado es textual, el segundo es psicológico y, efectivamente, así se da en el Levítico. Luego, el mandamiento "no adulterarás" es literal, pero su significado psicológico es mucho más profundo y se refiere a la mezcla de doctrinas, a la mezcla de distintas enseñanzas. Por este motivo se dice a menudo que las gentes *se prostituyeron* al ir tras otros dioses, y cosas por el estilo. También tenemos que la interpretación textual del mandamiento "no robar" es obvio; mas su sentido psicológico es más profundo. Psicológicamente, "robar" significa pensar que uno hace las cosas *de sí mismo* mediante sus propios poderes, sin advertir que uno ni siquiera sabe lo que es, ni cómo piensa, ni cómo siente, ni tan sólo cómo se mueve. Es, por así decirlo, como si uno diese por sentadas muchas cosas, adjudicándose las todas a sí mismo. Se refiere a una actitud. Pero si esto se le dijese a un hombre en forma directa, sencillamente no lo podría entender. De modo, pues, que el significado de estas cosas queda cubierto por un velo, porque de expresarlo literalmente nadie lo creería y todos pensarían que es una tontera. No sólo no se entendería la idea sino que, lo que es peor, se la estimaría ridícula. El conocimiento superior, el significado más alto parecería un desatino o se le entendería erradamente si cayese a un nivel corriente de entendimiento. Quedaría convertido en algo inútil y aun en algo peor. El sentido superior puede darse únicamente a quienes están ya muy cerca de captarlo bien. Esta es una de las razones por que todas las sagradas escrituras, o sea

aquellas que están destinadas a proporcionar algo más que un sentido literal, tienen que velarse en una envoltura exterior. No se trata de que alguien quiera extraviar a las gentes, sino que se pretende evitar que este significado superior caiga donde no deba caer, o sea evitar que caiga en el sentido inferior porque resultaría que su sentido más fino, más elevado, quedaría destruido. Las gentes a veces imaginan que podrían entender cualquier cosa con tal que les sea dicha. Pero esto es un error. El desarrollo de la comprensión, del entendimiento, la percepción de las diferencias es un proceso muy largo. Todo el mundo sabe que a los niños no se les puede enseñar las verdades de la vida porque su entendimiento es muy pequeño. También es cosa muy sabida que hay aspectos de la vida ordinaria que no se pueden comprender sino luego de una larga preparación, como ocurre con algunas de las ramas de las ciencias. No, no basta que a uno le digan de qué se trata.

El propósito de todas las *sagradas* escrituras es el de transmitir un significado y un conocimiento superiores por medio del conocimiento ordinario y tomando este conocimiento como punto de partida. Las parábolas tienen un significado común y corriente. Su objetivo es proporcionar al hombre uno superior empleando términos de un significado inferior de un modo tal que el hombre pueda pensar por sí mismo. La parábola es un instrumento adecuado para este propósito. Puede llegarle y quedar en el hombre en su forma literal, o bien puede hacerle pensar por sí mismo. Le invita a que piense por sí mismo. Primero, el hombre piensa conforme a su nivel natural, a su nivel ordinario. Hasta cierto punto tiene que partir de este nivel para poder elevar su entendimiento. El hombre tiene que asir fuertemente lo que se le enseña, y tiene que asirlo de una manera natural antes de poder empezar. Pero la parábola tiene una interpretación que va mucho más allá de su sentido literal o natural. Es algo que se creo ex profeso para que caiga sobre el nivel ordinario de la mente y para que, sin embargo, *trabaje en la mente* elevando el nivel natural de entendimiento a grados más altos. Desde este punto de vista, la parábola es un *transformador* del entendimiento. Como podremos verlo más adelante, la parábola es también un medio de conexión entre los niveles inferior y superior del desarrollo del entendimiento y de la comprensión.

Segunda Parte

Los Evangelios hablan principalmente acerca de una posible evolución interior a la que dan el nombre de "renacimiento". Esta es su idea *central*. Comencemos por turnar esta evolución interior

como si significase un desarrollo del entendimiento. Los Evangelios nos indican que el hombre que habita esta tierra puede someterse a un proceso de evolución interior si llega a tomar contacto con cierta enseñanza precisa. Por este motivo Cristo dijo:

"Yo soy el camino, la verdad y la vida" (Juan XIV, 6).

Esta evolución interior es psicológica. Devenir un ser más comprensivo constituye un desarrollo psicológico. Y este desarrollo yace en la *comprensión*. *Un hombre es lo que comprende*. Para saber lo que un hombre *es*, y no lo que *aparenta*, es preciso observar su nivel de comprensión. Así tenemos que los Evangelios hablan de una verdadera y *real* psicología cuya base es la enseñanza de que el hombre de esta tierra puede desarrollar una evolución interior de su comprensión.

De principio a fin, todos los Evangelios tratan acerca de esta posibilidad de íntima evolución. Son documentos psicológicos. Hacen referencia a la psicología de esta posible evolución interna, o sea acerca de lo que debe el hombre pensar, sentir y hacer a fin de poder alcanzar un nuevo nivel de entendimiento. Los Evangelios no tratan acerca de los asuntos corrientes de la vida, salvo de una manera indirecta. Tratan de una idea central: el hombre es una semilla capaz de cierto y preciso crecimiento. Se compara al hombre con una semilla capaz de cierta evolución precisa. Tal cual es ordinariamente, el hombre es un ser incompleto, inacabado. Y el hombre puede realizar su propia evolución, puede completarse a sí mismo *individualmente*. Pero no precisa hacerlo, si no quiere. En este caso se le llama *pasto*, algo que será consumido por inútil. Tal es la enseñanza que dan los Evangelios. Pero esta enseñanza no se puede dar directamente a nadie y tampoco por obligación; no se le puede imponer a las personas. El hombre tiene que comenzar a *entender las cosas por sí mismo* antes de poder recibirla. Es imposible hacer entender a alguien por la fuerza o por ley. ¿Por qué no se puede dar esta enseñanza directamente? Otra vez llegamos a la vieja pregunta: "¿Por qué el sentido superior de las palabras no se puede proporcionar en términos sencillos? ¿Por qué tanta oscuridad? ¿Por qué todos estos cuentos de hadas? ¿Por qué estas parábolas?, etc., etc." Todo ser humano tiene *un* aspecto externo desarrollado mediante el contacto con la vida, y posee *un* aspecto interno que permanece vago, incierto, sin ningún desarrollo. La enseñanza acerca del renacimiento y de la *evolución interior* no sólo debe caer en el aspecto externo del hombre, en el aspecto desarrollado en la vida. Algunas personas llegan a un estado en el que se dan cuenta de que no están satisfechas de su vida; llegan a un punto en el que empiezan a buscar en otras

direcciones y a ir tras distintos propósitos antes que puedan enterarse u *oír* una enseñanza como la que se da en los Evangelios. La parte externa del hombre está organizada por la vida y por sus exigencias y corresponde a su situación y a sus capacidades. En cierto sentido, es algo artificial, algo que se adquiere fuera de uno mismo. Únicamente el aspecto *interno* del hombre puede *evolucionar* como una semilla, con un crecimiento propio *de sí mismo*. Y por este motivo toda enseñanza acerca de la evolución interior tiene que formularse de tal modo que no caiga únicamente sobre el aspecto exterior del hombre. Tiene que caer primero ahí, en el aspecto exterior, pero asimismo tiene que poder penetrar más profundamente y despertar al hombre mismo, al hombre interior, al hombre desorganizado. El hombre se desarrolla interiormente a través de sus más profundas reflexiones y no a través de su forma externa que está controlada por la vida. El hombre evoluciona a través del espíritu de su comprensión individual; evoluciona por consentimiento interno y en obediencia a lo que entiende como verdad. El sentido psicológico de las enseñanzas relativamente fragmentarias que contienen los Evangelios, se refiere justamente a este aspecto profundo e íntimo de todo ser humano. Cuando uno puede comprender que la evolución humana sólo es posible mediante el entendimiento individual, y por lo mismo íntimo, puede también comprender que si una enseñanza verdadera acerca de la evolución interior llega a caer tan sólo en la forma externa, le será completamente inútil y hasta parecerá un despropósito, una tontera. Y aun la enseñanza misma puede quedar destruida si llega a caer en el aspecto inadecuado, en la vida de los negocios, en la vida mundana. Entonces el hombre la pisoteará. Tal es el sentido de la observación hecha por el Cristo:

"... *ni echéis vuestras perlas delante de los puercos porque no las rehuellen con sus pies y vuelvan y os despedacen*" (Mat. VII, 6).

"Con sus pies" significa la vida exterior del hombre, el aspecto o nivel más bajo de su comprensión, aquel que únicamente cree en lo que le muestran sus sentidos; es el aspecto o nivel de la mente que toca la "tierra" como lo hacen los pies. Y este aspecto no puede recibir la enseñanza que dice de la evolución íntima porque está volcada hacia fuera y no hacia dentro. Este aspecto del hombre no puede, en consecuencia, comprender nada acerca del renacimiento.

El hombre tiene un nacimiento, el natural. Todas las enseñanzas esotéricas hablan de que puede tener y de que es capaz de obtener un segundo nacimiento. Pero este nacimiento, o

este segundo nacimiento, le pertenece al *hombre en sí mismo*, al hombre privado, al hombre secreto, al hombre interior, y no al hombre que parece ser en la vida y que piensa que ya es, al hombre de éxito, al hombre que presume. Todo lo último pertenece al hombre exterior, a la apariencia del hombre, y no a lo que verdaderamente es en su interior. Y el aspecto del renacimiento es el interior.

La enseñanza psicológica de los Evangelios no toma al hombre por lo que aparenta ser, sino por aquello que *es* en lo más profundo de sí mismo. Esta es una de las razones por las que Cristo atacó a los fariseos: porque eran *apariencias* únicamente. Aparentaban ser buenos, aparentaban ser justos, aparentaban ser religiosos, etc. Al atacar a los fariseos. Cristo atacó aquellos aspectos del hombre que presumen, que se cuidan de las apariencias a fin de obtener méritos exteriormente, aquellos aspectos que temen y que elogian; estos son aspectos de un hombre que bien puede estar ya podrido en sí mismo en lo íntimo. Si se le entiende psicológicamente, el fariseo es aquel aspecto del hombre que presume bondad, virtud y otras cosas. Es un aspecto que lo llevamos todos. Este es el fariseo en todo hombre, y tal es su significado psicológico. Todo cuanto se dice en los Evangelios, ya sea que se presenté como parábola, como milagro o como discurso, tiene un sentido *psicológico* muy distinto al de la literalidad de las palabras. Por lo tanto, el significado psicológico de los fariseos se refiere no a cierto tipo de hombres que vivieron hace muchísimos años, sino que toca a uno mismo, ahora; *se refiere al fariseo que cada cual lleva en sí*, a aquella persona insincera que llevamos dentro y que, naturalmente, no puede recibir ninguna enseñanza psicológica genuina sin convertirla de modo inmediato en motivo para obtener mérito, alabanza y recompensa. Más adelante estudiaremos con más amplitud el significado del *fariseo en uno mismo*.

Tercera Parte

Puesto que todas las sagradas escrituras tienen un sentido literal y otro psicológico, pueden caer sobre la mente de una manera doble, por así decirlo. Si el hombre no fuese capaz de un mayor desarrollo, nada de esto tendría razón de ser. Pero, justamente porque tiene posibilidades de una mayor evolución individual, es que existen las parábolas. La idea "sagrada" acerca del hombre, o sea la idea esotérica o interior, estriba en que éste cuenta con un elevado nivel de entendimiento que no utiliza y que su verdadero desarrollo consiste precisamente en alcanzar el más

alto nivel que le sea posible. De modo que todas las sagradas escrituras, como ocurre en la forma de las parábolas, tienen un significado doble porque contienen uno al pie de la letra y que está destinado al hombre tal cual es corrientemente, y otro que a la vez puede alcanzar el nivel superior que existe en él en potencia y que le aguarda.

Una parábola se vuelca en la forma de un *significado antiguo*. En los Evangelios, las parábolas están vertidas en la forma de un lenguaje antiguo ya olvidado. Hubo un tiempo en que este lenguaje de las parábolas podía entenderse bien. Este lenguaje, el de las parábolas, las alegorías y los milagros, está perdido para la -actual humanidad. Pero aún perduran algunas fuentes de conocimiento que nos permiten entender algo acerca de este antiguo significado. Y puesto que el objetivo de la parábola es el de conectar los entendimientos superior e inferior, se la puede considerar como un *punte* entre dos niveles, como un *enlace* entre el entendimiento literal y el psicológico. Como luego lo veremos, existió en cierto tiempo un lenguaje preciso en el que esta *doble función* se comprendía y en la que se utilizaron debidamente ciertas palabras y ciertos términos en este doble y bien entendido sentido. A través de este antiguo lenguaje se estableció un contacto entre los significados superior e inferior, o, lo que el cabo viene a ser lo mismo, entre los aspectos superior e inferior del hombre.

Nuestro primer nacimiento ocurre del mundo celular que evoluciona hacia el hombre. Renacer, o nacer de nuevo, significa evolucionar hacia una psicología superior, hacia un superior nivel de entendimiento. Tal es la meta suprema del hombre conforme lo indica la enseñanza de todas las antiguas escrituras en las que aquél aparece como una semilla psicológica que no se ha desarrollado. Y ésta es la enseñanza esotérica. A semejante nivel solamente se puede llegar mediante un conocimiento nuevo y sintiendo y practicando éste; y el conocimiento que proporciona tales posibilidades al hombre suele ser denominado en los Evangelios a veces la Verdad, a veces el *Verbo*. Pero no se trata de una verdad ordinaria, corriente, o de un conocimiento vulgar. Se trata de un conocimiento que dice de este paso a un mayor desarrollo íntimo.

Tratemos de obtener algunas ideas preliminares acerca de este antiguo y doble lenguaje de las parábolas. Comencemos por estudiar la forma como se presenta la Verdad. En este antiguo lenguaje, las cosas visibles representan hechos psicológicos. La vida exterior, la que registran los sentidos, se transforma en su significado, de un nivel a otro.

La Verdad no es un objeto visible; pero en este lenguaje se la

representa como si lo fuera. Una parábola se halla repleta de imágenes visibles de todo cuanto es objeto de los sentidos. Pero cada imagen visual representa algo que corresponde a un nivel psicológico de entendimiento, a un nivel que se distingue de la imagen utilizada. En los Evangelios a menudo se hace uso de la palabra "agua". ¿Qué significa esta palabra en el antiguo lenguaje? Al pie de la letra, quiere decir una sustancia que nosotros conocemos como agua. Empero en un sentido psicológico, en un nivel superior de entendimiento, denota algo muy diferente. La palabra "agua" no significa sencillamente agua. Al hablar a Nicodemo acerca del renacimiento. Cristo le dice que el hombre tiene que nacer de *agua* y espíritu,

"... el que no naciere de agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios" (Juan III, 5).

¿Qué quiere decir, pues, agua? Tiene que tener otro significado, uno superior o psicológico. Quizá podamos colegir que "espíritu" pueda significar "voluntad" o aquella parte más íntima y más real del hombre. Y también podemos entender que nacer de nuevo no significa necesariamente volver al vientre materno como pensaba Nicodemo, quien representaba al hombre que únicamente es capaz de un entendimiento literal. Sea lo que fuere lo que nosotros podamos pensar acerca del significado de "espíritu", no podemos, con nuestra comprensión ordinaria, imaginar lo que denota el "agua" en este antiguo lenguaje de doble sentido en el que las cosas sensorias portan un significado diferente y especial. No hay ninguna clave. Decir que un hombre debe nacer de nuevo del agua física es decir un desatino. ¿Qué puede, pues, significar la palabra agua en un sentido psicológico? Podemos encontrar en otros pasajes de la Biblia lo que esta imagen física representa a un nivel psicológico de entendimiento. Pueden citarse cien ejemplos. Tomemos uno de los mismos Evangelios. Cristo habló a la mujer de Samaría, en la escena del pozo, y le dijo que él podía darle "agua viva". Cuando ella ha ido a sacar agua del pozo, le dice:

"Cualquiera que bebiere de esta agua volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, para siempre no tendrá sed; mas el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna." (Juan IV, 13-14.)

Es obvio que en este caso se utiliza la palabra "agua" en un sentido perteneciente a ese ya olvidado lenguaje. Y en el Antiguo Testamento, en el Libro de Jeremías, encontramos:

"Porque dos males ha hecho mi pueblo: dejáronme a mi, fuente de

agua viva, por cavar para sí cisternas, cisternas rotas que no detienen aguas." (Jerem. II, 13.)

¿Qué es, pues, esta agua, esta *agua viva*?

En el lenguaje antiguo, *agua* significa "verdad viviente". Y es una verdad viviente porque hace que el hombre *viva en sí mismo*, que no esté muerto una vez que ha aceptado este conocimiento y lo aplique prácticamente. En los términos de la enseñanza esotérica, o sea en la enseñanza sobre la evolución interior, se denomina *muerto* a un hombre que nada sabe acerca de ella. Se trata de un conocimiento de la verdad, pero únicamente con relación al logro de un más alto nivel de evolución interior que a todos aguarda. Se trata de un conocimiento acerca del nivel superior del hombre y de todo cuanto nos puede ayudar a alcanzar ese nivel. Se refiere a lo que una persona tiene que saber, pensar, sentir y entender y hacer a fin de poder llegar a su próxima etapa de desarrollo. No se trata de una verdad externa, acerca de cosas u objetos exteriores, sino de la Verdad íntima, de la Verdad interior del hombre mismo y de la clase de persona que es y cómo puede cambiar. Por lo tanto, es una Verdad *esotérica* (esotérico significa interior) o la Verdad en cuanto se refiere a aquel desarrollo íntimo y a la nueva organización del hombre y que asimismo le lleva a la siguiente etapa en su genuina y real evolución. Pues nadie puede cambiar, nadie puede hacerse distinto, nadie puede evolucionar y alcanzar este nivel superior y renacer, a menos que conozca, oiga y siga una enseñanza acerca de ello. Si el hombre piensa que ya conoce la Verdad de este tipo y que la conoce por sí mismo, entonces es como aquellos a quienes se menciona más arriba, que "dejan las fuentes de agua viva para cavar para sí cisternas, cisternas rotas que no detienen aguas". La idea es bastante clara. Existe una enseñanza, en todo tiempo ha existido, y ella puede conducir al hombre hacia un desarrollo superior. Esta enseñanza es la verdadera enseñanza psicológica con relación al hombre y a la posibilidad del desarrollo del Nuevo Hombre en sí mismo. El hombre no puede inventarla por sí mismo. Podrá fabricarse toda suerte de cisternas, pero éstas no contendrán agua alguna; o sea que no contendrán ninguna Verdad. Cuando no existe la Verdad en esta forma, el estado del hombre se considera o se compara con la sed:

"Los afligidos y menesterosos buscan las aguas que no hay; secóse de sed su lengua..." (Isaías XLI, 17.)

O cuando la gente va tras una enseñanza errada, esto se compara como el beber aguas amargas, muertas o enfermas:

"Y cualquiera que diere a uno de estos pequeñitos un vaso de agua fría solamente, en nombre de discípulo, de cierto os digo que no perderá su recompensa." (Mat. X, 42.)

Quien tenga una mentalidad que tome esto al pie de la letra pensará que basta con darle un vaso de agua fría a un niño. Pero si el agua significa Verdad, entonces se refiere a la transmisión de la Verdad por imperfectamente que se haga. Y "pequeñito" aquí no significa un niño (en griego) sino una persona de pequeño o poco entendimiento. También tomemos nota de que para poder recibir la Verdad la mente tiene que ser como una copa que reciba lo que en ella se vuelca. O sea que el hombre tiene que estar listo y dispuesto a que se le enseñe, de tal modo que su mente sea como una copa que reciba agua. De esta manera, la frase "dar un vaso de agua" se refiere tanto a la recepción de la Verdad, como a su transmisión o comunicación a otros. Pero nada de esto puede expresarse de una manera lógica; sin embargo, se puede entender de un modo psicológico. Y tal es, justa y precisamente, la intención del antiguo lenguaje que hemos comenzado a estudiar.

Cuarta Parte

Tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo se utilizan otros términos para indicar la Verdad. El *agua* no es la única imagen que se usa para representar el tipo de Verdad que estamos estudiando. En el lenguaje antiguo también se usan las palabras *pedra* y *vino* para imaginar esta forma de la Verdad, pero ambas corresponden a diferentes niveles de entendimiento.

Piedra significa la más externa o literal de las formas de la Verdad esotérica. Representa la Verdad esotérica en su sentido más rígido, inflexible. Los mandamientos fueron escritos sobre *pedra*. Pero también es menester tener en consideración que la Verdad acerca de una evolución superior debe descansar sobre una base firme para quienes no son capaces de penetrar su sentido más profundo.

Repasemos brevemente la extraordinaria leyenda de la Torre de Babel, según se la presenta en el Génesis. La idea en torno a la cual está urdido este relato es que el hombre quiso alcanzar un nivel superior de desarrollo haciendo uso de sus conocimientos ordinarios. Este es el significado de una torre construida por el hombre. Pero de lo que ya va dicho puede desprenderse que el logro de un nivel superior requiere que se siga una enseñanza impartida, ya sea al individuo o la humanidad. Ningún hombre, "congojándose", podrá añadir un codo a su estatura: es decir, no

puede desarrollarse mediante sus propias ideas, sus propios pensamientos. Tiene que someterse a una enseñanza. Sus esfuerzos tienen que cimentarse en la Verdad que ahora estamos estudiando. Y este conocimiento especial, o Verdad esotérica, se llama *pedra* en su más bajo nivel de comprensión. Ya veremos con qué se construyó la Torre de Babel en relación a este conocimiento necesario y que llamamos Verdad. No fue construida con *pedra*, y este hecho se indica expresa y deliberadamente. O sea que no provino del conocimiento de un nivel superior del hombre, o de aquellos que ya han devenido el Nuevo Hombre.

El relato de la Torre de Babel es algo muy extraño y tendría muy poco significado si se le toma al pie de la letra. Comienza diciendo que en cierta época, después de los días del Arca de Noé, toda la gente tenía una lengua común.

"Era entonces la Tierra de una lengua y de unas mismas palabras." (Génesis XI, 1.)

En seguida se indica que se alejaron del Oriente (o sea de la Verdad) y llegaron a una vega donde proyectaron construir una torre que llegase al cielo. Adviértase cómo continúa la historia:

"Era entonces toda la Tierra de una lengua y unas mismas palabras. Y aconteció que, como se partieron de Oriente, hallaron una vega en la tierra de Shinar, y asentaron allí. Y dijeron los unos a los otros: «Vaya, hagamos ladrillo y cozámoslo con fuego». Y sirvió el ladrillo en lugar de piedra, y el betún en vez de mezcla. Y dijeron: «Vamos, edifiquemos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre por si fuéramos esparcidos sobre la faz de la Tierra». Y descendió Jehová para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de los hombres. Y dijo Jehová: «He aquí el pueblo es uno y todos éstos tienen un lenguaje; y han comenzado a obrar y nada les retraerá ahora de lo que han pensado hacer. Ahora, pues, descendamos y confundamos allí sus lenguas, para que ninguno entienda el habla de su compañeros. Así los esparció Jehová desde allí, sobre la faz de la Tierra, y dejaron de edificar la ciudad. Por esto fue llamado el nombre de ella Babel, porque allí confundió Jehová el lenguaje de toda la Tierra, y desde allí los esparció sobre la faz de toda la Tierra." (Génesis XI, 1-9.)

Tomemos nota de que se partieron de Oriente y que tenían ladrillos, o sea materiales hechos por el hombre, en lugar de piedra. En el antiguo lenguaje de la parábola, el Oriente representa la fuente del conocimiento esotérico, de la Verdad esotérica.

Llegaron a una vega, a un llano, o sea que descendieron desde un nivel superior y entonces comenzaron a pensar que podían *hacer* algo de sí mismos, que podían hacer algo fuera del conocimiento de la Verdad que habían obtenido en el Oriente. De modo que comenzaron a construir una torre pensando que mediante sus propias ideas, sus propios pensamientos, podían alcanzar los niveles superiores que acá se llaman "cielo" que es el mismo nombre que se les da en los Evangelios. "Cielo" significa un nivel superior del hombre, y "tierra" denota un hombre ordinario, el hombre tal cual es común y corrientemente, o sea el hombre natural. Comenzaron a construir por sí mismos; pero es menester que también tomemos nota de que no solamente tenían ladrillos en lugar de *pedra*, sino que tenían *betún* en vez de mezcla.

Un grado inferior no puede entender a uno superior. Un hombre de un nivel superior no puede ser comprendido por uno de nivel inferior. Tal cual es, el hombre no puede alcanzar un nivel superior a menos que entre en posesión del conocimiento (llamado Verdad) que pueda conducirlo. De suerte que la torre fue un fracaso. Y en la extraña forma en que este antiguo lenguaje presenta las cosas, parece que Dios los desbandó movido por los celos. Pero es preciso mirar hondo a fin de poder entender este lenguaje. Quien tenía la culpa era el hombre, no Dios. El hombre trató de elevarse a sí mismo mediante sus propios conocimientos que, en este caso, se llaman "ladrillos" y "betún", de suerte que fue destrozado.

Pero es muy difícil comprender este lenguaje antiguo si tomamos las palabras al pie de la letra. Podemos entender fácilmente que si un ingeniero fabrica una pieza de máquina que no esté bien medida o de material poco adecuado, la máquina no servirá para nada. Bien puede decir: "Dios tiene la culpa". No se trata de que "Dios" lo castigue: se trata de que es una *súplica* errada, de manera que la respuesta no será lo que el ingeniero esperaba. La respuesta siempre se conformará a la calidad de la *súplica*. Y esto es "Dios", o si se prefiere, el "Universo" que la ciencia estudia. Una *súplica* equivocada tendrá una respuesta errada. Y tampoco se trata de que la respuesta esté equivocada, sino que ésta corresponderá siempre exactamente a la *súplica*. La parábola de la Torre de Babel ilustra con claridad este punto. El hombre hizo una torre de ladrillos y betún en lugar de hacerla de piedra y mezcla. Y "Dios dijo"; es decir que la respuesta a esta *súplica* fue: "esto no puede ser".

Veamos ahora algunos otros ejemplos en los que, según el lenguaje antiguo, la palabra *pedra* significa la Verdad en cuanto a un desarrollo superior. A fin de poder alcanzar un estado más

elevado en sí mismo, el hombre tiene que aprender a suplicar correctamente, y a fin de que esto sea posible, tiene que saber qué pedir. Cristo dice: "y os será dado". Pero a menos que sepamos algo acerca de la *pedra* o del *agua* del conocimiento esotérico, ¿cómo habremos de saber qué pedir? Cristo no habla de las cosas ordinarias de la vida, sino de la ayuda que uno necesita para su evolución interior y para poder comprender. En el Padre Nuestro se mencionan algunas súplicas. Se refiere a *una manera correcta de pedir*. Pero esto lo estudiaremos más adelante. Por ahora tomemos el extraño incidente en el que Cristo rebautizó a Simón *Pedro*, que en griego significa *pedra*. Cristo, naturalmente, representa la Verdad de que estamos hablando. Se llamó a sí mismo "la Verdad". Habló acerca de un nivel superior de evolución para cada individuo. Y enseñó los medios de obtenerla. Enseñó el *renacimiento*. Y al rebautizar a Simón llamándole Pedro, se refirió al aspecto literal de su enseñanza. Cristo dijo a Simón:

"Mas yo también te digo que eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y a tí te daré las llaves del reino de los cielos..." (Mat. XVI, 18-19).

A Pedro le fueron dadas las "llaves del reino de los cielos". Psicológicamente, cielos significa aquel nivel superior de desarrollo que intrínsecamente le es posible alcanzar al hombre. Pero Cristo dio a Pedro las llaves en cuanto a *pedra*. Los mandamientos escritos sobre piedra también son llaves. Pero no son en forma alguna suficientes si se les toma al pie de la letra. Abren el entendimiento psicológico. Contienen un gran significado interior. La Verdad en forma de *pedra* no es lo suficientemente flexible como para conducir a un genuino desarrollo interno. Tiene que ser *comprendida*, y no puede constituir algo que uno siga a ciegas. En el Génesis se dice que Jacob retiró la piedra que cubría el pozo. En el lenguaje antiguo la piedra que cubre la boca del pozo de agua significa que la Verdad literal cierra el paso hacia la comprensión psicológica. Cuando se retiró la piedra, el rebaño *bebió*: pues el *agua* es la comprensión psicológica de la Verdad esotérica literal que lleva por nombre *pedra*. Y así es como se puede entender el siguiente pasaje de la Biblia:

"Y siguió Jacob su camino, y fue a la tierra de los orientales. Y miró y vio un pozo en el campo, y he aquí tres rebaños de ovejas que yacían cerca de él; porque de aquel pozo abrevaban los ganados; y había una gran piedra sobre la boca del pozo. Y juntábanse allí todos los rebaños; y revolvían la piedra de sobre

la boca del pozo y abrevaban las ovejas; y volvían la piedra sobre la boca del pozo a su lugar." (Génesis XXIX, 1-3.)

Cuando una piedra cierra la boca del pozo significa que la gente ha tomado la Verdad esotérica al pie de la letra. Prefieren los rituales y cosas por el estilo. En un sentido literal "no matan", pero no encuentran alguna razón por la cual no asesinar al prójimo de corazón. Cristo mismo, representante de la Verdad esotérica, o "el Camino", o "el Verbo", fue llamado: *"la piedra que los constructores repudiaron"*. El salmista dice:

"La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo." (Salmos, 118-22.)

Esta es una frase muy extraña. ¿Quiénes son los edificadores? ¿Los edificadores de que? ¿De este mundo? Por cierto que la enseñanza de Cristo llegó a un mundo edificado a base de violencia, a un mundo en que todos pensaban que la violencia podía llevar al hombre hacia algo mejor. Pero cuando se le llama *pedra* a Cristo se significa que lo era fundamentalmente. Sin embargo, toda su enseñanza se refiere al cambio de la piedra en agua y del agua en vino. Los judíos todo lo entendían literalmente, como piedras. Cristo transformó el significado literal en un sentido psicológico. Esto queda demostrado en uno de los "milagros" que, en realidad, son milagros psicológicos, o sea que son la transformación del significado literal en un entendimiento psicológico. El hombre que se aterra al sentido literal de las verdades superiores puede destruirse a sí mismo. Quizá esto explique por que razón algunas personas religiosas parecen destruirse en cuanto toman contacto con lo religioso, y devienen peores de lo que la vida misma las hubiera hedió. Es posible que esto se exprese también en el relato que hay en el quinto capítulo de Marcos acerca del hombre de espíritu inmundo que salió de las tumbas y de quien se dice que siempre "andaba... hiriéndose con las piedras". *Piedras*, o sea tomando la Verdad superior al pie de la letra. Las piedras le herían, le hacían inmundo. Y ya que Jesús representaba un entendimiento superior de la Verdad literal (digámoslo así por ahora) el hombre le gritó: "¿Qué tienes conmigo, Jesús hijo del Dios Altísimo?" Y Jesús dijo: "Sal de este *hombre*, espíritu inmundo". *Hombre* significa la comprensión del individuo que es el verdadero hombre. Pero esto es tan sólo un vislumbre muy leve del genuino significado de este milagro-parábola. Se refiere a cierta condición del hombre con relación a una enseñanza superior. El asunto que acá nos concierne es que el hombre "andaba hiriéndose con las *piedras*", o sea que tomaba la Verdad superior al pie de la

letra, y por tanto era *inmundo*. Y tenía que pasar su inmundicia a los puercos. Pero quizá logremos entender algo más sobre esto posteriormente.

Jesús siempre representa la comprensión no literal ni ritualista de la Verdad superior. Los judíos, en los Evangelios, *representan* no un pueblo literal en sí mismo, sino un cierto nivel de entendimiento que siempre toma las cosas que corresponden a una Verdad superior al pie de la letra, *judío* es todo aquel que no puede evadirse del sentido literal de las palabras y alcanzar su significado psicológico. De modo que se dice que los judíos "apedraron a Cristo". Cuando Cristo expresó: "Yo y mi Padre uno somos", se dice que "los judíos tomaron nuevamente piedras para arrojárselas", porque en sus mentes literales pensaron que semejantes palabras eran una blasfemia. El sentido interno de este relato es, sencillamente, que las personas cuyo entendimiento se encuentra en un nivel literal y ritualista, la gente de una comprensión únicamente externa, lanzan este significado contra las personas que ya se encuentran por encima de dicho nivel. Y uno hasta puede ser *lapidado* por aquello que uno mismo entendió cierta vez de una manera literal y que ahora comprende de modo diferente. Y también puede uno lapidar a un hombre a través de sus palabras literales, cuando no se permite que siquiera exista el verdadero *significado*. La ley al pie de la letra, la ley de las cortes de justicia está siempre basada y en todo tiempo debe fundamentarse sobre la *piedra*; o sea sobre lo que efectivamente se dijo en palabras, y no sobre su significado.

Quinta Parte

Ahora hablemos un poco acerca del *vino* cuando se toma este término para representar la Verdad. Más adelante estudiaremos el significado de la Verdad esotérica cuando llega al estado de vino en la comprensión del hombre. Por ahora debemos comprender que *piedra* quiere decir la forma literal de la Verdad esotérica; el *agua* se refiere a otra manera de captar la misma Verdad, mientras el *vino* representa la más elevada comprensión. En el milagro que San Juan refiere en el segundo capítulo del Evangelio, Cristo transformó el agua en vino. En este relato se dice que pidió a los siervos que llenasen las vasijas de *piedra con agua* y que El, luego, la transformó en *vino*. O sea que acá se muestran tres etapas de la relación del hombre a la Verdad; y esto significa, naturalmente, tres formas de comprensión de la Verdad esotérica.

Sexta Parte

La idea del vino nos conduce naturalmente a la idea de las *viñas* donde se produce el vino. Antes que podamos continuar con más amplitud el estudio del lenguaje antiguo *de* las parábolas, tenemos que buscar el significado de las *viñas* y procurar formarnos una idea de su verdadero sentido. Será preciso abundar más acerca de esta Verdad en cuanto se relaciona al desarrollo interior del hombre y el crecimiento de su comprensión. Esta no es una Verdad ordinaria. Está sembrada en la tierra. Por ejemplo, Cristo enseñó esta particular forma de Verdad. En el Sermón de la Montaña habló abiertamente acerca de algunos de sus aspectos. Sin embargo, los más profundos de ellos los ocultó tras las parábolas.

No puede el hombre inventar esta Verdad por sí mismo. Ya hemos visto cómo esto se indica en el relato de la Torre de Babel, donde los hombres creyeron que ellos podían llegar al cielo por medio de "ladrillos y betún", en vez de utilizar piedra y mezcla. La Verdad Superior, que significa la Verdad que puede llevarle a uno a un nivel más elevado de la propia evolución, no surge de la vida misma sino que llega al mundo por medio de quienes ya la han alcanzado. Son muchos los hombres que esto han hecho. En la historia corriente sólo figura un puñado de ellos. Pero limitémonos a Cristo. El enseñó esta Verdad Superior. Pero habló de muchas cosas acerca del establecimiento de un orden especial de Verdad en la Tierra y utilizó la imagen de una *viña*. El llamó viña a una escuela de enseñanzas basada en esta Verdad. Su objetivo principal era el de producir frutos. Si no los producía, se le cortaba. Cristo habla también de sí mismo como de una viña, y dice a sus discípulos:

"Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que está en mí y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque sin mí nada podéis hacer."
(Juan XV, 5.)

Y relata la siguiente parábola sobre una viña:

"Tenía alguien una higuera plantada en su viña y vino a buscar fruto y no lo halló. Y dijo al viñero: «He aquí tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera y no lo hallo». «Córtala ¿por qué ocupará aún la tierra?» El, entonces, respondiendo le dijo: «Señor, déjala aún este año hasta que la excave y la estercole. Y si hiciere fruto, bien; y si no, la cortarás después.»"
(Luc. XIII, 6-9.)

Desde este punto de vista, se considera al hombre como algo

capaz de un crecimiento especial, de un desarrollo interior singular, y las *viñas* se establecen con el fin de posibilitar este desarrollo. Pero por cierto que no eran viñas. Eran escuelas donde se impartía una enseñanza. ¿Qué se enseñaba? Ante todo se instruía en el conocimiento que, de *ponerlo en práctica*, puede conducir al hombre al nivel superior del desarrollo que le es inherente. Lo que mostraban al hombre era que es un individuo, o sea algo único, que puede llegar a un estado superior de sí mismo pues tal es su verdadero significado y lo único que puede satisfacerle profundamente. Comenzaban por enseñarle esta Verdad, o el conocimiento acerca de esta especial Verdad; pero esta ilustración conducía a otra cosa. Llevaba desde la Verdad a un estado preciso en el que el hombre ya no obra más partiendo de la Verdad que le ha llevado a tal condición, sino que actúa desde esta condición misma, desde el nivel mismo que ha alcanzado. A veces esto se llama el *Bien. Toda Verdad tiene que llevar al hombre a alguna buena condición como meta*. Esta era la idea subyacente en el término "viña". Se producía vino. El hombre comenzaba a actuar desde el Bien y no desde la Verdad, y así se convertía en un Nuevo Hombre.

Capítulo II - La Idea de la Tentación en los Evangelios

Primera Parte

Ya que en el siguiente capítulo estudiaremos el milagro de la transformación del agua en vino, que en su significado íntimo o en un sentido psicológico se relaciona con cierto estado especial que alcanzó Jesús poco antes de comenzar a enseñar, sería conveniente que ahora consideremos las tentaciones sufridas por Jesús, como también la idea de la tentación en su significado general, conforme lo presentan los Evangelios. Ahora bien; a esta altura es preciso captar claramente algo que no siempre se entiende. Y esto que ha de entenderse con toda claridad es que *el propio Jesús tuvo que someterse a un crecimiento interno y a la evolución*. Jesús no nació perfecto. Si tal hubiese sido el caso, no hubiese podido sufrir ninguna tentación, ni hubiese experimentado la desesperación que registran los relatos evangélicos. Algunas personas de tendencia religiosa cometen el error de pensar que desde el comienzo mismo Cristo tuvo tales y tan extraordinarios poderes que le era dable hacer cualquier cosa. Pero hay un caso en el que Jesús mismo se refiere a las dificultades que hay para curar cierta clase de enfermedad y dice que se precisa mucha oración y mucho ayuno antes de poder intentar la curación. Más adelante estudiaremos algunos de estos ejemplos, pero de momento se puede decir que existen las opiniones más extraordinarias acerca de los ilimitados poderes de Jesús en la Tierra, al extremo que algunas personas hasta discuten afirmando que si era el Hijo de Dios, ¿por qué no libró a todo el mundo de sus males? Esta es la misma clase de argumento que utilizan muchas gentes 'para decir que si es verdad que Dios existe, ¿por qué sufrimos dolores, enfermedad, miseria, guerra, etc.? La base de ambos argumentos está completamente errada. No se entiende la idea del significado de la vida en la Tierra. Lo que es más, tampoco se entiende la idea central de los Evangelios, o sea la idea de la evolución individual y del renacimiento.

Repitamos las palabras que usamos con anterioridad para aclarar en cuanto sea posible el asunto principal de este capítulo: *Jesús tuvo que someterse al crecimiento interior y a la evolución*. Partamos desde este punto. Jesús no nació perfecto, no nació completamente desarrollado, totalmente evolucionado. Por el

contrario, nació imperfecto a fin de poder cumplir con cierta tarea profetizada desde hacía muchísimo tiempo. Tenía que restablecer el contacto entre los dos niveles que en los Evangelios se llaman "tierra" y "cielo"; y tenía que hacerlo en sí mismo y *prácticamente*, a fin de reabrir un camino para que la influencia de un nivel superior del Ser Total del Universo (que se extiende a lo largo de diversos grados, desde el Ser Divino hasta el Ser Absoluto) le llegara al hombre en la Tierra para posibilitar su desarrollo interior, y también para que existiese cierta clase de cultura inteligente durante cierto y preciso periodo o ciclo de la historia. Debió hacerlo durante uno de los periodos más críticos de la humanidad. Acerca de la etapa para la cual trabajó, Jesús se pregunta si hallará "fe en la Tierra" como su culminación. "Y cuando llegare el Hijo del Hombre ¿hallará fe en la Tierra?" Tales son las palabras de Cristo, y sugieren que dudaba poder hallar fe en la Tierra a la vuelta del ciclo.

Jesús tenía que tender un puente entre lo humano y lo divino en sí mismo, y de este modo restablecer un contacto entre el cielo y la Tierra. Tenía que pasar por todas las dificultades de una evolución interior *en su parte humana*, de suerte que quedase sujeta al nivel superior o *divino*. Tuvo que pasar por todos estos estados de evolución *en sí mismo*, errando y corrigiendo, hasta haberla perfeccionado; debió pasar a través de un sinfín de tentaciones internas acerca de las cuales nosotros sólo conocemos unas cuantas. Y todo esto ocurrió durante un largo periodo de tiempo del que nosotros sólo sabemos lo que indica la enseñanza que él mismo impartió en las últimas etapas y que terminaron con la humillación y la así llamada catástrofe de la crucifixión; conocemos unos cuantos detalles de los primeros tiempos, pero nada sabemos acerca de aquella parte comparativamente larga que intervino entre las dos épocas. Sobre ello reina un silencio profundo. No sabemos quién fue el que enseñó a Jesús durante todo ese tiempo, ni quién le dio las instrucciones para cumplir con la parte final del drama que debió representar y del que Juan el Bautista fue el precursor (el Bautista no conocía a Jesús de vista). Tampoco sabemos nada acerca de la culminación ya estatuida a la que el propio Jesús se refiere en varias oportunidades. Y en el milagro de la transformación del agua en vino, lo dice en las palabras con que se dirigió a su madre: "Aún no ha venido mi hora". No le ha dicho "madre", sino "mujer". Sin embargo, algunas personas creen que fue crucificado por Pilatos, como quien dice por una casualidad. Semejante opinión es absurda. Jesús tuvo que desempeñar una función que le fue encomendada. Era algo que ya estaba previsto.

En las más tempranas referencias acerca del desarrollo de Jesús, se dice que *crecía* en sabiduría y estatura. Jesús avanzó por etapas. En Lucas se dice:

"Y Jesús crecía en sabiduría y en edad, y en gracia para con Dios y los hombres" (Luc. II, 52).

Lucas, que nunca vio personalmente a Jesús, registra también las primeras palabras del niño cuando sus padres lo hallaron en el templo, a la edad de 12 años, tras haberle buscado durante tres días. Cita a su madre diciendo: "Hijo, ¿por qué nos has hecho así? He aquí, tu padre y yo te hemos buscado con dolor". A lo que Jesús aparece respondiendo: "¿Por qué me buscabais? ¿No sabéis que en los negocios de mi Padre me conviene estar?" Hay que tomar nota de que acá se hace una distinción entre el "padre terrenal" y el "Padre que está en los cielos"; o sea que esto marca la distinción entre la idea del primer nacimiento, el ocurrido en la Tierra, y el segundo nacimiento, aquel que es el objeto de los temas de la enseñanza de Cristo. Aun cuando el niño contaba solamente 12 años, aquellos que en el Templo le escuchaban "se pasmaban de su entendimiento y de sus respuestas". La idea, pues, de que Jesús *crecía* en entendimiento se destaca bien claramente. Y obvio es asimismo que hubo de pasar un largo tiempo antes que llegase a su completa estatura interior y alcanzara su mayor desarrollo el que, en los Evangelios, se llama el momento de su *glorificación*. Esta etapa última de su evolución interior comenzó cuando Judas fue a "traicionarlo" en la noche, según se dice, y cuando Jesús dijo a sus discípulos: "Ahora es cuando el Hijo del Hombre será glorificado". Pero aún en ese entonces no había alcanzado tal etapa. Hubo de pasar primero por dos tentaciones muy severas: aquella del huerto de Getsemaní, en donde, al orar, dijo: "Oh, Padre; si te es posible pasa esta copa de mí; pero hágase tu voluntad y no la mía". También hubo una tentación en la cruz cuando exclamó: "Mi Dios, ¿por qué me has abandonado?" Debe aquí también mencionarse que Cristo comenzó a enseñar tres años antes de haber alcanzado su glorificación o sea antes de completar de modo íntegro su desarrollo.

Ahora podemos preguntarnos: ¿cómo se obtiene la evolución interior? Todo desarrollo es posible únicamente a través de la tentación interior. Se mencionan tres tentaciones lanzadas por el diablo a Cristo en las primeras partes de los Evangelios de Mateo y Lucas; en Marcos hay una referencia a ellas, pero sumamente breve, en términos de "bestias salvajes". En el de Juan nada se dice acerca de estas tentaciones, sino que se presenta como punto de partida de la enseñanza y los milagros de Jesús el de la

transformación del agua en vino. Por ahora estudiemos la versión de las tres primeras y más tempranas tentaciones según aparecen en Lucas, a fin de darnos cuenta de que Jesús tenía que ir avanzando, en su propio desarrollo, por el método de las tentaciones, a fin de pasar por los distintos *grados de crecimiento interior* mediante la conquista de sí mismo. Pero, primero, recordemos que la concepción de la humanidad en su condición aún no despierta y como se la muestra en los Evangelios, es que se encuentra en poder del mal. Esta idea se representa en los Evangelios con las figuras de que el hombre está lleno de malos espíritus. O sea que el hombre se encuentra sometido al poder de sus malos humores, impulsos y pensamientos; y a éstos se les personifica como si fuesen espíritus malos cuyo propósito es la destrucción del hombre y de la raza humana. La concepción de los Evangelios es que el hombre se ve continuamente arrastrado hacia abajo por las fuerzas del mal *que lleva en sí mismo*, fuerzas que no están fuera de él y a las cuales el hombre mismo ha consentido dándoles poder. Porque el hombre da su consentimiento a estas fuerzas, *en sí mismo*, se detiene el progreso de la vida humana. Los poderes del mal yacen en el hombre, en su propia naturaleza, en la índole del amor propio, del egoísmo, de la ignorancia, de la estupidez, la malicia, la vanidad, etc., y también en el hecho de pensar únicamente a través de los sentidos y en tomar las apariencias externas de la vida como si el mundo visible fuese la única realidad. A estos defectos se les llama, colectivamente, el *diablo*; este nombre describe el *terrible poder que tienen los malentendidos acerca de todas las cosas*. El hombre no desarrollado posee este poder de *conectarlo todo mal*. El diablo es la suma de todas estas deficiencias, *de todos los poderes de la incomprensión que hay en el hombre*, y de todos los resultados por ellos transmitidos. Así tenemos que, desde cierto punto de vista, al diablo se le llama *calumniador*; desde otro, se le llama *acusador*. Pero ya veremos con mayor claridad lo que se quiere significar por el diablo, cuando comencemos a entender lo que en verdad representa la tentación.

En el relato de Lucas acerca de la forma como el diablo incitó a Cristo, se dice que Jesús estuvo en el desierto durante cuarenta días "y era tentado por el diablo". Esta cifra, *cuarenta*, aparece también en el relato acerca del Diluvio. En él se dice que llovió durante cuarenta días y cuarenta noches. En el relato alegórico de cómo los hijos de Israel vagaron perdidos, se dice que estuvieron en el desierto durante *cuarenta* años; también se dice que Moisés ayunó durante *cuarenta* días antes de recibir los mandamientos

escritos sobre la *piedra*. En Lucas, estos *cuarenta* días en el desierto están directamente conectados con la *idea de la tentación*.

"Y Jesús, lleno de Espíritu Santo, volvió del Jordán y fue llevado por el Espíritu al desierto por cuarenta días, y era tentado del diablo. Y no comió cosa en aquellos días." (Luc. IV, 1, 2.)

Luego sigue una descripción de la primera tentación resultante de este periodo de incitaciones, y se la representa así:

"Entonces el diablo le dijo: «Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se haga pan»." (Luc. IV, 3.)

Abordemos el primer significado, el primer nivel literal. Cristo tuvo hambre y el diablo le sugirió que convirtiese una piedra en pan.

"Y Jesús, respondiendo, dijo: «Escrito está que no con pan sólo vivirá el hombre, sino con toda palabra de Dios»." (Luc. IV, 4.)

Tomándolo en un nivel literal, esto es tal cual aparece, una tentación física. Hay que advertir, sin embargo, que antes de esto se indica que Jesús permaneció en el desierto durante cuarenta días "y era tentado por el diablo". Si suponemos que el desierto era un lugar realmente físico, ¿cómo es que nada se dice acerca de la forma como lo tentaba el diablo durante todo ese tiempo? Uno bien podría limitarse a decir que estaba muriéndose de hambre. Pero relacionándolo con el desarrollo interior, debemos entender el término *desierto* como un estado mental, un estado íntimo general comparable a un desierto, o sea un lugar o condición en el que no hay nada que guíe u oriente al hombre; una condición tal en la que el individuo no se encuentra en medio de cosas que le son familiares, y así está en un verdadero desierto, en una situación angustiosa de aturdimiento, de perplejidad, en la cual queda completamente solo, como si estuviese pasando por una prueba, sin hallar en qué sentido moverse, pero sabiendo, sí, que no debe moverse en un sentido propio. Esto es una tentación en sí misma, pues durante todo el tiempo el hombre está hambriento de un significado. ¿Por qué deberá el hombre abandonar lo que le es familiar y lanzarse a un desierto? Siente hambre de pan, pero no del pan en un sentido literal, sino de aquel del que habla el Padre Nuestro y que tan erradamente se ha traducido "de cada día". Se trata de una guía, de algo transustancial; literalmente, se trata de pan *para mañana*. Esto, de hecho, significa pan para el desarrollo de nuestra vida; no de nuestra vida tal cual es hoy en día, sino de nuestra existencia como puede llegar a ser; el pan necesario para

mantenernos en nuestro crecimiento, el pan para las sucesivas y necesarias etapas de *comprensión*. (El Padre Nuestro es una plegaria que trata acerca de la evolución interior y el pan que en él es solicitado es el del entendimiento necesario para esta evolución.) En semejantes condiciones, en medio del desierto, la tentación es la de *hacer uno mismo el pan*, o sea obrar conforme a las propias ideas, a la propia voluntad en la misma forma en que lo hicieron los constructores de la Torre de Babel cuando utilizaron ladrillos y betún hechos por ellos mismos, en lugar de piedra y mezcla. Ellos pensaron que podían hacer un mundo nuevo con sus propias ideas. ¿Por qué no ha de confiar uno en sí mismo y así descansar nuevamente en la vida en vez de esperar algo que parece ser tan dudoso? En Mateo, la respuesta que Cristo da al diablo en esta tentación dice así:

"No sólo con pan vivirá el hombre, mas con toda palabra que sale de la boca de Dios." (Mat. IV, 4.)

Acá se nota claramente que el diablo pidió a Cristo *que él mismo hiciese su pan* a fin de aliviar su condición; o sea, que no esperase la palabra de Dios. Y el diablo también le dice: "Si eres el Hijo de Dios, di a estas piedras que se hagan pan". En otra forma, le pidió que se alimentase de sus propias ideas, de sus propios poderes. Pero la misión de Cristo, que comenzó inmediatamente después que hubo pasado las tentaciones en el desierto, no era la de fabricar verdades y significados por sí mismo, sino el comprender y enseñar el sentido de la Palabra o el Verbo de Dios, o sea de aquellas influencias que vienen de un nivel superior. La prueba era la de escoger entre su propia voluntad, o la proveniente de un nivel superior. Tenía que realizar la voluntad de "Dios" y no la propia. Tenía que poner su inferior nivel humano bajo el dominio de la voluntad del nivel superior o divino. Y es el nivel humano el que aquí aparece sometido a la tentación, pues Jesús nació de una madre humana. Confundir lo superior con lo inferior es lo mismo que aniquilarse porque entonces el aspecto humano se adjudicará a sí mismo lo que por cierto no le pertenece. El hombre será inducido entonces a expresar: "Yo soy Dios", en lugar de "Dios es Yo". Si dice: "Yo soy Dios", se identificará con Dios desde un *nivel inferior*. Y esto le aniquilará. Si dice: "Dios es Yo", rinde su propia voluntad y hace la voluntad de Dios "Yo" en él, de suerte que queda sometido y debe obedecer a Dios, o sea a un nivel superior. Tómese nota de que el diablo se dirige a Jesús empleando los términos: "Si eres Hijo de Dios ..." y con ello sugiere que Jesús puede hacer lo que mejor le plazca, como si estuviese a un mismo nivel con Dios. Todo esto había en Jesús. Todo esto ocurrió *en él*. Y

aun cuando esta tentación bien puede tomarse muy simplemente, como la necesidad de sobreponerse a sus apetitos — en este caso el hambre — resulta evidente que tiene otros significados más profundos tras su sentido literal. Y estos significados dicen relación con aquellos problemas del amor propio, del poder — y de violencia — que tienen una poderosa raíz en la naturaleza del hombre. Una parte de la naturaleza de Jesús era *humana*; provenía de la mujer, su madre. La tarea era transformarla. Todo esto es obvio en la segunda tentación en la que es ofrecido a Cristo todo el poder sobre el mundo visible. Se presenta al diablo llevando a Cristo a "un alto monte" donde le ofrece todo el poder sobre el mundo visible *en un punto del tiempo*.

Y le llevó el diablo a un alto monte, y le mostró en un momento de tiempo todos los reinos de la Tierra. Y le dijo el diablo: «A ti te daré toda esta potestad y la gloria de ellos; porque a mí me es entregada y a quien quiero la doy. Pues si tú adorares delante de mí, serán todos tuyos». (Luc. IV, 5-7.)

Esta es una fascinación del poder mundanal y de la profunda vanidad que yace en todos. Nuevamente va dirigida hacia el amor propio. Incluye el amor por el mundo y por sus posesiones. El diablo le dará el mundo a Cristo. El amor del poder (autoridad) y el amor de las posesiones representan dos aspectos del amor propio. Aquí vemos cómo el aspecto humano de Cristo aparece sometido a la más tremenda de todas las tentaciones que se pueden concebir respecto a las ganancias del mundo y al poder posesivo. De tal modo está descrita esta tentación que destaca el hecho con toda claridad: se le presenta a Jesús todo el mundo "en un momento de tiempo", o sea de modo simultáneo. Y se cita a Jesús respondiendo: "Porque escrito está: a tu Señor Dios adorarás y a él sólo servirás". O sea que no adorará ni servirá al mundo y sus posesiones. La respuesta es del mismo tipo de comprensión que la dada en la primera de las tentaciones. Hay algo aparte del mundo y del amor por poseerlo. Hay alguna otra cosa que el hombre debe poseer. Este nivel superior que le es posible alcanzar y que lleva el hombre dentro de sí mismo, es la dirección en la que su deseo de poder y de gloria debe volverse. Pero aun cuando el hombre *sepa* y esté bastante seguro acerca de esta dirección, aún puede ser tentado. Y mucho más en la condición descrita. De otro modo. Cristo no hubiese sido tentado de esta manera. Su aspecto humano estaba aún abierto a la tentación. No se trata únicamente del abrumador efecto de los sentidos y de cualquier incitación inmediata del interés propio o de la vanidad, no; esto no es todo lo que hay que considerar. Es menester considerar también, y sobre

todo, la idea mucho más sutil de que, por medio de los procedimientos mundanales, el poder externo y la autoridad, uno puede ayudar al género humano *convirtiéndose en rey sobre la Tierra*. Bien sabemos que todos los discípulos pensaban que Jesús se iba a convertir en un *rey terrenal*, dueño de todo el mundo y repartidor de recompensas mundanales. Los discípulos pensaron en cosas elevadas desde un nivel inferior. Primero no pudieron comprender acerca de lo que hablaba Jesús, o sea que no entendieron que se refería a un nivel superior o íntimo que nada tiene que ver con el nivel inferior o externo de la vida. Debemos acá recordar que el camino que Cristo debía seguir lo conducía únicamente a un aparente fracaso en la vida exterior, a una condición o estado de impotencia y a una forma de muerte solamente reservada para los peores criminales de la época. Y hacia el final sólo tuvo unos cuantos que le siguieron. Parecía que todo había sido inútil. Por cierto que nosotros no podemos tener la esperanza de comprender esto a menos que captemos de modo cabal la idea de dos niveles. Pero ya hablaremos de esto más adelante; acá tan sólo diremos que la tentación, en su verdadero sentido, trata acerca de estos dos niveles y dice relación del tránsito de uno al otro. Si Jesús hubiese nacido perfecto, hubiese estado más allá y por encima de cualquier tentación. No hubiese representado al Nuevo Hombre ni hubiese indicado el camino hacia él. Por esta razón dijo de sí mismo: "Yo soy el camino".

Segunda Parte

Podemos ser tentados de diferentes maneras y también hay distintas formas de caer en la tentación. Por el momento hablemos de ésta en términos generales. Siempre que sea real, toda tentación implica una lucha entre dos aspectos del hombre; cada uno de ellos procura obtener el dominio de la situación. Esta lucha tiene dos formas. Siempre acontece entre lo que es verdadero y lo que es falso, o entre lo que es bueno y lo que es malo. Todo el drama interior en la vida del hombre, y todos los resultados de este drama en términos del desarrollo íntimo, yacen en esta lucha interna en torno a lo que es Verdad y a lo que es falso, en torno a lo que es bueno y a lo que es malo. Y, efectivamente, es acerca de estas cosas, acerca de lo que siempre todo el mundo está pensando y cavilando en la intimidad de su mente y en lo más profundo de su corazón. La mente tiene como función el pensar acerca de lo que es verdadero, y el corazón es para percibir aquello que es bueno.

Tomemos la primera tentación en relación a lo que es Verdad. Esto ocurre en la vida intelectual de la gente. Cada persona

sostiene algunas cosas como ciertas, las considera una verdad. En sí mismo, el conocimiento no es la Verdad; todos sabemos muchas cosas, pero no las consideramos ciertas o bien nos mostramos indiferentes a ellas. Mas entre todas las cosas que sabemos hay algunas que sí nos son ciertas, verdaderas. Esta es nuestra verdad particular, pertenece a nuestra vida personal, intelectual, por cuanto el conocimiento y la Verdad son de la mente. Ahora bien; la vida intelectual de un hombre no consiste sino en aquello que considera verdadero, y cuando algo amenaza esta verdad el hombre se ve preso de angustia. Y mientras más valor atribuye a lo que considera verdadero, mayor será la ansiedad que sienta cuando la duda penetre en su mente. Este es un estado de tentación moderado en el cual el hombre tiene que pensar acerca de lo que cree y valoriza como Verdad, y desde ahí luchará contra sus dudas. Es necesario entender que nadie puede sufrir tentación alguna sobre aquellas cosas que no valoriza. Sólo puede ser tentado en relación a lo que valoriza. El sentido de la tentación es reforzar, fortalecer todo cuanto el hombre justiprecia como Verdad. A través de los Evangelios se ve claramente la idea de que el hombre tiene que combatir y luchar en sí mismo. Los Evangelios se refieren a la vida interior del hombre. Esto exige una lucha interior, o sea que la tentación es necesaria. Pero ocurre que algunas veces la gente se siente ofendida ante la idea que tiene que luchar por alcanzar la Verdad y pasar por tentaciones con relación a ella. Sin embargo, la realidad es que se necesita luchar para obtener el conocimiento tanto como se requiere combatir consigo mismo.

Ahora abordemos la tentación con relación al bien. Esta no es una pugna intelectual, sino emocional. Corresponde a la parte volitiva del hombre, a la parte de su voluntad y no a la parte que piensa. La base sobre la que descansa la voluntad del hombre es aquello que siente como bueno. Todo el mundo desea y actúa partiendo de lo que considera que es bueno, y todo cuanto el hombre verdaderamente quiere de sí mismo corresponde a su vida volitiva. Todo cuanto constituye y forma la vida volitiva de un hombre es aquello que está impreso en sí mismo como bueno. Si al ser humano le fuese arrebatado todo cuanto considera bueno terminaría su vida volitiva, en la misma forma en que terminaría su vida intelectual si le fuese arrebatado aquello que considera que es la verdad. En los Evangelios, la Verdad tiene que ver con lo que Cristo enseñó en la forma de un conocimiento, y el Bien tiene que ver con el amor a Dios y al prójimo. Ahora bien; para el hombre es bueno todo cuanto ama, y todo aquello que considera bueno constituye el motivo de su voluntad y sus acciones. Si se trata de un hombre que sólo se ama a sí mismo, su Bien será únicamente

aquello que es bueno para él, y todo cuanto no sea esto lo considerará malo. El desarrollo de la voluntad ocurre a través del desarrollo del amor. Y el verdadero amor surge únicamente a expensas del amor propio. Pues bien; ya que el hombre sólo puede ser intelectualmente tentado a través de lo que considera como la Verdad, también puede ser instigado con relación a su voluntad y a sus acciones a través de lo que él ama. Y ya que en un sentido real la tentación es acerca de la Verdad del Verbo — o sea acerca de la enseñanza que contienen los Evangelios — y el Bien del Verbo, la tentación en cuanto al Bien se diferencia de la referente en cuanto a la Verdad; y solamente principia cuando el hombre ya ha comenzado a trascender el nivel del amor propio, del amor a sí mismo, y llega al estado que se llama *caridad*, o sea del amor al prójimo mediante un sentido de la existencia de Dios como la fuente de todo amor. Las tentaciones en cuanto a la Verdad necesariamente comienzan antes de las tentaciones en cuanto al Bien. Pero si en el hombre no existe cierta caridad natural le será mucho más difícil pasar y vencer las tentaciones en cuanto a la Verdad. Y es que la Verdad tiene que penetrar y crecer en el hombre antes que éste pueda modificar la dirección de su voluntad; o sea, antes que sus sentimientos acerca del Bien puedan cambiar. Cuando comienza a sentir la penetración de un nuevo Bien en él, percibirá que los dos sentimientos se *alternan*. Y más adelante sentirá en sí mismo la lucha entre el nuevo Bien y lo que anteriormente consideraba como bueno. Pero a semejante altura ya el hombre debería estar en situación de asirse con firmeza a la Verdad, sea cual fuere su falla con relación al Bien. El hombre se encuentra efectivamente entre dos planos, entre dos niveles de ser, uno superior y otro inferior. Y toda tentación real sólo ocurre cuando se da este caso, pues el nivel inferior le atrae. El hombre tiene que encontrar un camino entre ambos. En efecto el hombre se eleva un poco y en seguida vuelve a caer como un borracho que trata de levantarse del suelo. Pero si en realidad ha comenzado la tentación en cuanto al Bien, cualquiera que sea su resultado, cualquiera que sea el tiempo en que ocurra, el hombre no debe por ningún motivo permitir que su fracaso, o su aparente fracaso, desate en él una guerra contra la Verdad a que se sujeta. Si llega a permitir esta guerra, si llega a hacerla, perderá cierto sentido de la Verdad con cada fracaso, con cada caída. Sea lo que sea, haga lo que haga, el ser humano tiene que aferrarse a la Verdad que ha recibido y tiene que mantenerla viva en sí mismo.

Tercera Parte

En la tercera tentación de Cristo, el diablo comienza nuevamente diciendo: "Si eres Hijo de Dios..." Es preciso tener en cuenta que Cristo debió luchar contra todas las formas del amor propio en sí mismo, contra todos sus amores terrenales y cuanto de ellos se deriva. Tenía que sobreponerse a todo sentimiento de poder que surgía de su condición de ser humano, a fin de someterlo a un nivel o plano superior. Ahora bien; en un sentido real la tentación tiene que ver con la relación que existe entre un nivel inferior en el hombre mismo y el mayor nivel que le es posible alcanzar. Es indispensable tener en cuenta que la idea central de los Evangelios es que el hombre debe pasar de una condición inferior a una superior. Esto es justamente la evolución interna o íntima o el renacimiento. Desde que el "Verbo de Dios" es la enseñanza acerca de los medios necesarios para la evolución íntima, cualquier tentación intelectual que presentan los Evangelios se refiere a los pensamientos que el hombre alimenta en privado acerca de la Verdad del *Verbo*, de la verdad de los *sentidos*, así como todas las tentaciones emocionales son acerca del amor propio y del amor a Dios. Naturalmente que hay un desacuerdo entre los niveles superior e inferior, tal como podemos decir que existe un desacuerdo entre la semilla y la planta. Bien podemos decir que una semilla puede vivir por sí misma y estar llena de amor propio, o que también puede rendirse y someter su voluntad a las influencias superiores que buscan el modo de operar en ella de tal suerte que, mediante una transformación, pueda convertirse en una planta.

En Lucas, la tercera tentación se da en las siguientes palabras:

"Y le llevó a Jerusalén y púsole las almenas del templo, y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, échate aquí abajo; porque escrito está: que a sus ángeles mandará de ti que te guarden; y en las manos te llevarán porque no dañes tu pie en piedra». Y respondiendo Jesús le dijo: «Dicho está: no tentarás al Señor, tu Dios»." (Luc. IV, 9-12.)

No es difícil comprender que el amor propio necesariamente hace que uno se adore a sí mismo. De tal suerte que el hombre, en efecto, se atribuye la divinidad a sí. O sea que lo inferior imagina ser lo superior y así tienta a Dios. No puede sentir su propia realidad y el hombre se infla a sí mismo como un globo que quisiera llegar al cielo. Y luego, intoxicado por la idea de la propia

divinidad, en la locura de su particular ilusión, puede intentar lo imposible y así destruirse a sí mismo.

En los relatos acerca de la tentación por el diablo, se dice que Cristo fue llevado al desierto *por el Espíritu*. En Lucas se dice que "fue llevado por el Espíritu al desierto por cuarenta días, y era tentado del diablo". En Marcos se expresa esto más vigorosamente:

"Y luego el Espíritu le impele al desierto. Y estuvo allí en el desierto cuarenta días, y era tentado de Satanás; y estaba con las fieras y los ángeles le servían" (Marc. I, 12-13).

En Mateo: "Entonces Jesús fue llevado del Espíritu al desierto para ser tentado del diablo" (Mat. IV, 1). En cada Evangelio que trata sobre ellas, las tentaciones vienen inmediatamente después del bautizo de Jesús por Juan en el río Jordán. Y parece raro que Cristo haya sido llevado a la tentación por el mismo espíritu de iluminación de que estaba lleno. Pero Cristo enseñó que el hombre debe nacer otra vez del Espíritu; y sin haber tentación no puede haber transformación alguna. El Espíritu es el medio que conecta lo superior con lo inferior. La parte humana de Cristo tenía que transformarse y ser elevada a un plano divino. Y desde que el Espíritu es el intermediario y atrae a lo inferior hacia lo superior mediante una serie de transformaciones, la misión del Espíritu es pues la de conducir al hombre al desierto. Mejor dicho, la de conducirlo al más completo aturdimiento y perplejidad, y someterlo a la tentación por todos los elementos que lleva en sí mismo, a fin de que deje atrás todo cuanto es inútil para su evolución. Y para que todo aquello que en él pueda crecer y comprender, se coloque adelante. En el hombre, el diablo representa todo cuanto no puede evolucionar, todo cuanto no quiere y hasta odia la idea misma de la evolución interior. Es aquella parte del hombre que sólo quiere calumniar, que rehúsa comprender y que únicamente se preocupa de hacer su propia voluntad. Todo esto tiene que ir colocándose gradualmente tras del hombre que busca en realidad una evolución interior, y no debe permitírsele que tome la delantera ni el control de su vida. Dicho en otra forma, es preciso que cambie el orden de las cosas a fin de que lo que es primero sea lo postrero. Así, en uno de los relatos se nota que Cristo dice al diablo: "Colócate tras de mí. Satanás". Que este nuevo orden de cosas no puede producirse de la noche a la mañana lo indica claramente el Evangelio de Lucas, en el que se informa que las tentaciones a que estuvo sometido Cristo no habían terminado. Dice que el diablo "se fue de él por un tiempo".

Capítulo III - Las Bodas de Caná

Quiénes fueron los contrayentes de estas bodas? Adviértase que nada se dice acerca de los novios. Jesús y su Madre aparecen en lo exterior como Madre e Hijo. Pero entendiéndolo psicológicamente se trata de la unión interna entre lo natural y lo espiritual en Jesús. ¿Por qué, entonces, el maestresala no se da cuenta de lo que ha ocurrido? ¿Por qué le fue imposible comprender, al extremo de que los sirvientes ni siquiera trataron de informarle de los hechos aun cuando como siervos estaban a sus órdenes? Porque había aparecido un *nuevo Amo*, un nuevo Maestro. Apareció casi en secreto. También hay que tomar nota de que este nuevo Amo no le dice nada al maestresala a quien bien se le puede llamar *antiguo Amo*. Cuando el hombre cambia su psicología de una manera tan profunda y acabada, el Amo antiguo ya no tiene control alguno sobre ella. Y aparece un nuevo Amo, un Amo más grande. Al tener el dominio sobre el aspecto natural de sí mismo, que en este caso lo representa su Madre, Jesús había logrado alcanzar un punto en el que el Amo antiguo ya no tenía poder alguno; sin embargo, éste no sabía lo ocurrido. Jesús no es el maestresala, pero nadie le comunica al Amo antiguo lo que ha sucedido. Todos guardan *silencio*. No hay rivalidad, hay solamente *silencio*. Ha tenido lugar una transformación que, de hecho, se presenta como agua convertida en vino. Pero nada ha sucedido por medio de la violencia. En ninguno de los milagros de Jesús existió saña o rivalidad. Hubo, en cambio, *silencio*. Jesús dijo a Pilatos que, de haber sido necesario, él, Jesús, hubiese podido invocar poderes tales que habría sido puesto en libertad. Pero no los utilizó. La violencia sólo engendra más violencia. Extraña línea de pensamiento es la que conduce a la reflexión acerca de quién o qué es el amo en uno mismo y cómo sobreponerse o, más bien, alejarse de él. No debe decirse ni hacerse nada que lo antagónico o lo inflame. Aun el propio Pilatos percibió algo acerca de Jesús; y, por su parte, el maestresala sabía apreciar el buen vino. Pero no cabe duda alguna de que éste hubiese sido un factor difícil de manejar si los sirvientes hubiesen explicado el milagro y discutido la autoridad del Amo.

Son muchas las cosas que los Evangelios dicen acerca de este *silencio interior*, con relación al cambio en sí mismo: es preciso que haya silencio en uno mismo:

"No sepa tu izquierda lo que hace tu derecha" (Mat. VI, 3).

Y es que uno no podrá sobreponerse a la autoridad de lo terrenal si reacciona violentamente contra ella. Un hombre puede protestar con brusquedad contra su padre. ¿Cuántos hay que derrochan sus mejores aspectos sólo por su colérica oposición a la autoridad? Con el tiempo llegan a convertirse en aquello mismo que odian. De este modo no se puede conseguir cambio interior alguno. Pero aquí, en el lenguaje simbólico, no se representa la autoridad de la Madre de Jesús en los términos de una reacción violenta sino en la forma de cierta orden interna mediante la cual su importancia no queda destruida; más bien es algo que se utiliza correctamente. Pues ella es quien hace que el milagro sea posible al decirle a los "sirvientes" que obedezcan y efectúen cuanto Jesús les indique. Y desde que él heredó su aspecto natural y humano de ella, parece bastante claro que al haber alcanzado semejante estatura en su desarrollo interno haya también logrado una relación correcta entre su aspecto humano o natural y su aspecto superior o espiritual, de tal suerte que "ella" le obedeció a "él". Existen ciertas disciplinas en las que este aspecto "natural" se toma como si fuese algo a lo que hay que sobreponerse por completo, permitiendo únicamente la operación del pensamiento espiritual por encima del aspecto terrenal. Semejante división del hombre o de la mujer no puede ser considerado como un ordenamiento o armonía de todas las notas que suenan en nuestro ser. Jesús, por su Madre, nació hombre. Su cometido fue el de conectar al ser humano con Dios, lo natural con lo espiritual y no dividir en opuestos lo que no son opuestos, sino diferentes niveles o gradaciones de lo mismo.

Bien puede representarse el aspecto "natural" del hombre y el aspecto más íntimo, o relativamente espiritual, como si fuesen dos figuras o dos habitaciones, una de las cuales conecta con la otra; o dos alturas, una mayor y una inferior; o dos ciudades, o de muchas otras maneras. La imaginería visual no expresa nada en sí misma. Lo que vale es sólo el significado psicológico; lo es todo porque es lo único que tiene un sentido. No son las palabras lo que da el sentido a lo que la parábola dice. Algunos sueños son parábolas puras, tal como algunos mitos antiguos y algunas leyendas. Pero lo que le da validez a todo es su significado psicológico, tanto a los mitos, como a las parábolas, a los sueños, cuentos de hadas, etc. En un nivel natural de la mente parecen no tener más sentido que el meramente literal. Pero el significado espiritual, el psicológico, no puede transmitirse directamente en palabras a la mente que se encuentra en un nivel natural. Y ésta

es la razón por la que siempre ha existido *otro lenguaje*. Sólo aquellos que se hallan familiarizados con él pueden entender un lenguaje verbal. Pero una parábola, que representa algo visual, puede ser comprendida por cualquiera aun cuando no hable el mismo lenguaje verbal. Hay *dos lenguajes*; corresponden a dos profundidades o niveles del hombre.

En el lenguaje esotérico existe un término que siempre representa el cumplimiento de cierto desarrollo. Este es un término numérico. El número *tres* implica *realización*. En esta *señal*, la de la transformación del *agua en vino*, se comienza el relato diciendo que *en el tercer día* hicieron unas bodas. El principio, el medio y el fin forman una etapa completa. De suerte que, en términos esotéricos, el número tres es el final de algo y el comienzo de alguna otra cosa. Cuando se cumple una etapa psicológica, se inicia una nueva. Esta es el "tercer día". Lo viejo pasa y comienza lo nuevo. O bien se trata de que el nivel superior principia a ser el activo y el inferior a obedecerle. El número *tres* se utiliza para representar esta situación como, por ejemplo, cuando Cristo cumplió el tiempo necesario en los infiernos y al *tercer día* resucitó de entre los muertos y se elevó a los cielos. Muchos son los ejemplos de este número *tres* que se citan en los libros esotéricos que contiene la Biblia. Jonas estuvo durante tres días en el vientre de una ballena. Pedro negó a Cristo tres veces, o sea que lo negó completamente. Cristo le preguntó a Pedro tres veces si lo amaba. La higuera que no da fruto durante tres años debe ser cortada. Muchos son los ejemplos del número tres que indica realización, ya sea en el sentido de un comienzo o en el sentido de que algo ha devenido completo. Toda la *señal* de la transformación del *agua en vino* se refiere al estado alcanzado por Jesús en el desarrollo de su aspecto humano, de suerte que comienza con "el tercer día".

"Y al tercer día hiciéronse unas bodas en Cana de Galilea; y estaba allí la madre de Jesús. Y fueron también llamados Jesús y sus discípulos a las bodas. Y faltando el vino, la madre de Jesús le dijo: «Vino no tienen». Y duele Jesús: «¿Qué tengo yo contigo, mujer? Aún no ha venido mi hora». Su madre dice a los que servían: «Haced lo que os dijere». Y estaban allí seis tinajuelas de piedra para agua, conforme a la purificación de los judíos, que cabían en cada una dos o tres cántaros. Dueles Jesús: «Henchid estas linajudas de agua». E hinchieronlas hasta arriba. Y dueles: «Sacad ahora y presentad al maestresala». Y presentaronle. Y como el maestresala gustó el agua hecha vino, que no sabía de dónde era (mas lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua), el maestresala llama al

esposo. Y dícele: «Todo hombre pone primero el buen vino, y cuando están satisfechos, entonces lo que es peor, mas tú has guardado el buen vino hasta ahora». Este principio de señales hizo Jesús en Cana de Galilea, y manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en él.» (Juan II, 1-11.)

Tómese nota que la Madre de Jesús está en la boda; representa el antiguo nivel con el que Jesús todavía mantiene contacto, pero con el que ya nada tiene que ver. O sea que le dice al antiguo nivel de sí mismo: "¿Qué tengo yo contigo, mujer?" Para poder entender una tan ruda actitud hacia su Madre, es necesario ver otros pasajes de los Evangelios. Supongamos que un hombre llegue a cierto nivel en sí mismo, a cierto plano en el que él compadécese a sí mismo, en el que todo cuanto es patético haya sido destruido. Muchas personas consideran a Cristo como una figura patética, como a un Cristo enfermo. Esta concepción de Cristo tiene por compañera la idea de que fue tratado brutalmente y arrastrado a la cruz. Pero por cierto que todo el contenido de los Evangelios demuestra lo contrario. Los Evangelios indican que él sufrió con deliberación en la cruz. Predijo su crucifixión. Advirtió a sus discípulos diciéndoles que él tenía que padecer hasta el fin. Y cuando en el huerto de Getsemani, en su agonía, oró pidiendo que este fin fuese cambiado, llamándole una copa que tenía que apurar, dijo: "Pero hágase tu voluntad, Padre, y no la mía". A nada conduce ver en Cristo a una figura patética. El Cristo sentimental que conocemos es una invención. Cosa bastante obvia es que fue duro en su manera de tratar a otros; ofendió a muchos, y fue también duro consigo mismo. En la escena con Pilatos se prueba que si hubiese querido hacer su voluntad hubiese podido huir. Le dijo a Pilatos: "Ninguna potestad tendrías sobre mí si no te fuese dada de arriba" (Juan XIX, 11). Jesús desempeñó deliberadamente el papel que le fue asignado y lo cumplió porque tal fue el propósito con que vino al mundo. Y lo explicó a menudo. Los discípulos no le comprendieron. Sólo cuando hubo pasado un tiempo algunos de ellos captaron *la idea* subyacente en todo el drama de Cristo que se había realizado ante sus propios ojos; o sea la inevitable crucifixión de un nivel superior de la Verdad a manos de quienes se encuentran en un nivel inferior. El continuo drama de la vida humana es la destrucción de la Verdad psicológica por la Verdad literal.

Jesús expresa a su Madre: "¿Qué tengo yo contigo, mujer? Aún no ha venido mi hora". Esto sugiere que eventualmente será destruido por aquellos que la "Madre" representa en la humanidad. Debemos alejarnos por completo de cualquier significado literal,

aun de cualquier figura para comprender esto. Jesús había llegado a un punto en su evolución y, en la tentación, en el que el nivel de la "Madre" escasamente tenía algo que ver con él, o sea el nivel del cual la "Madre" es el típico exponente. Este nivel ya no tiene poder, y, sin embargo, lo posee. Pero está subordinado. De suerte que Jesús cambia el agua en vino y así da la primera *señal* del grado de desarrollo interior que ha alcanzado. Las dos ideas están conectadas: la elevación fuera del nivel de la "Madre" y el poder resultante de convertir el "agua" en "vino". Pero hay otra cosa bastante clara en el relato de estas bodas que representan un cuadro o retrato psicológico, y es que aun cuando Jesús había alcanzado este nuevo estado, en el cual ya no tenía nada más que ver con el anterior, éste se halla tan inmediatamente bajo de él que todavía puede ejercer cierto poder. Lo controla de tal modo que la "Madre" comprende que la obediencia es necesaria. De suerte que ella ordena a los "sirvientes" para que hagan todo cuanto Jesús les indique. Mediante este cuadro se exponen los tres niveles en Jesús: el más bajo lo representan los "sirvientes" que obedecen a la "Madre"; el del medio lo simboliza la "Madre", y el más alto, o el superior, lo representa el nuevo nivel o estado de Jesús al cual la "Madre" obedece. Concibamos estos tres estados como si fuesen tres líneas horizontales trazadas paralelamente la una sobre la otra. La línea del medio representará, entonces, lo intermedio entre lo superior e inferior. Dicho en otra forma, esto indica que existe cierto y preciso orden de niveles: el más elevado, el mediano y el más bajo. El estado superior que alcanzó Jesús, y que marca el comienzo de su poder para enseñar, se define en este retrato psicológico en términos de un *matrimonio*, de unas bodas; o sea de cierta unión interior, de un enlace completamente distinto a la unión de Madre e Hijo, y sus consecuencias se definen representando la transformación de agua en vino.

¿Qué significa la idea de una boda en esta descripción psicológica? ¿Cuál era el elemento que había en Jesús que tenía que unirse con algún otro elemento y que resultó en que el agua quedase convertida en vino y así diese la primera *señal* de su evolución interior? En la Biblia vemos que las primeras verdades que conciernen a nuestra existencia y lo que tenemos que hacer en ella, o sea los mandamientos, están escritos en piedra. Pero debemos también recordar que algo falló, que algo anduvo mal en la transmisión de estas verdades que Dios dio a Moisés. Este arrojó las tablas originales ("escritas de Dios") y las destruyó al encontrarse con que durante su ausencia en el monte Sinaí el

pueblo había comenzado a adorar un becerro de oro construido por ellos mismos:

"Y volvióse Moisés y descendió del monte trayendo en su mano las dos tablas del testimonio, las tablas escritas por ambos lados; de una parte y de otra estaban escritas. Y las tablas eran obra de Dios y la escritura era escritura de Dios grabada sobre las tablas... Y aconteció que como llegó al campo y vio el becerro y las damas, enardeciósele la ira a Moisés y arrojó las tablas de sus manos, y quebrólas al pie del monte." (Éxodo XXXII, 15, 16, 19.)

Luego, Moisés fue ordenado de Dios que hiciera otras dos tablas con sus propias manos.

"Y...aliso dos tablas como las primeras." (Éxodo XXXIV, 4.)

La Verdad de aquellos que se encuentran en un nivel muy superior de comprensión, en un nivel por encima del nuestro, es algo que no se puede transmitir directamente. No tenemos en qué recibirla, de manera que ocupamos nuestro nivel de entendimiento con acuerdos legales, con formulismos y demás cosas. En consecuencia, la Verdad superior llega a nosotros en los términos de una Verdad más baja, más rígida, más literal. Se trata como si los adultos estuviesen hablando a los niños. Es imposible transmitir el significado completo. Así como los Diez Mandamientos debieron quedar representados en piedra a fin de que los Hijos de Israel los pudiesen recibir, así también la ya existente Verdad de la parábola de las bodas se describe en la forma de agua echada en seis vasijas de piedra de la clase que los judíos utilizaban para sus ritos de la purificación. Esto sugiere que la Verdad tenía como base las antiguas creencias y costumbres de los judíos. Según las más antiguas alegorías, el seis es el número de la Creación; o, en diferentes niveles, es el número que representa la preparación para cualquier logro. Durante seis días de la semana nos preparamos para el sábado; un esclavo judío tuvo que servir por espacio de seis años antes que pudiese obtener su libertad; una viña tenía que podarse durante un sexenio; la tierra debía ser arada durante seis años, pero al séptimo siempre ocurría el sábado de sagrado reposo para la tierra. Tal fue la ley dada a Moisés. Igualmente, había seis gradas en la escalera del trono del rey Salomón. Así, las seis vasijas de piedra parecen representar un periodo de preparación durante el cual la Verdad, en la forma de agua, ya ha sido recibida y contenida en las mentes de los judíos; ha tomado la forma correspondiente a sus antiguas creencias y aguarda su transformación con la venida de Cristo.

Tenemos entonces en esta parábola que el "agua", tras haber sido echada en las vasijas de "piedra", se torna "vino". Recordemos lo ya dicho acerca de estos tres estados de la Verdad: piedra, agua, vino. La piedra representa la Verdad literal y se hace así posible comprender que las sucesivas transformaciones de su significado están implicadas en estos tres niveles de la Verdad. Lo que aprendemos en el regazo de nuestras madres bien puede ser la Verdad, pero no es nuestra aun cuando obedezcamos. Dios es espíritu; la "Madre" no lo es. La autoridad todavía no es interna, sino que proviene desde afuera. Y también se menciona que Jesús hablaba como uno *que tiene autoridad*. Pero aun esta comprensión de la Verdad no es suficiente, y no es lo que denota en este relato. Significa un nuevo estado, una nueva condición, y debemos recurrir a la palabra *Bien* a fin de tener una idea acerca de su significado real. Piedra, agua, vino, indican tres niveles de la Verdad, ¿pero dónde podremos hallar una palabra comparable al Bien? La encontramos hacia el final de este dinámico relato. El maestresala, al probar el agua convenida en vino, comenta que lo usual es que en una boda se proporcione primero el buen vino, y después el malo. Estaba hablando en términos literales:

"Y como el maestresala gustó el agua hecha vino, que no sabía de dónde era (mas lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua) el maestresala llama al esposo y dícele: «Todo hombre pone primero el buen vino, y cuando están satisfechos, entonces lo que es peor; mas tú has guardado el buen vino hasta ahora.»" (Juan III, 9, 10.)

La "Madre" había ordenado a los sirvientes que obedecieran a Cristo. Tomemos nota de que tanto la Madre como los sirvientes sabían la orden de echar agua en las tinajas de piedra que estaban vacías. Tenían acceso al *agua*, o sea a aquella parte de Jesús que estaba al nivel de su comprensión. Y él, Jesús, *utilizó* este nivel inferior, pero no directamente. Lo utilizó a través del nivel intermedio llamado "Madre". En esto tenemos la evidencia de una verdadera psicología perdida hace ya muchísimo tiempo. Pero toda la mente tiene que estar abstraída a fin de poder captar un solo reflejo del esplendor del significado interno de esta primera señal del desarrollo interior de Jesús que se registra en términos de una imagería visible, palpablemente falsa. Considerándolas desde el punto de vista de que esta imagería visible pudiera ser cierta en lo literal ¿a qué iba a convertir Jesús 600 litros de agua en vino? Esto era sencillamente absurdo pues Cana de Galilea era un villorrio pequeño. No puede significar que tanta agua quedase, por un milagro, transformada en vino hacia el fin de una fiesta local.

Se trata nada menos que de 600 litros. Pero es justamente esto, el advertir que su interpretación no puede ser literal, lo que nos hace ir en pos de un significado psicológico. La representación psicológica en términos de imágenes físicas, como se hace con las caricaturas, es una cosa: pero tomar el sentido psicológico en términos de lo físico es un proceso de reversión que continuamente ocurre con cada intento de proporcionar un significado para aquellos que sólo pueden tomar las cosas en un sentido literal y sensorio.

Una mente que se basa tan sólo en los sentidos creerá que el pan y el vino utilizados en el ritual de la conmemoración de la Última Cena deben tomarse literalmente. Pero el nivel literal de comprensión en asuntos tan superiores siempre origina enormes estragos en nosotros, y así ha sido en todos los tiempos. Un hombre podrá tomar literalmente la frase: "No matarás", y hasta podrá obedecerla. Pero si consigue ver con más profundidad y comprender que durante todo el día está matando a otros *psicológicamente* con sus pensamientos, con sus sentimientos, comenzará a pasar a otro nivel de comprensión en lo que a este mandamiento se refiere. Podrá darse cuenta del más amplio y más íntimo significado que encierra. Entonces, aquello que le fue enseñado externamente comenzará a penetrarle; y su significado sufrirá una modificación interna comparable al comienzo de la transformación de la piedra en agua. Eventualmente, al advertir todo el Bien que contiene este mandamiento, y así lograr tener compasión, que es algo que proviene de la Bondad, el agua se transformará en vino. *Evolucionará* en sí mismo a través de este discernimiento; evolucionará en su comprensión. La evolución individual sólo es posible por medio de la transformación de la comprensión íntima; el hombre *es su comprensión*, y el querer o la voluntad derivada de ella, y nada más. El hombre no es un ser físico. La evolución individual en el sentido que lo indican los Evangelios sólo puede ocurrir psicológicamente. Cuando por sí mismo el hombre ha podido valorizar aquello que le fue enseñado como un mero mandamiento o Verdad externa, cuando su aspecto emocional se ha desarrollado hasta alcanzar el mismo nivel de cualquier conocimiento de la Verdad que posea; cuando esto ocurre de tal suerte que trate de *hacer* aquello que *sabe*, y que trate de hacerlo no por obligación sino por la propia voluntad, por el propio sentimiento y el propio consentimiento, entonces es otra clase de hombre. Es un hombre que se perfecciona, un hombre que se acerca al grado que en esta parte tomamos bajo el símbolo del vino, un Nuevo Hombre.

Una de las más profundas enseñanzas del esoterismo trata acerca de la unión de los dos aspectos del hombre. En la enseñanza esotérica griega, ejemplarizada por Sócrates, se ve cómo esta idea corre a través de toda la exposición de que el hombre es un producto no acabado y que lleva en sí mismo posibilidades para lograr un estado superior. A estos dos aspectos Platón les llama Conocimiento y Ser. En *La República* dice: "El verdadero amante del conocimiento siempre está luchando por ser". Y también: "Cuando ella (el alma) descansa sobre aquello en que brillan la verdad y el conocimiento, y comprende y sabe que tiene razón... Esto, entonces, que da verdad a aquellas cosas sabidas y el poder de distinguir al conocedor, es lo que quisiera que vosotros llamaseis la idea del Bien... Del Bien puede decirse que no solamente es el autor del conocimiento de todo lo sabido, sino asimismo de su ser y de su esencia". A fin de poder *saber* como es debido, es preciso que el hombre *sea*. La educación para poder ser y la educación del conocimiento fueron el tema principal de sus últimos libros. El problema que mantuvo continuamente ocupado a Platón fue el de cómo educar correctamente a las personas, cómo impartirles el saber necesario y cuándo dárselo. Platón siempre vio como uno de los mayores peligros el proporcionar a tipos inferiores de gente un conocimiento que lo utilizaría mal. Para él, uno de los peores crímenes era el impartir conocimiento de cualquier especie a todos. Advirtió muy claramente la necesidad de un conjunto de disciplinas en cuanto al carácter del individuo y a su ser, antes de poder considerarlo apto para recibir conocimiento. Lo que es más, llegó a la conclusión de que cualquiera que quisiese obtener los grandes conocimientos debía someterse a todos los ejercicios y disciplinas de la vida hasta haber alcanzado una edad ya no joven. En las escuelas esotéricas de las que aún podemos advertir algunas huellas en la literatura antigua, los candidatos debían pasar por diversas y muy severas disciplinas antes que se les permitiese el acceso a cualquier conocimiento esotérico. El candidato podía verse obligado a servir en las condiciones más bajas y humillantes durante varios años, verse sometido a insultos que no eran más que una prueba para medir el temple de su ser. Si lograba pasar estas pruebas con éxito, si conseguía desarrollar en sí mismo fuerza y paciencia, entonces se le daba algún conocimiento. Pero si el hombre se quebraba, si se compadecía a sí mismo, si se quejaba o demostraba ser débil, si mentía, si se comportaba con malicia, si sacaba ventajas de los otros, si se resentía, si se consideraba a sí mismo mejor que los demás, entonces no recibía ningún tipo de saber. Esto significa que su ser estaba sometido a prueba antes de poder recibir cualquier clase de

verdadero conocimiento. Hoy en día la situación es muy distinta. Cualquiera puede obtener conocimientos, sin discriminación de ninguna especie. Y hay cierta clase de literatura que llama la atención sobre este punto, entendiendo perfectamente la idea de que el desarrollo del ser es un factor primordial.

Para que el hombre pueda recibir un Conocimiento Superior, tiene que tener un Buen Ser. Así podrá hacer sal en sí mismo. Si consideramos el conocimiento como cloro y el ser como sodio, veremos que el hombre no tiene suficiente sodio en sí mismo como para combinarlo de un modo debido con el cloro que le llega desde afuera. No podrá tener sal. Porque entonces el cloro le envenenará. El poder del conocimiento es venenoso si está aislado y falto de la buena tierra que lo reciba. Acerca de esto es mucho lo que dicen los Evangelios. Puede, sencillamente, producir veneno para el mundo. En semejante caso, la adquisición de conocimiento sólo podrá dar los peores resultados. Pero el misterio es mucho más profundo. La enseñanza esotérica en cuanto al conocimiento y al ser se refiere a la circunstancia de que aquél no se puede *entender* a menos que exista un correspondiente desarrollo del ser. Un hombre puede saber mucho y no comprender nada porque su ser no está en la misma altura que su conocimiento. Como consecuencia de ello, no puede producirse unión alguna, enlace alguno entre su saber y su ser. Hoy en día podemos observar que existe una extraordinaria cantidad de libros repletos de muchos conocimientos, pero carentes de toda comprensión. Vemos que se dan las explicaciones más bajas acerca de los hechos científicos. El hombre de poco ser y de mucho conocimiento sólo puede proporcionar material sin sentido y que no conduce a ninguna parte. Y no sólo esto; puede también complicarlo todo de tal modo que resulte imposible entender. Así tenemos que la ciencia actual lo complica todo y no conduce a ningún sitio. Hay muchos hombres de ciencia que continuamente escriben grandes ensayos que nadie entiende —ni los mismos hombres de ciencia—. La razón de esto estriba en que es imposible comprender el conocimiento porque el *ser* es algo que se ignora por completo. El esoterismo siempre ha comprendido con toda claridad las condiciones del conocimiento. Siempre ha entendido que el conocimiento deberá conducir a la comprensión y que ésta únicamente puede desarrollarse cuando se perfecciona al ser. Esta es la idea más profunda relativa a la psicología humana, porque es entonces cuando se produce una unión que lleva a una evolución interior. En esta boda, o unión, el significado del conocimiento se enlaza con el ser de la persona y le conduce hacia su progreso interior. A este hecho

es a lo que se refiere la parábola del agua convertida en vino. Significa que Cristo unió su conocimiento con el Bien de su ser. Su conocimiento y la bondad de su ser devinieron una sola cosa. Repitamos ahora algo de lo que ya se ha indicado: el maestra habla del *buen* vino y de que el Bien se dejó para el final. Ante todo, el hombre tiene que recibir una enseñanza acerca de la Verdad, o sea que tiene que recibir el conocimiento, y su Bondad viene después. De hecho, sin embargo, el Bien también tiene que preceder al conocimiento. Pero sobre esto hablaremos más adelante. Lo que es Bueno es antes que toda Verdad, pero en el tiempo parecería que el conocimiento viniese primero. El objetivo final de la vida es el Bien. Si decimos que en la cima de todas las cosas se halla el Bien, entonces quiere decir que el Bien viene antes que nada y así es lo primero en esta escala. Pero en el tiempo parece que el conocimiento viniese primero. Todo conocimiento debería conducir al Bien. Por lo tanto, el Bien es lo primero, aun cuando para nuestros sentidos, que están en el tiempo y sólo pueden ver una transversal de toda la existencia llamada el momento presente, parece que fuera al revés.

(Véase en el apéndice una idea paralela a ésta.)

Capítulo IV - La Idea del bien por encima de la Verdad

Primera Parte

A menudo se registra en los Evangelios el hecho de que Cristo ofendió a los fariseos quebrantando el mandamiento acerca del sábado. Esto los enfurecía de un modo especial. Les parecía que hasta el ser bueno les estaba vedado por sus leyes religiosas y por sus escrúpulos. El término *fariseo* se refiere al estado o a la condición de hombre que obra movido por leyes externas y prohibiciones a fin de poder conservar las apariencias, en lo que considera que hay algún mérito. Esto contrasta con el hombre que obra genuinamente de lo que en él es bueno. Hay muchas ilustraciones en los Evangelios que establecen estas diferencias, como en el caso del Buen Samaritano que tuvo compasión del herido por unos ladrones, en tanto que el sacerdote y el levita habían pasado de largo. Pero sobre este hecho la diferencia recibe cierto énfasis particular ahí donde la actitud de los fariseos hacia el sábado se utiliza como escena de fondo. En una oportunidad, en un día sábado, en una sinagoga Cristo curó a un enfermo, a un hombre cuya mano derecha estaba seca. Acá se menciona la mano derecha porque en el lenguaje antiguo de las parábolas la mano derecha representa el poder de obrar, el poder de hacer del hombre, el poder de hacer el bien. También se utiliza esta imagen para representar a los fariseos; su poder de realizar el bien también estaba seco. Antes de curar a ese hombre, Cristo miró a su alrededor y dijo a todos los presentes: "¿Es lícito en sábado hacer bien o hacer mal?" La actitud de los fariseos era que las leyes religiosas habían de cumplirse al pie de la letra. Tómese nota de que acá Cristo no menciona la Verdad, sino el Bien. ¿Cuál debe venir primero? La cita en Lucas es la siguiente:

"Y aconteció asimismo en otro sábado, que él entró en la sinagoga y enseñaba; y se hallaba allí un hombre que tenía la mano derecha seca. Y le acechaban los escribas y los fariseos, si sanaría en sábado, por hallar de qué le acusasen. Mas él sabía los pensamientos de ellos, y dijo al hombre que tenía la mano seca: «Levántate y ponte en medio». Y él levantándose se puso en pie. Entonces Jesús le dice: «Os preguntaré una cosa: ¿es lícito en sábado hacer bien o hacer mal?, ¿salvar la vida o quitarla?»», y mirándolos a todos alrededor, dice al hombre:

«Extiende tu mano». Y él lo hizo así, y su mano fue restaurada. Y ellos se llenaron de rabia; y hablaban los unos a los otros qué harían a Jesús.» (Luc. VI, 6-11.)

Obvio es que este incidente trata acerca de la necesidad de obrar primordialmente *del bien*, aparte de cualquier otra consideración. Cristo coloca el Bien por encima de la Verdad. Para los fariseos la Verdad era la ley mosaica y los mandamientos que, tomados al pie de la letra, prohíben trabajar en el sábado... "durante seis días trabajarás, pero el séptimo es el sábado del Señor, tu Dios, y en él no trabajarás de ninguna manera". Los fariseos habían colocado la Verdad por encima del Bien. ¿Qué es lo que debemos comprender en esto? ¿Cuáles son los acontecimientos ocultos en esta narración? Bien sabemos por la historia que todas las disputas y persecuciones religiosas siempre surgieron de asuntos sobre doctrina, o sea del aspecto *de la Verdad*, del aspecto del conocimiento, de las opiniones aisladas. Si toda la humanidad fuese caritativa, si todos obrasen por el Bien, no hubiesen ocurrido ni ocurrirían semejantes disputas y persecuciones. Si todo el mundo amase al prójimo tanto como se ama a sí mismo, ocurriría que a través de la luz de este amor a Dios, como fuente de todo Bien, nadie mataría ni robaría ni daría falso testimonio, etc. De hecho, el decálogo de Moisés, los Diez Mandamientos escritos en tablas de piedra, no tendrían ningún significado. Pero para los fariseos, que vivían al pie de la letra y que *no comprendían* nada, lo escrito les era mucho más importante que cualquier significado que hubiese tras la letra. Si el hombre fuese completamente bueno no harían falta ni mandamientos ni *leyes*; no precisaría estudiar ninguna verdad, ni precisaría obtener ningún conocimiento. No asesinaría, porque debido al Bien sabría que es imposible hacerlo. ¿Cómo podría uno matándole hacerle un bien al prójimo? ¿Cómo podría hacerle un bien robándole? Los últimos cinco mandamientos son el conocimiento del Bien. La finalidad de cualquier conocimiento es una sola: ¿qué es el Bien? Fuera del Bien, el conocimiento no tiene ninguna otra finalidad ni sentido. Pero esto es algo que en la actualidad se ha perdido de vista. La gente cree que en sí mismo el conocimiento conduce a alguna finalidad. Y esto es un error. Todo conocimiento debería conducir al Bien. ¿Cuál es el fin hacia el cual el conocimiento aislado está encaminando al hombre? Y si alguien preguntase por qué, entonces, la Verdad es algo tan necesario, habría que responderle que el hombre no es *bueno*. Es decir, que el nivel de su bondad es sumamente bajo. Y hay tan sólo un modo de elevar el nivel del Bien en el hombre. El nivel del Bien en un hombre sólo

puede elevarse mediante *el conocimiento de la Verdad acerca de un Bien mejor*. A fin de poder ascender, el hombre tiene que aprender la Verdad. ¿Qué clase de Verdad? Es preciso enseñarle, y es preciso que él aprenda a practicar el conocimiento de la Verdad que corresponde a un Bien superior, a un Bien que está por encima del nivel en que él se lo representa a sí mismo. Pues cada persona representa en sí cierto nivel del Bien. Para poder alcanzar un nuevo nivel del Bien, el hombre debe, primero, aprender a proceder mediante el saber. A través del estudio, del conocimiento, o sea a través del conocimiento de la Verdad acerca de cómo llegar a un más alto nivel del Bien, puede el hombre alcanzarlo. Puede llegar a este nivel superior en sí mismo siempre y cuando muy sinceramente quiera tratar de obrar de él, captando su verdad y su significado por sí mismo. Cuando alcanza el nivel en el que el Bien de todo cuanto ha aprendido como conocimiento deviene activo, ya no precisa ocuparse acerca de los pasos del conocimiento que le condujeron a tal estado. Aun cuando este símil parezca burdo o incongruente, usémoslo: al ascender una montaña nos servimos del conocimiento de cómo subir. Pero al llegar a la cumbre lo vemos todo de un modo diferente. Desde la cima alcanzada se puede ver la relación que existe entre todas las cosas y uno ya no necesita pensar acerca de los medios que utilizó para llegar a semejante condición. La ley mosaica o, por lo menos, los Diez Mandamientos son instrucciones acerca del aspecto de la Verdad en cuanto a la forma de cómo alcanzar el nivel del Bien donde, como mandamientos, ya no tienen significado alguno puesto que el hombre conoce el Bien directamente. Pero si se toman los mandamientos como una *finalidad* en sí mismos y no como un medio, se convierten en obstáculos.

En el pasaje citado, Cristo habla desde el Bien y no desde la Verdad literal. Los fariseos le condenan y le odian porque ellos únicamente se atienen a la letra de la Verdad. La Verdad acerca de un nivel superior puede tomarse como Verdad *al nivel del Bien que se encuentra el hombre*, o sea a su propio nivel. El hombre ve esta Verdad destinada a conducirlo a un nivel superior de Bien, pero la ve en los términos del nivel de Bien a que él mismo se encuentra. Si este nivel estriba tan sólo en su propio interés, en su amor propio, puede torcer la Verdad a fin de acomodarla a su vanidad, como hacen todos los fariseos de todos los tiempos. O sea que puede distorsionar por completo todo su significado. Lo que en los Evangelios se llama el Verbo de Dios es la Verdad acerca de lo que precisa uno hacer para alcanzar un nivel superior del Bien, o sea lo que es necesario hacer para *la evolución interior*. Pues toda

evolución interior es el esfuerzo por lograr un Bien superior a través del conocimiento. Así deviene más claro el problema de la relación de la Verdad al Bien. El hombre no puede alcanzar un nuevo nivel del Bien directamente. Sólo puede hacerse esto por medio de una instrucción acerca de cómo alcanzarlo, y esta instrucción debe tomar la forma de la Verdad acerca de este nivel superior del Bien. Es decir, tiene que venir ante todo en la forma de *conocimiento* que el hombre tiene que aprender a aplicar en su vida. El conocimiento acerca del Bien superior tiene *primero* que venir como una enseñanza. Cuando cumple su objetivo, cuando a través del conocimiento de la Verdad acerca de cómo lograr un nivel más elevado del Bien el hombre llega a este nuevo Bien y trata de vivirlo mediante su propio esfuerzo interior, la Verdad o conocimiento que vino *primero* queda reemplazada por el Bien mismo. Y desde entonces, esta Verdad o conocimiento que lo condujo a este nuevo estado o a esta nueva condición, queda relegada a *segundo* lugar porque ha cumplido con su misión de guía para que el hombre logre un nivel superior en sí mismo. Así, lo que fue *primero* deviene *segundo*, a fin de que lo *segundo* sea ahora lo *primero*. Ocurre una *reversión*. En primer término, la Verdad toma el lugar del Bien y luego éste el de aquélla. En realidad, los seis días de trabajo en el *génesis del hombre* y el séptimo día de descanso representan seis etapas a las que sigue el logro del Bien mismo que se llama sábado. Tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, se dicen muchas cosas acerca de la *reversión de este orden*, acerca de que los últimos serán los primeros y los primeros serán los últimos; y lo extraordinario es que esto no se haya aún comprendido de una manera más general en cuanto a la *psicología* subyacente en cualquiera de las verdaderas enseñanzas acerca del hombre y de su evolución interior. Las personas, sin embargo, se aterran a la Verdad como si fuese una finalidad en sí misma y así comienzan a sentir todas las diferencias de doctrina, ya sean religiosas o políticas. En el Antiguo Testamento nos encontramos con aquella extraña historia en la que Jacob imitó a Esaú y tomó su lugar; esto es sólo para citar un ejemplo de la Verdad que reemplaza al Bien. Jacob imitó a Esaú poniéndose piel de cabra en manos y cuello porque a su hermano se le representaba como un ser cubierto de pelo. Y fue hasta donde su padre, Isaac, que estaba muy ciego, llevando su ofrenda de un cabrito y le dijo: "Yo soy Esaú, tu primogénito; he hecho como me dijiste: levántate ahora y siéntate y come de mi caza para que me bendiga tu alma". E Isaac le dio la bendición que le tocaba a su hijo mayor, Esaú. El Bien viene primero, pues a Dios mismo se le define y se le puede siempre definir únicamente como Bien. De

suerte que es el primogénito. Pero a fin de poder llegar al Bien es necesario que primero haya Verdad, así es que Jacob toma el lugar de Esaú. Nuevamente tenemos aquella curiosa historia de Fares y Zara, los hijos mellizos de Judá:

"Y sucedió ... que sacó la mano el uno, y la partera tomó y ató a su mano un hilo de grana, diciendo: «Este salió primero». Empero fue que tornando él a meter la mano, he aquí su hermano salió; y ella dijo: «¿Por qué has hecho sobre tí rotura?» Y llamó su nombre Fares. Y después salió su hermano, el que tenía en su mano el hilo de grana y llamó su nombre Zara." (Génesis XXXVIII, 28-30.)

¿Por qué había de registrarse todo esto a menos que tuviera un significado más profundo que el aparente? De nuevo, tenemos la historia tan extraña de Manases, el primogénito, y de Efraín, el segundón, los hijos mellizos de José que fueron llevados a Jacob para ser benditos:

"Y tomólos José a ambos, Efraín a su diestra, a la siniestra de Israel; y a Manases a su izquierda, a la derecha de Israel... Entonces Israel extendió su diestra y púsola sobre la cabeza de Efraín, que era el menor, y su siniestra sobre la cabeza de Manases, colocando así sus manos adrede aunque Manases era el primogénito. (Jacob cruzó las manos.) Y dijo José a su padre: «No así, padre mío, porque éste es el primogénito; pon tu diestra sobre su cabeza». Mas su padre no quiso..." (Génesis XLVIII, 13, 14, 18, 19.)

Aquí tenemos un *cruce o reversión* de las manos. Si uno se da cuenta de que en cualquier forma de desarrollo interior la verdad tiene que venir primero y que el resultado es el Bien y que entonces éste viene antes y la Verdad después, se puede captar uno de los significados que tiene este *cruce de manos*. Todas estas alegorías se refieren a la situación psicológica del hombre que ahora habita la Tierra, con relación a sus posibilidades de evolución. En la actualidad el hombre no puede recibir la enseñanza del Bien directamente. Pero todavía es capaz de recibir la enseñanza del Bien a través del *conocimiento de la Verdad*.

Segunda Parte

¿Ha obrado alguna vez la humanidad basándose en el Bien? La antigua alegoría del Génesis donde se dice que "era entonces la Tierra de una lengua y de unas mismas palabras" es cosa que ya hemos estudiado. Se refiere a una época en la que el hombre

obraba por el Bien, porque únicamente el Bien puede proporcionar una lengua o un acuerdo común. Hubo un tiempo en la Tierra en el que los hombres no obraban en base a teorías acerca del bien y del mal, en base a diferentes ideas acerca de la Verdad, a distintas doctrinas, a diferentes aspectos del conocimiento. Obraban, ante todo, por el reconocimiento interior de lo que es bueno. Esto enlazaba a todos; pues el Bien es el único poder capaz de *unir*. Toda armonía proviene del Bien. En tanto el Bien era lo primero, todo lo demás carecía de importancia. El hombre podía tener esta o aquella opinión, la que mejor le acomodase, pero colocaba a Dios primero y por sobre todas las cosas. Así estaba siempre de acuerdo con todos aquellos que también colocaban primero al Bien en sus asuntos. La descripción de la humanidad que en un tiempo era *de una sola lengua* significa que hubo una etapa en el hombre durante la cual el Bien ocupaba el primer lugar, y así todos hablaban la misma lengua. Siguió a este tiempo uno de degeneración representado por la construcción de la Torre de Babel, destinada a llegar al cielo.

"Era entonces toda la Tierra de una lengua y de unas mismas palabras. Y aconteció que como se partieron de Oriente hallaron una vega en la tierra de Shinar y asentaron allí. Y dijeron los unos a los otros: «Vaya, hagamos ladrillos, cozámoslos con fuego». Y sirvió el ladrillo en lugar de piedra, y el betún en lugar de mezcla. Y dijeron: «Vamos, edifiquemos una ciudad y una torre cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre por si fuéremos esparcidos sobre la faz de la Tierra»." (Génesis XI, 1-4.)

Luego sigue una alegoría descriptiva de cómo empezaron a confundirse y esto se representa por medio de la diversidad de lenguas y la forma como fueron esparcidos.

El primer versículo: "Era entonces toda la Tierra de una lengua y de unas mismas palabras", significa que hubo un tiempo en que la humanidad mantenía cierto grado de unidad en la Tierra. El segundo versículo: "Y aconteció que como se partieron de Oriente, hallaron una vega en la tierra de Shinar y asentaron allí", significa que empezaron a alejarse de esta condición de unidad. "Se partieron de Oriente", o sea que se alejaron de la fuente de aquella condición de unidad y a la vez descendieron en el nivel de su ser. "Hallaron una vega... y asentaron allí." Comenzaron a inventar ciertas nociones ya que habían perdido todo contacto con la fuente original. "Vamos, hagamos ladrillo... y sirvió el ladrillo en lugar de piedra y el betún en lugar de mezcla." Como ya lo hemos estudiado, la piedra representa la Verdad. Ya no tenían la Verdad,

"sirvió el ladrillo en lugar de piedra", o sea algo hecho por el hombre y no por el Verbo de Dios. Tenían ladrillos en lugar de piedra. Habiendo perdido la piedra, o sea las verdades originalmente enseñadas, se propusieron cocer los ladrillos ellos mismos y construir por sus propias manos. Tenían betún en lugar de mezcla, o sea algo malo en lugar de algo bueno. Se proponían erigir una torre que llegase hasta el cielo, o sea elevarse por sí mismos hasta el nivel de Dios. Todo cuanto se hace se basa en el amor propio que siempre quiere elevarse pues el amor propio solamente busca el modo de poseer poder y ejercerlo sobre todas las cosas. Quiere exaltarse a sí mismo, y de esto proviene la imagen de una *torre* en la parábola. Todo esto y cuanto sigue significa que el hombre comenzó a pensar que *él mismo* era la fuente del Bien, y no Dios. Cometió el delito espiritual conocido con el nombre de *robo*, que es a lo que se refiere el octavo mandamiento, el de "no robar". El hombre se atribuyó a sí mismo aquello de lo cual él no era la causa. Y este *robo* psicológico ha continuado hasta hoy día en que ha alcanzado un notable crecimiento, tanto que las personas tácitamente se atribuyen a sí mismas todo, aun la vida. Y como resultado de este robo original, la humanidad ya no tiene un habla común. Ocurrió la "confusión de lenguas". Ya no había una lengua común, es decir que el hombre dejó de entender y de comprender a su prójimo, pues ya no tenía ningún punto de común comprensión con él, un punto como puede proporcionarlo únicamente la percepción del Bien. Babel reemplazó la unidad. Tal es el actual estado de cosas en el mundo. El hombre se lo atribuye todo a sí mismo y ya ha perdido el sentido de cualquier otra idea del universo, o del significado de la humanidad en la Tierra. Se atribuye mente, pensamiento, ser consciente, sentimiento, volición, vida, y, de hecho, virtualmente todo; se lo atribuye todo a *si mismo*, aun cuando es y siempre será incapaz de explicar cualquiera de estas cosas. Y la única explicación que hoy tiene del universo es que ocurrió por casualidad y que no tiene ningún sentido.

El Milagro en el Estanque de Bethesda

Este milagro se relata únicamente en el Evangelio de Juan. El lenguaje de este Evangelio posee un carácter emocional. Es un Evangelio sumamente extraño. Es un error el suponer que podemos entenderlo con leerlo una o dos veces. Nadie sabe a ciencia cierta quién es su autor, ni cuándo fue escrito. El retrato de Jesucristo que ofrece este Evangelio es muy diferente del que

dan los tres anteriores, los denominados sinópticos. A éstos se les llama sinópticos no porque fueran escritos por testigos presenciales ya que Lucas y Marcos jamás vieron a Cristo; sino porque, en cierto y vago modo, las narraciones históricas ven los hechos "ojo a ojo". Pero al llegar al Evangelio de Juan se hace obvio que su autor no hizo el menor esfuerzo por relatar el ministerio de Cristo en la Tierra como si fuese una narración histórica progresiva. ¿Quién fue este Juan cuyo nombre se ha unido a este Evangelio? ¿Cuándo se publicó? Nadie puede dar una respuesta cierta a estas preguntas. ¿Fue verdaderamente el autor de este Evangelio aquel discípulo Juan que apoyó su cabeza en el regazo de Jesús, el discípulo a quien Jesús amaba? Nuevamente nos hallamos con que es imposible dar una respuesta. Todo el lenguaje de este Evangelio es extraño y en cierto sentido la figura de Jesucristo aparece bajo una extraña luz. También son extraños los contados milagros que en él se relatan, comenzando por la transformación del agua en vino, que no figura en ninguno de los otros Evangelios. En el de Juan, los milagros se relatan con curiosa minuciosidad en el detalle. Entre otras cosas, se caracteriza por el uso del lenguaje numérico, o la numerología. Comencemos tomando la larga exposición del milagro realizado por Jesús en el estanque de Bethesda. Este milagro, se cita en el Evangelio por Juan, es el tercero que refiere. Le precede el de la transformación del agua en vino y la curación del hijo de un noble de Capernaum.

"Después de estas cosas, era un día de fiesta de los judíos, y subió Jesús a Jerusalén. Y hay en Jerusalén a la puerta del ganado un estanque, que en hebraico es llamado Bethesda, el cual tiene cinco portales. En éstos yacía multitud de enfermos, ciegos, cojos, secos, que estaban esperando el movimiento del agua. Porque un ángel descendía a cierto tiempo al estanque y revolvía el agua; y el que primero descendía en el estanque después del movimiento del agua, era sano de cualquier enfermedad que tuviese. Y estaba allí un hombre que había treinta y ocho años que se hallaba enfermo. Como Jesús vio a éste echado y entendió que ya había mucho tiempo, dícele: «¿Quieres ser sano?» «Señor, le respondió el enfermo, no tengo hombre que me meta en el estanque cuando el agua fuera revuelta; porque entre tanto que yo vengo, otro antes de mí ha descendido.» Dícele Jesús: «Levántate, toma tu lecho, y anda». Y luego, aquel hombre fue sano, y tomó su lecho, e {base. Y era sábado aquel día. Entonces los judíos decían a aquel que había sido sanado: «Sábado es, no te es lícito llevar tu lecho».

Respondióles: «El que me sanó, él mismo me dijo: toma tu lecho y anda». Preguntáronle entonces: «¿Quién es el que te dijo toma tu lecho y anda?» Y el que había sido sanado no sabía quién fuese; porque Jesús se había apartado de la gente que estaba en aquel lugar. Después le halló Jesús en el templo y díjole: «He aquí que has sido sanado; no peques más porque no te venga alguna cosa peor». El se fue y dio aviso a los judíos, que Jesús era el que le había sanado. Y por esta causa los judíos perseguían a Jesús, y procuraban matarle, porque hacía estas cosas en sábadó. Y Jesús les respondió: «Mi Padre hasta ahora obra, y yo obro». Entonces, por tanto, más procuraban los judíos matarle, porque no sólo quebrantaba el sábadó, sino que también a su padre llamaba Dios, haciéndole igual a Dios.» (Juan V, 118.)

Este milagro está dividido en dos partes. La primera trata acerca del milagro propiamente, y la segunda acerca de la reacción de los judíos ante el milagro. Pero la primera parte nuevamente está dividida en dos. Jesús dice al hombre; "¿Quieres ser sano?" Luego le dice: "Levántate, toma tu lecho, y anda". Ahora, estudiemos las diversas cosas dichas antes que el milagro ocurriera, pues podemos tener la seguridad de que, con relación al antiguo lenguaje de las parábolas, todo cuanto se dice en este episodio tiene un significado particular. Hay una multitud que yace enferma en cierto lugar que se llama "la puerta del ganado" y tiene cinco portales. En estos cinco portales hay una multitud de ciegos, cojos, secos, etc., que representan estados psicológicos. Ahora bien; en los milagros que registra el Evangelio de Juan, el número *cinco* ocurre nuevamente con relación a la mujer de Samaria, aquella que tenía cinco maridos y a quien Cristo habló al lado del pozo de agua. Le dijo que había tenido cinco maridos y que el actual no era el verdadero; luego le habló del "agua viva", o sea de la Verdad viviente que, según dijo Cristo, si alguien bebiera de ella jamás volvería a sufrir sed. Y ella le dijo:

"Señor, dame de esta agua para. que no tenga sed ni venga acá a sacarla" (Juan XIV, 15).

Cuando recibimos una enseñanza que no está destinada al mundo exterior, o sea una enseñanza que no es de los cinco sentidos y que nos subyuga al mundo exterior, al mundo sensorial, es sumamente difícil de admitirse. Y aun si la aceptamos, continuamos viviendo muy allegados a los sentidos, los que no podemos evitar de tomar por la *realidad*. Por ejemplo, los sentidos nos dan tiempo y espacio, pensamos en términos de tiempo y de

espacio y no podemos ir más allá de este pensamiento sensorio. Nuestro intelecto más profundo yace mucho más allá de todo tiempo y espacio. Pero, por así decirlo, nuestro entendimiento ordinario está formado en términos de tiempo y en términos de espacio, y no sabemos cómo pensar de *una nueva manera*, no sabemos cómo hacerlo fuera de las categorías sensorias. Aun cuando admitimos la idea de la eternidad, en la que no hay ni tiempo ni espacio, no podemos captar su significado eterno porque no nos es posible pensar en términos de una realidad sin tiempo y espacio. Estamos tan allegados a los cinco portales de los sentidos, que, a pesar de conocer una nueva enseñanza y aun de ver su Verdad, no podemos alejarnos del poder del mundo exterior y de la realidad que acerca de él nos proporcionan los sentidos. Aquí es pues donde yace aquella multitud de los que han entrado por los cinco portales del ganado y que se mantienen cerca de las puertas de los cinco sentidos. Y todos están mutilados, ya no están ni en un mundo ni en el otro. Se hallan enfermos, ciegos, cojos, secos, pues psicológicamente no pueden moverse en un sentido u otro. Sin embargo, sus ojos están fijos en las milagrosas aguas del estanque que a veces un ángel revolvía dándole vida, y que, uno por uno, iban quedando sanos según el poder que tuviesen para entrar en él cuando descendía el ángel. El estanque, o sea las aguas, significa siempre en las parábolas la Verdad del Verbo. Toda esta multitud reunida en tomo a la Verdad del Verbo de Dios no puede entrar debidamente al estanque. Se hallan todos demasiado cerca, demasiado allegados a las realidades de la vida, a las apariencias visibles de las cosas, o sea que están muy próximos al *pensamiento que se fundamenta en los sentidos*. Nosotros somos como esta multitud que figura en el milagro y que yace cerca de los cinco portales a la espera de algo que convierta su creencia en un significado vivo. Aquí están todos los que han aceptado la Verdad de un orden superior que exige una nueva manera de pensar; han aceptado *el Verbo*, la Verdad acerca de la evolución interior y del renacimiento, pero *no lo pueden realizar*. Yacen cerca de la Verdad natural y, sin embargo, miran hacia la Verdad espiritual y se encuentran, por así decirlo, entre dos órdenes de Verdad —la de los sentidos y la del Verbo de Dios—. De modo, pues, que el hombre aparece representado en este milagro como un enfermo en cama. Psicológicamente, el hombre está acostado en sus creencias y en sus opiniones. Se halla acostado en la Verdad que ha recibido, pero no puede andar en ella, o sea que no puede vivirla ni hacerla. De modo que Cristo le dice: "Toma tu lecho, y *anda*". Cristo representa acá el poder que es dable otorgarse al hombre para que ande, viva y haga lo que conoce como Verdad. Jesús ocupa el lugar

del ángel que revuelve las aguas de la Verdad, convirtiéndolas en Verdad viviente. En los milagros, Jesús siempre representa el poder del Bien que obra sobre la Verdad dándole vida. El hombre puede darle vida a la Verdad solamente cuando percibe su Bien; si percibe el Bien de la Verdad que le ha sido enseñada actuará espontáneamente y movido por su propio arbitrio. En su intimidad, el hombre es tanto su Verdad como su voluntad. Como Verdad, el hombre obra con lentitud desde la Verdad misma. Pero si percibe el Bien de esta Verdad obrará instantáneamente de lo que percibe como Bien. Pero será renuente para obrar en base a lo que ve únicamente como Verdad. La *integridad* del hombre es su Verdad y su voluntad que pasa al Bien de la Verdad. Esta es la razón por la cual el hombre del milagro del estanque de Bethesda le dice a Jesús cuando éste le pregunta si quiere ser sano (íntegro o quedar integrado) : "Señor, no tengo hombre que me meta en el estanque cuando el agua fuera revuelta; porque entre tanto que yo vengo, otro antes que mi ha descendido". En esta forma describe su enfermedad, aquella que lo hace un enfermo psicológico, lo que le tiene ciego, cojo. Siempre está atrasado, es demasiado *lento*; siempre llega en *segundo* lugar, nunca llega primero. El hombre que solamente obra partiendo de la Verdad actúa de lo que es segundo en él, no de lo que es lo primero. Si obra de su voluntad actúa desde lo que en él es primero. Y Jesús, en el milagro, le da el poder de obrar de su voluntad; o sea que le da el poder de levantar el lecho de la Verdad en que está acostado, y andar, y obrar y vivir en ella. Jesús le separa del mundo, le separa del poder de los sentidos y le hace ver en forma viviente la Verdad que le fue enseñada. De este modo el hombre queda curado, queda sano de su enfermedad psicológica. Y esta enfermedad psicológica es la Verdad superior paralizada por la Verdad inferior. Todo esto fue hecho en un sábado, o sea en un día que en el lenguaje de las parábolas significa una jornada completa de separación del mundo y de sus preocupaciones.

Segunda Parte

En los Evangelios, las palabras *Cristo* y *Jesús* tienen significados diferentes. Pero podemos estar seguros de que cada palabra que se usa en los Evangelios tiene un significado especial, relativo al antiguo lenguaje de las parábolas. *Jesús* tiene un significado y *Cristo* posee uno distinto. El nombre *Jesucristo* se usa sólo dos veces, y en cada caso únicamente en el Evangelio por Juan. Todas las demás veces se utiliza la palabra *Jesús*, o la palabra *Cristo*. Ahora bien; Cristo se refiere al aspecto de la Verdad

del Verbo de Dios, o sea a la Verdad que puede guiar al hombre a su propia evolución interior. Y el vocablo *Jesús* siempre se refiere al Bien de la Verdad. El Bien y la Verdad están unidos en el término *Jesucristo*. Conforme a las palabras de Juan,

"la Gracia y la Verdad por Jesucristo fue hecha" (Juan I, 17).

El Evangelio de Juan está escrito desde el Bien, o sea la unión o la boda del Bien con la Verdad. Por este motivo, al comienzo mismo del Evangelio de Juan se establece el contraste de la "Gracia y la Verdad de Jesucristo" con la Verdad (la "Ley de Moisés") representada por Juan Bautista. Casi inmediatamente después se citan las bodas de Cana de Galilea con el milagro de la transformación del agua en vino.

En la parábola acerca del hombre milagrosamente sanado en el estanque de Bethesda, se dice que *Jesús le habló*. Significa esto que el Bien del conocimiento que el hombre ya poseía le habló interiormente. Toda enseñanza que corresponde al nivel superior del hombre tiene que ser iniciada con el aspecto de la Verdad antes que pueda comprenderse su Bien. Aquí, Jesús actúa como el Bien de la enseñanza acerca de la evolución propia, algo que el hombre enfermo conocía porque no estaba totalmente entregado a la vida exterior, sino que se había retraído de su poder, de suerte que se encontraba tras los cinco portales de los sentidos y mirando anhelante las milagrosas aguas que podían sanarle. Jesús da a este hombre *la voluntad de obrar* conforme a lo que ya conoce como Verdad, haciéndole ver el Bien de ello. Y como toda Verdad, para que sea tal, debe encaminar a su propio Bien, y como esto ocurre por etapas, paso a paso hasta que la comprensión de la Verdad conduce al Bien final de sí misma, se dice que *Jesús*, representando la comprensión del Bien final de la, Verdad, también cura o sana al final o en el séptimo día. Representando el Bien de la enseñanza de Cristo, Jesús sana en el sábado. Los judíos aparecen objetando este hecho; y se les presenta en esta actitud por muchas razones, una de las cuales es que se trata de gente que se sujeta únicamente a la Verdad, sin importarle el Bien a que puede conducirlo. Pero este pasaje no se refiere a los judíos como a un pueblo que se aferra literalmente a las leyes mosaicas. Significa que se trata de personas que no pueden ir más allá del conocimiento en sí mismo, y que discuten y argumentan apoyándose únicamente en la Verdad, en las doctrinas y en las teorías, y el Bien por sí mismo no les interesa para nada. El Bien que produce el conocimiento, el Bien de la Verdad, es un estado o condición sumamente difícil de alcanzar. Pero una vez que el hombre lo obtiene, comienza a obrar desde la etapa final de la

Verdad, que es la primera etapa del Bien; en esta etapa, el significado y el sentido inferior y la conexión de todo lo que paso a paso se le ha enseñado, se convierte en una realización. Entonces es cuando la Verdad queda transformada en el *Bien de sí misma*. Aquí el hombre ya deja de pensar en las etapas de la Verdad que le condujeron a este nivel superior del Bien; es ésta una clara percepción interna de todo cuanto es el Bien de lo que ha aprendido. Ahora actuará instantáneamente a través del sentimiento del Bien. No tendrá que consultar ni recordar la Verdad. Si la Verdad, si el conocimiento no conduce a la *bondad* o al *uso* de él, que es su socio genuino, ¿para qué estudiar cualquier verdad, cualesquier conocimientos? El saber es algo interminable a menos que conduzca a su propia meta, que es el Bien. Este es la culminación de la Verdad. De tal manera, pues, que Jesús como Bien se localiza en la culminación de la Verdad, se encuentra ahí donde la Verdad pasa a la percepción de su propio Bien y encuentra su verdadera unión. Aquí, como tal, siempre realiza los milagros que transforman la Verdad en Bien, de modo que sana a los enfermos, a los cojos, a los secos, a los ciegos, o sea a quienes se apoyan únicamente en la Verdad y no pueden siquiera comenzar a ver que toda doctrina, toda Verdad, todo conocimiento tiene que conducir al Bien si va a tener algún significado. Seguir el camino del conocimiento por el conocimiento mismo es sencillamente no comprender el significado de la vida y de sí mismo, y tampoco el del universo. Pues si se le entiende psicológicamente, el universo es tanto el Bien como la Verdad de las cosas. Cuando el hombre obra del Bien de cualquier cosa que conozca, lo hará directamente de su propia voluntad, de lo que en lo íntimo quiere, porque todos *queremos* el Bien pero *pensamos* la Verdad.

En el milagro del estanque de Bethesda, el hombre, que únicamente sentía la Verdad de una enseñanza más allá de la vida de este mundo, no podía conseguir que su voluntad o su sentido del Bien obrase *primero*. Yacía demasiado cerca de lo sensorio, demasiado cerca del significado literal del Verbo de Dios. Pero miraba hacia el sentido de lo milagroso, veía el estanque cuyas aguas las removía un ángel; mas no podía asirlo. Yacía acostado *en la Verdad*, pero no podía *andar* erguido en ella. El hombre observó el Bien de todo cuando sólo conocía como Verdad. Después, su voluntad y su deseo pasaron a todo cuanto sabía y así comenzó a vivir su Verdad como el Bien. La Verdad viene primero, porque así tiene que ser. El hombre tiene que aprender *primero* la Verdad. Pero el Bien de la Verdad es antes que ésta misma, pues toda Verdad únicamente puede venir del Bien. De suerte que la Verdad

es en realidad después de su propio Bien. Pero en el tiempo y el espacio el hombre tiene que aprender todas las cosas al revés; tenemos que aprender la Verdad antes de poder percibir y alcanzar su Bien. El hombre que yacía en la Verdad al borde del estanque de Bethesda había colocado la Verdad *primero* y seguía haciéndolo, de modo que siempre estaba en *segundo* lugar, siempre estaba atrasado. Y se hallaba en segundo lugar porque había puesto la Verdad primero. Jesús, como la realización del Bien de la Verdad, le curó. Entonces el hombre puso el Bien primero y la Verdad segundo, y fue sanado. Este milagro trata acerca de la profunda cuestión de los primeros, los postreros y su reversión. Y esta reversión hace que el Bien sea lo primero y la Verdad lo segundo. Entonces el hombre queda *íntegramente sano* por cuanto la *integridad* de la Verdad estriba en darse plena cuenta de su propio Bien. Más que cualquier otra cosa, este milagro significa que por mucho que el hombre conozca la Verdad, por mucho que sepa, no puede obrar de ella con su voluntad a menos que vea su Bien; y ésta es la única etapa de la Verdad que se llama el sábado en la que el Bien llega primero. De modo que el hombre *peca* al permanecer en la Verdad únicamente, tomando la Verdad como lo primero. Yerra su meta al tomar la Verdad como si fuese una finalidad en sí misma. Coloca la Verdad antes, pero no la coloca como un mero medio para llegar al Bien. De esta suerte. Jesús le dice: "No peques más". En el griego, esto significa: "No yerres más el blanco". Traducido del griego, *pecar* quiere decir "*errar el blanco*". Y en esta parábola o milagro, errar el blanco o "pecar" se refiere al hecho de poner la Verdad primero y no advertir que se trata tan sólo de un medio para llegar a un objetivo, para dar en un blanco el cual es el Bien de la Verdad y la práctica de la Verdad partiendo del Bien hacia el que ella conduce al hombre, y no partiendo de la Verdad misma como mera Verdad, como una mera doctrina o ritual. El hombre que obra únicamente desde la Verdad, desde la doctrina, desde el ritual, es un hombre que *peca*. O sea que es un hombre que pasa por alto la idea misma de toda enseñanza acerca de la evolución interior, acerca del renacimiento, acerca de la regeneración. Pasa por alto el objetivo mismo de los Evangelios. Consideremos durante un momento a todos aquellos que en la historia han actuado desde la Verdad, pero sin su Bien. Consideremos la historia religiosa y todos sus horrores, sus odios. Y luego pensemos que el verdadero sentido del *pecado es errar el blanco*. Jesús sanó al hombre enfermo en el estanque de Bethesda (que significa la Casa de la Misericordia). Cuando en el hombre viene primero el Bien, actúa desde la misericordia y de la gracia. Entonces sana íntegramente, queda integrado. Y una vez integrado

ya no puede errar el blanco. Cuando Jesús se aleja de él, tras haberle sanado, le dice: "He aquí, has sido sanado; no peques más".

El buen samaritano

Puede, hasta cierto punto, aducirse que cuando hace frío y echamos otro trozo de leña al fuego, estamos pidiendo el Bien. No esperamos ninguna recompensa fuera del Bien mismo de la acción. Pero nada hay más difícil de entender que el significado de obrar desde el Bien en el sentido en que lo presentan los Evangelios, aun cuando su significado es tan práctico y tan libre de sentimentalismos como el acto de echar un trozo más de leña al fuego. Fácil es asir el significado de obrar desde la Verdad. Pero, en sí misma, la Verdad es inmisericorde; y aquellos que únicamente actúan desde la Verdad son capaces de causarle los peores daños al prójimo.

Echemos un vistazo a la parábola del Buen Samaritano, que es la que quizá mayor efecto haya tenido sobre la humanidad. Lo que es más, ninguna otra parábola ha llegado, como ésta, a convertirse en propiedad común. Es la más conocida de todas. Se la puede entender tal cual está expuesta. La parábola del Buen Samaritano se refiere a *obrar desde el Bien* y no desde la Verdad. Un judío yace herido por ladrones en el peligroso camino de Jerusalén a Jericó. Pasa un sacerdote judío y pasa un levita, y ninguno de ellos le ayuda. Luego pasa un Samaritano, y aun cuando judíos y samaritanos nada tienen que ver los unos con los otros en el sentido de la Verdad, el samaritano se detiene, alivia las heridas del judío. Se da esta parábola presentando a un abogado que pretende tentar a Cristo y le pregunta qué es lo que debe hacer a fin de heredar la vida eterna.

"Y he aquí, un doctor de la ley se levantó, tentándole y diciendo: «Maestro, ¿haciendo qué cosa poseeré la vida eterna?» Y él le dijo: «¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees?» Y él respondiendo dijo: «Amarás al Señor tu Dios de todo corazón y de toda tu alma y de todas tus fuerzas y de todo tu entendimiento; y a tu prójimo como a ti mismo». Y díjole: «Bien has respondido: haz esto y vivirás». Mas él, queriéndose justificar a sí mismo, dijo a Jesús: «¿Y quién es mi prójimo?» Y respondiendo, Jesús dijo: «Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de ladrones, los cuales le despojaron; e hiriéndole, se fueron, dejándole medio muerto. Y aconteció que descendió un sacerdote por aquel camino, y viéndole, se pasó

de un lado. Y asimismo un levita, llegando cerca de aquel lugar, y viéndole, se pasó de un lado. Mas un samaritano que transitaba, viniendo cerca de él y viéndole, fue movido a misericordia; y llegándose vendó sus heridas echándole aceite y vino; y poniéndole sobre su cabalgadura, llevólo al mesón y cuidó de él. Y otro día al partir, sacó dos denarios y diólos al huésped, y le dijo: cuidámelo, y todo lo que de más gastares, yo cuando vuelva te lo pagaré. ¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo de aquel que cayó en manos de los ladrones?» Y él dijo: «El que usó con él de misericordia». Entonces Jesús le dijo: «Ve y haz tu lo mismo»." (Luc. X, 25-37.)

Obrar por compasión, obrar movido de misericordia, es hacerlo desde el Bien mismo y no por una idea de recompensa. Por sí misma la Verdad nada tiene que ver con la compasión, con la misericordia. En el nombre de la Verdad se han cometido los actos más inmisericordes y los más atroces. Por cuanto la Verdad separada del Bien no tiene nada de real en sí. No tiene nada que la contrarreste, nada que la una y le dé un *verdadero ser*.

Los Obreros de la Viña

En más de una oportunidad Cristo utiliza la frase: "Mas muchos primeros serán postreros, y postreros, primeros". En una parte estas palabras se usan tras haber los discípulos expresado la idea de que el reino de los cielos es terrenal, conforme a las apariencias de las cosas con que están familiarizados en este mundo. Cristo ha estado explicando cuan difícil es que un *rico* entre al reino. Cristo habla de *ser rico*, y establece un contraste con los niños que aún son inocentes porque todavía no han adquirido ninguna de aquellas falsas nociones acerca de sí mismos. Los discípulos han tomado sus palabras de modo literal. Pedro exclama: "He aquí, nosotros hemos dejado todo, y te hemos seguido. ¿Qué, pues, tendremos?" Esta es justamente la pregunta que hacen todos los que no comprenden nada. ¿Qué, pues, tendremos?

Lo exigen como si ya tuviesen algo, como si ya fuesen efectivamente ricos. Cristo les contesta de acuerdo a su nivel de comprensión. Les promete que se sentarán en tronos y juzgarán a las tribus de Israel. Lo dice irónicamente, pero la ironía queda velada en vista de lo que va a decir a continuación. Y responde:

"De cierto os digo que vosotros que me habéis seguido en la regeneración, cuando se sentará el Hijo del Hombre en el trono

de su gloria, vosotros también os sentaréis sobre doce tronos para juzgar a las tribus de Israel" (Mat. XIX, 28).

Luego, y como si lo hubiese ponderado un poco más, agrega:

"Mas muchos primeros serán postreros, y postreros, primeros" (Mat. XIX, 30).

É inmediatamente empieza a contradecirlo todo, debido a que los discípulos están faltos de comprensión acerca de lo que es el reino y de lo que el hombre tiene que *ser* para poder entrar en él. En una parábola les muestra cómo todas las ideas terrenales acerca de ser primero, acerca de las recompensas y de lo que llamamos justicia y precedencia, sencillamente no existen en aquel nivel de comprensión que es el reino.

"Mas muchos primeros serán postreros, y postreros, primeros. Porque el reino de los cielos es semejante a un hombre, padre de familia, que salió por la mañana a ajustar obreros para su viña. Y habiéndose concertado con los obreros en un denario al día, los envió a su viña. Y saliendo cerca de la hora de las tres, vio otros que estaban en la plaza ociosos; y les dijo: «Id también vosotros a mi viña y os daré lo que fuere justo». Y ellos fueron. Salió otra vez cerca de las horas sexta y nona, e hizo lo mismo. Y saliendo cerca de la hora undécima halló otros que estaban ociosos; y álceles: «¿Por qué estáis aquí todo el día ociosos?» Dícenle: «Porque nadie nos ha ajustado». Díceles: «Id también vosotros a la viña y recibiréis lo que fuere justo». Y cuando fue la tarde del día, el señor de la viña dijo a su mayordomo: «Llama a los obreros y págalos el jornal, comenzando desde los postreros hasta los primeros». Y viniendo los que habían ido cerca de la hora undécima, recibieron cada uno un denario. Y viniendo también los primeros, pensaron que habían de recibir más; pero también ellos recibieron cada uno un denario. Y tomándolo, murmuraban contra el padre de familia. Diciendo: «Estos postreros sólo han trabajado una hora y los has hecho iguales a nosotros, que hemos llevado la carga y el calor del día». Y él, respondiendo, dijo a uno de ellos: «Amigo, no te hago agravio; ¿no te concertaste conmigo por un denario? Toma lo que es tuyo y vete; mas quiero dar a este postrero como a ti. ¿No me es lícito a mí hacer lo que quiero con lo mío? o ¿es malo tu ojo porque yo soy bueno?» Así los primeros serán postreros y los postreros, primeros; porque muchos son llamados, mas pocos escogidos." (Mat. XIX, 30; XX, 16.)

Esta parábola es la verdadera respuesta a la interpretación de

Pedro: "¿Qué, pues, tendremos?" Cristo les dice que el reino de los cielos no es como ellos lo imaginan y que es imposible pensar acerca de lo que se tendrá con relación al cielo. No es algo que pueda pensarse en términos de recompensa según lo entiende el hombre. Pensar en el reino de los cielos como si fuese un lugar donde se le dará a los hombres un trono, y poder y autoridad sobre los demás; considerar que puede ser una recompensa por lo que hayan dejado en su vida es sencillamente creer en base a ideas que nada tienen que ver con el reino. El reino de los cielos es muy distinto a cualquier cosa de la Tierra, muy diferente a cualquier cosa que se pueda pensar. Se necesita un nuevo entendimiento, otra comprensión. Y ésta es una comprensión que el hombre que vive en un nivel "terrenal" sencillamente no posee. De modo que Cristo con frecuencia empieza diciendo: "El reino de los cielos es semejante a..." E introduce una idea nueva en cada parábola, una idea que nadie en la Tierra poseería naturalmente ni podría obtenerla de sí mismo. Pues al pasar del nivel de comprensión que técnicamente se llama "Tierra" en los Evangelios, a aquel que se denomina "Cielo", también tiene que cambiar necesariamente la base de todos los pensamientos del hombre. Pero nadie puede cambiar sus pensamientos si no dispone de nuevas ideas, pues el hombre siempre piensa en base a sus ideas. Y nadie puede discurrir de una manera nueva en base a ideas viejas. No puede haber un *cambio de mente*, no puede haber "arrepentimiento" si los conceptos del hombre quedan al nivel de la "Tierra" donde toda idea tiene por base una apariencia, o la manera como se ven las cosas. A fin de poder entender algo acerca del reino, el hombre tiene que dejar atrás sus ideas naturales, tiene que trascenderlas. Pues si bien con éstas le es posible el entendimiento del mundo y sus reinos, no puede entender el nivel superior que es el reino de los cielos. No puede ni siquiera comenzar a comprender la cosa más chica acerca de él, pues un nivel inferior no puede comprender a uno superior.

¿Cuál es la idea central de esta difícil parábola de los obreros en la viña, el punto que es por completo nuevo y extraño, y que no corresponde a ninguna de nuestras ideas naturales? Lo que más directamente hiere nuestro nivel de comprensión es *la injusticia* que ella contiene. Según nuestra comprensión corriente, aquellos que más trabajaron son quienes más paga deberían haber recibido. No cabe duda que algunos de los discípulos pensaron de esta manera, y creían haber sido llamados los primeros a trabajar en la viña que representa la enseñanza de Cristo en la Tierra. La enseñanza había sido dada en primer término a los judíos y los discípulos. Y era solamente natural que estos últimos esperasen la

mayor recompensa. La idea es natural. Pero a fin de comprender el *significado psicológico* de esta parábola es necesario captar la idea central, pues toda parábola contiene algo que no es natural, una idea que hasta puede contradecir cualquier idea natural que nosotros tengamos. Fácil es entender el parecer que los discípulos tenían sobre el reino. Era una idea natural, una idea derivada de la misma, y esto lo sabía Cristo y les contestó en términos correspondientes al decirles que se sentarían en tronos y juzgarían al prójimo. Pero esta parábola no puede relacionarse con ninguna idea natural. Lo más poderoso que podemos tener son nuestras ideas de justicia e injusticia. Son ellas las que más nos agitan. Y el punto de vista humano lo retrata la forma como los obreros contratados primero esperaban recibir una mayor paga y murmuraban contra el padre de familia, comentando: "Estos postreros sólo han trabajado una hora y los has hecho iguales a nosotros que llevamos la carga y el calor del día". Y la contestación es: "Amigo, no te hago agravio. ¿No te concertaste conmigo por un denario?" Y no puede haber duda alguna que ellos hubiesen dicho: "Sí, pero es que no sabíamos lo que iba a suceder. Esto es una injusticia". ¿Cuál es la clave de esta parábola? Se encuentra en el pasaje precedente y en la parábola misma. Yace en la definición que se da del padre de familia a cuya viña fueron llamados los obreros, poco a poco. ¿Quién es el padre de familia que está frente a todo? Es el *Bien*. Se le define cuando dice: "Yo soy bueno". El padre de familia aparece diciendo: "¿No me es lícito a mí hacer lo que quiero con lo mío?, o ¿es malo tu ojo porque *yo soy bueno?*" Toda la parábola se refiere a la idea de obrar en base al Bien y no por deseo de recompensa. Porque si el hombre obra del Bien mismo dejará de buscar recompensa, pues no actuará por amor propio o por la idea de mérito. Obrar por el Bien iguala a todos los que así lo hacen. Obrar debido a la comprensión del Bien de lo que uno hace no puede producir ningún sentimiento de rivalidad o envidia. Ni puede crear sentimiento alguno en el sentido de que se deba esperar una recompensa, porque cualquier acción hecha por el Bien mismo es su propia recompensa. Y obrar por la comprensión del Bien de lo que uno hace, nada tiene que ver con la duración del servicio ni el periodo de tiempo, pues el Bien está por encima del tiempo. Pues a Dios se le dice llamándole el Bien, y Dios está fuera de todo tiempo. La fuente del Bien está fuera del tiempo, está en la eternidad. La parábola trata acerca de los valores eternos; no trata acerca del tiempo. Nada tiene que ver con nuestras ideas naturales, las cuales son derivadas del tiempo y de la eternidad. Un poco más adelante hay un pasaje en el que un hombre rico se acerca a Cristo y le dice: "Maestro bueno, ¿qué bien

haré para tener la vida eterna?" Y la respuesta es: "¿Por qué me llamas bueno? Ninguno es bueno sino uno; es, a saber, Dios". Solamente Dios es bueno; ningún hombre es bueno. Toda la bondad, todo lo que es bueno, la bondad de cualquier cosa, cualquiera que sea, viene de Dios. El hombre rico es rico porque cree que ha cumplido con todos los mandamientos. Se siente lleno de méritos. Se considera justificado y por lo tanto es rico, pues ha obrado en base a la Verdad al observar todos los mandamientos: sin embargo, no se siente muy seguro, pues empieza a preguntar acerca del Bien y cómo obrar del Bien. "¿Qué cosa buena haré?" En uno de los relatos se dice que Jesús lo miró y lo amó. La Verdad viene primero y el Bien después. Luego se invierte el orden y el Bien queda primero y la Verdad después, cuando el hombre obra por el Bien. Y al hombre rico se le dice que vaya y *venda* todo cuanto tiene y que siga a Jesús. A fin de poder obrar por el Bien en lugar de por la Verdad, el hombre tiene que vender todo sentimiento de mérito, de la valorización de sí mismo, toda opinión de la propia bondad, todo sentido de que él es el primero. Pues si piensa que es bueno; actuará de sí y por sí mismo, obrará por amor propio y por eso se manifiesta que sólo Dios es bueno. En Lucas se dice:

"Ninguno hay bueno, sino sólo Dios" (Luc. XVIII, 19).

Todo Bien proviene de Dios y no del hombre. Si el hombre piensa que ya *es bueno*, comenzará inevitablemente a buscar alguna recompensa por todo cuanto hace, pues se adjudicará todo el Bien en sí mismo. No ve que el Bien es una fuerza que sobrepasa a todas las cosas. Considerará y sentirá que él ha obrado bien, tanto más si hubiera dado algo para cumplir con una buena acción. Será como Pedro, quien dijo: "He aquí, nosotros hemos dejado todo y te hemos seguido. ¿Qué, pues, tendremos?" Y al pensar en la parábola de los obreros y todo lo que viene después, se hace claro que los discípulos no comprendieron su significado, pues unos cuantos versículos más adelante se indignan porque la madre de los hijos de Zebedeo llega hasta Jesús y le pregunta si sus hijos podrán sentarse a la diestra el uno y a la izquierda el otro, en el reino de los cielos. Y es que todavía piensan en términos de recompensa y de poder. Cristo llama a los discípulos y les dice:

"Sabéis que los príncipes de los gentiles se enseñorearon sobre ellos, y los que son grandes ejercen sobre ellos su potestad. Mas entre vosotros no será así; sino el que quisiese entre vosotros hacerse grande, será vuestro servidor. Y el que quisiese entre vosotros ser el primero, será vuestro siervo." (Mat.

XX, 25-27.)

Y él ya ha dado una explicación acerca del significado de esto, o sea que si un hombre comienza a obrar por el Bien de lo que hace y ama el Bien mismo, servirá a éste, se hará a sí mismo un servidor del Bien; y todas las ideas de autoridad, de lugar y posición, todas las ideas de superioridad sobre los demás, toda rivalidad, toda envidia personal, todo celo y todas las ideas humanas de justicia e injusticia sencillamente dejarán de existir para él. Pues el Bien no es una persona, y obrar por la comprensión del Bien de lo que uno hace y disfrutarlo, es actuar más allá de cualquier cosa personal.

Capítulo V - La Idea de la Justicia en los Evangelios

Primera Parte

Tomemos algunos ejemplos de los Evangelios en cuanto a la enseñanza de Cristo sobre lo que se necesita hacer a fin de llegar a un nivel superior del hombre. Y a la vez tratemos de encontrar algún significado para una o dos frases que Cristo usa y cuyo sentido no está del todo claro. En una parte Cristo dice:

"Porque os digo que si vuestra justicia no fuese mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos." (Mat. V, 20.)

Esta es una declaración precisa que tiene un significado igualmente preciso. ¿Qué denota la justicia y qué quiere decir esto de que tiene que ser *mayor* a la de escribas y fariseos? La palabra traducida en esta cita y que dice "mayor", implica en el original algo "que está por encima y por sobre", o sea que se trata de algo notable, algo que está fuera de lo común. No implica que haya de aumentarse la *misma* clase de justicia de escribas y fariseos. Se trata de que el hombre tiene que poseer otra justicia, una justicia más notable, más desusada; una justicia que esté por encima de la común y corriente. El término justicia, que acá también significa virtud, se utilizaba en el entendimiento primitivo para describir a quien observaba todas las reglas y costumbres de la sociedad en que vivía. Un hombre se comportaba justamente con la mera observación de las leyes. Entre los judíos, la virtud o justicia era cuestión de observar todos los minuciosos detalles de la ley levítica en cuanto a las ceremonias, los ritos, las purificaciones externas, los diezmos, etc. Cristo atacó muchas veces esta forma de justicia exterior, de virtud ostensible. Era una falsa justicia en los términos de la enseñanza de Cristo, porque se hacía "delante de los hombres". No tenía más objetivo que el de aparentar una rectitud exterior ante los ojos de las personas. Cristo dijo:

"Mirad que no hagáis vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos de ellos; de otra manera no tendréis merced de vuestro Padre que está en los cielos. Cuando, pues, haces limosna, no hagas tocar la trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las plazas, para ser estimados de los hombres: de cierto os digo que ya tienen su recompensa. Mas cuando tú haces limosna no sepa tu izquierda

lo que hace tu derecha para que sea tu limosna en secreto, y tu Padre que ve en secreto, él te recompensará." (Mat. VI, 14.)

En este pasaje, Cristo dice que la práctica de esta forma de justicia exterior mantiene al hombre sujeto al nivel o condición en que se halla, sujeto a su particular voluntad y a la admiración de sí mismo. Cristo enseña el modo como el hombre puede evolucionar, como puede convertirse en un nuevo hombre. Al atacar la forma de justicia y virtud que corresponde a escribas y fariseos, ataca el nivel del hombre en el que todo se hace por mérito personal y no por la obra misma. Un hombre así se justifica por sus propias obras y su conducta exterior particular. Justificarse a sí mismo significa declararse libre de culpa. En toda persona ocurre un complicado proceso mental que está trabajando continuamente y cuyo objetivo es hacer que el hombre se considere siempre en la razón, siempre en lo justo y que no tiene culpa alguna. A menos que haya comenzado a tomar una conciencia más profunda que aquella conformidad con costumbres y leyes, con la manutención de las apariencias, o con aquello que llamamos "no perder la cara", no importa lo que haya hecho, sea lo que fuere, siempre se justificará a sí mismo a fin de que esta justicia *exterior* permanezca incólume a los ojos del mundo, o sea "ante los hombres". Y esto lo sujeta en cierto grado de su desarrollo. Esta es la razón por la que Cristo ataca semejante sentimiento de justicia. El objetivo de la enseñanza que imparten los Evangelios es que el hombre debe desarrollarse interiormente hasta alcanzar un nivel superior. Por este motivo se dice que si la justicia del hombre no fuera mayor que la de escribas y fariseos, una justicia de un orden diferente, no entrará en el reino de los cielos. Cielos significa ese elevado estado interior que al hombre le es posible alcanzar. Hay que tener presente que los Evangelios hablan tan sólo de la evolución interior del hombre. Y escribas y fariseos no representan a hombres que vivieron hace mucho tiempo, sino a quienes hoy se mantienen a cierto nivel, que se adjudican a sí mismos los méritos de todo cuanto hacen, que están siempre satisfechos de sí mismos y se consideran siempre por encima de los demás. En su desarrollo emocional sólo sienten amor propio, y esto no es lo mismo que experimentar amor al prójimo. Todo amor propio siempre desprecia a los demás. Poder apreciar el que otra persona tiene una existencia real aparte de uno mismo y de lo que uno quiere, es comenzar a elevarse sobre el nivel de desarrollo emocional llamado "amor propio". ¿Qué es lo que significa que la justicia del hombre tiene que trascender la de escribas y fariseos? Esto dependerá de aquello con lo que el hombre se justifique. Dependerá de aquello

para lo cual el hombre quiera vivir, o sea del orden de verdad que quiere seguir. Será una clase de hombre inferior si tan sólo se justifica a los ojos del mundo. La Verdad que se enseña en los Evangelios es diferente a la que imparten el mundo y los sentidos. Siempre hubo mucha discusión entre aquellos que seguían a Cristo. Se da un ejemplo de este hecho en el Evangelio de Juan: "Unos decían: bueno es, y otros decían: no, antes engaña a las gentes". El caso es que Jesús ofendió a la mayoría de las personas que le escucharon. Sus palabras no solamente les eran extrañas, sino demasiado fuertes para que las pudiesen aceptar, y así ocurría que siempre quedaban ofendidas. Todo el mundo se siente ofendido cuando se le quita aquello con lo que se justifica. Cristo enseñaba un nuevo orden de Verdad, un orden muy distinto del que hace que el hombre se sienta justificado ante él mismo. Enseñaba a los hombres cómo pasar de uno a otro nivel en sí mismo. Siempre habló de un nivel superior llamándole el reino de los cielos; pero hasta sus discípulos imaginaban que estaba hablando acerca de las cosas del mundo y de un reino en este orbe. De modo que cuando dijo que la justicia del hombre tiene que ser superior a la de escribas y fariseos, estaba hablando acerca de una justicia en términos de un nivel superior y acerca de cómo debe comportarse el hombre con relación a ella. Desde el punto de vista de este nivel superior en sí mismo, el hombre no puede comportarse como antes, ni buscar una recompensa en las mismas fuentes de antes, ni sentirse libre de culpa. El hombre tenía que darse cuenta de que, por cuanto lo que es el reino de los cielos, toda su virtud o justicia personal carecía por completo de valor y no podía conducirlo a ninguna parte. Cuando el hombre recibe cierta enseñanza acerca de la evolución interior no puede continuar justificándose como antes. No puede continuar cegándose por medio de la justificación con que ahora solía explicarse lo que en realidad es. No puede hacerlo a la luz del nuevo orden de Verdad que ha aprendido. En la cita anterior se expresa:

"Mas cuando tú haces limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha." (Mat. VI. 3)

Esto se dice con respecto a aquella otra clase de justicia o virtud a través de la cual es posible entrar en el reino de los cielos. ¿Qué significa? En el versículo anterior se subraya que cuando el hombre hace limosna no debe ofrecerla ante los ojos de los hombres, como ocurre con los escribas y fariseos. Limosna significa lo que uno hace por misericordia. Y esto no quiere decir que únicamente se trata de obras de caridad; significa también

perdonar en lo interior, perdonar en lo interior a nuestros deudores. En el lenguaje antiguo de las parábolas la mano izquierda denota mal y la mano derecha bien. En la parábola acerca de la separación de las ovejas y las cabras, al final de los tiempos (y no al final del mundo), se dice que las ovejas serán puestas a la derecha y las cabras a la izquierda. En el pasaje anterior, aquello de "que no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha" se refiere a dos niveles del hombre, a dos planos que es preciso distinguir. Tómese nota de que no hay que dejar que la *izquierda* sepa lo que hace la derecha, y no al revés. Puede considerarse que en un nivel ordinario el hombre es el "mal"; esto significa que vive sumido en su amor propio y en su vanidad, y que es un esclavo de los sentidos. Los sentidos son el mundo. La mano derecha significa un nivel superior de comprensión, o su comienzo. No debe mezclar estos dos niveles, o sea que no debe permitir que su izquierda sepa lo que hace su derecha. La mano izquierda representa el nivel inferior dominado por el amor propio. Aquello que el hombre hace desde un nivel superior debe mantenerse separado del inferior. En sus acciones de misericordia interior, cuando hace limosna, el hombre no debe obrar partiendo de una idea de recompensa, por cuanto hacer esto equivale a actuar desde el nivel que llamamos "escribas y fariseos"; éste es el nivel mundano, el inferior. Tiene que obrar más allá de este nivel, efectuar el bien por el bien mismo y no permitir que lo que haya hecho se convierta en motivo de halago personal porque con ello solamente alimentará su propia vanidad, su amor propio, su sentido de la virtud individual. Aún más: ni siquiera debe pensar en ello dentro de sí mismo, ni debe siquiera hablarlo consigo mismo, ni felicitarse por su noble conducta, pues de otro modo todo se convertirá en un afán de mérito propio, aun cuando nadie se entere de ello. Hará que su bien descienda de nivel dentro de sí mismo. Comenzará a felicitarse y, por así decirlo, a descansar en sus peculiares méritos. Tiene que saber lo que denota guardar silencio *dentro de sí mismo*. No debe hablar consigo mismo de lo que haya hecho. Mas, por regla general, cuando un hombre realiza un bien de cualquier clase quiere que todos los demás se enteren, y así le es imposible guardar silencio en sí mismo y ante los otros. Actúa ante un público tanto interno como externo. Cristo habla primero de no actuar ante un público *externo*, y luego se refiere a la mano izquierda y con esto indica que uno tampoco debe actuar ante un público *interno*. Hay que mantener siempre presente que la mano izquierda se refiere al nivel inferior del hombre. Cuando se entiende que los Evangelios únicamente hablan acerca de cómo alcanzar un nivel superior, cosa que al hombre le es bien posible,

el significado de las manos izquierda y derecha se hace claro. La izquierda representa el nivel inferior, la derecha el superior. El hombre de un nivel inferior, el hombre que obra por la mano izquierda, siente mérito y pretende justificarse a sí mismo por medio de sus obras caritativas y obtener una recompensa. Esta es *una clase de justicia*. Pero el hombre que comienza a obrar desde un nivel superior, a obrar de la mano derecha, no busca recompensa alguna, pues parte de aquello que interiormente ve como un Bien y lo hace por amor al mismo Bien, de tal suerte que no espera premio ni interior ni exteriormente y así alcanza un nivel de justicia que está más allá y por encima de la justicia de escribas y fariseos. No habla con otros acerca de lo que ha hecho, ni se dice a sí mismo que ha actuado muy bien. Guarda silencio tanto ante el público externo como ante el interno. Tal es el significado de la frase: "a menos que tu justicia *sea mayor* que la de escribas y fariseos, no entraréis al reino de los cielos". Si la justicia de un hombre no es *mayor* en este sentido, el hombre queda inevitablemente sujeto a un nivel inferior de sí mismo. Visto a la luz de los niveles superior e inferior del hombre, esta enseñanza se convierte en algo muy práctico en cuanto a su sentido más profundo, y también le da un significado a la mano derecha y a la izquierda. Y hasta cierto punto también hace posible que se entienda lo que puede denotar aquello de que el hombre puede tener una recompensa "oculta". Sobre esto trata la frase que dice:

"Y tu Padre que ve en secreto, él te recompensará en secreto".
(Mat. VI. 4)

En la versión autorizada hay un extraordinario malentendido en el significado de estas palabras de Cristo. Dice: "Y tu Padre que ve en secreto te recompensará en público". Obvio es que el escriba que alteró estas palabras en la transcripción no tenía ni la más remota idea de su significado y no podía entender por qué motivo fuera necesario hacer "limosna" en secreto, salvo con un propósito externo de obtener una recompensa, sentir mérito y satisfacción propios, de manera que no pudo contenerse y agregó que la limosna hecha en secreto sería premiada en público.

Tal vez a esta altura podamos tratar de comprender por qué motivo la gente, cuando no percibe que los Evangelios tratan acerca del *renacimiento* del hombre, en un nivel superior, toma todo cuanto en ellos se dice como hechos que estuvieran a su propio nivel y así mezclan dos niveles de Verdad. El tomar los Evangelios en cualquier forma que no sea partiendo del punto central del renacimiento —y esto significa evolución interior e implica la existencia de un nivel superior— es sencillamente no

comprender nada de su genuino significado. Las personas entonces sólo pensarán en la manera de justificarse a sí mismas en sus propios términos y tal cual son, conforme al mundo que conocen, pero no comprenderán que lo que se les pide es un nuevo nacimiento, una nueva forma de sí mismas y no un simple aumento de lo que ya son. Y pese a que se dice que el reino de los cielos —o sea el nivel más elevado que le es posible alcanzar al hombre— *está en uno mismo*, y que debe ser motivo de logro, la gente sigue pensando que se refiere a algún estado o condición que sobrevendrá *después de la muerte*, en algún futuro, y no a un estado que se puede alcanzar o que, al menos, se puede buscar trabajando por él *en esta vida terrenal*. Es un estado del ser mismo, una condición que en realidad existe como una posibilidad y que existe *ahora*, algo que se encuentra por encima de lo que somos o de la condición en la que nos hallamos, como quien dice una habitación en un piso superior de esta misma casa, *de sí mismo*. Y las parábolas hacen continuamente muchas referencias a ella. Como consecuencia de este malentendido, la gente no puede separar la mano derecha de la izquierda; y el resultado es que cualquier cosa que haga pasa, por así decirlo, a un nivel inferior y toma una forma errada. Esta es a menudo la causa de tantos ejemplos absurdos, descorazonadores y hasta malignos, que se pueden ver en la vida religiosa. Y todo se debe a que se adjudica lo superior a aquello que es inferior, y a la mezcla de dos órdenes de ideas. Es como si una bellota se adjudicara a sí misma toda la enseñanza que corresponde a una encina y que imaginase ser ya una encina.

Por todo lo anterior bien nos damos cuenta de que nadie podrá continuar justificándose a sí mismo en la forma en que siempre lo ha hecho y a la vez esperar convertirse en un Nuevo Hombre. Tiene que modificar su propio sentimiento de justicia, pues en tanto piense que *tal cual* es un hombre justo, no habrá cambio alguno para él. Debe cambiar en lo total sus ideas acerca del significado de ser justo, pues precisamente el sentimiento de ser justo, *de estar siempre en la razón*, es lo que le implica cambiar. Siempre está satisfecho de él mismo. Los demás se hallan equivocados, pero él no lo está nunca. Y también es su sentimiento de estar ya en la razón, de ser justo, lo que determina la forma especial de justificarse a sí mismo. De ahí deriva sus sentimientos de valor y de mérito, y es precisamente en esto en lo que más fácilmente pierde el equilibrio, y por lo que con más facilidad *se ofende*. ¿Hay algo más fácil que ofender o ser ofendido? Tal es la situación humana. La extraordinariamente dura enseñanza de los Evangelios tiende precisamente a romper estos sentimientos del

mérito propio y de complacencia, sentimientos que, secreta o abiertamente, anidan en nosotros y que son la fuente de todo lo que consideramos que nos ofende. A la luz de la idea del reino de los cielos y de la posible evolución interior, y en vista de su nivel superior, el hombre tiene que darse cuenta de que tal cual es, es casi *nada*, y que toda su vanidad, todo su mérito, toda su presunción, su autoestimación, la complacencia de sí mismo, la autosatisfacción, el amor propio y todo cuanto imagina de sí mismo, es virtualmente una ilusión. En verdad, la dura enseñanza de Cristo sólo se la puede entender si se tiene en cuenta su objetivo, su propósito, que es el de quebrar toda la psicología del hombre, de quebrar al hombre según lo que la vida haya hecho de él, al hombre que cree ser, y obligarle a pensar, a sentir y a obrar de otra manera, de una manera tal que comience a moverse hacia un nuevo nivel, hacia un nuevo estado o condición de sí mismo. Este estado existe en el hombre como una posibilidad. Pues a fin de pasar de un nivel a otro, de la condición de una bellota a la de una encina, todo tiene que alterarse y ordenarse de nuevo. Tienen que alterarse todas las relaciones del hombre referentes a los distintos aspectos de sí mismo. Todo el engaste de su ser tiene que cambiar. Debe innovarse todo el hombre. Por este motivo Cristo dijo:

"No penséis que he venido para meter paz en la Tierra; no he venido para meter paz, sino espada. Porque he venido para hacer disensión del hombre con su padre, y de la hija contra su madre, y de la nuera contra su suegra. Y los enemigos del hombre serán los de su casa." (Mat. X, 34-36.)

El significado de esto no es externo ni literal. Trata de una tormenta interior, de un cambio que ocurre en la psicología total del hombre, un cambio en todo cuanto en él es un "padre", "madre", "hija", "nuera", "suegra", etc., en un sentido *psicológico*, naturalmente. Tiene que alterar todas las relaciones para consigo mismo, y esto significa que debe cambiar los pensamientos y sentimientos que tenga acerca de sí. La casa de un hombre significa todo cuanto hay dentro del hombre mismo, no su cuerpo, sino su psicología; tal es la casa, la morada de los diferentes aspectos *de sí mismo*. Todas las ideas, todas las actitudes que fueron el "padre" o la "madre" de sus pensamientos, de sus puntos de vista y de sus opiniones, y de toda relación derivada de ellos tienen que cambiar en vista de la *espada*, la que simboliza el poder de la Verdad de un orden superior. Cuando el hombre encuentra este orden superior de la Verdad, ya no puede permanecer en paz consigo mismo tal cual es. Tiene que comenzar a pensar de una

manera nueva, y nadie puede hacerlo de este nuevo modo con sólo agregar un conocimiento más a lo que ya piensa. Todo el hombre tiene que cambiar; es decir, que debe transformar su mente antes que nada. Esta parábola se refiere al punto de partida de la enseñanza de Cristo, pues sugiere al hombre que empieza a pensar por sobre lo que siempre lo ha hecho, a pensar de un modo completamente nuevo acerca de sí mismo, de su significado y de su propósito. No es *arrepentimiento*, como se ha traducido esta expresión; significa, más bien, un *nuevo pensamiento*, o una nueva manera de pensar, más allá y por encima de todo cuanto pensó antes. Del mismo modo, la justicia de que habla Cristo está por encima y más allá de todo cuanto el hombre ha utilizado para justificarse y para considerar que siempre tiene la razón, que está siempre en lo justo. Se trata, en verdad, de *meta-justicia*.

Segunda Parte

A través de todo el Sermón de la Montaña, Cristo habla de aquello que conecta al hombre con otro orden de vida, y acerca de los medios por los cuales la fuerza, o *la dicha*, de este nivel superior puede llegarle. En las Bienaventuranzas dice: "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán hartos". Ser bienaventurado significa lograr esta dicha. Denota un estado efectivo de conciencia que se puede obtener, y no un mérito abstracto ni un asiento a favor de uno en algún libro de contabilidad moral. Originalmente los griegos utilizaban esta palabra para describir el estado de los dioses. En este pasaje, tener hambre y sed de justicia se refiere a una justicia diferente de la propia justicia que sólo se considera a sí misma y a su particular objeto. Para hallar esta otra justicia el hombre tiene que "perderse", o sea que tiene que perder todas las ideas que posee sobre sí mismo, acerca de su propio valor, de su mérito personal. Estudiemos el significado de un pasaje que se refiere a esta idea de "perderse". Ocurre en la descripción del incidente en el que Cristo se vuelve de pronto sobre Pedro y le llama "escándalo" porque siempre tomaba lo que se decía en términos de bienes terrenales. Pedro mezclaba las cosas de diferentes niveles. No entendía el significado de no permitir que la mano izquierda supiese lo que hacía la derecha. Mezclaba en su mente la enseñanza de Cristo con las "cosas de los hombres". Cuando Cristo anunció a sus discípulos su propia muerte, Pedro le dijo: "Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca". A lo cual Cristo le dijo: "Quítate de delante de mí. Satanás. Me eres escándalo porque

no entiendes lo que es de Dios, sino lo que es de los hombres". Esto demuestra por qué razón recibe el calificativo de Satanás. He aquí una de las definiciones del significado que los Evangelios dan a Satanás. Es el mezclar diferentes niveles de pensamiento, ya que acá *entender* denota *pensar*. Luego, Cristo dice:

"Si alguno quiere venir en pos de mí, niegúese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque cualquiera que quisiere salvar su vida la perderá, y cualquiera que perdiere su vida por causa mía, la hallará" (Mat. XVI, 24, 25).

En el original de este pasaje, "vida" significa "alma". El hombre tiene que perder su alma. Cuando se dice que un hombre tiene que perder su vida, se interpreta algo más completo que la muerte física. En Juan, Cristo dice:

"Nadie tiene mayor amor que éste, que ponga alguno su vida por sus amigos" (Juan XV, 13).

Pero en el original encontramos la palabra "alma" y no la palabra "vida". El hombre tiene que perder su alma; y está la definición suprema del *amor consciente*. Tiene que poner a sus amigos (en griego, esto significa literalmente aquellos a quienes uno ama) en su lugar. En este pasaje Cristo habla acerca de lo que significa en términos de obediencia al que él enseña. Un siervo, dice, obedece a su amo aun cuando no sepa lo que el amo quiere significar. Pero un amigo es alguien que comprende, y obedece en virtud de la comprensión. Por eso dice: "Vosotros sois mis amigos". Son sus amigos si obedecen el orden de Verdad de que habla Cristo. Obedecer es obrar por encima de los propios intereses, colocar algo por encima de ellos. Y un hombre no puede perder su alma si es que únicamente entiende las cosas de los hombres.

El alma del hombre puede estar relacionada a un nivel superior o inferior. El hombre debe perder su alma con relación al nivel inferior de sí mismo, para poder encontrarla en un plano superior. Sólo entendiendo el doble sentido de la frase "perder el alma" es que diversas cosas de los Evangelios acerca de ella pueden comprenderse. Tomemos como ejemplo la frase: "Porque ¿de qué aprovecha al hombre si granjeare todo el mundo y perdiere su alma?" Al ganar el mundo, al solamente entender las cosas de los hombres, el individuo pierde su alma respecto a una posible evolución interior. Preciso es recordar que todo lo que se dice en los Evangelios se refiere a la evolución interior cuyo resultado es el logro del reino de los cielos. El alma de una oruga no se halla al mismo nivel que la de una mariposa, y así la oruga tiene que perder su alma para poder hallarla nuevamente. Al permanecer

como oruga, salva su alma de tal; sin embargo, la pierde en otro sentido, o sea que no tiene oportunidad de transformación; y al aferrarse a sí misma como lo que es, pierde todo cuanto pertenece a aquello que puede llegar a ser. Y en vista de que el hombre también es susceptible de una transformación o de un renacimiento, su alma también es doble en el mismo sentido. Puede conservarla y permanecer tal cual es, pero al hacer esto la pierde con respecto a su verdadero destino. O bien puede perderla al no permanecer tal cual es, para luego hallarla nuevamente en otro nivel de su evolución interior. Así, el alma constituye una potencialidad. No es una cosa fija, sino tanto lo que el hombre es como lo que "puede llegar a ser. Al traducir la palabra "vida" por "alma" en el pasaje que dice que nadie tiene mayor amor que poner su vida por sus amigos, lo correcto es entender que la palabra "vida" no significa la vida física, la existencia corporal, sino aquel nivel de sí mismo en el que se halla el hombre. Es preciso entender que la vida del hombre no es la exterior de su cuerpo físico, sino todo cuanto piensa, todo cuanto desea, todo cuanto ama. Tal es la vida del hombre, tal su alma. Esta es la imagen de la vida. Comenzar a pensar, sentir, desear y amar diferentemente. Es decir, puede cambiar la relación hacia sí mismo de modo que todo cuanto lleva en sus pensamientos, todo aquello a lo que cedía en sus deseos, y en breve todo aquello que una vez le pareció cierto y que sintió como bueno, puede cambiar. Si esto sucede, el hombre tiene una nueva relación hacia sí mismo. Comienza a cambiar la vida que lleva dentro de sí. Como ya se ha dicho, esto es lo que significó Cristo al decir: "No penséis que he venido para meter paz en la Tierra, sino espada. Porque he venido para hacer disensión del hombre con su padre... Y los enemigos del hombre serán los de su casa". El hombre que a través de la enseñanza del *Verbo*, o sea a través de un orden de Verdad que corresponde a un nivel superior, comienza a pensar de un modo diferente y a sentir de una manera distinta, y a ver su propósito y su significado también de una manera distinta, ya no puede ceder a todo cuanto anteriormente pensaba, sentía y deseaba y se proponía; porque aquello a lo que consiente el hombre, eso *hace* su vida; y esto es su alma. Su casa, o sea él mismo, tiene que sufrir un trastorno. No puede permanecer en paz consigo mismo. Tiene que perder la antigua relación hacia sí mismo, y esto quiere decir que debe perder su alma por cuanto el alma es la vida del hombre como una totalidad, y la vida del hombre es aquello con lo que se relaciona en sí mismo y llega a ser aquello que cree como verdadero y justo, como también aquello a que cede pensándolo deseable; es aquello a lo que sirve en sí mismo, lo que imagina que es justo, lo que

considera que es bueno. De tal manera que "se hace posible entender que "poner la vida" significa dejar de vivir como uno siempre lo ha hecho, y comenzar a vivir de una manera diferente. Y esto en forma alguna significa ser muerto. La verdad es que denota todo lo contrario, significa *comenzar a vivir*. A la vez, significa que el alma tiene que *perderse*, pues de otro modo la transformación se hace imposible, tanto más cuanto se entiende que el alma es aquello a lo que un hombre se ha aferrado con la mente, con sus deseos y que hasta el momento ha considerado que era él mismo. Cuando Cristo habló a sus discípulos acerca de los sufrimientos que tenían que sobrellevar cuando enseñaran el *Verbo*, les dijo: "El que soportare hasta el fin, éste será salvo", o sea que en la paciencia se gana el alma. El equivalente griego de la palabra paciencia es "quedarse atrás", y se le puede interpretar como no seguir con los propios deseos, no ir consigo mismo. Por este medio un hombre puede perder su alma en un nivel y volver a encontrarla en otro.

Hasta aquí podemos comprender que el alma de un hombre puede estar en potencia, o sea por su propio poder, relacionada a un nivel superior o inferior en sí mismo. A fin de que pase de *un* nivel inferior a uno superior, en sí mismo, su alma tiene que cambiar en lo que se refiere a aquello a lo que el hombre se relacione. Si el hombre cambia de condición en sí mismo, así también cambiará su relación, y su alma cambiará.

De todo esto podemos empezar a colegir que el *alma* de un hombre no es algo hermoso o ya hecho, sino algo que se va formando en él mismo conforme a lo que es su vida, y eso es verdaderamente *toda su vida*, la imagen de todo cuanto ha pensado, sentido y hecho.

Capítulo VI - La Idea de la Sabiduría en los Evangelios

En muchas de las parábolas y de los dichos de Cristo se hace uso de un término que en la traducción aparece como *prudente* y que significa ser sabio. Por ejemplo, en una ocasión dice a sus discípulos: "Sed pues prudentes como serpientes y sencillos como palomas". Acá "sencillo" o inocente significa ser inofensivo, alguien que "no hace ningún daño", y no tiene este significado moral y sentimental de Occidente que quiere decir que uno no sabe nada: difícil cosa sería ser sabio y a la vez no saber nada. Pero la palabra traducida como "prudente" no significa exactamente cautela o sabiduría; significa más bien "inteligente" o inteligente en un sentido práctico. La expresión griega es *φρόνιμος*, que en su sentido original quería decir *estar en sus cabales, o tener presencia de ánimo, o estar despierto*. En una cita. Cristo expresa: "Los hijos de este siglo son en su generación más sagaces que los hijos de la luz", y quizá sea éste el pasaje que más claramente destaque el significado de la palabra. En su propio nivel y a su modo, las personas mundanas son mucho más prácticas, más agudas, sagaces y sabias con relación a sus objetivos que los "hijos de la luz" con respecto a los suyos. Tienen más presencia de ánimo en los asuntos de la vida, y no hacen tonterías ni cometen locuras. Saben qué es lo que tienen que hacer y, efectivamente, lo realizan como es debido y lo hacen a su debido tiempo, y esto es ser *φρόνιμος*. Conviene recordar que el mayordomo de la justicia (erróneamente traducido como mayordomo infiel) recibe el calificativo de "discreto", o sea *φρόνιμος*, y su amo le alaba porque este hombre supo qué hacer en una situación difícil y obró con gran presencia de ánimo. Esta palabra *φρόνιμος* tiene, en consecuencia, un poderoso sentido, un sentido abarcante y práctico. En los Evangelios se le usa para definir la acción correcta de un hombre inteligente que busca modo de alcanzar un nivel superior en sí mismo mediante el proceso de la evolución interna. Cristo habla de los inútiles en este sentido. Los compara con la sal que ha perdido su sabor y ni siquiera sirve para el muladar.

"Buena es la sal; mas si aun la sal fuere desvanecida, ¿con qué se adobará? Ni para la tierra ni para el muladar es buena; fuera la arrojada." (Luc. xiv, 34-35.)

Traduciendo este concepto, lo "desvanecido" significa en realidad un "desatino". El muladar es la vida. Y "desatina" todo

aquel que piensa que únicamente precisa alimentar una creencia sentimental en los Evangelios. Son como el hombre "insensato" que edificó su morada sobre la arena, en contraste con el hombre "prudente", descrito en el término *φρόνιμος*, quien construyó la suya — o sea se construyó a sí mismo — sobre la pena, "y no cayó". Esto significa que el hombre era *φρόνιμος* porque fundó su casa, o sea que se cimentó a sí mismo, en la enseñanza permanente de la evolución interior que en los Evangelios se llama el *Verbo*, y trabajó para construir la casa de sí mismo sobre estos cimientos. Este hombre *hizo el Verbo*. Actuó por él. Aplicó su comprensión a su propia vida. Así se apoyó en la peña de la Verdad más que sobre la arena movediza de la vida. En este sentido, consideremos la parábola de las diez vírgenes, cinco de las cuales eran prudentes, *φρόνιμος*, y cinco insensatas o necias. Esta parábola también trata acerca del logro de un nivel superior por medio de la evolución íntima que acá se llama el reino de los cielos.

"Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes, que tomando sus lámparas salieron a recibir al esposo. Y las cinco de ellas eran prudentes, y las cinco fatuas. Las que eran fatuas, tomando sus lámparas, no tomaron consigo aceite. Mas las prudentes tomaron aceite en sus vasos, juntamente con sus lámparas. Y fardándose el esposo, cabecearon todas y se durmieron. Y a la media noche fue oído un clamor: «He aquí, el esposo viene, salid a recibirle». Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron y aderezaron sus lámparas. Y las fatuas dijeron a las prudentes: «Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan». Mas las prudentes respondieron diciendo: «Porque no nos falta a nosotras y a vosotras, id antes a los que venden, y comprad para vosotras». Y mientras que ellas iban a comprar, vino el esposo; y las que estaban apercebidas entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta. Y después vinieron también las otras vírgenes diciendo: «Señor, señor, ábrenos». Mas respondiendo él dijo: «De cierto os digo que no os conozco. Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir»." (Mat. XXV, 1-13.)

Las vírgenes prudentes se distinguen de las insensatas por el hecho de tener aceite en sus lámparas. Es preciso tomar nota que rehúsan dar su aceite a las otras, pero, en cambio, les dicen que vayan a comprarlo en la vida. Todas ellas, las diez, tenían lámparas, pero sólo la mitad poseía aceite y a estas cinco se las llama "inteligentes", "no-necias". Son prácticas. Se dieron cuenta de lo que era necesario tener a fin de poder alcanzar este nivel

superior que en la parábola se llama el esposo. ¿Qué significa esto de tener aceite? Hay quienes algo han entendido en relación a la enseñanza de Cristo, han entendido algo que los otros no captan y esto representa el tener aceite en las lámparas. Es necesario elevar esta parábola por completo fuera de su nivel literal. Una lámpara es algo destinado a alumbrar. Pero en el sentido psicológico significa algo que puede proporcionar luz, no en un sentido físico, sino en el sentido en que se utiliza la palabra "luz" en los Evangelios, la luz que brilla en la oscuridad de la mente, la luz de la nueva comprensión derivada del *Verbo*. Cristo vino a dar luz a aquellos seres humanos que se describen como perdidos en las tinieblas de la Tierra. Viven bajo la luz del sol, pero ésta es oscuridad si se la compara con la otra luz, la que solamente puede comprenderse con el entendimiento. Cristo se llamó a sí mismo la luz del mundo; se refería a esa otra luz que puede caer sobre la mente e iluminar el entendimiento. Cuando el hombre vive únicamente de sus sentidos y toma el espectáculo de la vida exterior, la que ilumina el sol, como toda finalidad, se encuentra en la oscuridad. Juan dice que las tinieblas no conocieron ni comprendieron a la luz; es que un nivel inferior no puede comprender a uno superior. Cuando el individuo se logra dar cuenta de que internamente es un ser incompleto, que está perdido, que todo el significado de su existencia tiene que experimentar un cambio, una evolución interior, y si logra recibir una nueva comprensión acerca de sí mismo y acerca de lo que tiene que hacer, ha comenzado ya a ver la luz, a ver el significado genuino de su creación. El *Verbo* trata acerca de este significado. Cristo enseñó el *Verbo*, y así es la luz. El *Verbo* es la enseñanza acerca de cómo alcanzar el nivel donde brilla esta luz, donde yace por encima del hombre y a la *vez dentro del hombre mismo*. Porque el reino de los cielos se halla dentro del hombre, y éste puede tomar contacto con él solamente ahí, en lo íntimo. El *camino* está en uno mismo, no está afuera. Puede experimentar vislumbres de otro estado de conciencia, momentos de un significado enteramente nuevo, momentos que le demuestran que existe un nivel superior en él. Hay momentos de esta luz. Pero a fin de lograr que este nivel sea permanente, el hombre tiene que aprender el *Verbo*, y debe aprenderlo antes que nada en el exterior, por medio de los sentidos. Tiene que oírlo, pero esto no quiere decir que ha de recibirlo literalmente; debe empezar a comprenderlo, a oírlo con la mente, a ponderar sobre él, a pensar en su significado y a llevarlo a su conciencia interior, viéndose a sí mismo en los términos de la enseñanza. Porque es necesario que la mente vaya preparándose poco a poco a fin de poder cambiar, ya que este nivel superior es

muy diferente al inferior, y los pensamientos que corresponden al nivel inferior no son del mismo orden que aquellos de un nivel superior. Tiene que formarse algo nuevo en la mente a fin de que pueda recibir "luz", de suerte que tiene que ir *cambiando gradualmente de manera de pensar*; es decir, tiene que aprender a pensar en una forma nueva por entero (o a "arrepentirse", que es un término que traduce el concepto muy erradamente). Este gradual cambio en la manera de pensar forma la *lámpara* en el hombre. Se forma mediante la enseñanza del *Verbo*. Pero la lámpara por sí misma no es suficiente. Por sí sola no puede proporcionar luz, no puede alumbrar, no puede iluminar. Sin embargo es algo *necesario* como primer paso en la evolución. El segundo paso, la segunda etapa, según esta parábola, es la del *aceite*. Esto significa que todo cuanto el hombre sabe y ve como la nueva Verdad tiene que aplicarlo. Cristo dijo: "Cualquiera pues que me oye estas palabras y *las hace*, le compararé a un hombre *prudente* ... Y cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre *insensato*". Estas dos palabras, *prudente e insensato*, aparecen en el mismo sentido que en la parábola de las vírgenes sensatas y las fatuas. El obrar internamente por la enseñanza de Cristo, el comenzar a *hacerla*, el empezar a trabajar partiendo de la comprensión de su significado, el comenzar a *aplicar a sí mismo* en la práctica, todo esto es *ser prudente*. Esto es utilizar el *Verbo* con inteligencia. Esto es ser inteligente en un *sentido práctico*. Y esto, individualmente, proporciona el aceite para la lámpara. Pero las personas pueden aceptar la Verdad de un orden superior y, sin embargo, seguir actuando desde el nivel de la vida ordinaria. No obedecen interiormente a esta Verdad, al nuevo conocimiento que han obtenido y que proviene de un nivel superior; siguen, mejor dicho, obedeciendo a la vida y al bien de la vida ordinaria cuando llega el momento de obrar. Tienen lámparas, pero carecen de aceite. Estas personas son las fatuas o insensatas que tienen que ir a comprar aceite de quienes lo venden. Esto significa que tienen que continuar recibiendo el tipo de aceite ganado por medio de las obras meritorias de la vida, porque es la única clase de Bien que valorizan. Los que "venden" el aceite son aquellos que nos dicen lo que es meritorio, lo que deja una mayor ganancia. Obrar en razón del mérito y en busca de una recompensa produce una clase de aceite. Actuar en base a la enseñanza del *Verbo* y de su significado, comprendiéndolo interiormente, es obrar desde un nivel que está por encima de la vida, y nada hay en la vida exterior que constituya una recompensa para dichas acciones. Las vírgenes fatuas tienen lámparas pero carecen de aceite; son quienes se

hallan a un nivel de la Verdad y conocimiento, pero sólo intelectualmente. Este es un nivel superior, pero ellos *viven y obran* conforme a otro nivel. Saben una cosa, pero hacen otra. Y por la misma naturaleza de estas cosas, semejante género de seres se niegan a sí mismos al reino de los cielos, o sea el logro de un nivel superior que le es posible al hombre. No se trata de que les sea cerrada la puerta. Nada la cierra, salvo ellos mismos. La clase de aceite que se obtiene "comprando y vendiendo", el aceite del mérito, no es el tipo de aceite que se necesita para ingresar a otro nivel de la humanidad. De suerte que de éstos se dice que "no son inteligentes". Y no son inteligentes porque no advierten que la enseñanza de Cristo se aplica a ellos y a la clase de gente como ellos. No sólo tienen que limitarse a pensar de una manera diferente, a través de la idea del *Verbo*, sino que deben convertirse en otra clase de individuos. Pueden conocer y hasta creer en la Verdad de un nivel superior, pero siguen viviendo en un nivel inferior sin aplicar la Verdad a sí mismos. Tal es su problema: sus vidas no están bajo el gobierno de sus conocimientos. Saben una cosa, pero quieren otra. En esta parábola, las vírgenes prudentes son las que tratan de vivir en base a la propia comprensión de lo que se les ha enseñado, y que buscan el Bien de lo aprendido, practicando, aplicando este conocimiento, por su propia voluntad, a sí mismas. Las fatuas, por otro lado, aun conociendo la enseñanza, siguen buscando el Bien en la vida, en la recompensa, en la reputación, en el de ser primero, en lograr las posiciones más elevadas, en tener una moral mejor que los demás, en que se piense bien de ellas, en conformarse exteriormente a las leyes y a los convencionalismos sociales aun cuando en lo interior son muy distintas y sólo se refrenan por miedo. Este es el único Bien que conocen, de suerte que tienen que seguirlo. Y desde que todo el asunto estriba en lo que el hombre considera bueno, se les dice que vayan hacia aquello que para ellas constituye el Bien y que consigan, por lo menos, esa clase de aceite, pues eso es todo cuanto pueden hacer. Se les dice que vayan donde aquellos que compran y que venden este Bien. Las vírgenes fatuas regresan. Pero se encuentran con que ya quedaron afuera, y se les dice: "De cierto os digo que no os conozco". No tienen la menor idea de cómo obrar partiendo de un Bien que esté más allá de la vida, más allá de cualquier recompensa; no saben obrar por amor a lo que perciben como el Bien a la luz de una enseñanza superior acerca de la Verdad y el Bien. De modo que se encuentran con las puertas cerradas, y son ellas mismas quienes las cierran porque mezclan dos niveles distintos de conocimiento y dos niveles distintos de Bien. Si se escudriña con atención el sentido del Bien en los

Evangelios, se verá su significado. El degradar la enseñanza acerca del hombre superior reduciéndola al nivel del hombre tal cual es, el ir en pos de la idea del Bien partiendo de la base de la vida ordinaria, de sus recompensas y sus méritos, sus valores, su insistencia en la reputación, en las apariencias, etc., es cerrarse a sí mismo las puertas y quedar fuera del reino de los cielos. El hombre que comienza a llegar al reino de los cielos no realiza el Bien en espera de un premio, sino que parte de aquello que se ve como bueno a la luz del *Verbo* que le ha sido enseñado. Y no vale la pena que alguno de nosotros presuma conocer ya esta clase de Bien ni que presuma que obra conforme a él. A pesar de lo que sabemos, actuamos de acuerdo con la vida ordinaria.

Para ser un verdadero cristiano el hombre tiene que desear ser aquello que Cristo enseñó, y hacerlo. Si no puede ver el Bien de lo que se le enseña, no podrá obrar en conformidad a él. No importa cuánto conocimiento reciba, ni cuán verdadero sea este conocimiento; no obrará conforme a él hasta que por su propia comprensión interior vea y entienda que es deseable y que es bueno, y comience a querer que exista en él. El hombre no solamente es aquello que comprende, sino también la volición derivada de este entendimiento, y esto y no otra cosa es lo que hace la totalidad del hombre. El *Verbo*, o sea la enseñanza psicológica de los Evangelios, es hacer que el hombre sea diferente primero en *pensamiento*, después en su *ser*, de manera que pueda convertirse en el Nuevo Hombre. Con sólo conocer el *Verbo* y elaborar su propio aceite, fabricar el bien particular conforme al criterio personal ordinario, según las ventajas, intrigas y méritos de la vida, no es tener el aceite que corresponde a la lámpara de Cristo. Pero cosa muy diferente es obrar conforme al *Verbo*, conforme a esta enseñanza acerca de la evolución interior, el estado superior del hombre; muy distinta cosa es comenzar a hacer unas cuantas cosas a la luz de las palabras de Cristo tras haber visto su significado y haber *gustado* las ideas a fin de poder *querer* darles existencia, sin pensar en recompensa alguna. Un solo acto realizado por esta voluntad, por el querer vivir alguna Verdad perteneciente a aquel orden de enseñanza llamado el *Verbo*, elevará al hombre durante un momento muy por encima de su nivel ordinario. En semejante hecho no hay cuestión alguna de regateo, no se pregunta "¿cuánto?" Ni siquiera se piensa "¿y qué gano yo con ello?", como tampoco se hace alarde alguno después. Se hacen estas cosas de acuerdo con aquella parte más pura de sí mismo, de la propia comprensión, porque se percibe su necesidad y su realidad y, en consecuencia, el Bien que encierra; un acto así,

realizado por la propia volición interior, puede poner en movimiento algo que hasta entonces ha permanecido silente y estático. Es la semilla que empieza a crecer. Comienza a despertar el hombre, una semilla sembrada en la vida. La luz penetra en la oscuridad interior. La Verdad es una cosa, y el espíritu es otra; el hombre tiene que nacer de *agua y espíritu* antes de poder convertirse en un Nuevo Hombre. El *agua* es la Verdad, es el conocimiento y la enseñanza acerca de un nivel superior; y el *espíritu* es la voluntad del hombre que pasa a este conocimiento. Su valor es la unión con el hombre cuando éste percibe el Bien. Pero este resultado no puede venir desde afuera, sea cual fuere la cantidad de conocimiento que el hombre haya obtenido. Una persona puede tener la lámpara, pero sólo mediante su más profunda e íntima voluntad, sólo mediante su más hondo consentimiento, sólo obedeciendo en secreto al conocimiento que ha formado la lámpara en él, podrá fabricar el aceite. Justamente en esto es en lo que todos son libres. Es precisamente en este punto en el que todos y cada uno, mediante la acción interior, pueden evolucionar o no evolucionar.

Capítulo VII - Simón Pedro en los Evangelios

Simón Pedro es uno de los pocos discípulos acerca de quien se habla más o menos detalladamente en los Evangelios. Su carácter se destaca con bastante claridad, aun cuando el hecho no sobresale mucho a menos que se comprenda todo el sentido interior de lo que se dice acerca de él. Y para esto es preciso tener alguna comprensión del lenguaje de las parábolas.

"Y pasando junto a la mar de Galilea, vio a Simón y a Andrés su hermano, que echaban la red en la mar porque eran pescadores. Y les dijo Jesús: «Venid en pos de mí y haré que seáis pescadores de hombres». Y luego, dejadas sus redes, le siguieron." (Mar. I, 16-18.)

Más adelante hablaremos acerca de esta extraña frase: "pescadores de hombres". Pero por ahora podemos mencionar que en el Evangelio de Lucas se destaca con mayor énfasis la profecía de que ellos, los discípulos, devendrán "pescadores de hombres". En él se relata que después que hubieron trabajado toda la noche sin pescar nada, Cristo indicó a Simón que lanzara las redes y que luego, "habiéndolo hecho, encerraron gran multitud de pescado que su red se rompía". Y Jesús expresó a Simón: "No temas, desde ahora pescarás hombres". Claro es que existe cierta analogía entre los peces y el hombre según el lenguaje que se utiliza en este incidente. El acontecimiento que sigue lo registra el Evangelio de Marcos. Es aquel que informa que Jesús curó a la suegra de Simón. Este incidente, quizá demasiado pueril a primera vista, tiene otro significado:

"Y la suegra de Simón estaba acostada con calentura; y le hablaron luego de ella. Entonces llegando él la tomó de la mano y la levantó; y luego la dejó la calentura y les servía." (Marc. I, 30-31.)

Todo cuanto se registra en el compacto relato acerca de las enseñanzas de Cristo tiene un significado especial. No hay una sola frase, una sola palabra en los Evangelios que no encierre un significado que va muchísimo más allá del sentido literal. Tomemos nota de que Cristo "la levantó" porque ella estaba "acostada", y que luego ella "les servía". Esto tiene su propio sentido. Según el lenguaje de los Evangelios, "estar acostado" quiere decir estar mentalmente dormido, y "levantarse" significa comenzar a despertar en la mente. Hasta podemos adivinar la clase de

"calentura" que tenía la suegra de Simón Pedro, la clase de fiebre, y qué es lo que significa haber sido curada y haber aceptado la enseñanza de Cristo. Pero este incidente tiene un significado más profundo. Y esta significación nada tiene que ver con la suegra de Simón Pedro. Pues madre, padre, suegro, suegra, esposo, esposa, hermanos, hermanas, etc., todo esto hay que entenderlo psicológicamente. Según el antiguo lenguaje de las parábolas, denotan distintos aspectos del hombre, diferentes afectos, varias relaciones que existen *en uno mismo hacia uno mismo*, distintos niveles de ser. De la misma manera, un niño recién nacido, o una criatura, bien pueden significar en el lenguaje de las parábolas el comienzo de algo nuevo y sumamente precioso en el hombre, tal como una nueva comprensión, un nuevo sentimiento, una diferente manera de pensar; algo que recién comienza, que es preciso cuidar con esmero, protegiéndolo contra cualquier herida, contra cualquier ofensa. Es menester recordar que el lenguaje de las parábolas se basa sobre hechos sensibles, sobre cosas físicas, sobre cosas naturales y perceptibles por medio de los sentidos; pero su verdadero significado está mucho más allá de los objetos y de las cosas que sólo se mencionan como una manera para *representar el sentido psicológico*, o sea, el sentido que está por encima del nivel literal, del nivel físico.

En Marcos se relata que cuando los doce discípulos fueron nombrados por Jesús, "a Simón llamó Pedro". En griego, Pedro significa πηρος, una roca, o una piedra. En el Evangelio de Mateo se describe más acabadamente el nombramiento de Pedro. Este ha reconocido a Cristo como "el hijo del Dios vivo". Y Cristo le dice:

"Mas yo también te digo que tu eres Pedro, y sobre esta Piedra edificaré mi iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que ligares en la Tierra será ligado en los cielos; y todo lo que desatares en la Tierra será desatado en los cielos." (Mat. XVI, 18-19.)

La promesa de dar a Pedro las llaves del cielo significa el poder de entender la enseñanza de Cristo, la enseñanza que Cristo está dando a la humanidad en la Tierra, las lecciones acerca de una posible evolución íntima. Esta es la evolución del hombre hacia un estado interior que se llama *cielo*; y se le llama así para diferenciarlo de la *Tierra*. Pero de momento su conocimiento es puramente intelectual, pues *roca o piedra* se refieren sólo al *saber*, al conocimiento de la Verdad que enseñó Cristo. Pedro está capacitado mentalmente, pero por ahora su creencia en Cristo es *por medio* de Cristo y no en sí mismo. En este sentido se le puede

comparar a la segunda categoría de la parábola de El Sembrador, que "sembró en la roca". Esta es la manera como se describe a quien recibe el Verbo del reino, que es la enseñanza acerca de una posible evolución interior del hombre; y la acoge con entusiasmo, pero no *tiene raíces en sí mismo*, de modo que cuando llegan los periodos de tribulación, tropieza. Recibe el *Verbo* intelectualmente y ésta es la razón de que se haga semejante referencia a la roca. Lo acoge como conocimiento y nada más. También se describe esto en el hecho de que cuando miró a Cristo camino de la crucifixión, lo negó. Porque Pedro veía a Cristo como a un rey que establecería un reino en la Tierra. Los evangelios siempre presentan a Pedro como un ser violento, apasionado, sin desarrollo alguno en sus emociones. No contaba con ninguna comprensión emocional, aun cuando en apariencia tenía cierta captación intelectual de la enseñanza. Hay que ver a Pedro como a un ser colérico, entusiasta, que escuchaba con gran atención todo cuanto Cristo enseñaba a sus discípulos en privado, recordando muy bien todo cuanto decía, pero impaciente con los demás. Su naturaleza emocional estaba fuertemente sujeta a la *persona visible* de Cristo. De sí mismo pensaba que era capaz de una lealtad a toda prueba hacia la persona de Cristo. Captó la enseñanza en cierto nivel, pero no pudo verla tan profundamente como tal vez la observaron los otros. Era presuroso, veloz, de un brillante intelecto, violento, lleno de amor propio. Pedro era un hombre a quien Cristo reconoció como un ser capaz de poder, algún día, captar la enseñanza *para sí mismo*, pero sólo después de grandes sufrimientos. Lo vio como un hombre que de momento no tenía *raíces en sí mismo*, pero capaz de arraigarse a profundidad cuando hubiera recibido todos los sacudimientos que necesitaba su naturaleza. El golpe de la crucifixión fue el más fuerte de todos los que recibió Pedro. De una manera general, también fue el más fuerte que padecieron todos los discípulos. Es necesario hacer un esfuerzo y poder imaginar lo que estos hombres sintieron al ver cómo se conducía a Cristo a sufrir la muerte más degradante de ese tiempo, la muerte que sólo se daba a los criminales. ¡Cuántos de los seguidores de Cristo deben haber sentido entonces que no podía haber Verdad alguna, ni significado alguno en la enseñanza que habían oído, si tal era la suerte que corría el maestro! En vista de que Pedro no podía valorizar la enseñanza aparte de la *persona* del maestro porque *no tenía raíces en sí mismo* y dependía exteriormente. Cristo mismo le advirtió de esta incapacidad, la incapacidad de obtener la enseñanza aparte del maestro. Y esto se registra en el momento en que Cristo anuncia su muerte:

"Desde aquel tiempo comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le convenía ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos y de los príncipes y de los sacerdotes y de los escribas, y ser muerto y resucitar al tercer día. Y Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reprimirle, diciendo: «Señor, ten compasión de ti: en ninguna manera esto te acontezca». Entonces él, volviéndose dijo a Pedro: «Quítate de delante de mí. Satanás; me eres escándalo; porque no entiendes lo que es de Dios sino lo que es de los hombres»." (Mat. XVI, 21-23.)

Y es preciso comprender que todos estos incidentes relativos a Pedro tienen un significado de acuerdo a la clase de hombre que él era. En cierta forma, era como Nicodemo, quien únicamente podía creer por medio de los milagros visibles. Y a Nicodemo fue a quien Jesús le dijo que todo estribaba en nacer de nuevo *internamente* y no en base a cosas que sólo conciernen a la evidencia que procuran los sentidos. Verdad es que Pedro estaba hecho de una pasta mejor que la de Nicodemo, pero Jesús le dice expresamente que *le falta fe*. Le dice:

"Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandáros como a trigo; mas yo he rogado por ti, que tu fe no falte: y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos. Y él le dijo: «Señor, pronto estoy a ir contigo aun a cárcel y a muertes». Y él dijo: «Pedro, te digo que, el gallo no cantará hoy antes que tú niegues tres veces que me conoces»." (Luc. XXXII, 31-34.)

Este incidente se relata de una manera distinta en el Evangelio de Juan:

"Dícele Simón Pedro: «Señor, ¿a dónde vas?» Respondióle Jesús: «Donde yo voy no me puedes ahora seguir; mas me seguirás después». Dícele Pedro: «Señor, ¿por qué no te puedo seguir ahora? Mi alma pondré por ti». Respondióle Jesús: «Tu alma pondrás por mí? De cierto, de cierto te digo: no cantará el gallo sin que me hayas negado tres veces»." (Juan XIII, 36-38.)

En este pasaje Cristo pronostica el cambio que habrá en Pedro, cuando dice: "mas me seguirás después". El gallo significa un despertar, y tres veces significa una negación completa, total, extrema. Y es que Pedro no podía despertar hasta que sus sentimientos acerca de Cristo hubiesen sido destruidos. Cuando se dio cuenta del modo tan absoluto y extremo en que podía negar a Cristo, entonces recién despertó. Cantó el gallo. En Lucas se dice que Pedro "lloró amargamente" cuando cantó el gallo, y que Cristo se volvió y le "miró". Lloró porque en ese momento le llegó la

enseñanza en su forma emocional. Se vio a sí mismo a la luz del conocimiento que se le había proporcionado. Vio la distancia que mediaba entre lo que sabía y lo que era. Y en lugar de solamente saber, comenzó a entender. Pero antes que sucediese esto, Pedro únicamente creía a través de Cristo, por medio de Cristo. Y en tanto que el hombre crea por medio de otro hombre no tiene fe, pues cree a través de los sentidos y no de su comprensión interior; o sea, que no tiene raíces en sí mismo. Si las cosas van mal, deja de creer. Y un hombre que solamente cree de la manera como lo hacía Pedro, antes que haya comenzado su regeneración emocional, lo único que puede hacer es evitar que los demás crean.

El creer de una manera apasionada y violenta en alguna otra persona evita que los demás comprendan. Semejante persona utiliza su Verdad, su propio conocimiento de la Verdad y la utiliza con violencia; así corta la comprensión de otras personas. Esto sucede porque su estado emocional es un estado incorrecto, inapropiado, pues únicamente tiene la Verdad y el conocimiento. Es partidista. No tiene paciencia. Este es uno de los significados del incidente en el que Pedro corta la oreja del soldado del gran sacerdote:

"Entonces Simón Pedro, que tenía espada, sacóla e hirió al siervo del pontífice y le cortó la oreja derecha. Y el siervo se llamaba Maleo. Jesús entonces dijo a Pedro: «Mete tu espada en la vaina: el vaso que el Padre me ha dado ¿no lo tengo que beber?»" (Juan XVIII, 10-11.)

En otro de los Evangelios se dice que Cristo tocó la oreja a Mateo y lo curó (Luc. XXII, 51). *Espada* significa la Verdad combativa, y la oreja siempre se utiliza como símbolo de la comprensión emocional, como en el caso de "Bienaventurados los que tienen oídos para oír", etc. O sea que *oídos*, u oreja, quieren decir, en un sentido psicológico, el poder de entender emocionalmente. Jesús refutó a Pedro y le dijo que guardase su espada, y curó la oreja del siervo. Todo esto tiene un significado totalmente distinto de aquel que proporcionan los sentidos, y a fin de poder entender estas cosas es preciso que uno se aleje por completo de la narrativa histórica y del desarrollo de los hechos según la descripción. La descripción histórica tiene como objetivo el ofrecer un medio para representar el significado psicológico. Pero durante mucho tiempo es difícil apartarse de la mente literal, de la mente natural, con relación a esos asuntos, y abrirse a un nivel superior de entendimiento.

Pedro es un hombre que tiene conocimientos, pero es un ser violento; en este sentido representa la clase de hombre que recibe

una enseñanza de la Verdad acerca de la posible evolución interior del hombre y la recibe únicamente como conocimiento, y piensa partiendo de su lógica. Y nada hay más falto de misericordia que la lógica de la Verdad escueta. Todas las persecuciones que han realizado las iglesias siempre partieron de la *Verdad escueta* debido a la disputa sobre algún detalle, y se realizaron sin misericordia alguna. Cuando una persona piensa lógicamente, no tiene misericordia, pues no tiene ninguna comprensión. Es un hombre dogmático. En asuntos científicos es el hombre que utiliza el conocimiento para asesinar. Sin embargo, hay que recordar que Cristo enseñó que el amor a Dios y al prójimo es la formulación total de su enseñanza. Dijo:

"Amarás al Señor tu Dios de todo corazón y de toda tu alma y de toda tu mente. Este es el primero y el grande mandamiento. Y el segundo es semejante a éste: amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas." (Mat. XXII, 37-40.)

Pedro no podía perdonar porque era un hombre de conocimiento únicamente. Todavía no había despertado a lo emocional. El perdón viene como consecuencia del desarrollo emocional. Sólo cuando hemos logrado éste nos es posible perdonar las deudas de nuestros deudores. El desarrollarse emocionalmente significa perfeccionarse por encima y más allá del amor propio y de todos los intereses absorbentes a los cuales aquel da lugar. Desarrollarse emocionalmente significa pasar al estado en que se ama al prójimo. Muy típica de Pedro es la pregunta que le hace a Cristo: "Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que pecare contra mí? ¿Hasta siete?" Y Jesús le responde: "No te digo hasta siete, más aún hasta setenta veces siete". Luego relata la siguiente parábola, dirigida a Pedro:

"Por lo cual, el reino de los cielos es semejante a un hombre rey, que quiso hacer cuentas con sus siervos. Y comenzando a hacer cuentas, le fue presentado uno que debía diez mil talentos. Mas a éste, no pudiendo pagar, mandó su señor venderle, y a su mujer e hijos con todo lo que tenían, y que se le pagare. Entonces aquel siervo, postrado, le adoraba diciendos «Señor, ten paciencia conmigo y yo te lo pagará todo». El señor, movido a misericordia de aquel siervo, le soltó y le perdonó la deuda. Y saliendo, aquel siervo halló a uno de sus conservos, que le debía cien denarios; y trabando de él, le ahogaba diciendo: «Págame lo que debes». Entonces su conservo, postrado a sus pies, le rogaba, diciendo: «Ten paciencia conmigo y yo te lo

pagaré todo». Mas él no quiso, sino fue y le echó en la cárcel hasta que pagase la deuda. Y viendo sus conservos lo que pasaba, se entristecieron mucho, y viniendo declararon a su señor todo lo que había pasado. Entonces llamándole su señor, le dice: «Siervo malvado, toda aquella deuda que te perdoné porque me rogaste: ¿no te convenía también a ti tener misericordia de tu conservo como también yo tuve misericordia de ti?» Entonces su señor, enojado, le entregó a los verdugos hasta que pagase todo lo que le debía. Así también hará con vosotros mi Padre celestial si no perdonareis de vuestros corazones cada uno a su hermano sus ofensas. (Mat. XVIII, 23-35.)

El perdón tiene que venir del corazón. El perdón es emocional. Cuando el hombre siente amor por el Bien, no juzga en base al amor por la Verdad únicamente. El hombre de la Verdad es áspero y taciturno. Todo lo ve lógicamente. Y la Verdad, cuando es escueta, a todos nos juzga y a todos nos condena. Sólo la misericordia puede encontrar el camino de salida, y esta misericordia tiene que comenzar con el prójimo, tal como dice en el Padre Nuestro: "Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores".

Pedro, era un hombre emocionalmente violento. Sus emociones eran mecánicas. Existe una enorme diferencia entre el amor mecánico y el amor consciente. En la vida, la gente ama mecánicamente. Con gran facilidad puede este amor mecánico convertirse en odio, y así en una negación. Con el amor consciente no ocurre semejante cosa. Es a través del amor mecánico que nos llegan todos nuestros sufrimientos; sólo el amor consciente puede aliviamos. El amor que Pedro sentía por Cristo trató de enseñarle a Pedro la naturaleza del amor. En el pasaje que ahora vamos a transcribir, en el original griego se hace uso de dos palabras diferentes para expresar dos clases de amor, el mecánico y el consciente. Pero esta diferencia se ha perdido en la traducción, y la palabra "amor" se usa para representar la expresión griega φιλέω y también ἀγαπάω. Al dirigirse a Pedro, Cristo utiliza dos veces la palabra φιλέω, que expresa amor consciente, pero Pedro utiliza la palabra ἀγαπάω, que significa o expresa el amor mecánico. Al citar el pasaje de este incidente, voy a dar un énfasis mayor a esta diferencia alternando la traducción:

"Jesús dijo a Simón Pedro: «Simón, hijo de Jonas, ¿me amas (conscientemente) más que estos?» Dícele: «Sí, Señor: tú sabes que te amo (mecánicamente)». Dícele: «Apacienta mis corderos». Vuélvele a decir 1a segunda vez: «Simón, hijo de Jonas: ¿me

amas (conscientemente)?» Respóndele: «Sí, Señor: tú sabes que te amo (mecánicamente)». Dícele: «Apacienta mis ovejas». Dícele la tercera vez: «Simón, hijo de Jonas: ¿me amas (mecánicamente)?» Entristecido Pedro de que le dijese la tercera vez: «¿Me amas (mecánicamente)?», dícele: «Señor, tú sabes todas las cosas; tú sabes que te amo (mecánicamente)». Dícele Jesús: «Apacienta mis ovejas.» (Juan XXI, 15-17.)

Pedro no podía entender lo que Cristo quería significar.

Un incidente anterior indica cómo Pedro caminó sobre las aguas y se hundió. Esto se describe en Mateo. Los discípulos estaban en la barca durante una tormenta y vieron a Jesús caminando sobre las aguas y que marchaba hacia ellos, y tuvieron miedo.

"Mas luego Jesús les habló diciendo: «Confiad, yo soy; no tengáis miedo». Entonces le respondió Pedro: «Señor, si tú eres, manda que yo vaya a ti sobre las aguas». Y él dijo: «Ven». Y descendiendo Pedro del barco, andaba sobre las aguas para ir a Jesús. Mas viendo el viento fuerte, tuvo miedo; y comenzándose a hundir, dio voces diciendo: «Señor, sálvame». Y luego Jesús, extendiendo la mano, trabó de él, y le dice: «Oh hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?»" (Mat. XIV, 27-31.)

En su sentido más profundo, y no al pie de la letra, claro está que este pasaje significa que Pedro tenía muy poca o ninguna fe. El origen de la fe radica en ver internamente la Verdad de algo, verlo independientemente de cualquier corroboración que puedan proporcionar las pruebas que nos presentan los sentidos. Pedro creía a través de la persona visible de Cristo y no por sí mismo. La enseñanza que le había dado Cristo no se había convertido aún en algo distinto del Cristo visible y hacia quien sentía tan apasionada lealtad. De suerte que la enseñanza no había alcanzado aún en Pedro aquel nivel que se llama *fe* en el hombre. La fe no es una creencia ciega, sino que es el resultado de haber visto por sí mismo la Verdad de alguna cosa. Y la fe tampoco es creer por medio de los sentidos. La categoría de Verdad que poseía Pedro no era lo suficientemente fuerte como para sostenerlo, pues no tenía su origen en sí mismo, sino fuera de él, en la persona de su maestro. De esta suerte, semejante Verdad no tenía la categoría de la fe, no poseía la suficiente fortaleza como para sostenerlo. En el lenguaje de las parábolas el agua significa cierta clase de Verdad; no significa la Verdad en general, como tampoco la fuente de la Verdad. Moisés obtuvo agua de la roca. El agua es la Verdad con relación al hombre, en la forma en que representa la Verdad o el

conocimiento de sí mismo con respecto a la evolución interior o al renacimiento. Pero en esta condición no es algo viviente, no es "agua viva". La *fe* es lo que da vida a tal Verdad; mejor dicho, es el punto de partida de la *fe* cuando se abstrae de los sentidos y se construye a sí misma en otro aspecto, en otra parte del hombre; y esta parte es distinta de aquella que se encuentra bajo el gobierno de los limitados y externos instrumentos de los sentidos. En Pedro, el conocimiento, la Verdad, se basaba en un lugar inapropiado. No entendía su significado pues siempre tenía la mirada fija en el Cristo externo, el amado Cristo que percibía sus sentidos. Y cuando quiso asirse a esta clase de Verdad, fracasó. Semejante Verdad no pudo *sostenerle* salvo por un momento, de suerte que se le dijo que no tenía fe. No comprendía todo el significado de la enseñanza que había recibido. Esto, el significado, le llegó más tarde. Trató de caminar apoyándose en esta Verdad, y hundiéndose, hubo de pedir auxilio a Cristo. El mundo exterior poseía sobre él más poder que el mundo interior; o sea que el significado externo tenía más poder que el interno. Por este motivo no le podía sostener. Las dificultades se presentaron inmediatamente; azotaron los vientos, se levantaron las olas, perdió de vista la Verdad y comenzó a hundirse. Y todo esto significa que *internamente* —o sea, en sí mismo— había mezclado la vida con la enseñanza de Cristo y no las había separado. Por las flexibles transiciones que pertenecen a este profundo lenguaje de las parábolas y a la luz de las observaciones de Cristo de que su enseñanza no es de este mundo, podemos ver cómo Pedro no podía andar aún sobre la Verdad correspondiente a la vida, aun habiendo recibido aquella categoría de Verdad enseñada por el propio Cristo.

El cambio en el desarrollo emocional de Pedro se demuestra en el incidente final que le afectó después de la resurrección de Cristo. Se relata que Pedro dijo a los demás discípulos: "A pescar voy". Algunos de los otros discípulos fueron con él, pero no pescaron nada.

"Y venida la mañana. Jesús se puso a la ribera; mas los discípulos no entendieron que era Jesús. Y díjoles: «Mozos, ¿tenéis algo de comer?» Respondiéronle: «No». Y él les dice: «Echad la red a mano derecha del barco y hallaréis». Entonces la echaron y no la podían en ninguna manera sacar, por la multitud de los peces. Entonces aquel discípulo al cual amaba Jesús, dijo a Pedro: «El Señor es». Y Simón Pedro como oyó que era el Señor, ciñóse la ropa porque estaba desnudo y echóse a la mar. Y los otros discípulos vinieron con el barco (porque no

*estaban lejos de la tierra sino como doscientos codos), trayendo la red de peces. Y como descendieron a tierra vieron ascuas puestas, y un pez encima de ellas, y pan. Díceles Jesús: «Traed de los peces que cogisteis ahora». Subió Simón Pedro y trajo la red a tierra, llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres, y siendo tantos, la red no se rompió. Díceles Jesús: «Venid, comed». Y ninguno de los discípulos osaba preguntarle: «¿Tú quién eres?» sabiendo que era el Señor. Viene pues Jesús, y toma el pan, y les da; y asimismo del pez.»
(Juan XXI, 4-13.)*

Son muchas las ideas que contiene este incidente. Tras su forma externa yacen muchos significados. Tomarlo al pie de la letra es considerarlo sólo en un nivel. ¿Puede alguien creer que pescaron justamente 153 peces? ¿Pueden suponer que Pedro estaba totalmente desnudo y que luego se ciñó las ropas antes de lanzarse al agua, y que esto hay que tomarlo al pie de la letra? ¿Por qué razón registran los Evangelios una cosa tan trivial, un incidente tan curioso? Pedro había negado a Cristo porque únicamente alimentaba una creencia; y así, haciendo quedado desnudo en cuanto a fe, se le muestra desnudo. La "coraza de la fe" es aquella cubierta mental que permite a un hombre pensar claramente más allá de los sentidos, y vivir sin ser afectado por los acontecimientos del mundo y mantenerse firme en otra interpretación de la vida. Pedro no tenía esto, y estaba desnudo. Pero habiendo oído de boca de Juan que Cristo estaba presente, se ciñó las ropas de la fe que había abandonado y se acercó nuevamente a Cristo. Pero el verdadero sentido con relación a Pedro es que pudo nuevamente tener la capacidad de "pescar hombres", una vez que hubo recibido ayuda. En las primeras enseñanzas griegas sobre la religión órfica existe una idea similar del hombre, simbolizado por un pez que debe ser pescado y sacado fuera del agua en que se encuentra. Por ejemplo, se presenta al sol pescando al hombre.

Tras todas las formas religiosas, con todos sus vaivenes, siempre ha habido en el mundo un amplio y bien nutrido río de conocimiento; siempre el mismo, siempre tras semejante objetivo, o sea la vivificación interna del hombre, el crecimiento íntimo, la evolución del hombre hacia un nivel superior dentro de sí mismo. Por eso surgen ideas similares en periodos separados por mucho tiempo en la historia; siempre surgen de la misma fuente. Siglos más tarde aparece *el rey pescador* con la leyenda del Santo Grial que, se dice, fue la copa en la que José de Arimatea recibió la sangre de Jesucristo. Pescar hombres del mar es elevarlos de su

condición de siervos de la naturaleza y conducirlos hasta que se den cuenta de que hay otro mundo más consciente que éste, y en el cual tienen que aprender a respirar por medio de otro orden de Verdad. Pedro se había, pues, convertido en un pescador de hombres. Cumplió con la predicción de Cristo: "Desde ahora pescarás hombres".

Capítulo VIII - La Idea de la Oración

Introducción

Los evangelios hacen tantas referencias a la oración, que conviene reunir unas cuantas para procurarse una idea de lo que Cristo enseñaba acerca de su significado y de las condiciones que son necesarias para recibir una respuesta. La oración se dirige hacia algo que está por encima del hombre, algo que se encuentra en un nivel superior a uno mismo. Ya hemos visto que, según se les emplea en los Evangelios, el lenguaje de las parábolas transmite un sentido desde un nivel superior a uno inferior. La oración es la transmisión de un significado de un nivel inferior a uno superior. El primer caso es la comunicación del cielo a la Tierra; el segundo es de ésta a aquél. Ya que hemos visto lo difícil que es el que lo superior se comunique con lo inferior, no deberá sorprendernos el hallar una dificultad similar para que esto se comunique con aquello. Y es que no hay contacto entre los dos niveles.

Volvamos a recordar que la *concepción central del hombre* en los Evangelios es que se trata de un producto incompleto, de un producto no acabado, pero capaz de alcanzar un nivel superior por medio de una evolución precisa que tiene que comenzar por sus propios esfuerzos; y recordemos también una vez más que toda la enseñanza que los Evangelios contienen se refiere a lo que es preciso hacer a fin de realizar esta evolución. Vistos a esta luz, los Evangelios no vienen a ser sino una serie de instrucciones concernientes a un desarrollo psicológico preciso y preestablecido del cual el hombre es capaz; y si el hombre comienza la tarea de cumplirlo, estas instrucciones le abrirán los ojos y le permitirán ver en qué dirección yace todo su sentido completo. También volvamos a recordar que la obtención de este nivel superior del hombre se llama *cielo* o el *reino de los cielos*, y que este reino está *en el hombre mismo* y que es una posibilidad latente de su propia evolución interior, o del renacimiento de sí mismo; y que el hombre, al nivel en que se encuentra, es como una criatura que no ha despertado, como un experimento incompleto, y recibe el nombre de *Tierra*. Estos son los dos niveles, el superior y el inferior, y entre ambos hay grandes diferencias, tan grandes como las distinciones que existen entre una semilla y una flor. Así ocurre que la comunicación entre ambos niveles es difícil. La misión de Cristo fue la de tender un puente, la de conectar y establecer en sí

mismo una correspondencia entre estos dos niveles, el divino y el humano; y de esto hablaremos en otro lugar. Por ahora podemos decir que a menos que este contacto sea establecido por unos cuantos hombres a intervalos, fracasaría toda comunicación con lo superior, y el hombre quedaría sin la menor idea o enseñanza que lo pueda elevar; o sea que quedaría a merced de sus instintos, de sus propios intereses, de su violencia y de sus apetitos animales. De este modo permanecería huérfano de cualquier influencia que le pueda elevar por encima de -una condición de barbarie.

La Necesidad de la Persistencia en la Oración

En vista de las dificultades que hay para establecer comunicación entre los niveles inferior y superior podemos comprender que el contacto directo con Dios no es cosa tan fácil como creen algunas personas religiosas. Estas a menudo piensan que pueden tomar contacto con un nivel superior, o sea con *Dios*, permaneciendo lo que son. No advierten que para lograr este vínculo tienen que cambiar de manera de ser, tienen que ser diferentes. Ahora veamos algunas de las observaciones acerca de la oración que hacen los Evangelios, y que se refieren a la idea de la necesidad de ser *persistente*. Uno de los discípulos le pregunta a Cristo cómo debe rezar. Le dice: "Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos". (A propósito de esto, no hay nada que indique cómo Juan el Bautista enseñaba a orar.) Y Cristo responde:

"Cuando oréis, decid: «Padre nuestro que estás en los cielos, sea tu nombre santificado. Venga tu reino. Sea hecha tu voluntad, como en el cielo, así también en la Tierra. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben. Y no nos metas en tentación, más líbranos del malo»." (Luc. XI, 2-4.)

Observemos cómo continúa Cristo:

Díjoles también: «¿Quién de vosotros tendrá un amigo, e irá a él a media noche y le dirá: amigo, préstame tres panes. Porque un amigo ha venido a mí de camino, y no tengo qué ponerle delante; y él dentro, respondiendo dijere: no me seas molesto, la puerta está ya cerrada, y mis niños están conmigo en cama; no puedo levantarme y darte? Os digo que aunque no se levante a darle por ser su amigo, cierto por su importunidad se

levantará, y le dará todo lo que habrá menester». (Luc. XI, 5-8.)

Cristo da énfasis especial a la idea de que la persistencia es algo necesario. Y como ilustración utiliza algo que parece sugerir que las plegarias van dirigidas a alguien que las escucha; pero que no quiere ser molestado, y a quien se le obliga a hacer algo tan sólo si se persiste en la demanda; y cierto también subraya que sólo mediante una petitoria desvergonzada es que se puede obtener una respuesta. La palabra "importunidad" significa, al traducirla literalmente, una desvergonzada impudicia. La misma idea, la idea de que la oración no es algo que obtenga una pronta respuesta, se expresa en otro pasaje:

"Y propúsoles también una parábola sobre que es necesario orar siempre, y no desmayar, diciendo: «Había un juez en una ciudad el cual ni temía a Dios ni respetaba al hombre. Había también en aquella ciudad una viuda, la cual venía a él diciendo: hazme justicia de mi adversario. Pero él no quiso por algún tiempo; mas después de esto dijo dentro de sí: aunque ni temo a Dios ni tengo respeto al hombre, todavía porque esta viuda me es molesta, le haré justicia,, porque al fin no venga y me muela»." (Luc. XVIII, 1-5.)

Se traza un paralelo entre la viuda que pide justicia a un juez que se decide a obrar únicamente porque se ve obligado a ello, a fin de evitarse mayores molestias, y el hombre que eleva sus oraciones a Dios. Todo esto quiere decir que las preces no tienen una fácil respuesta. Existen barreras. No se obtiene ayuda con facilidad. En muchas partes de su enseñanza Cristo dice a sus discípulos que oren de continuo, pero en ninguna les dice que las preces tienen una fácil y pronta respuesta. No es cosa simple obtener respuesta desde un nivel superior a los pedidos que provienen de uno inferior. Tan sólo la persistencia y la intensidad pueden hacer que un nivel superior responda. El obstáculo se representa como algo similar a conseguir que un hombre ya acostado se levante a atendernos, o que un juez mundano haga justicia a una viuda. Cristo enseñó que en relación a las oraciones y a la obtención de ayuda por medio de ellas, la situación es más o menos la misma que en los asuntos del mundo, cuando un hombre pide una ayuda que los demás no quieren proporcionarle. Pero en el caso de las plegarias no se trata de renuencia, sino de una dificultad inherente a la naturaleza misma de las cosas. Lo inferior no tiene ningún contacto con lo superior. Hay que comprender este punto muy claramente: lo inferior no tiene ningún

vínculo directo con lo superior. Dios y el hombre no se encuentran al mismo nivel. Toda la concepción del aspecto invisible del universo, o del mundo espiritual, que implica la enseñanza de los Evangelios, es que existen niveles superiores e inferiores, que estos niveles son distintos los unos a los otros y que todo se halla arreglado en un orden de lo que está *arriba* y de lo que está *abajo*, o sea, arreglado en un orden de niveles. Lo de abajo no tiene relación con lo de arriba, así como el piso bajo de una casa no está en contacto con el piso alto. A fin de poder llegar a lo que está arriba es necesario pasar por muchas dificultades en el camino. Y esto es lo que causa que a uno le parezca que hubiera renuencia de parte de lo superior para contestar a lo inferior. Pero no es que la haya; las cosas así parécenle a la mente humana y así las ilustra Cristo en los términos que emplea en las comparaciones ya mencionadas, aquellas que denotan la necesidad de hacer grandes esfuerzos a fin de poder obtener una respuesta a las oraciones. Parecería que el hombre que reza honestamente, el hombre que reza con sinceridad, tuviese que lanzar algo a *cierta altura*, por medio de la intensidad de su propósito, antes que pueda esperar que alguien le escuche o antes de obtener una respuesta; y fracasando en su intento, fracasando en su esfuerzo para hacer el pedido correctamente, frustrado en su empeño para lanzar aquello a una altura adecuada, llegase a pensar que está orando en vano y rezando a quien no quiere responderle. Así, el hombre se siente descorazonado. Pero debe seguir insistiendo. La oración del hombre, su propósito, su pedido, tienen que ser algo en lo que habrá que persistir; tiene que seguir pidiendo aun cuando no obtenga respuesta. Tiene que ser un *desvergonzado*. Como lo dice Cristo: "Es necesario orar siempre y no desmayar". En el original, esta expresión "no desmayar" significa "no portarse mal". El hombre tiene que orar continuamente y no portarse mal con relación a todas las dificultades que hay en la oración.

La Necesidad de Ser Sincero en las Oraciones

Cristo a veces habla sobre la actitud del hombre que reza. Es inútil rezar con una actitud errada, de modo que el hombre tiene que hurgar en sí mismo y advertir desde dónde está elevando sus oraciones, porque no habrá comunicación alguna con un nivel superior por medio de lo que en él es insincero y falso. Únicamente aquello que es sincero, aquello que es genuino puede tocar un nivel superior. Por ejemplo, cualquier muestra de *vanidad*, *presunción* o *arrogancia* detiene de manera inmediata toda

comunicación con los niveles superiores. Por este motivo es por el que tanto se habla acerca de la *purificación de las emociones* en los Evangelios, ya que la mayor *impureza* en el hombre, y aquella que más directamente se destaca en las parábolas y dichos de Cristo, proviene de los sentimientos de propia justicia, de mérito particular, de valor propio, de superioridad, etc. Esto se muestra en la parábola dirigida a "unos que confiaban en sí como justos y menospreciaban a otros".

"Dos hombres subieron al templo a orar: el uno fariseo, el otro publicano. El fariseo, en pie, oraba consigo de esta manera: «Dios, te doy gracias que no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano. Ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que poseo». Mas el publicano estando lejos no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que hería su pecho diciendo: «Dios, sé propicio a mí, pecador». Os digo que éste descendió a su casa justificado, antes que el otro; porque cualquiera que se ensalza será humillado; y el que se humilla será ensalzado" (Luc. XVIII, 10-14.)

Para orar, para tomar contacto con un nivel superior, el hombre tiene que saber y sentir que es *nada* en comparación con aquello que está sobre él. Pero debe verlo sinceramente y no sólo percibirlo como si al mirar las estrellas se diese cuenta de cuan pequeña es la Tierra. Esto último es sentirse pequeño en cuanto a una magnitud física, y el hombre lo que tiene que hacer es sentirse pequeño en cuanto a una magnitud psicológica. A menos que el hombre sienta que es nada, todas sus oraciones serán inútiles en un aspecto práctico, de la misma manera en que es inútil un fósforo húmedo. El hombre es puro en su vida emocional en proporción a sus sentimientos de nada, de su propia ignorancia y de su desamparo. Cristo expresa con exactitud la misma idea cuando habla de las cosas que uno hace de sí mismo, y no movido por la propia vanidad:

"Y cuando oras, no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar en las sinagogas y en los cantones de las calles en pie, para ser vistos de los hombres; de cierto os digo que ya tienen su pago. Mas tú, cuando oras, éntrate en tu cámara y cerrada tu puerta ora a tu Padre que está en secreto; y tu-Padre que ve en secreto te recompensará." (Mat. VI, 5-6.)

"Entrar en la cámara y cerrar la puerta" significa ir hacia la casa de sí mismo, a la habitación más íntima, y cerrando las puertas a todo lo externo, rezar desde aquel ser interno que no es

el siervo del público o un mito social inventado por el medio ambiente, o un buscador de recompensas y de tributos y elogios externos. Es ir más allá de cualquier conexión con lvanidad y con la presunción. Únicamente el *hombre interior* del individuo es quien puede obtener respuesta a las oraciones y comunicarse con un nivel superior. El aspecto externo y mundano del hombre, el hombre presumido, no puede orar.

Todas estas instrucciones y muchas similares se refieren a la *manera de transmitir un mensaje a un nivel superior*. 'Son instrucciones prácticas acerca de los métodos de transmisión de telepatía, que sólo devienen posibles por medio de las emociones reales. Solamente éstas, las emociones genuinas, tienen posibilidad de hacer la comunicación; sólo las emociones verdaderas son telepáticas. Las emociones falsas, aquellas basadas en la vanidad o en la presunción, no pueden transmitir nada. Para obtener respuesta a las oraciones, éstas tienen que ser de cierta calidad. Tienen que llenar ciertos requisitos y uno de ellos es que deben originarse en un sentimiento absolutamente puro y genuino, porque de otro modo no llegarán a su destino. De suerte que el hombre tiene que purificarse liberándose de sí mismo en su vida emocional, o sea que tiene que desarrollarse emocionalmente. Tiene que comenzar a amar a su prójimo. Esta es la primera etapa del desarrollo emocional que Cristo enseñó. ¡Y cuan difícil es! Cuan difícil es comportarse conscientemente con los demás, aun con aquellos a quienes uno cree que ya ama. ¿Podéis decir que amáis más allá de vuestro amor propio? Sólo las emociones que están por encima del amor propio y de las particulares emociones pueden comunicar con algo que sea en verdad más que uno mismo. Después de todo, es solamente lógico que encaremos la siguiente pregunta: ¿cómo podrá una emoción centrada en el amor propio vincularse con otras gentes? Sólo pueden comunicarse con uno mismo. De suerte que ya podéis apreciar la razón por la que se insiste en "amar al prójimo".

La Respuesta a las Oraciones

Refiriéndose a la oración, Cristo dice: "Pedid y se os dará". Pero el hombre debe saber lo que significa *pedir*. La plegaria es el medio de obtener una respuesta desde un nivel superior del universo, de manera que sus influencias descendan y penetren momentáneamente lo que es un nivel inferior. Consideremos, pues, lo que significa *pedir*. Visto con corrección, el universo es la *respuesta a una súplica*. El hombre de ciencia trabaja

confiadamente creyendo que obtendrá una *respuesta* del universo físico como resultado de sus experimentos, de sus teorías y de sus esfuerzos, los que constituyen la suma de la *súplica*. Esto es *orar* en una forma. Esta oración obtiene una respuesta si acierta con el medio adecuado de *pedir*. Lo que significa que la súplica ha sido formulada bien. Pero dar con una forma adecuada de suplicar es algo que requiere tiempo, trabajo y esfuerzo, y no solamente una "impúdica desvergüenza", sino que también lleva el sentimiento de certeza en lo desconocido, o sea fe. Por ejemplo, mediante sus persistentes ruegos, el hombre de ciencia ha descubierto y ha establecido comunicación entre la vida humana y las fuerzas de la electricidad, de la electromagnética, fuerzas que corresponden a otro mundo, a un inframundo, al orbe de los electrones. Esta es una respuesta a sus súplicas. En cierto sentido, constituye una comunicación con otro mundo. En la actualidad podemos percibir que estamos viviendo en un universo hecho a medida, algo que es sumamente complejo y que yace más allá de nuestra comprensión; pero nos hallamos seguros que reaccionará a nuestros esfuerzos. Tal es, en verdad, nuestra actitud hacia el universo y es algo acerca de lo cual no abrigamos dudas. Estamos seguros que si tratamos la manera de cómo hacer algo comenzaremos también a recibir los resultados. Al preparar la comida obtenemos una respuesta que corresponde exactamente a la forma como hacemos este determinado ruego. Si los resultados que alcanzamos no son lo que esperamos, estamos recibiendo una réplica inadecuada; pero inadecuada no porque el universo esté en un error o en una falla, sino porque la manera como hemos hecho la súplica, nuestra formulación, ha sido errada. Como no sabemos cómo *pedir* correctamente, tenemos que aprender a cocinar mejor, o sea que debemos enseñarnos a *pedir* de una manera mejor. Pedir es suplicar. Si no viviésemos en un universo visible e invisible, en un universo *que responde al bien pedir* (cualquiera que sea la naturaleza de la respuesta, ya sea buena, ya sea mala) ni el hombre de ciencia ni el hombre en demanda de ayuda interior podrían obtener una solución. Sin embargo, no siempre es fácil lograr ésta. Es preciso llenar determinados requisitos. Con respecto a las oraciones en su calidad de súplica o de pedido, es menester que no sean mecánicas ni una simple repetición, o al pensar que la "muchacha hablará" dará resultados; no es la cantidad sino la *calidad* de las oraciones lo verdaderamente importante. La mera repetición de palabras no da ningún resultado. Cristo dijo: "Y orando, no seáis prolijos" (no uséis repeticiones vanas). Y como ya lo hemos visto, es necesario insistir en la oración. El hombre tiene que poseer cierta idea de lo que está pidiendo, y tiene que persistir

en su súplica y creer que le será posible obtener resultados. Así como el hombre de ciencia utiliza un particular modo de oración dirigida al universo natural, eleva su ruego una vez que ha captado la idea de que puede descubrir algo y la siente como una posibilidad; y una vez y otra modifica su súplica por medio de la corrección en los errores que comete en su experimento; emplea todo su ingenio hasta obtener una solución adecuada y que corresponda a su ruego. Igualmente, el hombre que ora al universo espiritual tiene que poseer la misma fe, la misma paciencia, la misma inteligencia y poder de inventiva. El hombre tiene que trabajar y esforzarse en inventar con respecto a su propio desarrollo interior, de similar manera a la que un hombre de ciencia hace otro tanto para lograr un resultado o un descubrimiento. El hombre de ciencia obtendrá una respuesta si las cosas están bien con relación a su súplica; asimismo, el hombre que reza obtendrá una respuesta si su ruego es el que le corresponde hacer correctamente. Pero tiene que conocerse a sí mismo y comprender qué es lo que está pidiendo. *Pedir* algo imposible, solicitar lo que sólo nos ha de provocar daño, es pedir incorrectamente.

La Súplica en las Oraciones

¿Qué es lo que vamos a pedir en nuestras plegarias? En la oración que Cristo formuló para sus discípulos cuando ellos le preguntaron cómo debían rezar, todo deseo personal queda aparentemente descartado. Pero como todo cuanto se dice en los Evangelios, esta oración trata acerca de la manera como alcanzar un nivel superior en la posible evolución del hombre; a esta evolución se le llama el reino de los cielos, y esta oración tiene una cualidad que no es de este mundo; no debe extrañarnos que así sea. Sin embargo, si tomamos en cuenta el objetivo que persigue, nada puede ser más personal. El Padre Nuestro trata acerca de la evolución de uno mismo. La primera frase marca el nivel superior: "Padre, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino". O sea que es un pedido para establecer una comunicación entre lo superior y lo inferior. Se pide una conexión entre el cielo y la Tierra. Esta es la primera súplica; y es necesario entender que esto denota alcanzar cierto estado emocional preciso a fin de que estas palabras puedan pronunciarse con alguna intensidad de significado. En otras versiones se dice: "Padre Nuestro que estás en los cielos". Un hombre puede demorar un minuto, una hora o toda una vida antes de alcanzar la percepción emocional del significado

que tienen estas palabras, las que hay que pronunciar conscientemente. Luego viene la súplica por el pan de cada día, y este pan no significa el pan al pie de la letra sino una cosa *transustancial*. Se ignora el significado de la palabra original, pero no cabe duda que su intención es "espiritual"; se solicita pan o alimento espiritual que nutra la comprensión del hombre en su lucha por alcanzar un nivel superior. Después viene el pedido de ser perdonado así como perdonamos a los otros; y esto significa que para poder alcanzar un nivel superior es absolutamente necesario cancelar, ante todo, las deudas ajenas que llevamos asentadas en aquel libro de cuentas que existe en nuestra memoria, imaginando lo que el prójimo nos debe con su conducta hacia nosotros, su falta de consideración, etc. El no perdonar a nuestros deudores es mantenerse sujeto y encadenado a la "tierra". Nos aprisionamos a nosotros mismos, nos mantenemos ahí donde estamos si es que no podemos cancelar nuestras deudas; y así como perdonamos a quienes nos adeudan, así seremos perdonados por los muchos errores y fracasos suscitados en el crecimiento de nuestra comprensión, o sea en nuestra evolución. Luego viene el extraño pedido de no caer en tentación. Pero es preciso darse cuenta de que ningún hombre puede realizar un desarrollo interior sin ella, y que la naturaleza de esta clase de tentación es muy distinta a lo que las gentes por lo general consideran que es, al asociarla con la carne y las debilidades provocadas por ésta. Por ejemplo, siempre estamos sujetos a la tentación de los malos entendidos, de la errada comprensión. Cuando el hombre se coloca en el sendero del desarrollo interior indicado en los Evangelios, se ve tentado por toda suerte de dudas y falta de creencia; debe pasar por las más extraordinarias dificultades de comprensión interior. Sus poderes de razonamiento *humano* le fallan por completo porque tal razonamiento está basado en la evidencia que proporcionan los sentidos; únicamente la fe, *la certeza de que hay algo*, únicamente la convicción de que el camino en que se encuentra *conduce a alguna parte*; en breves palabras, sólo su *fe* puede auxiliarle. Pues fe quiere decir no sólo *certeza* de que existe algo que yace más allá de las pruebas de los sentidos, sino que es también una convicción de las posibilidades latentes aun antes que uno las haya realizado; de esta suerte. Cristo expresa en una parte: "Y todo cuanto pidáis creyendo, tened fe que lo habéis recibido y lo tendréis". Acá es preciso tomar nota de que hay que tener algo antes de poder recibirlo; es preciso obrar como si se tuviera ya aquello que aún no se posee, y así se recibirá. Esto parece sumamente raro. Pero todo cuanto tiene relación con el establecimiento de un contacto con un nivel superior, y todas las

instrucciones acerca de la naturaleza del esfuerzo que hay que hacer, parecen siempre raras. Consideremos: ¿no pensaría una semilla que las instrucciones para llegar a ser una flor son cosa rara? Pasar desde un nivel aun al comienzo de otro nivel, es pasar por medio de tentaciones muy difíciles de las que no tiene la menor idea quienquiera que se sienta satisfecho de sí mismo. Pero la llave para la comprensión del Padre Nuestro yace en la primera frase. Es una oración que está destinada a llegar a un nivel superior: "Venga a nosotros tu reino". O sea, déjame entrar en tu reino; que la voluntad del cielo, la voluntad de un nivel superior, se haga en mí como tierra. Y la súplica, aquella de no ser tentado en exceso, más allá de las propias fuerzas, se refiere a ese empeño de seguir adelante, pues muchos son los obstáculos que hay en el camino. Y como se han representado los hechos en el Antiguo Testamento, Dios lucha contra el hombre y trata de subyugarlo y aun de destruirlo. Esta es la forma como se expresa la lucha individual para elevarse por encima del propio nivel y alcanzar uno superior. Parece que aquello mismo a que uno eleva sus súplicas se convirtiese en un enemigo, un ser que continuamente se opone a cada paso que uno da. Pero si recordamos que alcanzar un nivel superior significa la transformación de uno mismo, el renacimiento de uno mismo, entonces la idea se hace bastante clara. *Tal cual es*, el hombre no puede llegar a un nivel superior. No puede acercarse a Dios tal cual es. El nivel superior tendrá que oponérsele en tanto permanezca siendo la misma clase de hombre.

Ahora bien; todas estas súplicas son tocante a cómo llegar a otro estado, a otra condición. El Padre Nuestro trata íntegramente acerca de una finalidad. No trata acerca de cosas de la vida. En pocas palabras demuestra, aparte de lo dicho en las parábolas y aun en la enseñanza sobre las mismas cosas, que el significado esencial de la oración debe ser tocante a esto; y que esto es en lo que tiene el hombre que pensar primordialmente cuando ora, y suplicarlo más que cualquier otra cosa, suplicar lo que es necesario para alcanzar el objetivo. Porque este es el objetivo supremo. Cristo lo definió diciendo: "Buscad primero el reino de Dios...", o sea el nivel más elevado que le es posible alcanzar al hombre. Tal es lo que el hombre tiene que pedir verdaderamente en sus plegarias. Y desde que tal es el objetivo supremo de toda oración, el hombre debería vincular cualquier *objetivo inferior* que motive su súplica, con este *objetivo supremo*. Pues éste es el significado supremo del hombre, y le conduce al nivel más elevado a que le es posible llegar.

Capítulo IX - El Sermón de la Montaña

Introducción

La enseñanza que Cristo da en el Sermón de la Montaña se encuentra entre la que proporciona Juan el Bautista y la que Cristo da en parábolas acerca de los misterios del reino de los cielos. Son tres órdenes de enseñanza. Y están a diferentes niveles. El primero y el más externo es el de la enseñanza de Juan el Bautista. Algunos fragmentos de ella se encuentran en Lucas. Luego viene una posición intermedia en la enseñanza del Sermón de la Montaña. Finalmente viene la enseñanza interna que se da en parábolas acerca del reino de los cielos. En este capítulo tomaremos primero la impartida por Juan el Bautista según aparece en el tercer capítulo de Lucas; luego, aquella dada en el Sermón de la Montaña según Mateo, junto con el Sermón del Llano que aparece en el capítulo sexto de Lucas.

Primera Parte

De todas las raras figuras que se muestran en los Evangelios, Juan el Bautista es una de las más extrañas. Sin embargo, es posible que de él se ofrezca una *definición mayor* que de cualesquiera otros. Por ejemplo, Cristo lo definió diciendo que era el más grande de todos los hombres nacidos de mujer, pero que aun el más pequeño en el reino de los cielos era superior a él. ¿Qué representa pues Juan el Bautista? ¿Qué figura asume en los Evangelios? ¿Y por qué se da primero su enseñanza, antes de la llegada de Cristo? Estudiemos la enseñanza del Bautista de manera que podamos luego compararla con la que Cristo ofrece más tarde en el Sermón de la Montaña. Juan el Bautista pedía la necesidad de cambiar de manera de pensar, enseñaba el arrepentimiento y hablaba del reino de los cielos. Exclamaba:

"Arrepentios, que el reino de los cielos se ha acercado" (Mat. III, 2).

¿Pero contaba él con alguna idea sobre la índole del cambio interior que tiene que producirse en la mente del hombre, y en realidad en todo su ser, antes que el nivel del reino le sea una cosa accesible? Aparentemente no; no la tenía, puesto que Cristo dijo que no era del reino. Los fragmentos que conocemos sobre la enseñanza de Juan el Bautista aparecen en el tercer capítulo de

Lucas. En él se representa a la multitud que se acerca a él para ser bautizada. Debemos tratar de imaginarlo vestido con una piel y dirigiéndose a la gente con palabras duras:

"¡Oh generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira que vendrá? Haced pues frutos dignos de arrepentimiento y no comencéis a decir en vosotros mismos: «Tenemos a Abraham por padre»; porque os digo que puede Dios aun de estas piedras levantar hijos a Abraham." (Luc. III, 7-8.)

Tomemos nota de que el Bautista habla a la gente aludiendo a un cambio de mentalidad. Les dice que no comiencen a decir dentro de ellos mismos: "Tenemos a Abraham por padre". Tras haber sido vapuleadas sin discriminación alguna, las personas naturalmente le preguntaban qué habrán de hacer, qué es lo que él espera de ellas.

"Y las gentes preguntaban diciendo: «¿Pues qué haremos?» Y respondiendo, les dijo: «El que tiene dos túnicas dé al que no tiene, y el que tiene que comer haga lo mismo». Y vinieron también públicanos para ser bautizados, y le dijeron: «Maestro, ¿qué haremos?» Y él les dijo: «No exijáis más de lo que os está ordenado». Y le preguntaron también los soldados diciendo: «Y nosotros ¿qué haremos?» Y él les dice: «No hagáis extorsión a nadie ni calumniéis; y contentaos con vuestra paga.» (Luc. III, 10-14.)

También tomemos nota de que la pregunta se formula tres veces, la pregunta sobre lo que *deben hacer*. Y casi como si el Bautista sintiese la ineptitud de sus respuestas, como si sintiese su falta de capacidad para decir a las gentes qué es lo que deben hacer, y su falta de comprensión sobre el significado del reino, o en qué consiste el verdadero cambio en el modo de pensar con relación al reino, les anuncia que vendrá otro que es más que él.

"Y estando el pueblo esperando, y pensando todos de Juan en sus corazones si él fuese el Cristo, respondió Juan diciendo a todos: «Yo, a la verdad, os bautizo en agua, mas viene quien es más poderoso que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de sus zapatos; el os bautizara en. Espíritu, santo y fuego, cuyo bieldo está en su mano, y limpiará su era y juntará el trigo en su alfolí y la paja quemará en fuego que nunca se apagará». Y amonestando, otras muchas cosas también anunciaba al pueblo." (Luc. III, 15-18.)

En el Sermón de la Montaña, Cristo comienza por decirle a los discípulos no lo que deben hacer, sino lo que deben ser antes de

poder ganar el reino de los cielos. Este sermón comienza con las palabras: "Bienaventurados los pobres en espíritu porque de ellos es el reino de los cielos". Cristo habla acerca de lo que el hombre debe ser, alude a lo que tiene, primero, que llegar a ser en sí mismo. El hombre debe procurar ser muy diferente en sí mismo antes de alcanzar el reino. Tiene que cambiar de mente, cambiar en sí mismo, y llegar a ser "pobre en espíritu", sea cual fuere el significado de esta extraña frase. Hagamos un contraste entre esto y lo que enseña el Bautista. Este habla sobre deberes externos, bondad ciudadana; Cristo habla acerca de la transformación interior. Juan lanza una tormenta sobre quienes le oyen y les pide arrepentimiento; Cristo habla acerca del significado del cambio interior que tiene que producirse primero. Juan les dice qué es lo que tienen que hacer, y Cristo les dice qué es lo que tienen que ser. Un hombre como Juan el Bautista, que estaba únicamente del lado externo de la enseñanza del Verbo de Dios, que es la que hace alusión a una posible evolución del hombre, se inclina siempre a tomarlo todo al pie de la letra. Y el Verbo de Dios es algo que no puede tomarse así porque es un medio para establecer un vínculo entre el nivel llamado "tierra" en el hombre, y el superior que es posible alcanzar y que se llama "cielo". El sentido terrenal es, en verdad, por completo distinto del celestial. Y a menos que aquél crezca y se desarrolle alcanzando siempre nuevos significados, no puede haber contacto alguno con los niveles superiores, y entonces queda muerto. De suerte que el hombre literal, el hombre que lo toma todo al pie de la letra, aquel que vive únicamente en los sentidos, el de significados externos solamente, el que nada entiende en lo interno y que, si es religioso, sólo sigue los métodos y las experiencias exteriores de su secta, este hombre no puede desarrollarse. Ahora bien, si Juan el Bautista no era del reino, como lo indicó bien marcadamente Cristo, ¿qué significa estar cerca del reino? Esto nos ayudará a comprender por qué razón la enseñanza del Bautista no era la enseñanza del reino. Estar cerca del reino es un caso de entendimiento interior; y hay un ejemplo muy claro tocante a esto en los Evangelios. Examinémoslo antes de pasar a las demás Bienaventuranzas. Uno de los escribas ha preguntado a Jesús cuál es el primero de todos los mandamientos, y Jesús responde: "El Señor, uno es. Amarás, pues, al señor tu Dios de todo corazón y de toda tu alma y de toda tu mente y de todas tus fuerzas... y el segundo es... amarás a tu prójimo como a ti mismo". El escriba contesta: "Bien, maestro, verdad has dicho que uno es Dios y que no hay otro fuera de él, y amarle de todo corazón y de todo entendimiento . . . más es que todos los holocaustos y todos los sacrificios". Y como Jesús vio que la

respuesta del hombre provenía de su propia comprensión (y no sabiamente, como dice la traducción) le dice: "*No estás lejos del reino de Dios*", y ya ninguno osaba preguntarle. (Marc. XII, 34). ¿Podemos ahora ver por qué motivo se dice que este escriba estaba cerca del reino? Siempre ha habido quienes en asuntos de la religión han valorizado en demasía las formas externas, las observaciones y las disciplinas. También vemos en los Evangelios que Juan el Bautista quedó preocupado al enterarse que Cristo y sus discípulos comían y bebían y no ayunaban conforme a la letra de la ley. Y no cabe duda de que hubiese igualmente objetado el que los discípulos recogiesen espigas de trigo en sábado, o que el Cristo curase a los enfermos también en sábado. Todas estas cosas iban contra las leyes mosaicas. Hacia el final de su vida, el Bautista, aparentemente, comenzó a dudar de Cristo. Y hasta le envió un mensaje preguntándole:

"¿Eres tú el que había de venir, o esperaremos a otro?" (Luc. VII, 19).

¿Y cuál fue la respuesta de Cristo? Respondió de tal manera que el Bautista pudiese entender literalmente. Dijo: "Id, dad las nuevas a Juan de lo que habéis visto y oído; que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan". Juan el Bautista no podía entender que esto denotaba los ciegos, sordos, etc. psicológicos. Pero esté nivel de comprensión ha existido siempre, la comprensión de la verdad dura, literal, la comprensión de únicamente el hombre exterior que mantiene la enseñanza del Verbo de Dios sobre el nivel de la Tierra y así destruye no solamente su belleza, sino también su significado, de la misma manera en que uno puede destruir a una criatura con alas cuando se las corta. Juan el Bautista representa la enseñanza literal del Verbo de Dios. Representa aquella clase de gente literal a quien Cristo defiende en la persona del Bautista, pues ella es el punto de partida de todo lo demás, y habla acerca de ellos con tanto cuidado y ponderación como si fuesen un problema muy difícil de resolver. Juan el Bautista creyó en Cristo cuando lo vio; pero hacia el final de su vida comenzó a dudar. Y éste es el verdadero cuadro psicológico de aquellos que habiéndose arraigado en el lado externo de la enseñanza del Verbo, y todo su áspero significado literal, se hallan de pronto con el sentido interno o superior, y no lo pueden comprender y caen en la duda; y, en verdad, se sienten ofendidos porque ya no pueden sentir mérito alguno, ya no pueden considerarse mejor que los otros. Sin embargo, debe comprenderse que el significado literal del Verbo de Dios tiene que conservarse.

Segunda Parte

La primera Bienaventuranza, según se las llama, y las ocho restantes, están dirigidas, en apariencia, a los *discípulos de Cristo* y no a la multitud. Las palabras con que comienza el capítulo quinto del Evangelio de Mateo expresan:

"Y viendo la gente, subió al monte; y sentándose se llegaron a él sus discípulos. Y abriendo la boca, les enseñaba diciendo: «Bienaventurados los pobres en espíritu porque de ellos es el reino de los cielos»." (Mat. V, 1-3.)

En Lucas encontramos una versión abreviada y algo diferente de las Bienaventuranzas; se mencionan tan sólo cuatro, y esto después que Cristo ha escogido a sus doce discípulos en la montaña y ha descendido al llano. De estas cuatro Bienaventuranzas, la primera dice:

"Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios." (Luc. VI, 20.)

Desde que Lucas menciona a los *pobres*, muchos son los que han pensado que esto quiere decir ser verdaderamente pobre, ser pobre al pie de la letra. Pero en Mateo se dice: "Bienaventurados los *pobres en espíritu*, pues de ellos es el reino de los cielos". Y nadie podrá creer que los literalmente pobres carecen de orgullo si en este sentido se toma este versículo. ¿Cómo vamos, pues, a entender esta expresión "pobre en espíritu?" En la traducción literal del original hallamos que la expresión no es "pobre en espíritu", sino "mendigo del espíritu". ¿Qué significa ser mendigo del espíritu? Eliminemos por completo la noción de que quiere decir ser un mendigo o ser pobre al pie de la letra. Hay otra palabra en los Evangelios que se traduce como *pobre* y que significa ser verdaderamente pobre, como en el caso de los diezmos de la viuda; en este sucedido se presenta a la mujer como una persona en realidad indigente, pobre en el sentido literal, pero que da más que los otros. Pero el término empleado en este caso tiene un significado *más bajo*. Se refiere a uno que se arrastra y que tiembla, como si fuese un mendigo oriental pidiendo limosna en las calles, y así adquiere una profunda acepción psicológica. En Lucas, donde sólo se dan cuatro Bienaventuranzas, se dan también, por así decirlo, cuatro *pesares* que están en correspondencia directamente opuesta a las bendiciones. El pesar correspondiente a la sucinta formulación de "Bienaventurados vosotros, los pobres" es: "Mas ¡ay de vosotros, ricos!, porque tenéis

vuestro consuelo". Ahora bien; desde que Mateo habla de *ser pobre en espíritu* el significado de "rico" en Lucas no puede ser otra cosa que "*rico en espíritu*". Un triunfo sobre un rival, una mejora en la situación personal, una recompensa, un negocio inteligente, todo esto constituye un consuelo. Pero si en el fondo de sí mismo el hombre siente que es nada, que no sabe nada, que no merece nada, si es que anhela comprender más y ser diferente, si en realidad se siente vacío y desea ser algo, entonces, de hecho, en su mente, en su espíritu, en su comprensión, percibe su propia ignorancia, su propia nada, y en tal caso es un "pobre en espíritu". Está vacío y así puede ser harto. Sabe y reconoce su ignorancia, y así puede oír la enseñanza del reino. Pero si está lleno de sí "mismo, ¿cómo podrá oír algo? Se oye a sí mismo todo el tiempo. Oye las interminables voces de su inquieta y quejumbrosa vanidad, de su satisfecho o frustrado amor propio. Al atacar a los fariseos, Cristo atacaba la *riqueza en espíritu*, y acerca de ellos dijo que ya tenían su recompensa. Cuando al príncipe rico le pidió que vendiese todo lo que tenía, no estaba hablando de posesiones al pie de la letra, sino de aquel aspecto del hombre que le hace imaginar que es mejor que los demás por sus posesiones mentales, sociales y materiales. Y lo que hace que un hombre se sienta especialmente rico en sí mismo es la satisfacción del amor propio, la vanidad satisfecha, el mérito ofrecido por la vida. Y en realidad, las delicias del amor propio satisfecho son más poderosas que cualquier otra cosa en la vida y sólo tenemos que advertirlas en nosotros mismos para comprobar que esto es verdad. Si nos encontramos en aquel estado de equilibrio que produce el amor propio, y que en realidad puede también quedar fácilmente trastornado y hacer que uno se sienta ofendido, ¿para qué vamos a buscar algo nuevo? ¿Cómo se nos podrá pasar por la mente que somos nada, que no tenemos base alguna en nosotros mismos, y que a la luz del reino verdaderamente no poseemos nada?

Cristo sigue hablando tocante a lo que un hombre debe *ser*, si es que va a acercarse a un nivel superior en sí mismo, al nivel que se llama el reino.

"Bienaventurados sean los que lloran, porque ellos tendrán consolación."

No es fácil de asir esta idea de que uno puede recibir una ayuda *interna* y consuelo por el mero hecho de ir contra sí mismo. Pero si es que hay un nivel superior de donde procede la *dicha* con la cual le es a uno posible comunicarse, entonces esta idea no tiene nada de extraordinario. "Bienaventurados los que lloran" significa que la dicha o la felicidad puede llegarle a la persona

desde aquel nivel superior del reino siempre que *llore*, siempre que sea *pobre en espíritu*. ¿Pero debe acaso suponerse que el hombre tiene que ir por el mundo bañado en lágrimas, llorando abiertamente o vestido de luto? Esta idea es absolutamente imposible en vista de lo que Cristo enseña en el capítulo siguiente de Mateo, el capítulo sexto, en el que subraya que el hombre debe hacerlo todo *en secreto*; hacer su limosna en secreto, ayunar en secreto, y no hacer nada en razón de su amor propio a fin de obtener una alabanza, un halago o un mérito a los ojos de los demás. En un sentido literal uno llora sus muertos. Pero percibir que uno mismo *está muerto* es llorar en un sentido *psicológico*. Son muchas las cosas que Cristo dice acerca de los muertos, acerca de aquellos que están psicológicamente muertos, muertos en lo interior, en aquella parte de sí mismos que es la parte real, la única que puede evolucionar hacia un nivel superior de hombre; pero porque están muertos no lo saben. Por tanto, no lloran.

La tercera Bienaventuranza dice:

"Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad."

En el original, la palabra *πραος*, que ha sido traducida a "manso" es realmente lo opuesto a la palabra *enojado o resentido*. Quiere decir *amansado*, hacerse dócil, de la misma manera como se amansa a un animal salvaje. Heredar la tierra significa acá legar la tierra otorgada al hombre del reino. Está dicha en el mismo sentido que:

"Honra a tu padre y a tu madre porquetus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da". (Éxodo XX, 12).

Los judíos que tomaban estas cosas al pie de la letra pensaban que se trataba de la tierra de Canaán. Pero su significado interno es del reino de los cielos. La tierra, entonces, significaba el reino. Y el hombre habría de ir contra todos sus resentimientos naturales, contra su pasión, su cólera, a fin de convertirse en un heredero.

La cuarta Bienaventuranza dice:

"Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos."

y se refiere a aquellos que anhelan comprender lo que es la bondad de ser, los que aspiran al conocimiento de la Verdad que conduce al hombre a un nivel superior. Son aquellos que, al sentir su nidad, su ignorancia, al sentir que están muertos en su ser interno, anhelan la enseñanza de la Verdad que posee el hombre

superior, aspiran seguirla y desean saber lo que es el Bien en el nivel del reino de los cielos. Sienten hambre de Bien y sed de Verdad. La unión de estas dos cosas en el hombre le hace tener aquella armonía interna que se llama justicia.

La quinta Bienaventuranza dice:

"Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia."

Uno de los significados de esto es que a menos que perdonemos los pecados de otros no podemos esperar misericordia alguna para nosotros mismos en relación a nuestra propia evolución. En cierto sentido, tener misericordia es saber y advertir que aquello que uno condena en los otros es algo que también lleva en sí mismo; o sea, es ver la viga en el ojo propio: es *verse a sí mismo en los otros ya los otros en uno mismo*. Es ésta una de las bases más prácticas de la misericordia. Pero, como todo lo de los Evangelios, además tiene otros significados: uno de éstos es que el hombre debe saber y conocer aquello hacia lo cual ha de tener misericordia en sí mismo, y aquello hacia lo cual habrá de ser inmisericorde.

La sexta Bienaventuranza dice:

"Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios."

Literalmente, ser puro de corazón significa haber *purgado* el corazón, haberlo limpiado por medio de una purga. Ante todo, se refiere a no ser un hipócrita. Trata acerca de la correspondencia entre lo interno y lo externo que tiene que haber en el hombre. Trata respecto a un estado emocional que se puede alcanzar; en este estado se percibe directamente la realidad de la existencia de Dios mediante la claridad de visión que permite un entendimiento emocional puro, pues nosotros no sólo entendemos con la mente. El aspecto emocional del hombre, cuando se halla lleno de turbaciones sobre sí mismo y así alberga sentimientos malos acerca de quienes no le admiran; cuando está lleno de compasión hacia sí mismo, de odio y de venganza, etc., se halla oscurecido, está en tinieblas y no puede cumplir su función de reflejar el nivel superior. Cuando queda limpio, el corazón *ve*, o sea que comprende la existencia de un nivel superior, la existencia de Dios, la realidad de la enseñanza de Cristo. Los Evangelios tratan muy a menudo acerca de la purificación de las emociones. Y tomemos nota de que si no existiese un nivel superior, no habría purificación posible de las emociones más allá de turbaciones anímicas relativas a sí mismo.

La séptima Bienaventuranza dice:

"Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios."

Crear la paz dentro de uno mismo es estar libre de las desarmonías internas, de las contradicciones y de los disturbios íntimos. Hacer la paz con los otros es obrar siempre partiendo del Bien que hay en nosotros mismos y no aferrarse a las diferencias de opinión ni discutir sobre los diferentes puntos de vista o teorías que siempre crean desavenencias, desacuerdos. Si la gente obrase apoyándose en el Bien y no en las divergencias resultantes de las teorías y de los puntos de vista, o sea de las diferentes ideas que hay acerca de la Verdad, todos serían pacificadores. Aquí, Cristo los llama "hijos de Dios", porque en este caso se piensa de Dios como del *Bien* mismo, en el mismo sentido exactamente en el que Cristo definió a Dios cuando alguien le llamó "maestro bueno", y él respondió:

"¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino Dios" (Luc. XVIII, 19).

El odio divide a todos; el Bien todo lo unifica, de tal suerte que es realmente *Uno*, y esto es Dios.

Siguen otras dos Bienaventuranzas que en esta breve consideración podemos tomarlas juntas, porque ambas se refieren a la acción *más allá y por encima del amor propio*, y del sentimiento de mérito que lleva.

"Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados seréis cuando os vituperaren y os persiguieren, y dijeren de vosotros todo mal por mi causa, mintiendo. Gózaos y alegraos, porque vuestra merced es grande en los cielos: que así persiguieron a los profetas que fueron antes que vosotros." (Mat. V, 10-12.)

Esta misma idea se expresa en Lucas de la siguiente manera:

"Bienaventurados seréis cuando los hombres os aborrecieren y cuando os apartaren de sí, y os denostaren y desecharen vuestro nombre como malo, por el Hijo del Hombre. Gózaos en aquel día y alegraos, porque he aquí vuestro galardón es grande en los cielos; porque así hacían sus padres a los profetas."

y el *pesar* correspondiente a esto se presenta diciendo:

"¡Ay de vosotros cuando todos los hombres dijeren bien de vosotros!" (Luc. VI, 22, 23, 26.)

Como en todas y en cada una de las Bienaventuranzas, Cristo habla en ésta acerca del hombre, quien tras un prolongado trabajo *psicológico* en sí mismo comienza a desear algo que está más allá de su amor propio. Habla acerca del hombre que ya no vive centrado en su amor propio, sino que está buscando el medio de huir de él. Y aquí es justamente donde se encuentra la más difícil de las barreras psicológicas. Pero aun el poder captar un vislumbre de ella, aun cuando no podamos pasarla, es ya de un incalculable valor. ¿Pues quién que lleve una vida respetable y que obre al nivel de la enseñanza de Juan el Bautista puede evitar el sentimiento de mérito? ¿Y podrá en forma alguna regocijarse cuando los hombres hablen mal de él? Un hombre bueno, bueno en la vida corriente, que es sobre lo que habla Juan el Bautista y desde lo cual explica todo, fácilmente puede estimar que hace lo mejor que se puede con sólo comportarse bien: dar la ropa que le sobra, dar de comer a quienes no tienen cómo proporcionárselo, no exigir más de lo que corresponde legalmente, no ser violento, no hacer el mal y contentarse con su paga. ¿Pero cómo podrá escapar del mérito final de todo esto? Pues cualquiera que sea la causa del amor propio y por muy buena que sea una persona al nivel de ese amor, que es el nivel de todos, existe un gran problema psicológico acerca del cual Cristo habló de innúmeras maneras y con respecto a lo cual muchos se sintieron ofendidos. El amor propio, que se lo adjudica todo a uno mismo, no puede llegar al nivel del reino, y en las Bienaventuranzas podemos advertir lo que el hombre tiene que llegar a ser, a *ser* en sí mismo, y en un sentido completamente distinto al hombre de amor propio, al hombre de mérito y de virtud, antes que pueda siquiera vislumbrar el reino.

Luego viene el resumen de todo el significado de las Bienaventuranzas en los extraños términos de la *sal*, de tener *sal* y de que *la sal pierde su sabor*. Cristo continúa de la siguiente manera (aún está hablando a los discípulos) :

"Vosotros sois la sal de la tierra; y si la sal se desvaneciere ¿con qué será salada? No vale más para nada, sino para ser echada fuera y ser hollada por los hombres." (Mat. V, 13.)

Viendo técnicamente la sal en este caso, la sal como en la realidad, es una mezcla de dos elementos diferentes. Representan una unión. Ya vimos en otra parte que el conocimiento de la Verdad, como ésta misma, lleva a uno a una meta que es su propio Bien, y que como tal la Verdad tiene su propio uso. Toda Verdad

siempre busca su unión con el Bien. Por sí misma la Verdad es inútil. Y el Bien por sí mismo es también inútil.. Las Bienaventuranzas tratan acerca de cómo alcanzar cierto estado interior de *deseo* que puede conducir al hombre a esta unión, pues todo deseo busca alguna forma de unión como la consumación de sí mismo. La Verdad de la enseñanza de Cristo, o el conocimiento del Verbo de Dios, o la Verdad acerca de la evolución interior del hombre, no significa absolutamente nada si se la practica por sí misma, sin haberse dado cuenta de la meta o sin haberla alcanzado; esta meta es el Bien hacia la cual conduce el conocimiento. La unión de ambas es la dicha, no la dicha ordinaria que conocemos nosotros y que bien prontamente puede convertirse en su opuesto, sino es un estado complejo y consumado en sí mismo de modo que tiene su particular poder de creación mediante su propia fuerza; es poder porque contiene en sí mismo los dos elementos —la Verdad y el Bien unidos—. Esta es la *fiesta de las bodas* de que habla el Evangelio, el maridaje de dos cosas que deben ocurrir en el hombre y que constituyen la totalidad de su vida interior. Esta es la transformación del agua de la Verdad en vino durante las bodas de Cana de Galilea. Pues si se le ve internamente, si se le ve separado de su aspecto exterior y de su semblanza, el hombre es ante todo su conocimiento de la Verdad y su nivel del Bien. Finalmente, en su evolución, llega a *ser* esta boda entre estos dos elementos. Recién entonces tiene, en un sentido solamente, lo que en los Evangelios se dice: "Vida en sí mismo", por cuanto por esta unión recibe su poder desde un nivel superior. Quizá sea dable comprender que un hombre puede practicar el lado de la Verdad sin contar con el deseo de que le conduzca a ninguna parte que no sea la autoestimación. Entonces puede decirse que carece del deseo de que la Verdad que sigue y practica le lleve a la meta que le espera y que es el Bien. No tiene el deseo de consumir esta unión, no anhela este misterio interior de la conjugación. No quiere que aquello que *sabe* se transforme en aquello que *es* y que, finalmente, se una a su propia meta al hallar en sí mismo el Bien que le pertenece. Entonces es cuando no tiene *sal*. Está obrando sin el deseo adecuado. Está *quitándole el sabor* a la sal, haciéndola inútil. Y al carecer de una verdadera comprensión de lo que está haciendo confundirá fácilmente aquella enseñanza que conoce con su vida ordinaria y con todas sus reacciones de tal modo de vivir. Sin ver hacia dónde conduce la Verdad, o cuál es su meta, la tomará a su propio nivel, la tomará como una finalidad en sí misma y aun hará que ella sea una nueva fuente de donde broten otros disgustos, rivalidades, celos y superioridad sobre los demás, y aun crueldad. Estará ciego con

respecto al Bien de la enseñanza que ha recibido y que es su verdadera finalidad. Esta es la razón por la cual Cristo dijo, en otro lugar, después que sus discípulos estuvieron riñendo entre ellos acerca de cuál era el más grande:

"Buena es la sal; mas si la sal fuere desabrida ¿con qué la adobaréis? Tened en vosotros mismos sal, y tened paz los unos con los otros." (Mat. IX, 50.)

Llevados por su amor propio, los discípulos estaban riñendo entre sí; habían olvidado sus propósitos. Y es justamente porque las gentes olvidan el motivo por el cual estudian la Verdad y no quieren ser realmente diferentes y darse cuenta de otra clase de Bien, que lo mezclan y lo revuelven todo, tanto lo viejo como lo nuevo. Por esta razón. Cristo dice: "Buscad *primero* el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás os será dado por añadidura".

Capítulo X - La Fe

Primera Parte

¿Que es la fe? La gente bien puede imaginar que sabe lo que significa la fe. Pero ésta no es cosa fácil de entender. En los Evangelios se le llama semilla, una semilla que está en la mente del hombre. Cristo dice: "Si tuviereis fe como un *grano de mostaza*, diréis a este monte: «Pásate de aquí a allá», y pasará". Luego agrega estas extrañas palabras: "Y nada os será imposible". Cristo dijo esto a sus discípulos tras haber ellos fracasado en su intento de curar a un niño lunático (epiléptico). Cuando ellos le preguntaron por qué no habían podido curarlo, su primera respuesta fue: "Por vuestra incredulidad". El acontecimiento se registra de la siguiente manera:

"Y como ellos llegaron al gentío vino a él un hombre hincándosele de rodillas. Y diciendo: «Señor, ten misericordia de mi hijo, que es lunático y padece malamente; porque muchas veces cae en el fuego y muchas en el agua. Y le he presentado a tus discípulos y no le han podido sanar». Y respondiendo Jesús, dijo: «¡Oh generación infiel y torcida!, ¿hasta cuándo tengo de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os tengo de sufrir? Traedme acá». Y Jesús le reprendió y salió el demonio de él; y el mozo fue sano desde aquella hora. Entonces, llegándose los discípulos a Jesús, aparte, dijeron: «¿Por qué nosotros no lo pudimos echar fuera?» Y Jesús les dijo: «Por vuestra incredulidad; porque de cierto os digo que si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: pásate de aquí a allá, y se pasará; y nada os será imposible. Mas este linaje no sale sino por oración y ayuno»." (Mat. XVII, 14-21.)

Cristo manifiesta a los discípulos que han fracasado porque tienen poca fe. Pero en algunas de las antiguas versiones de los Evangelios, Cristo aparece diciéndoles que no *tienen fe*, y muchos comentaristas dicen que la expresión "poca fe" se utilizó como sustituto para la interpretación de las severas palabras originales que expresan: "porque no tenéis fe".

Entre otras divisiones que los Evangelios establecen, hay aquella que distingue a los hombres en dos categorías: *los que tienen fe y los que no la tienen*. Pero cosa rara es que los discípulos, que creían en Cristo y que, según se dice, lo habían dejado todo para poder seguirle, quedasen calificados en la categoría de

quienes carecen de fe. Procuremos entender lo que esto significa. Al contrario de lo que muchos presuponen, la fe no es una *creencia*. Nicodemo creía en Cristo en virtud de sus milagros, pero Cristo hizo esto a un lado, y le dijo: "El que no naciere otra vez no puede ver el reino de Dios". La fe es algo más que una simple creencia. Cristo la define como un grano, como una semilla; y una semilla es algo organizado de tal modo que tiene vida en sí misma, y puede crecer por ella propia. Si un hombre lleva en él mismo la semilla de la fe significa que ese hombre se encuentra vivo exactamente en el sentido en que se menciona en la parábola del hijo pródigo: "Porque este mi hijo muerto era y ha revivido". Es preciso recordar que en esta parábola se dice que el hijo "volvió en sí" y que "levantándose vino a su padre", o sea que se movió en una dirección determinada. Consideremos ante todo esta idea de ir en una dirección determinada con relación al significado de la fe; y a la vez tratemos de comprender que no es fácil captar este significado. En el incidente recién citado, cuando se le informa a Cristo que los discípulos no pudieron curar al lunático, aquél exclama inmediatamente: "¡Oh generación infiel y torcida!" Es importante entender estas palabras con toda claridad pues ellas arrojan la primera luz sobre el significado de la fe. ¿Qué quiere decir esa palabra, *torcida*? ¿Por qué razón viene inmediatamente después de la palabra *infiel*? ¿Qué las conecta? El original griego tiene, como significado de *torcido*, algo que va en muchas direcciones. Esto es lo que significa no tener fe, ser infiel, carecer por completo de estas cualidades; esto es ir en varias direcciones y no seguir una fija. Lo que Cristo dice es: "¡Oh generación sin fe que te mueves en diversas direcciones!". Un hombre sin fe, un hombre infiel, es un ente *torcido desde* este punto de vista. Se mueve en muchas direcciones, sin saber nunca hacia dónde va. Y esto es lo que las personas hacen justamente en la vida ordinaria: se mueven en varios sentidos, siguiendo diferentes objetivos; en un momento dado creen una cosa, están de un humor; al siguiente creen en otra y están de otro humor. Basta con que uno *se observe a sí mismo* para ver cuan cierto es esto. ¿No es verdad que uno cambia de dirección con casi todos los libros que lee, con casi todas las opiniones que escucha, con casi todos los cambios de circunstancias y de moda? ¿Y cada humor no nos pinta la vida con colores distintos? Pero la gente gusta de imaginar que tiene una estabilidad interior permanente, y hasta cierto punto esto es verdad en tanto que las condiciones generales de la vida permanezcan las mismas, pues entonces ella siente una especie de estabilidad; pero esto rara vez se debe a algo que haya dentro de sí

misma. Sólo con leer la historia podemos darnos cuenta de cuán carente de propósito es la vida en su sentido más profundo.

El caso del lunático y el fracaso de los discípulos en curarle, debido a que carecían de fe, se relata inmediatamente después de la versión de la Transfiguración.

"Y después de seis días. Jesús toma a Pedro y a Jacobo y a Juan su hermano y los lleva aparte, a un monte alto: y se transfiguró delante de ellos; y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos fueron blancos como la luz." (Mat. XXVII, 1-2.)

Y al descender del Monte de la Transfiguración ¿qué encontraron? Un mundo oscuro, malo, loco, tipificado en el muchacho lunático que se arrojaba ora al agua, ora al fuego, rodeado de una multitud falta de fe y que se volvía en todas direcciones. Tal es el contraste que se presenta. La humanidad, carente de fe, es como el lunático que, efectiva y ealmente, está bajo el *poder de la Luna*. [Acerca de la influencia determinante de la Luna en la conducta humana, el lector hallará la información adecuada en 'En busca de lo milagroso' y en 'El desarrollo de la Luz'. Ediciones Sol.] En el idioma griego, la palabra lunático significa un hombre sujeto a la influencia de la Luna. Como podemos ver, la conexión que tiene la narrativa de los acontecimientos de la vida de Cristo con las palabras que él pronuncia al descender del Monte de la Transfiguración, la *fe* tiene un significado preciso. Cuando se dice que Cristo subió al monte, a un "monte alto", aparte del mundo, y allí fue transfigurado, se significa que existe una forma de hombre superior; que esto existe como una posibilidad y que la fe es algo que corresponde a esta idea del hombre, a la idea de una posible metamorfosis; o sea el cambio de la forma, un cambio que está por encima de todas las formas ordinarias, tal como *μετάνοια* significa ir más allá de la propia mente, de los pensamientos ordinarios. Cristo se transfiguró ante tres discípulos. Les demostró, en alguna forma imposible de comprender, que la transfiguración del hombre es una realidad. Lo demostró de alguna manera, pero de qué manera es algo que nosotros no lo sabemos. Mas los tres pudieron escasamente comprenderlo; no sólo tuvieron miedo, sino que, como dice uno de los relatos, estaban tan *dormidos* que no pudieron darse cuenta de lo que estaba ocurriendo hasta que fueron *despertados*. Lucas indica este hecho con toda claridad en las siguientes palabras:

"Y Pedro y los que estaban con él, estaban cargados de sueño; y como despertaron vieron su majestad..." (Luc. IX, 32).

Grave error sería pensar que el sueño del que aquí se habla es el sueño, el dormir físico. Era de día. ¿Por qué razón iban a estar los discípulos "cargados de sueño" a plena luz del día? Y si lo hubiesen estado, ¿por qué mencionar semejante detalle? El *sueño* del que aquí se habla no es sueño ordinario. Muchas palabras que tienen un significado corriente se utilizan en un sentido especial en los Evangelios; tienen un significado completamente diferente. Por ejemplo, cuando se emplea la palabra "muertos" no se habla de la muerte física. Desde el punto de vista de los Evangelios y de su enseñanza acerca del hombre, los *muertos* no son personas que están sepultadas, sino seres que andan por la calle como el común de la gente. Cuando Cristo dice:

"Dejad que los muertos entierren a sus muertos" (Mat. VII, 22),

es obvio que no se refiere a las personas que han fallecido. ¿Cómo es posible que una persona literalmente muerta entierre a otra igualmente muerta? Los hombres están divididos entre *vivos* y *muertos* en un sentido especial. Esta frase, "los vivos y los muertos", se refiere a los seres que tienen algo vivo en sí mismos, y a aquellos que no lo tienen y que, en consecuencia, están muertos. El hombre imbuido en los asuntos del mundo, que no puede ver más allá de los intereses inmediatos de la vida terrenal del poder, del dinero, de la posición, de la rivalidad, está efectivamente *muerto*. De la misma manera, se divide a los hombres entre *dormidos* y *despiertos*. El hombre que comienza a despertar es un individuo que no sólo empieza a comprender el sentido que yace más allá y por encima del significado corriente de la vida, sino que es un individuo que ya tiene determinada certeza de su realidad; y el comprender, el estar cierto que hay un sentido más allá y por encima del significado ordinario de la vida, y el darse cuenta de que la vida no explica al hombre, es por cierto haber comenzado a *despertar del sueño*. Los discípulos no estaban dormidos literalmente en un sentido físico, sino que dormían en otro sentido. Estaban dormidos en cuanto al significado superior. Estaban mental y emocionalmente dormidos ante la idea del sentido fundamental de la vida humana que Cristo les estaba revelando mediante su transfiguración. Se hallaban dormidos en cuanto a la idea total de la transformación del hombre, pues en muchos pasajes aparecen como simples creyentes de que Cristo era el Mesías prometido, el redentor de una nación oprimida y que, estaba destinado a fundar un magnífico reino en la Tierra en el que todos ellos ocuparían posiciones elevadas, tendrían las más grandes posesiones y el mayor poder. Y así, ciegos ante la enseñanza de Cristo sobre el reino de los cielos, y dormidos ante la

idea de la transformación del hombre, a pesar de que estaban presenciando su manifestación con sus propios ojos, no nos extraña que se exprese que estaban "cargados de sueño".

La calidad de sus mentes, el grado de su *ser consciente*, su nivel de entendimiento no podían llegar a lo que Cristo les estaba mostrando. Ningún hombre puede darse cuenta ni percibir la existencia de cosa alguna que le exija un estado mental más elevado y un estado de *ser consciente* superior al que posee. En relación a lo que no entiende, a lo que no comprende, el hombre duerme. Para la gran mayoría de las personas no existe aquello que ignoran, y hasta ridiculizan la posibilidad de su existencia. Y éstos son únicamente unos cuantos de los varios factores que limitan a la humanidad y que la tienen confinada en su actual estado y condición. Pero hay también factores especiales que limitan aun a aquellos que forman parte de lo más educado de la humanidad, y ello se debe a la calidad de su comprensión y al grado de su *ser consciente*.

La *fe* está relacionada a la idea de la *transformación*. No se trata de una simple creencia que acontece en un plano o nivel ordinario como cuando un hombre cree o no cree en otro hombre. Como podremos apreciarlo más adelante, en otra narrativa acerca de su verdadero significado (al tratar de la conversación entre el centurión y Cristo) la *fe* denota de un modo esencial una convicción, una certeza de que hay una interpretación más elevada de la vida. Como consecuencia de esto existe también la posibilidad de la transformación del hombre. Justamente en esta idea es donde yace la cualidad peculiar de la *fe*, la idea de que la vida sólo puede entenderse mediante el sentido de la existencia de una cosa superior a lo que es el hombre, y la idea de que el hombre tiene la posibilidad de ser transformado y pasar a un significado enteramente distinto con relación a la vida en la Tierra. Esta peculiar cualidad es lo que constituye la esencia de la *fe*; hace de ella algo por completo distinto a lo que ordinariamente llamamos creencia. En realidad, la *fe* mina los cimientos y priva de apoyo a todas nuestras creencias ordinarias y naturales porque *nos aleja* de la creencia mundanal y nos mueve en un sentido y en una dirección en la que ya no podemos confirmar nada por medio de las creencias ni por medio de las pruebas que nos ofrecen los sentidos. Por esta razón se la llama un grano, una *semilla* en la mente del hombre; o sea que es algo que tiene una potencialidad dada de crecimiento en la mentalidad del hombre, pero no es posible que exista en tanto éste suponga que la vida que conoce ordinariamente es su finalidad y no un simple medio hacia otro objetivo, otro fin. Pues si imaginamos que la vida es un fin en sí

misma, y que fuera de éste no tiene otro, entonces no podremos tener *fe*. Y lo que es más, no la queremos tener. Pero si penetra en nosotros el pensamiento de que la vida no puede ser un fin en sí misma, sino que tiene que ser un medio que conduzca a otro fin — y a menudo este pensamiento le llega a muchas personas— entonces, en este preciso instante de un *nuevo pensar* se anticipará la silueta de la *fe*. En el momento de su transformación Cristo representa al hombre en un nivel superior de sí mismo, un nivel infinitamente superior. Su descenso del monte representa la vuelta al plano de la vida ordinaria en la Tierra, a un nivel de locura, enfermedad; a un nivel gobernado, por así decirlo, por la cerosa y lánguida Luna. Todas estas ideas están dramatizadas en la escena del Monte de la Transfiguración. Muy abajo, en el llano, yace la multitud y el muchacho lunático a quien los discípulos no pudieron curar.

Segunda Parte

Se ha dicho ya que la *fe* se la compara con una *semilla* viviente y activa en el hombre, que no es una creencia pasiva. A fin de poder entender algo más acerca del significado de la *fe*, examinemos qué es lo que se afirma sobre el *resultado* de tener *fe*. Cristo dice: "Si tuviereis *fe* como un grano de mostaza... nada os sería imposible". El resultado de tener *fe* es que nada es irrealizable para aquel que la posee. La posesión de la *fe* hace que lo imposible sea posible. En otro lugar, en la versión de Marcos en la cita correspondiente al mismo hecho, la frase dice: "Al que cree todo es posible". A primera vista esto puede parecer como que el hombre de *fe* tuviera el *poder de hacer*. Pero no es éste justamente su significado. Tener *fe* hace que muchas cosas sean *posibles*, y ésta es una idea completamente diferente. Muchas cosas le son viables al hombre de *fe*, muchas cosas que de otra manera no le son dables. Para quien tiene *fe* todas las cosas son posibles, y nada es imposible. Nuestra idea ordinaria acerca del poder está más o menos relacionada con la violencia. Por ejemplo se puede *forzar* a la gente a obedecer. Mas la idea del poder que da la *fe* es muy diferente. En presencia de un hombre que realmente tiene *fe*, en el sentido de la *fe* de Cristo, las cosas devienen *posibles*. Tal hombre posee verdaderamente poder porque mediante la *fe* las cosas dejan de tener un poder propio y en consecuencia le son posibles a él. Roba el poder natural de las cosas, y especialmente el de causar daño; y con frecuencia uno encuentra esta idea en los Evangelios. En una parte se expresa de la siguiente manera:

"Y estas señales seguirán a los que creyeren: en mi nombre echarán fuera demonios, hablarán nuevas lenguas, quitarán serpientes, y si bebieran cosa mortífera no les dañará; sobre los enfermos pondrán sus manos y sanarán" (Marc. XVI, 1718).

En este versículo se muestra el poder ordinario de robarle a las cosas su fuerza natural por medio de la fe. En este sentido, la fe es como la Verdad. La Verdad no tiene poder sobre la mentira salvo en privar a ésta de su particular imperio. Por ejemplo, si un hombre permite que la Verdad penetre en su mente en medio de todas sus mentiras, éstas perderán todo el poder sobre él y durante un momento será cuerdo y veraz.

Los discípulos habían hecho todo cuanto estaba en sus manos para curar al niño lunático. Habían utilizado sus propios poderes. Pero, como el padre del niño dice a Cristo en la versión de Marcos, ellos (los discípulos) "*no pudieron*" (Marc. IX, 18). Y este "*no pudieron*" significa que no tuvieron poder. Cristo inmediatamente exclama: "¡Oh generación infiel! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo os tengo que sufrir?" Luego, en privado, los discípulos le preguntan por qué razón ellos no lograron sanarlo, y la respuesta es que no tenían fe. La curación no les era factible porque no poseían ni el menor *grano de fe*. Ni podían haberla tenido aun después de presenciar la curación del lunático, por cuanto la fe no proviene de los milagros que uno percibe exteriormente y de una pasiva creencia en ellos. Y porque carecían de fe, la curación les fue imposible. La situación no se rendía a ellos. El factor necesario para que la situación rindiese su poder era algo que a ellos les faltaba. El padre del lunático le dice a Cristo: "Si puedes algo, ayúdanos". Cristo exclama: "Si puedes creer, al que cree todo es posible". En su desesperación, el padre exclamó: "Creo, ayuda mi incredulidad". Tanto en la versión de Marcos como en la de Mateo se utiliza este hecho para lanzar una grandiosa luz sobre la idea de la fe y el poder que proviene de su posesión. La fe — *πίστις* — está conectada con cierto poder — *δύναμις* — o sea que la fe es algo dinámico de una manera especial. Pero el poder de la fe no se obtiene desde afuera, de la situación en el mundo, del poder terrenal o de cualquier otra cosa externa. Tampoco es la fe algo que se pueda producir por la evidencia de las cosas vistas: su poder no deriva de semejante fuente. No se forma en aquella parte de la mente exterior que trata con los asuntos de la vida y de las cosas, o con los deberes y los cuidados de la existencia diaria. La fe no está *a este nivel*. Pertenece a un nivel de la mente que está muy por encima de las cosas ordinarias y visibles. Es como un punto que se le ofrece al hombre que yace por

encima de sí mismo. Es, por así decirlo, como si estuviese en contacto con una habitación situada en un piso superior al que ordinariamente ocupa, una habitación donde las personas viven otra clase de vida acerca de la cual la propia fuerza de su convicción le ha llevado a percibir su existencia y a descubrirla por sí mismo. Hay un nivel superior que le espera. No es un ser completo. Y sólo puede completarse por sí mismo. No hay nada *externo* que lo pueda hacer, o sea que nada hay fuera de él que le pueda llevar a ese superior nivel de sí mismo, a su mayor desarrollo. A menos que logre convencerse de que ésta es su verdadera explicación, su mente permanecerá cerrada a esta posibilidad, o sea que se mantendrá cerrada a cualquier cosa superior. Aquello elevado, superior, *está en él mismo*. Pero es algo desconocido, un lugar que aún no ha visitado. Todo cobra otro sentido cuando experimenta la convicción de esta idea. Y entonces se le hace posible un nuevo nacimiento. Se le hace posible llegar a un nuevo nivel de pensamiento, sentimiento y comprensión. Hay un Nuevo Hombre escondido en todo hombre. Por este motivo los Evangelios no hablan acerca de la vida, o acerca de cómo conducirse en la vida, sino respecto a este Nuevo Hombre oculto en todo hombre. La enseñanza evangélica trata acerca de un nivel superior, o sea sobre la *evolución del hombre*.

La idea de que el hombre puede llegar a ser diferente no se limita a los Evangelios. Se la encuentra en muchas enseñanzas antiguas. Y constituye la única base real de cualquier *psicología del hombre*. La verdadera psicología de una bellota ha de buscarse en el hecho de que puede llegar a ser una encina. De otro modo sólo se tiene una idea errada acerca de su verdadera existencia, y pueden inventarse los más errados puntos de vista respecto a ella. Podemos encontrar muchos *niveles* bastante precisos y distintos entre sí en la estructura del sistema nervioso; estos niveles están unos encima de otros, y en ellos las cosas se arreglan y se representan de un modo bien diferente en cada caso. Un nivel inferior no puede entender a uno superior, y el inferior tiene que obedecer al superior porque le ha rendido todo su poder. Al hombre le basta con pensar en que puede mover el brazo y lo mueve. Todos los niveles inferiores obedecen al pensamiento. De suerte que el hombre que trabaja por medio de la evidencia de los sentidos y que piensa tan sólo a ese nivel mental, no puede en forma alguna entender lo que es la *fe*. En sí misma, ésta es ya una certeza absoluta acerca de la existencia de un nivel superior, y así se convierte en aquello que abre la compuerta para que el hombre reciba la influencia de un nivel superior. En este sentido,

examinemos otra parábola acerca del significado de la fe, aquella que la explica por medio del incidente del centurión:

"Y el siervo de un centurión, al cual tenía él en gran estima, estaba enfermo y a punto de morir. Y como oyó hablar de Jesús, envió a él los ancianos de los judíos, rogándole que viniese y librase a su siervo. Y viniendo ellos a Jesús rogáronle con diligencias diciéndole: «Porque es digno de concederle esto; que ama nuestra nación y él nos edificó una sinagoga». Y Jesús fue con ellos. Mas como ya no estuvieren lejos de su casa, envió el centurión amigos a él, diciéndole: «Señor, no te incomodes, que no soy digno de que entres debajo de mi tejado; por lo cual ni aun me tuve por digno de venir a ti; mas di la palabra y mi siervo será sano. Porque también yo soy hombre puesto en potestad, que tengo debajo de mí soldados; y digo a éste: ve, y va; y al otro: ven, y viene; y a mi siervo: haz esto, .y lo hace». Lo cual oyendo Jesús se maravilló de él, y vuelto dijo a las gentes que le seguían: «Os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe». Y vueltos a casa los que habían sido enviados, hallaron sano al siervo que había estado enfermo." (Luc. VII, 2-10.)

¿Por qué dijo Cristo que nunca había encontrado semejante grado de fe? El centurión había expresado en sus propios términos la idea esencial de la fe. Por su experiencia de soldado sabía que hay un superior y un inferior, lo que estaba por encima y aquello que estaba debajo de él; y de esto, como resultado de su propio pensamiento, había obtenido la convicción de que existe un superior y un inferior, y no únicamente en el mundo exterior, en el mundo visible. Dice el centurión en esta cita: "... ni aun me tuve por digno de venir a ti". La palabra griega que se emplea acá como "digno" significa estar a un mismo nivel. El centurión comprendía los *niveles* del hombre. Discernía que todo es cuestión de *niveles*, o sea que comprendía lo *superior* y lo *inferior* como *principio*, y sabía que un inferior tiene que obedecer a un superior porque tal es la naturaleza misma de las cosas. Por sobre todo, sabía que Cristo estaba a un nivel superior que el suyo. Se dio cuenta de que todo cuanto Cristo hacía y decía tenía su origen en *un nivel superior* al nivel en el que él (el centurión) obraba y hablaba. En segundo lugar, también sabía que Cristo acataba *a un nivel aún superior* del mismo modo en que él, en su calidad de centurión, obedecía a sus superiores, a quienes tenían más autoridad que él. ¿Y en cuántos puntos del Evangelio no indica Cristo con toda claridad esta obediencia a lo que es superior? No era libre. Estaba cumpliendo otra voluntad y a través de esto tenía poder. ¿Qué poder hubiese tenido como centurión sin obedecer a sus superiores? Por medio de

la subordinación a los que se hallaban por encima de él, tenía potestad sobre los que estaban por debajo de él. Ninguno de sus soldados le hubiese obedecido a menos que él hubiese obedecido a sus superiores. El centurión entendía esto con claridad y así pudo discernir la fuente del poder de Cristo, y de tal modo que Cristo exclamó: "Os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe".

Desde que la idea de la fe tiene relación con el lograr hacer que las cosas obedezcan, es claro que también tiene relación con el poder que el hombre puede obtener sobre sí mismo. Puede lograr que todo cuanto hay en él, que todos sus instintos, que todos sus diferentes voliciones momentáneas, todos sus humores, etc., obedezcan a algo que hay en él mismo y cuya naturaleza es tal que pueda hacer que ninguna de estas cosas le afecte. En griego, la palabra fe — πίσις — viene del verbo πείθω, que significa persuadir, o *hacer obedecer*. ¿Qué es lo que en el hombre puede hacer que todas sus partes le acaten? ¿Qué persuasión puede hallar en su mente que le coloque en la situación en la cual todo cuanto hay en él le rinda su poder? Si el hombre pudiese encontrar este secreto, sería el amo de sí mismo; no directamente, ni por medio de su propio imperio, sino por medio del poder que le da la fe.

Y es justamente en esto en lo que el hombre tiene que *crearse a sí mismo*. Y esta tarea de autocreación no debe ir a tontas y a locas. Tiene que basarse en ideas que trasciendan los significados ordinarios. Creer únicamente en aquello que vemos con los ojos no nos va a crear. De todo cuanto vemos podemos escoger esto o aquello, y sujetarnos a ello como a la Verdad. Pero tal Verdad es solamente externa y su fuente es la vida visible. La fuente de donde emana la fe es invisible, pertenece a la vida invisible. Los discípulos no tenían *fe*, no creían, porque estaban impresionados únicamente por Cristo, a quien veían como a un hombre extraordinario, y también por sus milagros. Y en cierto sentido, en tanto Cristo estuvo con ellos, de cuerpo presente, no podían haber tenido *fe*; y por tanto no podían *crearse a sí mismos*. En cierto sentido. Cristo los ponía a prueba siendo rudo con ellos. Cristo ofendía a diestra y siniestra. Aun sus discípulos, como muchos otros que escucharon sus enseñanzas, *tenían miedo de hacerle preguntas*. En la versión de Mateo se habla que después de haber confundido a los fariseos (quienes habían dicho que Cristo era el hijo de David) diciéndoles: "¿Pues cómo David en espíritu le llama Señor?", nadie le podía responder palabra, "ni osó alguno desde aquel día preguntarle más". El objetivo que Cristo buscaba era que ellos creyesen, pero no *debido* a lo que estaban viendo y presenciando, sino *a pesar* de todo ello. Y su crucifixión, la más

deshonrosa de todas las formas de muerte de la época, fue en sí misma una prueba, aparte de sus otros significados. Luego, cuando quedaron únicamente con la enseñanza, con ciertas ideas extrañas, con ciertas parábolas y quizá con muchas cosas que jamás fueron registradas, los discípulos tuvieron que convertirlo todo, todo cuanto habían visto y oído, todo cuanto habían recibido por medio de los sentidos, en ese grano vivo que se llama fe. Tenían que quedar privados de la envoltura exterior antes que pudiera establecerse entre ellos sobre una base nueva, y conforme a la promesa de Cristo:

"Mas el Consolador, el Espíritu Santo, al cual el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todas las cosas que os he dicho" (Juan XIV, 26).

A menudo las personas discuten y afirman que Dios no existe porque en la Tierra pasan muchas calamidades. O bien, dicen: "¿Si existe algo superior, por qué razón no se nos dice qué es y qué es lo que tenemos que hacer?" La respuesta para el primero de estos argumentos es bastante explícita: se indica de modo terminante que la voluntad de Dios no se hace en la Tierra. A lo segundo, la réplica es que las personas no pueden evolucionar, o sea que no pueden lograr un segundo nacimiento por sí mismas, siguiendo los meros ejemplos externos, o por cualquier forma de pensamiento o idea basada en los sentidos. La Verdad que puede obrar en el hombre ayudándole a cambiar su ser puede sembrarse de este modo, por medio de los sentidos, y así ha de ser. Pero la Verdad por sí misma, al caer en todo cuanto en la mente del hombre se afirma en los sentidos, cae "junto al camino" y se destruye. El hombre tiene que oír y recibir *más allá de sí mismo*, más allá de cualquier cosa que haya adquirido en su contacto con la vida ordinaria, con sus problemas y con sus pruebas; tiene que recibirla más allá de sus propias nociones y de sus limitados poderes de comprensión adquiridos en el tiempo y en el espacio. Todo cuanto puede renovarle, regenerarle y cambiarle, debe ser elevado por encima de *aquel nivel* porque, sencillamente, su misión es abrir en él *otro nivel*. De suerte que se trata de un germen, de algo que germina, y cuando provenga del exterior corresponde a un destino superior al pertenecer a un grado superior del hombre; y es, en breve, la primera de una serie de pensamientos e ideas conexas, el primer fermento de la levadura y conduce al hombre a una comunicación con aquel nivel superior y a una transformación en la comprensión del significado de la vida del hombre en la Tierra. Pues si pensamos en la evolución del hombre como la conexión interna con algo que ya existe como una posibilidad, tal

como una encina es una *posibilidad* en una bellota al ser un *nivel superior* de la bellota, y si pensamos que esta conexión sólo puede ser posible a través de una creciente intensidad en la visión interior y en la convicción que permite al hombre cambiar el fiel de la balanza, por así decirlo, y conducirlo en una nueva dirección, en esta una y *única* dirección que menciona Cristo en sus parábolas y en todas sus metáforas, entonces podemos comprender más fácilmente que la creencia pasiva a través de las pruebas que ofrecen los sentidos es algo inútil, y que la fe tiene que ser algo vivo, algo que trabaje constantemente en el hombre para poder realizar su principal arte, su *alquimia*. Y esta *alquimia* no es sino la creación de un Nuevo Hombre en el hombre. En este proceso, las leyes de un orden superior al propio orden deben comenzar a influir y a afectar al hombre tal como una bellota tiene que pasar por todo el proceso de su posible transformación, y para ello tiene que obedecer las leyes de las encinas y eventualmente dejar de ser una bellota.

Tercera Parte

Los discípulos piden a Cristo: "Auméntanos la fe". ¿Cuál fue la respuesta que recibieron? ¿Qué luz arroja sobre el significado de la palabra fe que en los Evangelios se emplea tan técnicamente, algo que es tan difícil de comprender, y que las gentes estiman que se trata de una mera creencia?

La oportunidad en que los discípulos hicieron esta pregunta se encuentra relatada en el cap. XVII de Lucas. Cristo habla acerca de las dificultades en cuanto a *vivir* las enseñanzas. Era obvio que habría dificultades. El mero hecho de comenzar a poner en práctica la enseñanza no eliminaba de un solo golpe todos los obstáculos, todos los problemas. Cristo dice: "Imposible es que no vengan escándalos; mas ¡ay de aquel por quien vienen!" Se refiere a las dificultades que inevitablemente han de surgir entre todos aquellos que siguen las enseñanzas. Y aún entonces es posible que los discípulos no comprendieran que se les estaba impartiendo una disciplina interior. Cristo sigue: "Mejor le fuera si le pusiesen al cuello una piedra de molino y le lanzaran al mar, que escandalizar a uno de estos pequeñitos". Esto no se refiere a los niños pequeños, sino a aquellos que están tratando de comprender la enseñanza de Cristo. Son *pequeñitos* en cuanto a comprensión. (En griego, la palabra μικρός significa microscópico y nada tiene que ver con los niños de corta edad.) Los discípulos tenían que aprender a enseñar a otros. Si pensaban que siguiendo a Cristo se

hallaban en pos de un futuro rey en la Tierra, esta idea debe haberles parecido muy extraña. Se presenta a Cristo diciéndoles: "Mirad por vosotros (en un sentido literal significa prestar atención a uno mismo); si pecare contra ti tu hermano, repréndele; y si se arrepintiere, perdónale. Y si siete veces al día pecare contra ti y siete veces al día se volviera a ti diciendo: pésame, perdónale".

Cristo habla acá acerca de cómo debe el hombre *comportarse* cuando está en la enseñanza. Las personas por lo general toman el conocimiento por un lado y la conducta por otro. Cuando está en la enseñanza, el hombre tiene que conducirse o *comportarse* con los otros de cierta manera. Puede ser que los discípulos hubieran ya percibido que a fin de comportarse de este modo era indispensable tener *fe*, o de lo contrario hubiese sido imposible. Tomándolo literalmente, perdonar siete veces al día a un hombre, aun cuando se arrepienta, no es cosa fácil.

Fue entonces cuando los discípulos hicieron su pedido: "Y dijeron los apóstoles al Señor: «Auméntanos la fe»". (Literalmente, le dicen: "A la fe que tenemos agrega más"). La forma como se puede poseer más fe o aumentarla es algo que no se menciona inmediatamente. Cristo comienza diciéndoles: "Si tuvieseis fe ..." y con ello implica en éste, como en otros puntos, que los discípulos no tenían fe. "Si tuvieseis fe como un grano de mostaza, diréis a este sicómoro: «Desarraígate y plántate en el mar»; y os obedecerá". Todo obstáculo, toda dificultad natural queda sin poder alguno y a merced de la voluntad del hombre que tiene fe; no a la voluntad ordinaria del hombre, sino a aquella que se origina de otro nivel abierto por la fe. Luego, Cristo describe cómo puede aumentarse la fe, y lo hace en palabras que parecen no tener ninguna conexión directa con la exigencia de los discípulos, y que no siempre se toman como si fuesen la respuesta. Dice:

*¿Y quién de vosotros tiene un siervo que ara o apacienta, que vuelto del campo le diga luego: «Pasa, siéntate a la mesa»? No le dice antes: «Adereza qué cene, y arremángate y sírveme hasta que haya comido y bebido; y después de esto come tú y bebe?»
¿Da gracias al siervo porque hizo lo que le había mandado? Pienso que no. Así también vosotros, cuando hubiereis hecho todo lo que os es mandado, decid: «Siervos inútiles somos, porque lo que debíamos hacer hicimos».*" (Luc. XVII, 7-10.)

¿Qué significado se oculta tras esta ilustración tan ordinaria?
¿Cómo contiene la respuesta al pedido de los discípulos de: "Aumenta nuestra fe"?

Preciso es tener cierta actitud para que la fe exista y aumente.

¿Cuál es la naturaleza de esta actitud? El hombre tiene que darse

cuenta que se halla *bajo una autoridad*. El centurión se percató de esto y, al hacerlo, comprendió una cosa. Supo que dependía de la ley y, por lo tanto, entendió en cierto sentido lo que es la fe.

La fe es la convicción y cierta percepción de un *nivel superior* al cual el hombre tiene que someter todo cuanto hay en él. No puede obrar a su gusto. Pero en la vida corriente, todos creen que pueden y deben obrar a su gusto. El hombre tiene que obligarse a sí mismo en obedecer este nivel superior que lleva en sí. Porque el hombre que tiene fe ya no es sólo un ser humano, no es aquel que está simplemente "en la vida", sino que es dos hombres. Es un "hombre en la vida" y uno que se da cuenta de "otra vida"; no una cosa después de la muerte, sino otra vida *ahora*, una vida que es para él una posibilidad *ahora*. Hay una vida en nosotros que mira hacia fuera, hacia el exterior, al mundo tal como lo vemos, con todas sus recompensas; y hay una vida interior que mira hacia este superior nivel de cuya existencia está ya convencido y que conoce y siente *dentro de sí mismo*.

Cuando de esta suerte el hombre deviene *dos*, la actitud hacia sí mismo y hacia la vida cambia por completo para él. Se da cuenta de que hay un nivel superior y otro inferior en sí mismo.

Todo cuanto hacía anteriormente, por bueno que hubiese sido, partía del nivel inferior y permanecía en el nivel inferior. Y cuando este es el caso, el hombre no puede evitar el ir en pos de *méritos* y de recompensa por todo cuanto hace. Lo adjudica todo a su propia bondad, a su propia grandeza, o a sus muchos sufrimientos. No puede impedir el hacer esto. Tampoco puede evitar el tener una recompensa por cualquier cosa adicional que haya hecho, por cada acto útil, por cada acción digna de elogio, por cada esfuerzo de más. Su Bien está en el mundo, o sea el principio regente del nivel de evolución en que se encuentra. Todo cuanto realiza, *lo hace de cierto modo*. Todo está teñido *de sí mismo*, del *propio mérito*, de la *propia bondad*, o de la idea de una recompensa. Este es el nivel de su *ser*, el nivel en que vive, el único que le es conocido. No tiene idea acerca de un plano superior porque no tiene fe. No posee idea de un *nivel superior en sí mismo* al que quisiera unirse. Su ser, él mismo, el amor a sí mismo, lo absorberá todo. En consecuencia, odiará en secreto a las personas que no están de acuerdo con él, o que no lo elogian o que se ríen de él; odiará en secreto aun cuando no lo demuestre abiertamente por temor a que su reputación sufra. Y no podrá hallar remedio alguno para esto porque se tomará a sí mismo *tal cual es*; de suerte que no podrá cambiar. Querrá sólo ser *mejor*, no pretenderá ser diferente. Quiere permanecer el *mismo* hombre, únicamente que un hombre mejor; no querrá ser otro hombre, un hombre *renacido*.

Todo cuanto Cristo enseñó trata acerca de la obtención de un nivel superior que él llamó *renacimiento*. Su enseñanza era respecto a *la evolución*, acerca de la evolución que le es posible al hombre y *que le está aguardando*.

No es una enseñanza para permanecer siendo el *mismo* hombre únicamente mejorando un poco, sino referente a ser un Nuevo Hombre, nacido de "agua y espíritu". O sea un hombre nacido de la fe y de su Verdad, y viviendo conforme al espíritu de esta Verdad, o sea *queriéndolo*. Pues en todo hombre existe otro nivel al cual se puede llegar solamente estudiando el *conocimiento* de que tal hombre proviene, y viviéndolo. Todos los dichos y parábolas de los Evangelios son *conocimiento* acerca de este nivel superior, acerca de este posible grado o *categoría de hombre*. Esta es su explicación. Este *conocimiento* no es aquel que se puede obtener a través de la vida visible y por medio de los sentidos, un conocimiento que pueda verificarse con facilidad. Tiene que comprenderse *por la mente*. Esto es *fe*.

La fe no es una creencia en lo *extraordinario* porque se hagan milagros; es una percepción, una visión interior y una convicción de que hay un orden de Verdad por encima de la verdad de los sentidos, una que los sentidos no pueden proporcionar directamente, o sea una Verdad para la cual éstos no pueden proporcionar un punto de partida. El hombre tiene que comenzar *más allá de sí mismo*, y la *fe* es el punto de partida. Y en este punto es donde al hombre le vale y le sirve todo lo que ha pensado y comprendido en el silencio y en la soledad de su mente. Le vale todo aquello que no ha podido hablar, todo aquello que es lo más *íntimo* en él y que, por lo tanto, está más allá de su lado externo, de aquel lado que manejan los sentidos y que en realidad no es sino la parte maquinal de él. Pues todos esos pensamientos pertenecen a algo que puede *agarrar* el conocimiento, o sea la fe, y establecer un contacto con un nivel superior o más íntimo; el logro de esto es la verdadera evolución del hombre, y el significado de su compleja existencia. Todos estos pensamientos privados, todas estas especulaciones, fantasías, tramas, ponderaciones, todas ellas en apariencia sin propósito y que llegan hasta la niñez y la inocencia, pertenecen al lado *más íntimo y más significativo* del hombre. Pero son esto únicamente porque pueden constituir el punto de partida en el conocimiento de la *fe*. Pues aun cuando un hombre se encuentre con una enseñanza verdadera, como ocurrió con los discípulos de Cristo, lo que se le enseña de manera externa, puede *combinarse* en él sólo si lo pondera, si lo piensa en privado y si especula sobre ello, lo imagina y finalmente queda cogido *por este aspecto interno y más profundo*. Cristo no esperaba que los

discípulos *comprendiesen* lo que él decía. Sabía que, de momento, no podían hacerlo. La gente imagina que puede comprender de modo inmediato las cosas con que tan sólo se las digan. Pero la verdad es que desde el comienzo de los tiempos estas cosas *le han sido dichas* a la gente. Son muchos los que saben perfectamente bien que si se limitan a pensar de un modo externo sobre sí mismos y sobre cómo son, nada va a suceder. Pensar acerca de sí mismo de tal modo que uno comience a *cambiar* a la luz de las nuevas ideas, de los conocimientos recientes, de la nueva verdad, de las nuevas comprensiones, no es algo que cualquiera puede llegar y hacer.

Sin embargo, la gente se trata entre sí, encuentran faltas y defectos los unos en los otros, como si pudiesen cambiar de repente. No; por cierto que no es demasiado decir que nadie puede cambiar ni por su propio círculo de ideas ni por un nuevo conocimiento, a menos que todo esté precedido por un nuevo conocimiento *interno*, por un extraño "darse cuenta" en el corazón mismo, y pueda así formar la entrada, el ingreso a las nuevas comprensiones. Pues nadie puede cambiar ni ser cambiado por las cosas externas, ni por sus pensamientos exteriores. Y tampoco puede una persona cambiar obligadamente. Nada de lo que en el mundo se haga en la forma de nuevos arreglos, de nuevos ajustes, de sistemas sociales y de reglamentaciones, etc., puede cambiar al hombre *en sí mismo*. Tan sólo él mismo, despertando a la Verdad y viendo la Verdad a la luz de la Verdad misma y no a la luz del propio interés y de la experiencia, puede empezar a cambiar. Porque únicamente puede cambiar por medio de aquello que ha *advertido por sí mismo*, y jamás por aquello que se le dice.

¿Cuál es entonces el significado de la parábola que se refiere a la fe? Un hombre tiene que estar dispuesto a actuar *por encima de sí mismo*, a fin de poder aumentar su fe. Lo que haga es sencillamente nada. Para poder prestar obediencia al conocimiento que proviene de la *fe* es preciso que en la vida obre diferentemente a los demás. ¿Cómo actúa un hombre ordinario en la vida? Reclama lo que considera que se le debe. Si hace más de lo que llevan al cabo los demás, se queja. Toda la vida es así, y todos los hombres también. Todos experimentan celos de los demás. Todos piensan que se les trata con injusticia, o que deberían tener una mejor recompensa. *Tal es la vida humana*. Para que un hombre se comporte diferentemente, tiene que poseer otro *sentimiento de la vida* y otro *sentimiento de sí mismo*. A la luz de una nueva comprensión, todo cuanto hace, todos sus esfuerzos tienen que parecerle como nada. No se puede llevar esto como un libro de contabilidad con un "debe" y un "haber". La parábola del Siervo

Inútil, sin embargo, no trata únicamente respecto a la vida. Trata también acerca de la vida en el círculo de la enseñanza, en la escuela que Cristo estaba estableciendo. Según la enseñanza de esta escuela, todo cuanto el hombre tenía que hacer sumaba exactamente cero, no valía nada. El hombre no debe sentir mérito alguno. No estaba sino cumpliendo con su deber ordinario. Sentir algún mérito por ello equivale a destruir la *fe*. Significaría que únicamente sentía las cosas al nivel ordinario de sí mismo, con sus significados corrientes. Nadie podría trabajar sujeto a semejantes normas, nadie podría cambiar, nadie podría ser diferente. Porque si el hombre se siente igual siempre y si siempre tiene las mismas ideas y sus mismas limitaciones, ¿cómo podría cambiar? Debe andar *más allá de sí mismo* a fin de poder ser diferente. Y si lo hace, tiene que considerar que no ha hecho *nada*. Todo cuanto se siente en el conocimiento que es la fe y en la convicción de que hay algo superior a sí mismo, sintiendo la propia pobreza, la propia ignorancia, es que verá siempre todos los esfuerzos como si fueran *nada*. No se recibe ninguna recompensa ni se siente mérito alguno. Uno sabe que es un siervo inútil.

Cuarta Parte

Algunas parábolas acerca de la fe describen ciertas acciones. Su significado sobre la fe es algo que no se aclara inmediatamente. Como un ejemplo, tomemos la parábola de la mujer pecadora que se relata en Lucas:

"Y he aquí a una mujer que había sido pecadora en la ciudad; como entendió que estaba a la mesa en casa de aquel fariseo, trajo un alabastro de unguento. Y estando detrás a sus pies, comenzó llorando a regar con lágrimas sus pies y los limpiaba con los cabellos de su cabeza; y besaba sus pies y los ungía con el unguento. Y como vio esto el fariseo que le había convidado, habló entre sí diciendo: «Este, si fuera profeta, conocería quién y cuál es la mujer que le toca, que es pecadora». Entonces, respondiendo Jesús, le dijo: «Simón, una cosa tengo que decirte». Y él dice: «Di, Maestro». «Un acreedor tenía dos deudores; el uno le debía quinientos zénanos, y el otro cincuenta; y no teniendo ellos que pagar, perdonó a ambos. Di, pues, ¿cuál de éstos le amará más?» Y respondiendo Simón dijo: «Pienso que aquel al cual perdonó más». Y él le dijo: «Rectamente has juzgado». Y vuelto a la mujer dijo a Simón: «¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, no diste agua para mis pies; mas ésta ha regado mis pies con lágrimas y los ha

limpiado con los cabellos. No me diste beso; mas ésta desde que entré no ha cesado de besar mis pies. No unguiste mi cabeza con óleo; mas ésta ha unguido con unguento mis pies. Por lo cual te digo que sus muchos pecados son perdonados, porque amó mucho; mas al que se perdona poco, poco ama». Y a ella dijo: «Los pecados te son perdonados». Y los que estaban juntamente sentados a la mesa, comenzaron a decir entre sí: «¿Quién es éste que también perdona pecados?» Y le dijo a la mujer: «Tu fe te ha salvado, ve en paz».» (Luc. VII, 37-50.)

En esta parábola se presenta a Simón como a cierta clase de hombre que ama muy poco. Y se muestra que, como consecuencia, como resultado de lo poco que ama, poco es lo que se le puede perdonar. La mujer pecadora aparece como un contraste frente a él. Porque ella ama mucho, mucho se le puede perdonar. Pero todavía no está del todo clara la conexión con el sentido de la fe.

Simón era un fariseo, o sea que representa aquella clase de hombre que practica la religión como un medio de hacer ostentación, de aparentar, de aumentar el mérito propio. Un hombre así, todo lo hace en base al amor propio y no en base al "amor a Dios y al prójimo". Y todo cuanto se hace por amor propio sólo puede ir al ser personal, y así aumenta el sentimiento del mérito.

El amor propio no es amor. El fariseo aparece continuamente en los Evangelios como un ejemplo de todos aquellos cuyas acciones se basan en el amor propio, en atraer la atención, en la reputación y, por lo tanto, no puede hacer nada, por caritativo que parezca, sin sentir la satisfacción del mérito. Y si un hombre hace todo por experimentar éste, no podrá evitar considerarse mejor que los demás, y esperar una recompensa por todo cuanto haga. Se muestra a la mujer obrando por la fe, y se le dice que su fe le ha salvado y que, en consecuencia, todos sus pecados le son perdonados. No actuó por amor propio, sino por amor al prójimo.

Obrar por la fe no es lo mismo que actuar por amor propio y por amor a los méritos, al inevitable sentido de ser superior, de ser mejor que los demás. Tal es el sentido general de la parábola, aun cuando cada incidente tiene su propio significado.

Actuar por la fe es obrar más allá de sí mismo es obrar más allá del amor propio y de sus intereses. Exactamente lo mismo ocurre en los casos en que se piensa por la fe. Pensar en base al conocimiento y a las ideas de la fe, es pensar *desde más allá* de la mente ordinaria, *desde más allá* de todas las ideas y modalidades de pensamiento. Pensar por la fe, cimentar el pensamiento en la fe,

es pensar de una manera diferente; obrar por la fe es actuar de una manera diferente.

En todas las parábolas acerca de la fe que hay en los Evangelios se da énfasis al hecho de que acercarse a Cristo, o sea acercarse a la verdadera enseñanza relativa al renacimiento y a la evolución de sí mismo, es algo imposible por medio de la ayuda visible, o por medio de los pensamientos y emociones ordinarias del mundo. Se necesita hacer un esfuerzo que vaya más allá de lo que cualquiera pensaría o haría de ordinario. La categoría de la Verdad, que pertenece a la categoría de la fe, nada tiene que ver con la categoría de verdad que pertenece a los sentidos. Cuando Nicodemo vio los milagros y a través de ellos creyó, le fue dicho con toda claridad que eso era completamente inútil. Y, en verdad, lo que entorpecía su camino eran justamente los milagros visibles. No podían tocar aquel nivel mental que únicamente puede despertar por medio de la *fe*. El hombre no llega al estado de la íntima comprensión que pertenece a la *fe* por medio de cosas externas, de las cosas visibles. Vivir por lo visible es hacerlo al nivel mundano: vivir por la fe es hacerlo a otro nivel. Y este otro nivel, que eventualmente es el renacimiento del hombre, es algo preciso cuando a él se llega; es un estado real, una verdadera posibilidad hacia la cual el hombre puede ser elevado mediante todas las ideas de la fe y su Verdad y conocimiento. Puede alcanzarse el nivel superior del hombre únicamente por medio de cierto conocimiento y de ciertas ideas *que deben mantenerse vivas por un continuo esfuerzo*, y no corresponden a nada que la vida pueda confirmar. El hombre tiene que apartar los ojos de las escenas de la vida a fin de poder alcanzar su significado. La fe deviene así un esfuerzo continuo, un continuo cambio de mentalidad, un continuo cambio de modos habituales de pensar, de tomar todas las cosas; un cambio total de las reacciones habituales. Obrar por la fe es actuar más allá del radio de las ideas y razonamientos que el lado sensorio del mundo ha construido en la mente de cada cual. Por el lado del amor, es *querer* la acción más allá de las condiciones naturales, a la luz de la comparación de lo que uno es y de lo que está por encima de uno, de lo que a uno le es posible ser. Pues esta dirección apunta hacia *otra etapa del hombre* y, por lo mismo, hacia otro nivel de sí, un nivel hacia el cual no le puede llevar la vida corriente. De modo que teniendo fe, cambiará *la actitud del hombre hacia la vida*. Cambiará gradualmente. Ya no la verá como si fuese la única finalidad. No obrará más para beneficio de *lo que es*, sino para beneficio del Nuevo Hombre que está por encima de él, para la nueva posibilidad que está oculta en él.

En la parábola citada, el hecho de que Simón hubiese invitado a Cristo a comer a su casa no tenía ninguna importancia en sí mismo. El acercamiento a Cristo no podía hacerse por medio de una cosa así. El hecho de que Cristo estuviese a la mesa de Simón "visiblemente", no era el medio de acercarse. El único medio de acercamiento era la *fe* y no lo visible. Sólo podía ser un hecho *interno*, algo íntimo. La gente imagina que tomar contacto quiere decir de un modo principal tomar un contacto visible, a través de los sentidos, y aun piensa que puede entender cualquier cosa que oiga, aun cuando se trate de las palabras de Cristo; piensa que puede entenderlas por el mero hecho de haberlas escuchado. Pero uno solamente puede acercarse de un modo interno a lo que Cristo representaba, y tan sólo acercarse por medio de la fe.

Simón es el retrato del hombre crítico, del hombre que algo puede entender; pero que tiene miedo de obrar; es, por lo tanto, un mal educado debido a cierta nerviosidad. Cosa obvia es que Simón pensó que era muy bondadoso de su parte el invitar a Cristo a comer a su mesa. Corrió un riesgo social al hacerlo. Pero ni siquiera trató de ser cortés con Cristo, ni de hacer lo que se acostumbraba en estos casos. Hasta pretendió llamar la atención a lo que consideraba las deficiencias de Cristo y quería criticarlas. Sin embargo, contestó gentilmente a las preguntas de Cristo. Comprendía un poco, pero no podía comportarse como es debido y quería hallar faltas en Cristo. Sin embargo, Cristo comió con él. Esto significa que tal *tipo de hombre* no deja de ser capaz de comprender aun cuando no lo valore todo acabadamente. "Amó poco." En los Evangelios se presenta a muchos hombres que son *tipos* que se repiten eternamente con relación a sus actitudes y a las posibilidades de comprender.

Por ejemplo, se describen tres tipos de mujer: María, Marta y María Magdalena (o sea María, una mujer que procedió de Magdala). María Magdalena bien pudo haber sido la mujer que amó mucho, que fue perdonada y a quien se dijo que su fe la había salvado. ¿Qué conexión existe entre el amor y la fe? El conocimiento que es materia de la fe no puede entrar a la voluntad a menos que se le ame. No es solamente un *cambio de mentalidad* lo que conecta al hombre con lo que es "más" (+) en sí mismo, sino también un *cambio de voluntad*, un cambio de amor, un cambio de aquello que uno ama. Amarse a sí mismo no puede conducirle a uno a parte alguna. El amor es de muchas clases, así como el conocimiento es de muchos tipos. Cada clase de conocimiento precisa su clase de amor peculiar para poder dar frutos.

La enseñanza de Cristo representa cierto orden de conocimiento que a su vez requiere cierta clase de amor. Acercarse

al conocimiento de Cristo sólo es posible por medio de la *fe*. No es posible hacerlo de ningún otro modo. Su enseñanza no podía tomarse como se toma cualquier aprendizaje ordinario. Tomar la enseñanza de Cristo como se toma cualquier instrucción escolar o universitaria es convertirla en algo completamente inútil. Su orden de conocimiento sólo podía recibirse en términos de *fe*. De modo que en los Evangelios siempre se representa a Cristo buscando en las gentes *señales de fe*; o sea, buscando aquellas cualidades de comprensión que pertenecen a la *fe*, que es lo que primero se necesita. Buscaba en las gentes una cualidad que corresponde a la *fe*, pero no al nivel literal de la mente o del amor propio, sino a un nivel que pudiera recibir la enseñanza y captar su significado. Ocurrió que no pudo encontrar a muchas personas capaces de entender algo de lo que les estaba enseñando. No podían "oír" ni podían "ver" lo que su enseñanza significaba. Querían tomarlo todo a su manera, conforme a sus propios intereses, y comprenderlo en los mismos términos en que comprendían todo lo demás en su vida diaria. No podían discriminar. Querían arrastrar la enseñanza de Cristo acerca de la transformación del hombre a su propio nivel de pensamiento, tal como lo había hecho Nicodemo.

Pero se menciona a algunos que tenían aquella cualidad de amor como para poder recibir esta orden de enseñanza, aun cuando no poseían ningún conocimiento acerca de él. La mujer que en casa de Simón se arrojó a los pies de Cristo tenía esta clase de amor. Su amor era un amor que discriminaba. A través de la calidad de su amor podía reconocer el significado de Cristo y así tenía cómo establecer el contacto. Se la representa tocando los pies de Cristo. Ahí comenzó su acercamiento, pero eso era *fe* y no era algo físico. Los pies de Cristo tocaban la tierra del ser de ella, quien reconoció lo inferior y lo superior en sí misma. De suerte que se acercó a Cristo por medio de la *fe*, no por el conocimiento que exige *fe* sino por medio del amor que es necesario sentir para que crezca ese conocimiento como una semilla. Que había algo raro en su amor se representa no solamente por la caja de alabastro del unguento, sino por el hecho de que fue perdonada. Se le dio potestad para cancelar su pasado, de suerte que pudiese comenzar de nuevo. Pues nadie puede comenzar de nuevo de otra manera.

¿Cuál es la naturaleza de este nivel de desarrollo al que conduce la *fe*? ¿Qué es esta evolución del hombre, de lo que está latente en él, acerca de lo cual los Evangelios están continuamente tratando? A fin de poder comprender algo de su significado, tenemos que examinar las parábolas sobre el *reino de los cielos*.

Capítulo XI - El Reino de los Cielos

Primera Parte

Aun cuando nadie puede comprender el nivel de la vida que corresponde al *reino de los cielos*, uno puede entender el nivel en el que actualmente se encuentra. Y todos pueden ver cuál es la naturaleza de la vida en este mundo. El hombre puede verlo por medio de los sentidos externos; puede ver lo que la gente hace en este nivel de la vida; y si se ve a sí mismo, el hombre puede ver con los sentidos internos todo cuanto está haciendo. Entonces percibirá cómo es la vida y cómo es él mismo en este nivel. Y ni él ni la vida pueden ser diferentes *en este nivel*. Pues cuando se le comprende interiormente, el universo es una serie de niveles y cada cosa es lo que es conforme al lugar que ocupa en esta serie de niveles. En los Evangelios se da nombre de reino de los cielos, o el reino de Dios, al nivel que está por encima del hombre. Tiene muchos nombres en otras escrituras. En los Evangelios se dice que el reino de los cielos está *dentro de uno mismo*. Se encuentra en un nivel superior del hombre. Para poder llegar a él, el hombre tiene que alcanzar un nivel superior en sí mismo. Si todo el mundo hiciese esto, el nivel de la vida en la Tierra también cambiaría. Y toda la Tierra daría un paso más en su evolución. Pero este paso sólo puede darlo el hombre, y puede darlo sólo individualmente. El hombre puede llegar a un nivel superior en sí mismo y aún vivir la vida de esta Tierra. Cada persona tiene un acceso interior, aunque distinto, a este nivel superior. Es una posibilidad latente en todos, pues el hombre ha sido creado como un ser capaz de proseguir su propia evolución, de lograr, como se dice en los Evangelios, un renacimiento. El hombre no tiene por qué esperar a ver con sus ojos un reino visible en tomo a sí mismo, llamado el reino de los cielos. Cristo dijo que el reino de los cielos no debe buscarse como si fuera algo que va a llegar de modo que podamos verlo exteriormente. El Evangelio dice:

"Y preguntado por los fariseos cuándo había de venir el reino de Dios, les respondió y dijo: «El reino de Dios no vendrá con advertencias; ni dirán: helo aquí, o helo allí; porque he aquí que el reino de Dios dentro de vosotros está»" (Luc. XVII, 20).

El reino de los cielos es un *estado* o condición interior y no un lugar exterior. Es un estado de desarrollo íntimo que el hombre puede alcanzar. No es una cuestión de tiempo o de espacio o de

cuándo o de *dónde*, pues se encuentra por encima del hombre y siempre como una posibilidad superior de sí mismo. Pero debemos comprender que hay muchos grados intermedios entre estos dos niveles que llamamos "tierra" y "cielo". Hay distintos grados de "tierra", el más elevado de los cuales es inferior al menor grado de "cielo". Por ejemplo, Juan el Bautista, quien desempeñó el papel de heraldo de la enseñanza de Cristo, no era un hombre ordinario. Había recibido una enseñanza. Tenía discípulos a su alrededor, y se dice que estos discípulos practicaban el ayuno. Pero no había alcanzado el grado *más bajo* del reino de los cielos. Cristo dice expresamente de él que el menor de los del reino de los cielos era más grande que él:

"Porque os digo que entre los nacidos de mujer, no hay mayor profeta que Juan el Bautista: pero el más pequeño en e) reino de los cielos es mayor que él" (Luc. VII, 28).

Juan el Bautista debió desempeñar un papel muy difícil en el drama de Cristo. Tuvo que predicar la venida de Cristo. No le conoció cuando vino a él para someterse al rito formal del bautismo. Y cuando Juan vacilaba en bautizarle, diciendo: *"Yo he menester ser bautizado de ti, ¿y tú vienes a mí?"* Cristo le dijo: *"Deja ahora, porque así nos conviene cumplir toda justicia"*. Con esto, Cristo recordó a Juan que tenía que cumplir con su misión. Luego, Juan lo bautizó. Después, Juan dijo de Cristo:

"A él conviene crecer, mas a mí menguar. El que de arriba viene sobre todos es; el que es de la tierra terreno es y cosas terrenas habla; el que viene del cielo sobre todos es" (Juan III, 30, 31).

Más tarde Juan el Bautista fue decapitado a pedido de la hija de Herodías, azuzada por su madre cuyo matrimonio con Herodes — el hermano de su marido — Juan había condenado desde un punto de vista legal. Resulta claro que Juan el Bautista sabía claro lo que le iba a ocurrir. Todo esto sólo se puede comprender en términos de un estado que *eventualmente* alcanzaría Juan el Bautista mediante su deliberada participación en este difícil papel que, en un sentido físico al menos, era tan doloroso como el que desempeñó Jesús.

Por lo tanto, resulta bastante claro que Juan el Bautista recibió instrucciones para desempeñar un papel preciso. Sabía que Cristo iba a llegar. Lo reconoció por cierta señal que los demás no vieron. Y, efectivamente, menciona el hecho de que alguien le envió a desempeñar su papel. Dijo: *"Y yo no le conocía; mas el que me envió a bautizar con agua, aquél me dijo: «Sobre quien vieres*

descender el Espíritu, y que reposa sobre él, éste es el que bautiza con Espíritu Santo" (Juan se refiere a cuando vio a Cristo por primera vez.) ¿Quién envió a Juan? Nada se dice sobre esto. Cristo se refiere a Juan el Bautista como a un hombre nacido de mujer, o sea que no había pasado por el renacimiento que enseñaba Cristo. De modo que todavía era "de la tierra". Pertenecía al nivel llamado "tierra", al grado más elevado de ella, pero no al más inferior de los grados del reino de los cielos. Bautizaba con agua, o sea con la Verdad. Urgía el *arrepentimiento*, o sea un *cambio de mentalidad*, que es el verdadero significado de "arrepentirse" en el idioma griego. Y esto ocurre mediante la recepción del conocimiento o de la Verdad. El agua era una representación de esto. El bautismo significa limpiar. Por medio del bautismo el hombre queda limpio de las ilusiones que corresponden a los sentidos y al amor propio. Juan el Bautista enseñó un conocimiento, una Verdad, que de ser aceptada, podía limpiar la mente y conducir al hombre a un cambio en su manera de pensar, o sea el arrepentimiento o cambio de mentalidad. Dice expresamente: "Yo no soy el Cristo, sino que soy enviado delante de él". Y aun de sí mismo advierte que no ha renacido, que se encuentra todavía al nivel de la tierra, pero que Cristo está por encima de este nivel. De Cristo dice Juan: "El que de arriba viene sobre todos es", y de sí mismo: "El que es de la tierra terreno es y cosas terrenas habla". Y refiriéndose nuevamente a Cristo, agrega: "El que viene del cielo sobre todos es". En toda esta escena se subraya la diferencia entre los niveles de "tierra" y "cielo". Pero aún hay más. Hay grados de "tierra" y grados de "cielo". Pues hablando del nivel de la Tierra, Cristo dice del Bautista: "Entre los nacidos de mujer, no hay mayor profeta que Juan el Bautista". O sea que la pequeñez y la grandeza también pertenecen al nivel de desarrollo de la Tierra, lo mismo que a los niveles superiores. Pero todavía hay más y Cristo lo destaca con sus palabras. Lo que es superior, lo que es lo más grande en el nivel de la Tierra, no pasa *directamente* a lo que es inferior en el reino de los cielos. El paso del estado superior en el nivel inferior hacia el estado más bajo en el nivel superior exige un *renacimiento*, una transformación en el hombre. Cristo enseñó el arrepentimiento, el *renacimiento* y el reino de los cielos, Juan el Bautista habló del arrepentimiento y la idea del reino de los cielos, mas no dijo nada sobre el renacimiento. Porque no había nacido "desde arriba". Las influencias que corresponden a este nivel superior, llamado el reino de los cielos, no habíanle llegado aún al Bautista. No había "nacido del espíritu". Su estado interior se describe más acabadamente en el lenguaje de las parábolas que habla el Evangelio; emplea términos de objetos físicos en un

sentido psicológico y se refiere a lo que el Bautista comía, lo que vestía y lo que ceñía. Comía miel *silvestre*. Vestía *pieles*. Se ceñía con un *cinturón de cuero*. El vestido de un hombre representa sus actitudes, simboliza aquello que luce psicológicamente, encarna la Verdad que viste su mente. El cinturón representa lo que le mantiene unido en un sentido psicológico. Lo que come simboliza las ideas que le nutrían. Juan se alimenta de miel silvestre y de langostas silvestres. Las langostas *devoran*. Devoran toda vida que crece. Acá se revela algo muy diferente. Juan el Bautista admite que es "de la Tierra". Sólo puede comprender en base a un nivel terrenal. O sea que cualquiera que fuese la enseñanza que había recibido, la comprendía únicamente al nivel de la Tierra, o sea al nivel natural de su mente. Comprendía lo *nuevo* en términos de lo *viejo*.

En una parábola. Cristo dice *refiriéndose directamente* a Juan y a sus discípulos:

"Nadie mete remiendo de paño nuevo en vestido viejo; de otra manera el nuevo rompe y al viejo no conviene remiendo nuevo. Y nadie echa vino nuevo en cueros viejos; de otra manera el vino nuevo romperá los cueros, y el vino se derramará y los cueros se perderán. Mas el vino nuevo en cueros nuevos se ha de echar; y lo uno y lo otro se conservan. Y ninguno que bebiere del añejo quiere luego el nuevo, porque dice: «El añejo es mejor»." (Luc. V, 36-39.)

Para recibir correctamente una nueva enseñanza, el hombre no puede cargar con todas las cosas que la vida formó en él, no puede cargar con sus prejuicios, sus actitudes, ya sean de raza o del pensamiento, con todas sus opiniones y las ilusiones derivadas de los sentidos. No puede recibir el vino nuevo de la nueva enseñanza en odres viejos. El nivel superior no puede ser recibido por el inferior, por el nivel de la Tierra. Ni puede la nueva enseñanza *agregarse* a la vieja. No puede servir de remiendo en paño viejo. "Nadie mete remiendo de paño nuevo en vestido viejo; de otra manera el nuevo rompe." Al tomar algo de lo nuevo y agregarlo a lo viejo, dañará lo nuevo. El paño nuevo significa la nueva enseñanza que, por así decirlo, el hombre debe ponerse como vestido y usar. El nuevo tiene que aceptarse en su integridad, y no sumarse a los viejos puntos de vista. Y, nuevamente. Cristo indica que no sólo se romperá lo nuevo, sino que "al viejo no conviene remiendo nuevo". Todo se cita refiriéndose a Juan el Bautista y a su nivel de comprensión tras haber los fariseos asumido una actitud desfavorable hacia Cristo y hacia sus discípulos, en comparación con Juan y los suyos. Dijeron que los

discípulos de Juan ayunaban y hacían oración, en tanto que los de Cristo comían y bebían.

Segunda Parte

Antes de comenzar a estudiar las muchas parábolas que Cristo utilizó en su descripción del nivel superior de desarrollo llamado el reino de los cielos, tomemos la frase: "El reino de los cielos está en vosotros mismos", y tratemos de comprender lo que significa la palabra en o dentro. El reino de los cielos es el estado de evolución más alto que puede alcanzar el hombre. A fin de poder alcanzarlo en sí mismo, el hombre ha de cambiar interiormente. Tiene que convertirse en un Nuevo Hombre. Un estado o condición es cosa interna, íntima. El reino de los cielos es cosa interna. Es un estado que el hombre puede alcanzar sólo de un modo interior, mediante un cambio interno. ¿Puede llegarse a aquél sin éste? Puede obtenerse un cambio interior artificialmente, pero esto no es una evolución interior. Un medio para obtener esta evolución es lo que Cristo enseña, indicando aquello que el hombre tiene que observar en sí mismo, lo que tiene que pensar, lo que tiene que valorizar y los propósitos que deben animarle; esta evolución le conduce a aquel nivel superior que se llama reino de los cielos. Este nivel *superior* está *dentro* del hombre. Ya sea que digamos superior o muy íntimo, decimos siempre lo mismo cuando entendemos con claridad que en el hombre existe un estado superior en potencia, de la misma manera que hay una condición más íntima. El hombre puede ser mejor de lo que es. Este mejor estado es más *íntimo o superior* con respecto a su estado actual. Así, el reino de los cielos, que es el estado más elevado a que puede llegar el hombre, es algo íntimo; o sea que está dentro del hombre tal cual es. O bien se encuentra en un nivel superior, o sea que *está por encima del hombre*. La idea es la misma. Un hombre que vive de los sentidos, un hombre sensual, un ser de entendimiento literal, es un individuo de la *tierra*, un hombre de mente externa. El reino de los cielos no se encuentra allí. Como lo hemos visto, Juan habla de sí mismo como de un ser terrenal, en tanto que de Cristo dice que viene "de arriba"; cuando anuncia a sus discípulos que Cristo debe crecer y él menguar, agrega:

"El que de arriba viene sobre todos es: el que es de la Tierra terreno es y cosas terrenas habla; el que viene del cielo sobre todos es" (Juan III, 31).

Y en otro lugar. Cristo explica a Nicodemo que el hombre tiene que nacer "*de arriba*". El hombre ha de renacer *internamente* con

relación a lo que es. El reino de los cielos está en lo íntimo — *dentro de vosotros* — y a la vez está *sobre nosotros*. Psicológicamente, íntimo y superior dicen la misma cosa; o sea que en los Evangelios lo íntimo, *lo interno es lo superior*; dicho de otro modo, a fin de que el hombre pueda llegar a un nivel superior en sí mismo, tiene que moverse *hacia dentro*, hacia lo interior en sí mismo; de suerte que lo superior es lo interno, lo íntimo; lo inferior es lo externo. Es preciso entender acabadamente que el nivel inferior es lo externo y yace en la apariencia del hombre, y el nivel superior es interno y se halla en el aspecto interno de él.

A la luz de la idea de que el reino de los cielos está en el hombre mismo, tratemos ahora de entender por qué razón Cristo atacó a los fariseos sin misericordia alguna, y así podremos saber qué es un fariseo y qué es lo que un fariseo significa con relación a las posibilidades de la evolución interna. A fin de poder evolucionar, el hombre debe moverse interiormente. Para comenzar tiene que colocarse tras de sí mismo y ver qué es lo que está haciendo. Ya hemos entendido que moverse internamente es hacerlo hacia un nivel superior. Y ahora nos será posible entender algo del significado y de la naturaleza de este tránsito interior hacia el reino de los cielos; lo podremos entender si nos damos cuenta de las cosas que nos estorban en el camino. ¿Qué es lo que puede impedir que el hombre se mueva hacia dentro? Son muchas las cosas que se lo pueden impedir, pero una de las principales es el fariseo que vive en él. Este fariseo que existe en todo hombre no puede transitar sin perecer, pues se trata del aspecto externo del hombre y es lo que en el hombre ama el aplauso y la alabanza. Los fariseos no podían entender nada de su religión salvo las cosas externas. Su adoración tomó una forma literal y externa, y no partió del corazón. El Bien es interno con referencia a la Verdad porque es superior a ésta. De suerte que la Verdad, cuando se la *comprende* correctamente, debe conducir hacia el hombre interior. Pero si se practica la Verdad como una virtud exterior, no conducirá al hombre hacia el hombre interior. A menudo Cristo dijo a los fariseos que ellos no sabían nada de sí mismos, que no podían captar nada interiormente, que no tenían comprensión interior. Los castigaba con sus palabras porque lo hacían todo de un modo externo, únicamente para cubrir las apariencias, y arruinaban la mente de los hombres con el mayor celo. Cristo utilizaba un lenguaje muy fuerte con respecto a esta adoración exterior que impide que el hombre entre al reino de los cielos porque lo mantiene sujeto a lo externo, lo mantiene en la parte exterior de sí mismo. Y Cristo también ataca este celo proselitista

que arruina el entendimiento de la gente en todo cuanto concierne al futuro desarrollo interior. Dice:

"Mas ¡ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque cerráis el reino de los cielos delante de los hombres; que ni vosotros entráis ni a los que están entrando dejáis entrar... ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque rodeáis la mar y la tierra para hacer un prosélito; y cuando fuere hecho le hacéis hijo del infierno doble más que vosotros." (Mat. XXIII, 13, 15.)

Es menester tomar nota que Cristo acá dice que los fariseos no entran al reino de los cielos, pero impiden que otros entren. ¿Por qué cierran el reino de los cielos? Desde que el reino de los cielos está en el hombre mismo, tiene uno que acercarse a él mediante una profunda comprensión y mediante el desarrollo de su mente interna. El fariseo cierra la entrada al reino al insistir únicamente en los ritos externos, en la obediencia literal; o sea en la mente externa. En tanto el hombre cumpliera con la letra de la ley, nada más le importaba a los fariseos como clase. Por ejemplo, creían que uno contraía un compromiso al jurar por el oro del templo y no por el templo. Y Cristo les grita:

"¡Ay de vosotros, guías ciegos!, que decís: «Cualquiera que jurase por el templo es nada; mas cualquiera que jurase por el oro del templo deudor es». ¡Insensatos y ciegos!, porque ¿cuál es mayor, el oro o el templo que santifica al oro?" (Mat. XIII, 16, 17).

Los fariseos todo lo tomaban al revés. Creían que el hombre estaba hecho para el sábado y no el sábado para el hombre. La interpretación espiritual del templo debía haberles sido muy superior al valor del oro visible que en él había. Y justamente porque recalaban más el aspecto exterior de las cosas y no daban ninguna importancia a lo interno, era que ellos, como clase, cerraban las puertas del reino de los cielos a los hombres. Ellos mismos no entraban ni permitían entrar a nadie. La razón psicológica es bien obvia. El hombre que vive en los significados externos y en las cosas literales de los sentidos no se mueve ni puede moverse interiormente hacia los significados más profundos y muchísimo más finos. Así tampoco obtiene las nuevas experiencias de estos significados. Queda fijo en el aspecto más externo de sí mismo, y este aspecto externo viene a ser su aspecto más bajo y más sensual. En esta condición sólo puede alimentarse y comprender de una manera. Pero el reino de los cielos está *dentro del hombre*. Yace en la dirección de sus reflexiones, de sus

nuevas comprensiones y de sus nuevos pensamientos. No se encuentra en ese nivel externo o inferior del hombre, sino en el interno y así en lo superior. No es difícil captar algo de lo que esto significa. Cristo atacó a los fariseos porque ellos se mantenían en el polo opuesto a la comprensión que tenía él, la comprensión interna. En los Evangelios, Cristo representa al hombre más evolucionado, al más elevado, al superior. El fariseo simboliza al hombre que no puede evolucionar porque se ha volcado en un sentido errado y todo lo recibe al revés. El fariseo vive de exterioridades, del mérito y del amor hacia las apariencias. Todo esto significa que, *en el hombre, el fariseo que lleva dentro* es quien le cierra la entrada al reino de los cielos e impide que penetre cualquier otra cosa. Todo cuanto uno hace para ser visto de los hombres, y por ningún otro motivo, es el fariseo que uno lleva dentro; pertenece al hombre exterior de uno mismo. En las referencias de Cristo, los fariseos encarnan no solamente las más externas y alambicadas creencias religiosas, sino algo mucho peor. Cristo dice mucho acerca de su vanidad, de su presunción, de sus justificaciones, pero a lo que con mayor poder se refiere es a su pecado de *hipocresía* que, según dijo, era lo que los condenaba. Lo hacían todo exteriormente para mantener las apariencias y no creían nada interiormente. De suerte que no tenían acceso a lo que era lo *íntimo en ellos mismos*; y de esta suerte ellos se maldecían a sí mismos. Ellos eran su propio castigo. Fue acerca de esto que habló al definir el pecado contra el Espíritu Santo. ¿Debemos entonces entender que todo esto era el mismo caso en Juan el Bautista de quien se dijo que no había llegado ni al nivel más bajo del reino de los cielos? Es obvio que semejante cosa es imposible. Juan se encontraba en el aspecto externo y literal de la verdad religiosa, pero al contrario de lo que hacían los fariseos, era un hombre genuino y sincero. Era el heraldo de las buenas nuevas. Representa el estado del hombre que empieza a transitar hacia el reino interior, pero que aún está fuera, viéndolo desde un nivel terrenal. Representa un estado dado de comprensión. Y en semejante estado interior comienza el choque entre lo "viejo" y lo "nuevo". Ahora ya podemos darnos cuenta de que tiene que haber un periodo en que la vieja comprensión puede devorar y destruir la nueva. Ya hemos tomado nota de las parábolas acerca del vino nuevo en odres viejos, y de los remiendos nuevos en paños viejos. Cristo las relató inmediatamente después que los fariseos hubieron destacado el contraste entre los discípulos de Cristo, a quienes condenaban porque no ayunaban, y los de Juan el Bautista, que sí lo hacían. La descripción de sus ropas demuestra que la comprensión de Juan estaba aún sujeta a las cosas externas y al

sentido literal de la religión. Cristo lo conecta con Elías profeta. Y una de las razones de esto es que Elías y Juan representan niveles similares de comprensión acerca de la Verdad del Verbo de Dios. A Elías se le presenta con ropajes vellosos. Juan el Bautista vestía cuero de camello y un cinto de cuero. En el Libro Segundo de los Reyes (I, 8) se describe al profeta Elías con las siguientes palabras: "Un varón velloso, y ceñía sus lomos con un cinto de cuero". Y en Mateo (III, 4) se describe a Juan el Bautista: "Y tenía Juan su vestido de pelos de camello, y un cinto de cuero alrededor de sus lomos" En el antiguo lenguaje de las parábolas, aquello con lo que un hombre viste su cuerpo representa lo que cubre su mente. La mente del hombre está vestida con aquello que sostiene como una verdad, aun cuando se trate de una mera opinión o una creencia profunda. De suerte que la Verdad es el ropaje de la mente y según sea lo que el hombre mantiene como Verdad, así será la naturaleza de este tipo de ropaje. La Verdad puede entenderse interna o externamente. La Verdad que enseñó Cristo, llamada el Verbo de Dios y que trata acerca de la evolución interior, puede captarse en su sentido externo y literal, y también en su sentido interno y más profundo. Si sólo se la comprende externamente, se la representa como un ropaje *hecho de cosas externas*. Vello y cuero son cosas externas. Pertenecen a la piel, a lo que es más externo. Y desde luego que las descripciones de Elías y de Juan el Bautista son similares, significa que, en el lenguaje oculto de las parábolas, ambos estaban a un mismo nivel de comprensión de la Verdad. Era una comprensión externa, no interna. Lo que la mantenía unida era el cinto de cuero. O sea que estaba ceñido por algo externo y no interno. Por ejemplo, cuando las creencias de un hombre dependen de la conducta de alguna otra persona, están sujetas por medios externos. Y también puede darse el caso de que muchas personas rehúsen creer en la enseñanza de Cristo si se comprobase que el detalle histórico de los hechos tuviera suficientes inexactitudes. Sus creencias están ceñidas por cosas externas. Todavía no ven el *Bien* de la Verdad que les ha sido enseñada. Juan el Bautista no comprendía a Cristo en cuanto a sus métodos de enseñanza. Cristo enseñaba desde el Bien. Juan permaneció en la duda acerca de él. Cuando fue apresado, estando en la cárcel envió recado a Cristo preguntándole si en verdad era Cristo: "¿Eres tú aquel que había de venir o esperaremos a otro?" Ahora, si comparamos lo que se dice acerca del vestido de Cristo con lo que se dice respecto al que cubría a Juan, podremos ver que Cristo estaba vestido con la Verdad pero de una manera muy distinta a Juan. Cuando los soldados que crucificaron a Cristo quisieron dividir su manto, se dice que:

"la túnica era sin costura, toda tejida desde arriba" (Juan XIX, 23).

Hay que tomar nota que se dice que estaba tejida *desde arriba*, o sea de lo que es superior. Ya hemos visto que *desde arriba* o *interno* significan lo mismo. Juan estaba en la Verdad exterior y Cristo en la Verdad interior. Y cuando el hombre se encuentra únicamente en la Verdad, cuando obra y juzga todas las cosas desde la Verdad, desde la doctrina, desde las reglas y la interpretación literal, es rudo, hosco y a menudo sin la menor misericordia. Si todos los hombres obrasen primordialmente desde el Bien, ninguna secta perseguiría a otra por el hecho de que ésta tuviese una opinión diferente de la Verdad. El *Bien* es lo que unifica la Verdad convirtiéndola en un todo vivo. Es el *Bien* lo que teje y une todos los elementos de las verdades que condujeron hacia él; las ablanda, les da una relación armónica. Juan se encontraba en la rudeza de la Verdad doctrinaria, de la verdad que aún no le había llevado a lo que es propiamente su culminación, o sea una nueva comprensión del Bien, de un nuevo *nivel* del Bien. Por este motivo fue que Cristo dijo de él que no estaba vestido con las suaves prendas que corresponden a aquellos del reino. Sus prendas eran hoscas: pelo de camello y cuero. De suerte que Cristo dijo del Bautista, dirigiéndose a sus propios discípulos:

"¿Qué salisteis a ver? ¿Un hombre cubierto de delicados vestidos? He aquí, los que traen vestidos delicados en las casas de los reyes están" (Mat. XI, 8).

Juan el Bautista encarna el lado de la Verdad que es la ley, sin su *gracia*. Cristo es la unión de la Verdad y del Bien. Este se halla por encima de aquélla. Y toda Verdad tiene que conducir al Bien. Pero, como ya lo hemos visto anteriormente, la Verdad debe venir primero y el Bien después, hasta que finalmente la Verdad se une al Bien. Entonces éste viene primero y aquélla después. De modo que en el Evangelio de San Juan (que no es Juan el Bautista) se escribe en el primer capítulo: "Juan (el Bautista) clamó: «El que viene tras de mí es antes que mi, porque es primero que yo.»" El Bien viene antes que la Verdad, antes que la ley. Desde que Dios es el Bien, éste es *primero* que la Verdad, que toda ley. De suerte que San Juan agrega: "Porque la ley por Moisés fue dada, mas la gracia y la Verdad por Jesucristo fue hecha". En Jesucristo la gracia, la caridad o el Bien, se han unido con la Verdad. Así vemos que San Juan dice que Cristo se hallaba en la *plenitud*, o sea en el cumplimiento de la Verdad que es el Bien, y por tanto lleno de *gracia* y de verdad. Y estas primeras palabras en San Juan dan la

clave de este Evangelio que fue escrito de una manera distinta a los tres y que crea un sentimiento diferente. Pues es algo escrito en gracia, en el Bien, en el sentimiento, en la emoción de lo que Cristo representa para el mundo y no sólo la Verdad falta de gracia; no está escrito en base a la letra de la ley, el hecho literal. En consecuencia, todo el Evangelio produce una impresión diferente de la enseñanza de Cristo y cae sobre una parte distinta de la comprensión.

Tercera Parte

Cuando se comienza a captar la concepción del reino de los cielos, despierta en la mente un nuevo y sobrecogedor sentido de la vida. La primera de las parábolas de Cristo es la del Sembrador. Trata acerca del reino de los cielos. De ella Cristo dice que es la parábola de las parábolas, y que a menos que se la comprenda, las demás no podrán ser comprendidas. Es preciso tener siempre presente que todas las parábolas de los Evangelios tratan acerca del reino de los cielos, y la primera es la del Sembrador. Es el punto de partida de la enseñanza de Cristo tocante al misterio del reino. En el capítulo xiii de San Mateo, Cristo comienza a dirigirse a la multitud en parábolas. ¿Por qué? Porque está comenzando a hablar acerca del reino de Dios. Sus discípulos le preguntan por qué razón empieza, de pronto, a hablar en parábolas y él les responde:

"Porque a vosotros es concedido saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no es concedido. Porque a cualquiera que tiene se le dará y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. Por eso les hablo por parábolas; porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden" (Mat. XIII, 11-13).

¿Cuál es el primero de los misterios del reino que revela? En la parábola del Sembrador puede verse que el primer misterio es que el hombre *ha sido sembrado en la tierra como material para el reino de los cielos*. Llamarla la parábola del Sembrador y la Semilla puede conducir a un error a menos que se entienda que el hombre es la semilla. En realidad, ni siquiera se menciona a ésta. En Mateo XIII, 3, 4, se escribe en el original griego: "He aquí, el que sembraba salió a sembrar, y sembrando, *parte* cayó junto al camino". La expresión simiente (o semilla) es un agregado en la traducción, de suerte que ahora se lee: "He aquí, el que sembraba, salió a sembrar. Y sembrando, parte de la simiente cayó al

camino". ¿Qué es lo que verdaderamente significa? ¿Qué es lo que sembraba el Sembrador? Sembraba *hombres*. Esta es la primera de las ideas que sobrecogen. Y está oculta en la parábola. Se siembra a los hombres en la tierra como material para el reino de los cielos; algunos caen junto al camino, otros caen sobre los pedregales, otros sobre espinas y otros en buena tierra. Y únicamente aquellos que figuran en la última categoría son los capaces de una verdadera evolución interior que los eleve al nivel del reino. Es obvio que se refiere a *hombres*, por cuanto en su explicación privada de esta parábola Cristo dice a sus discípulos:

"Oyendo cualquiera la palabra del reino y no entendiéndola, viene el malo y arrebató lo que fue sembrado en su corazón; éste es el que fue sembrado junto al camino" (Mat. XIII, 19).

Y sigue hablando acerca de "el que fue sembrado en pedregales" y de "el que fue sembrado entre espinas" y, finalmente, de "el que fue sembrado en buena tierra". A la luz del reino de los cielos, entonces, se entiende que la humanidad que habita la Tierra es un *experimento en la evolución interior*.

Tras haber dado la parábola del Sembrador y su interpretación, Cristo habla del reino desde otro aspecto. Primero ha dado la idea del reino en términos de seres humanos sembrados en la tierra. Luego habla acerca de la enseñanza que se siembra *en estos seres humanos*, aquella que puede hacer que despierten y evolucionen.

"Otra parábola les propuso, diciendo: «El reino de los cielos es semejante al hombre que siembra buena simiente en su campo; mas durmiendo los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue. Y como la hierba salió e hizo fruto, entonces apareció también la cizaña. Y llegando los siervos del padre de la familia, le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena simiente en tu campo? ¿De dónde, pues, tiene cizaña? Y él les dijo: Un hombre enemigo ha hecho esto. Y los siervos le dijeron: ¿Quieres pues que vayamos y la cojamos? Y él dijo: No; porque cogiendo la cizaña no arranquéis también con ella el trigo. Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega; y al tiempo de la siega yo diré a los segadores: Coged primero la cizaña y atadla en manojos para quemarla; mas recoged el trigo en mi alfolí." (Mat. XIII, 24-30.)

Esta parábola trata acerca del Verbo del reino, o sea respecto a la enseñanza que tiene que darse en la Tierra, que tiene que ser recibida, comprendida y seguida por aquella parte de la humanidad capaz de evolucionar en cualquier tiempo en

particular. La buena simiente es el Verbo del reino. El campo en que se siembra es la humanidad en la Tierra. Queda mezclada con el error, con aquellas cosas que "son escándalo". En el griego, la palabra *cizaña* se refiere a una planta muy parecida al trigo cuando comienza a crecer; al principio no se la puede distinguir del trigo mismo. ¿Por qué ocurre esta mezcla de lo verdadero y lo falso? Se da también la razón: *mas durmiendo los hombres*. Y en el original, esta frase es aún más fuerte; dice: *mientras los hombres dormían*.

"El reino de los cielos es semejante al hombre que siembra buena simiente en su campo; mas durmiendo los hombres vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo." (Mat. XIII, 24-25.)

Naturalmente que esto no puede significar que en una noche especial, cuando las gentes estaban acostadas y durmiendo, llegó el diablo y sembró la cizaña. Es inevitable-que se introduzca al error en la enseñanza original, y este error se convierte en algo tan explicable que no se le puede separar de la Verdad. La razón es que *los hombres duermen*. No pueden mantenerse despiertos a todo el significado de la enseñanza que se les está dando. Se expresan muchas cosas sobre estar dormido y mantenerse despierto; se anota esto a cada instante en los Evangelios. A menudo se dice que los discípulos *dormían* y esto no significa el sueño natural, el sueño físico. Y también hay muchas referencias acerca de la necesidad de estar *despierto* a fin de comprender el Verbo del reino. Cristo dice a menudo: "*Velad*", que en el griego significa "mantenerse despierto". Cristo dice: "Y las cosas que a vosotros digo, a todos las digo: *Velad*". (Traducido significa: despierta, vigila.) Otra vez expresa:

"Velad (vigilad despiertos) porque no sabéis cuando el señor de la casa vendrá... porque cuando viniere de repente no os halle durmiendo" (Marc. XIII, 35-36).

Esto se refiere a un estado de alerta interior, a un mantenerse despierto en la casa del propio ser, en cierto periodo crítico. Cuando el hombre duerme bajo el poder de los sentidos, bajo el poder de la vida tal cual aparece ante sus ojos, bajo el poder de todos los acontecimientos, tareas y disgustos de la existencia diaria, la enseñanza acerca de la evolución interior y del nivel superior del hombre desaparece de su mente y se presenta como algo remoto e irreal. Lo exterior se traga a lo interior. Entonces el hombre está *dormido* en el sentido en que lo indican los Evangelios; y aquello que comprendió cuando estuvo despierto internamente comienza a perder su sentido, a perderse de vista, o

bien se mezcla con otros significados. De suerte que así podemos comprender cómo toda la enseñanza relativa a un nivel superior puede quedar alterada por completo. La parábola de la cizaña nos demuestra que un buen entendimiento puede sufrir la contaminación de un mal entendimiento al comienzo mismo de cualquier ocasión en que la enseñanza del reino superior se siembre en cualquier parte de la humanidad. Tal cual es, *el hombre no puede mantenerse despierto* el tiempo suficiente como para recibir y transmitir la enseñanza en su pureza original. Se mezcla con sus propios prejuicios personales, o bien altera algo que le parece que contradice alguna cosa, o deja fuera algo que para él no tiene sentido. Es en esta y en otras formas como comienzan a crecer una serie de equivocaciones y errores junto con lo que es genuino y verdadero. El trigo de la parábola es la verdadera y genuina forma de la enseñanza, y la cizaña son los errores que inevitablemente se mezclan con ella porque el hombre no puede mantenerse despierto de modo continuo en aquel orden de Verdad que viene de un nivel superior de entendimiento. De suerte que se dice que *durmiendo los hombres* llegó el enemigo y sembró cizaña junto al trigo. Tenemos entonces que la enseñanza que necesita conocer el hombre, y que necesita *hacer*, a fin de poder realizar su propio crecimiento interior y completarlo, la enseñanza a través de la cual puede alcanzar un nivel de entendimiento y de significado llamado el reino de los cielos, no puede existir en la Tierra en toda su pureza original, debido al sueño en que están sumidos los hombres. De manera forzosa queda mezclada con lo falso.

Recapitulemos: se siembra el hombre en la tierra como material para usarse en un paso más de desarrollo. Es material del reino de los cielos. Pero surgen ciertas dificultades. Toda la simiente no cae en los puntos favorables. El hombre necesita que se le proporcione conocimiento. Es preciso que se siembre en él el conocimiento acerca de cómo alcanzar este estado de desarrollo llamado el reino, pero un reino no sobre la tierra física sino sobre la tierra de la mente humana. Pero surgen nuevas dificultades. Siempre se escurre algún error en la enseñanza acerca de la evolución interior y tocante a lo que el hombre tiene que creer y pensar a fin de alcanzar un nivel superior de su propia naturaleza y comprensión. Estos errores no pueden separársele la Verdad sin correr el riesgo de dañar a la Verdad misma. De suerte que la situación no tiene remedio *en la Tierra*, sino únicamente *al fin del mundo*. Pero sobre esto hablaremos más tarde.

Cuarta Parte

En la parábola del Sembrador vimos que al hombre se le siembra en la tierra como material para el reino de los cielos. Y en la segunda gran parábola, acerca del trigo y de la cizaña, vimos que la enseñanza del reino se siembra en el hombre. Primero se siembra a éste en la tierra. Después, se siembra en el hombre, que está sobre la tierra, la enseñanza acerca de la evolución interior. Pero con relación a esta segunda siembra, el hombre mismo es la "tierra". El hombre es en sí mismo una tierra en la que se siembra la enseñanza acerca de un nivel superior. Tratemos de penetrar este concepto lo más claramente posible. El cielo siembra al hombre en la tierra. El hombre, entonces, está en la tierra, pero no todos los hombres se encuentran en el mismo estado o en la misma condición con respecto al reino. Entonces el hombre es, a su vez, *la tierra*, una tierra psicológica en el caso de aquellos que *pueden* recibir la enseñanza que en ella se siembra. Respecto a esto es sobre lo que trata la segunda parábola acerca del trigo y de la cizaña. Tras estas dos parábolas iniciales, aquella del Sembrador y del hombre, y la del Sembrador de la enseñanza acerca de su evolución, siguen dos parábolas breves. La del hombre como un grano de mostaza, y la de la mujer y la levadura. Ambas vienen inmediatamente después de la del trigo y de la cizaña. En Mateo se relatan de la siguiente manera:

"Otra parábola les propuso, diciendo: «El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza, que tomándolo alguno lo sembró en su campo; el cual a la verdad es la más pequeña de todas las simientes; mas cuando ha crecido es la mayor de las hortalizas. Y se hace árbol, que vienen las aves del cielo y hacen nidos en sus ramas». "Otra parábola les dijo: «El reino de los cielos es semejante a una levadura que tomó una mujer, y la escondió en tres medidas de harina hasta que todo quedó leudo»." (Mat. XIII, 31-33.)

¿Qué es lo que estas dos parábolas quieren decir? Si sobre ellas se piensa, se verá que se refieren a *tomar* el Verbo del reino. Tuvimos primero la parábola de la siembra del hombre sobre la tierra, y luego la de la siembra de la enseñanza sobre la "tierra" que es el hombre mismo. De manera que ahora únicamente puede esperarse que sigan parábolas acerca de cómo el hombre, como "tierra", recibe o toma esta enseñanza.

Adviértase ante todo que en estas dos breves parábolas se presenta la idea de *tomar*. ¿Tomar qué? Coger, adueñarse de la

enseñanza sembrada en el hombre. Es obvio que se trata de parábolas que indican cómo éste puede aprehender para sí la enseñanza que en él se siembra. Tomar es lo que se requiere primero, antes que nada. El hombre *toma* la simiente, o sea que por sí mismo tiene que adueñarse de la enseñanza del reino. Y aún más: *tomar* implica también que alarga la mano a fin de poder hacerlo, y la *mano*, en el antiguo lenguaje de las parábolas, significa poder. Porque en un sentido físico o literal, es con la mano con lo que el hombre toma lo que quiere. *Tomar* significa entonces que el hombre piensa y elige por sí mismo; y en esta forma coge la enseñanza acerca del reino de los cielos *de sí mismo*. En la primera parábola se dice que el hombre no solamente toma, sino que, asimismo, *siembra*. Toma y siembra la más pequeña de todas las simientes. ¿Dónde la siembra? La toma y la siembra en *su propio campo*. O sea en lo que le es propio. Tenemos un aspecto externo que no es nuestro, y un aspecto interno que somos nosotros mismos. Lucas habla del *propio jardín*. Y cuando el hombre ya ha hecho todo esto, cuando ha cogido la simiente y la ha sembrado en su propio jardín, se convierte en un árbol. ¿En qué dirección crece? Ascende desde el nivel de su mente terrena a aquel de la mente superior que se llama el reino de los cielos. Luego comienza a saber lo que es el pensamiento en un nivel superior. Le llegan pensamientos que no son los propios de la Tierra, sino que son pensamientos de un significado sutil, pleno y fino, que están muy por encima de la áspera naturaleza que corresponde a la mente terrenal cimentada en los sentidos. Este es el verdadero crecimiento del significado, y así tenemos que es la mente en su verdadero desarrollo, lanzando ramas de significados como un árbol. El desarrollo de la mente es la percepción de significados cada vez más finos. Se desarrolla al ir captando distinciones más y más finas. Las *aves del cielo* llegan a anidar en las ramas de este pensamiento que crece y se desarrolla. En el lenguaje de las parábolas, las aves simbolizan pensamientos. Aquí, esto indica significados muy finos y pensamientos que corresponden al nivel del reino de los cielos. Se puede comparar el caso al de una persona enferma de la vista, que todo lo ve muy borrosamente y que de pronto comienza a recibir ojos nuevos y más finos.

Ahora tratemos de hallar algún significado en la segunda parábola. Tomemos nota de que las imágenes son diferentes. Aquí no se usa al hombre ni la simiente ni la tierra. Se usa a la mujer, la levadura y la harina. La mujer *toma* la levadura y la *esconde*. No la toma y la *siembra*. ¿Por qué habría de ocultarla? En otra parte

Cristo habla acerca de *la levadura de los fariseos*. Advierte a sus discípulos contra esta levadura, diciendo: "Guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos". No le pueden entender y creen que está hablando literalmente de la levadura corriente. Cristo les reprende por hacer esto y por pensar que está hablando acerca del pan.

"Entonces entendieron que no les había dicho que se guardasen de la levadura de pan, sino de la doctrina de los fariseos y de los saduceos" (Mat. XVI, 12).

¿Por qué era mala esta levadura? ¿*Ocultaban* algo los fariseos? Todo lo contrario: para ellos la religión consistía íntegramente de ostentación y desprecio. Era "para ser vistos de los hombres". Todo era mérito externo, virtud, respetabilidad. A esto es a lo que Cristo llamó *adulterio*, o sea la mezcla de lo verdadero y lo falso. La mujer escondió la enseñanza del reino en su corazón y trabajó en secreto. No necesitaba disponer de un público. Ella vio el *Bien* de la enseñanza, de modo que toda ella quedó afectada. En el sentido interior, el número tres denota una *totalidad*, una integridad. Por eso en la parábola se dice que la mujer escondió la levadura en *tres* medidas de harina, hasta que *todo* quedó leudo. *Tres y todo* son la misma cosa. Si una persona obra por su propia *volición*, desde su voluntad, todo en ella queda afectado. La mujer ocultó la levadura porque al *tomarla* demostró que la valorizaba como algo sumamente precioso. Uno habla de lo que le es más precioso. Pero en ella el crecimiento no fue intelectual. La enseñanza obró en ella por medio de su valorización emocional, por medio de sentimientos; así, actuó de un modo oculto. El reino de los cielos obró sobre ella por medio del significado que ella le dio, y por la correspondiente valorización que hizo que la ocultase. La recibió en su corazón como algo bueno. El trabajo del corazón es una tarea oculta. Obró sobre su voluntad, sobre su *querer* y no sobre su mente como fue el caso con el hombre de la otra parábola. Ella tomó el *Bien* de la enseñanza, no tomó la-Verdad como hizo el hombre. En estas dos parábolas se mencionan dos maneras de tomar la enseñanza como ejemplo: la del grano de mostaza y la de la levadura. En el primer caso, el hombre tomó la enseñanza como Verdad en la mente; en el segundo, la mujer la recibió en su corazón como *Bien*. Fuera de la representación de hombre y mujer, estas dos parábolas simbolizan dos medios diferentes de recibir la enseñanza del reino de los cielos; uno es sobre todo a través del pensamiento y el otro es de un modo principal a través del sentimiento. Viniendo como vienen después de las dos grandes parábolas, estas dos parábolas menores relativas a cómo *tomar* la

enseñanza tienen un significado importante. Puede ahora entenderse que estas cuatro parábolas forman, por así decirlo, un cuadro completo del significado del reino de los cielos con relación al hombre en la Tierra.

Estudiamos ahora la interpretación de la parábola del trigo y de la cizaña, según la dio Cristo. Viene después de la parábola de la mujer y la levadura. En ella Cristo no hace ninguna referencia al *sueño del hombre* por el cual se siembran todos los errores o toda la cizaña. Ya ha mencionado este hecho en las explicaciones dadas a los discípulos sobre la razón por la cual a la multitud enseña en parábolas y no abiertamente. La parábola del trigo y la cizaña se narra de la siguiente manera:

"Otra parábola les propuso, diciendo: «El reino de los cielos es semejante al hombre que siembra buena simiente en su campo; mas durmiendo los hombres vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue. Y como la hierba salió e hizo fruto, entonces apareció también la cizaña. Y llegándose los siervos del padre de la familia, le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena simiente en tu campo? ¿De dónde pues tiene cizaña? Y él les dijo: Un hombre enemigo ha hecho esto. Y los siervos le dijeron: ¿Quieres, pues, que vayamos y la cojamos? Y él dijo: No, porque cogiendo la cizaña no arranquéis también con ella el trigo. Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega, y al tiempo de la siega yo diré a los segadores: coged primero la cizaña y atadla en manojos para quemarla; mas recoged el trigo en mi alfolí»." (Mat. XIII, 24-30.)

La interpretación de esta parábola es la que sigue:

"El que siembra la buena simiente es el Hijo del Hombre, y el campo es el mundo, y la buena simiente son los hijos del reino, y la cizaña son los hijos del malo, y el enemigo que la sembró es el diablo, y la siega es el fin del mundo, y los segadores son los ángeles. De manera que como es cogida la cizaña y quemada al fuego, así será el fin de este siglo. Enviará el Hijo del Hombre sus ángeles y cogerán de su reino todos los escándalos y los que hacen iniquidad. Y los echarán en el horno de fuego: allí será el lloro y crujir de dientes. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre; el que tiene oídos para oír, oiga." (Mat. XIII, 37-43.)

Se aclara la explicación acerca de la cizaña. Es, antes que nada, el error, todos los errores, todas las cosas que causan tropiezos con relación a la enseñanza del reino o al nivel superior del desarrollo del hombre; en segundo lugar, se refiere a todos los

que obran mal dentro de la enseñanza. La cizaña es la siembra del malo porque representa tanto la enseñanza errada en sí misma, como los malos resultados que se derivan de ella (debido al sueño del hombre). Lo mismo se aplica a la simiente del reino, o al trigo, que es tanto la enseñanza verdadera en sí misma como sus resultados al obrar sobre aquellos que están sembrados en buena tierra. La frase que se traduce como "el fin del mundo" significa la "consumación de la época". No se refiere a la destrucción de la tierra material. En este esfuerzo por comprender el reino de los cielos y la enseñanza que le concierne, hemos visto hasta el momento que se siembra a los hombres de diferentes maneras en la tierra, y que forman el material del reino. Hemos visto también que la verdadera enseñanza sobre el reino y cómo alcanzarlo, enseñanza que a su vez se siembra en la mente de los hombres, queda mezclada con las opiniones falsas debido al *sueño del hombre*, que ésta es una mezcla inextricable y que su separación no puede ocurrir hasta "el fin del mundo", o sea hasta la "consumación de la época". ¿Qué es lo que significa una época o una edad? Una época o una edad es un periodo de tiempo caracterizado por una enseñanza particular acerca de la evolución interior, o el nivel del reino de los cielos. Llega a su fin, y entonces se siembra una nueva cosecha, pero siempre se mezcla con la cizaña. Se hace una nueva cosecha y una separación, y el proceso se repite nuevamente. Cada forma de la enseñanza, desde su comienzo hasta su culminación, es una época. Cada acción de la enseñanza es una acción *selectiva*. La cosecha son aquellos que en cualquier época particular hayan recibido la enseñanza acerca de la evolución interior, y que la hayan seguido, llevando una a ciento, otro a setenta, y otro a treinta. Ellos alcanzan la vida "eterna" en el nivel del reino de los cielos. En este sentido, debemos recordar las palabras de Cristo:

"En la casa de mi Padre muchas moradas hay" (Juan, XIV, 2).

Quinta Parte

La Idea de la Selección

En la enseñanza sobre el reino de los cielos y su relación a la humanidad en la Tierra y que aparece en el capítulo xiii de Mateo, hay tres parábolas que siguen a las cuatro grandes parábolas introductoras que ya hemos estudiado. Estas tres parábolas se refieren a la idea de *selección*. Una de ellas dice así:

"Asimismo, el reino de los cielos es semejante a la red que, echada en la mar, coge todas suertes de peces: la cual estando llena la sacaron a la orilla; y sentados, cogieron lo bueno en los vasos, y lo malo echaron fuera. Así será el fin del siglo: saldrán los ángeles y apartarán a los malos de entre los justos. Y los echarán en el horno del fuego: allí será el lloro y el crujir de dientes." (Mat. XIII, 47-50.)

Consideremos esta parábola con relación a aquellos pensamientos que surgen en la mente acerca de una *falta de equidad* o *injusticia*. Desde las primeras parábolas, todo cuanto se dice acerca del nivel superior del reino parece algo *injusto*. Y claro está que el reino de los cielos no es algo que todo el mundo pueda alcanzar en un ciclo particular de tiempo. Esto también queda en claro en otras parábolas, como la de las bodas a las cuales no concurrieron quienes habían sido invitados, y que de entre todos los que pudieron haber ido, pocos hicieron el esfuerzo. Pero consideremos primero la parábola de la red y la separación de lo bueno y lo malo que entró en ella. La idea de la selección es muy obvia en este caso. Los buenos se guardan en vasos, y los malos son echados afuera. La misma idea de la separación de los buenos y de los malos aparece en la parábola de la cizaña. ¿Es verdaderamente injusta esta idea de la *selección*? ¿No es *justicia*? ¿No es verdad acaso que en la vida ordinaria la *selección* desempeña un papel preponderante? ¿No se selecciona a la gente para los distintos trabajos? Las personas aceptan la idea de la selección por medio de exámenes, etc., y no consideran que sea injusto que algunas sean aprobadas y otras no. Incluso aceptan la idea teórica de la *selección* natural por la supervivencia de los más aptos, y no la consideran injusta. Una cosa come la otra: la maleza lucha contra las plantas. Y tampoco se espera que todas las semillas que se plantan en la tierra den el mismo fruto. A nadie le parece injusto que algunas semillas germinen y otras no. Por donde existe la vida existe la lucha. La gente varía mucho en cuanto a sus capacidades. En todas las formas de la sociedad humana trabaja la selección. Algunos son eficientes en una cosa, otros en otra. En todas las manifestaciones de la habilidad humana los habrá mejores y peores, y tiene que haber y hay una selección de los mejores. Toda la educación humana se basa en el principio de selección de los mejores. Uno no espera que una escuela de ingeniería seleccione a sus peores estudiantes y luego los mande al mundo como ingenieros capacitados. Semejante procedimiento no sólo sería algo falto de sentido, sino que sería definitivamente *injusto*. Pues injusto es el hecho de que una cosa

esté donde no le corresponde. En breve, cuando se piensa en ella, no se puede separar el sentido de la *justicia* del sentido de *selección*. Las otras dos parábolas son otra vez relativas a la selección, pero se refieren a la *selección interior*. Y aquí advertimos que se utiliza la idea de compraventa. Para comenzar en este nivel personal, comprar significa *tomar* y vender significa *desprenderse de algo*.

"Además, el reino de los cielos es semejante al tesoro escondido en el campo; el cual hallado, el hombre lo encubre, y de gozo de ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo. También el reino de los cielos es semejante al hombre tratante que busca buenas perlas; que hallando una preciosa perla, fue y vendió todo lo que tenía y la compró." (Mat. 44-46.)

Estas dos parábolas se refieren al *individuo*. Tratan acerca de lo que éste debe llevar a cabo en lo interior, en sí mismo, a fin de ganar el reino de los cielos. Tiene que convertirse en un buen comerciante, en un buen mercader, y saber qué comprar y qué vender. Ahora bien; ¿de qué debe el hombre desprenderse principalmente? ¿Qué es lo que debe ofrecer antes de poder adquirir? En Lucas (XVIII, 22) se relata que cuando el príncipe rico preguntó a Cristo qué era lo que tenía que hacer para heredar la vida eterna, o sea para alcanzar el reino de los cielos o el nivel de un hombre plenamente desarrollado, Cristo le dijo: "Vended lo que poseéis". ¿Qué es lo que se debe vender? ¿De qué debe uno desprenderse? En la segunda instancia de lo ya referido, Cristo informa a sus discípulos de qué deben despojarse, y esto es la ansiedad. Les dice que nada podrán hacer en tanto estén sujetos a la "ansiosa perplejidad", lo que literalmente en griego significa "tener una mente dividida". Les dice:

"¿Y quién de vosotros podrá con afán añadir a su estatura un codo? Pues ni podéis aún lo que es menos, ¿para qué estaréis afanosos de lo demás? .. Mas procurad el reino de Dios y todas estas cosas os serán añadidas" (estas cosas por las cuales sufrís ansiedad). (Luc. VII, 25, 26, 31.)

Aquí vemos algo que el hombre tiene que *vender* a fin de poder adquirir la perla o el tesoro. Tiene que vender, o sea desprenderse de algunos de los aspectos de sí mismo, y vendiéndolos puede ganar lo suficiente para comprar *aquello que más valoriza*. La idea que se expresa en estas dos parábolas no puede ser algo claro para uno a menos que se comprenda que a fin de poder evolucionar hacia el reino de los cielos el hombre debe, antes que nada, despojarse de ciertas cosas en sí mismo. Tiene que venderlas, lo

que significa que tiene querrenunciar de un modo definitivo a ellas. Únicamente así puede hacer lugar para aquello que es nuevo, sólo en esta forma puede obtener los medios para poder *comprar*, o sea tomarse a si mismo como algo propio. De suerte que desprendiéndose de muchas ideas erradas, de diversas maneras de pensar y sentir, de muchas ansiedades inútiles, etc., vendiéndolas, el hombre se encuentra en una situación como para adquirir lo que verdaderamente valoriza. No puede comprar nada nuevo a menos que, primero y antes que nada, venda, y a través de esta "venta" obtenga el "dinero" para poder comprar. En las dos parábolas citadas, el mercader y los hombres que encontraron el tesoro se representan como individuos que vendieron todo lo que tenían antes de obtener lo que de veras valorizaban.

Sexta Parte

La parábola final de las siete que introducen el significado del reino de los cielos, y que se dan en el capítulo xiii de Mateo, es aquella acerca de la red lanzada y que cogió peces de todas clases y los ángeles separaron los buenos y los malos. Cristo pregunta luego a sus discípulos si han comprendido todo cuanto les ha enseñado en estas siete parábolas acerca del reino de los cielos y de su relación al hombre en la Tierra. Para sorpresa nuestra, los discípulos dicen que sí, que han comprendido. La narrativa va de la siguiente manera: después de haber terminado su interpretación acerca de la red lanzada al mar. Cristo pregunta a sus discípulos: "¿Habéis entendido *todas estas cosas*?" Y ellos responden: "Sí, señor". La respuesta es extraordinaria. ¿Cómo podrían haber entendido *todas estas cosas*?

¿Quién puede entender *todos* los misterios del reino de los cielos, cuando es tan difícil captar siquiera un vislumbre de uno de sus significados? Y debe recordarse que a los discípulos les era difícil entender, en especial, el reino de cualquier sentido que no fuese un reino puramente literal sobre la Tierra. Esto era lo que todos esperaban. Aguardaban a un gran rey que gobernase sobre toda la Tierra y exaltase su nación hasta alcanzar un poder supremo desde donde destruyera o esclavizara a las demás naciones. Este era el sueño judío acerca del Mesías prometido. ¿Cómo podían haber entendido que el reino de los cielos era acerca de la Verdad y de la virtud interior? ¿Cómo podían haber entendido que se trataba de un cambio interior, del desarrollo del espíritu íntimo del hombre, que el hombre se capacita a sí mismo para entrar en él, en esta y en la próxima vida mediante una evolución de todo su ser psíquico, o sea por la evolución de toda su mente,

de todo su amor, de toda su voluntad, de toda su comprensión? De estos cambios es de lo que nace el hombre del reino. Esto era lo que Cristo enseñaba. Esta era la razón por la que Cristo habló que el hombre tiene que nacer de nuevo interiormente antes de que pueda ver el reino. Pero los discípulos pensaban que hablaba de un reino terrenal y que ellos, en razón de su raza, ya eran "los hombres del reino". Pensaban que Cristo iba a ser un grande y terrible rey en la Tierra, y que pronto lo demostraría. ¿Cómo podían entonces entender el significado de las primeras siete parábolas que les dio Cristo acerca de los misterios del reino? ¿Cómo podían satisfacer sus ambiciones terrenales? Sin embargo, cuando Cristo les preguntó si habían entendido "todas estas cosas", ellos respondieron: "Sí". Pero no debemos ni siquiera imaginar que Cristo les creyó.

Observemos lo que Cristo les dice inmediatamente después de haber ellos contestado de modo afirmativo:

"Por eso todo escriba docto en el reino de los cielos es semejante a un padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas." (Mat. XIII, 52.)

Con estas palabras Cristo les demuestra que ellos no comprenden. Y debido a que ellos respondieron "sí" es que Cristo comienza diciendo: "Por esto todo escriba..." Les ha enseñado por primera vez algo acerca del reino de los cielos en su significado verdadero y espiritual y ellos ya piensan que lo comprenden, así como todo el mundo piensa que puede comprender cualquier cosa una vez que se le dice. Pero todo cuanto acababan de oír acerca del reino les era completamente nuevo. No tenían nada que ver con las ambiciones terrenales. Toda la idea del reino, tal como la enseñó Cristo en estas siete parábolas, les era completamente nueva. ¿Cómo podían comprenderla? Todo estaba colocado a un nivel superior de entendimiento. No se trataba de un reino terrenal, externo, literal, no se trataba de un reino de este mundo. El reino de los cielos estaba *dentro* de ellos. Estaba *sobre* ellos, no en el sentido de que estuviese en el firmamento, sino en el sentido de un nivel superior a aquel en el que ellos se encontraban; estaba por encima del nivel de la clase de gente que ellos eran, por encima o sobre ellos mismos, como un paso en su posible y propia evolución individual. ¿Pero cómo podían comprender esto? ¿Cómo podían percatarse inmediatamente, habiéndose recién enterado, que el reino yace en la evolución interior del propio ser? Sin embargo respondieron que "sí", significando: "comprendemos". De suerte que Cristo les dijo: "*Por eso*", o sea que les dijo que debido a su respuesta y porque no habían comprendido... "Por eso todo escriba

docto en el reino de los cielos es semejante s un padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas." Tomemos nota que a los discípulos del reino, o sea a quienes están aprendiendo algo acerca de su significado, se les llama acá *padres de familia*; y, de hecho, todo aquel que recibe alguna instrucción sobre el reino de los cielos es, psicológicamente, *un padre de familia*. Si; pero también hay que tomar nota de lo que hacen los padres de familia. Como tales, mezclan lo *nuevo con lo viejo*. No comprenden esta enseñanza completamente nueva, sino que la mezclan con sus antiguas opiniones, con sus antiguas actitudes y con los pensamientos ya almacenados en su mente. La palabra traducida como "tesoro", significa, al pie de la letra, almacén o *depósito*. De estos depósitos sacan lo nuevo y lo viejo. Aquí podemos advertir cierta conexión con aquellas parábolas sobre el vino *nuevo* en odres *viejos*, o con los remiendos viejos en ropas nuevas. Con estas parábolas Cristo demostró con claridad que lo *nuevo* no podía mezclarse con lo *viejo*.

"Nadie mete remiendo de paño nuevo en vestido viejo; de otra manera el nuevo rompe y al viejo no conviene remiendo nuevo. Y nadie echa vino nuevo en cueros viejos; de otra manera el vino nuevo romperá los cueros, y el vino se derramará y los cueros se perderán. Mas el vino nuevo en cueros nuevos se ha de echar; y lo uno y lo otro se conservan. Y ninguno que bebiere del añejo quiere luego del nuevo, porque dice: «El añejo es mejor»." (Luc. V, 36-39.)

Si el hombre mezcla lo nuevo con lo viejo, lo *nuevo* pierde su poder sobre él. Las opiniones viejas, los viejos valores, los cariños y puntos de vista antiguos, todo lo apoyado en la vida de todos los días, en la tradición, en las apariencias cimentadas en la mente y que han sido producto de los sentidos, destruye la *nueva* enseñanza. Despoja de su fuerza a lo nuevo, de manera que lo nuevo no tiene ningún poder en presencia del viejo punto de vista. Por esta razón, al final del capítulo XIII de Mateo se agrega la notable historia de cómo Cristo, que representa lo *nuevo*, no tenía ningún poder sobre aquellos que eran de su propia tierra, de su propio país, y que todo lo veían a la luz de sus viejas asociaciones. Y este relato únicamente puede entenderse en los términos de los comentarios de Cristo a sus discípulos. Por este motivo es que se le da tal lugar en la narración. Aquellos entre quienes había nacido le vieron, por asociación, en la forma vieja y como al hijo de un carpintero. De modo que la narración sigue adelante tras los comentarios a sus discípulos acerca del padre de familia que mezcla lo nuevo con lo viejo:

"Y aconteció que acabando Jesús estas parábolas, pasó de allí. Y venido a su tierra, les enseñaba en la sinagoga de ellos, de tal manera que ellos estaban atónitos, y decían: «¿De dónde tiene éste esta sabiduría y estas maravillas? ¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Jacobo y José y Simón y Judas? ¿Y no están todas sus hermanas con nosotros? ¿De dónde, pues, tiene éste todas estas cosas?» Y se escandalizaban en él. Mas Jesús les dijo: «No hay profeta sin honra sino en su tierra y en su casa». Y no hizo allí muchas maravillas a causa de la incredulidad de ellos." (Mat. XIII, 53-58.)

Cosa bien clara es que Cristo, y todo lo que él representaba como lo "nuevo" se encontró con "lo viejo"; y la fuerza de lo nuevo quedó impotente. De manera que este pasaje lo podemos comprender como una ilustración de lo que Cristo ha dicho a sus discípulos; en él demuestra que *lo viejo no puede recibir lo nuevo*, y lo hace indicando que él mismo no pudo manifestar su poder entre sus antiguos amigos, entre su propia familia. Ya hemos dado una línea de significados a todo cuanto se registra en el capítulo xiii de Mateo, y hemos visto que todo encaja en un marco común de significado. Finalmente, hemos visto que la respuesta afirmativa de los discípulos, creyendo que comprendían, demuestra lo contrario, demuestra que no comprendían, y una vez que en el hombre se siembra la semilla del reino de los cielos, cambia desde el comienzo mismo y queda mezclada con las antiguas opiniones y las antiguas maneras de pensar, de suerte que la cizaña crece junto con el trigo.

Capítulo XII - Judas Iscariote

Uno de los incidentes más extraños que registran los Evangelios es la traición de Cristo por Judas Iscariote. Tal como aparece en el relato es algo inexplicable. Cristo enseñó abiertamente. Cualesquiera de las autoridades que hubiesen querido detenerle, judíos o romanos, hubiesen podido hallarlo con facilidad. Mientras más se estudia este incidente y todo aquello con él relacionado, más obvio se hace que *representa* algo, que lleva tras de sí un significado interior. Dicho en otras palabras. Judas traicionó a Cristo en un sentido muy diferente del sentido literal. Claro es que Judas simboliza una subvaloración, una mala comprensión y, finalmente, una traición a la enseñanza de Cristo. Dirigiéndose a sus discípulos, Cristo dice: "¿No he escogido yo a vosotros doce y uno de vosotros es diablo?" Se refiere a Judas Iscariote. Sin embargo, ha de notarse que Cristo *escogió* a Judas.

"¿No he escogido yo a vosotros doce y uno de vosotros es diablo?" (Juan VI, 70).

Judas le falló a Cristo, como también le falló Simón Pedro. Pero debemos comprender que la falta de Simón Pedro simboliza algo completamente distinto a la de Judas Iscariote. Pero ambos *representan* algo. Pedro negó a Cristo *tres* veces, o sea que lo negó por completo, y Cristo lo muestra representando a la Iglesia. Pero Judas no representa a la Iglesia que pasó al mundo y que siglo tras siglo luchó contra la violencia y la bestialidad del hombre en la Tierra, permitiendo que existiera la cultura. El sentido interior de una enseñanza acerca del reino de los cielos tiene que, eventualmente, perderse poco a poco en medio de las exterioridades, de los ritos, de las disputas acerca de las palabras, etc. O sea que *Cristo*, que es el significado más íntimo y más puro de la enseñanza misma, tiene que ser negado en el proceso del tiempo. Pero toda enseñanza acerca del nivel superior de la evolución del hombre va seguida de una nueva enseñanza. La enseñanza llega nuevamente. Cristo habla acerca de su segunda venida y pregunta:

"Cuando el Hijo del Hombre viniere, ¿hallará fe en la Tierra?" (Luc. XVIII, 8).

Las *tres* negaciones de Pedro y el fracaso final de la fe en la Tierra a la consumación de la época están conectadas entre sí y fueron previstas en el pasaje anterior. Pero las cosas no se juzgan

por su estado final en el tiempo. Se trata de toda la "época", o sea de la totalidad de la vida de una cosa, el día completo, no la última hora de oscuridad ni sus últimos momentos. Se estableció la Iglesia. Creció y prevaleció contra el mal. No se presenta a Pedro repudiando a Cristo, sino negándolo una vez, dos veces y una tercera vez (plenamente) y de noche, al final del día; o, mejor dicho, antes que comience un nuevo "día", cuando canta el gallo. Pero a Judas sí que se le presenta repudiando a Cristo por completo. No lo negó sino que lo rechazó. Se le presenta como a un hombre que hubiese pensado de Cristo como de un ser ordinario, pero inocente. Se registra que cuando se "arrepintió", habló de Cristo como de un ser inocente. En Mateo se muestra a Judas en su arrepentimiento, y dice así:

"Entonces Judas, el que le había entregado, viendo que era condenado, volvió arrepentido las treinta piezas de plata a los príncipes de los sacerdotes y a los ancianos. Diciendo: «Yo he pecado entregando la sangre inocente». Mas ellos dijeron: «¿Qué se nos da a nosotros? Viéraslo tú!». 'Y arrojando las piezas de plata en el templo, partióse; y fue y se ahorcó." (Mat. XXVII, 3-5.)

Acá se dice que Judas "se arrepintió". Pero el vocablo que se utiliza en el griego nada tiene que ver con el término μετανοια, que significa cambiar de manera de pensar, o sea la clase de arrepentimiento que enseñó Cristo. Quiere decir "estar preocupado". ¿Pensaba en realidad Judas que había pecado únicamente al traicionar sangre inocente, o sabía quién era Cristo? Si lo sabía, ¿cómo pudo obrar de esa manera? ¿Existía alguna razón? ¿Era necesario que alguno de los discípulos representase el repudio de Cristo por los judíos, y era necesario que desempeñase un papel tan difícil como Juan el Bautista tuvo que asumir su propio y difícil papel de heraldo? Hemos visto cómo Juan el Bautista indica que le mandaron, que le fueron dadas instrucciones. Dice:

"... el que me envió a bautizar con agua, aquél me dijo: «Sobre quien vieres descender el Espíritu y que reposa sobre él, este es el que bautiza con Espíritu Santo»" (Juan I, 33).

¿Hay alguna indicación de que a Judas también *le dijeron*, que le dieron instrucciones? Sí. Hay dos pasajes que señalan que Judas obró por órdenes del propio Cristo. En Mateo (XXVI) se registra que después que Judas le hubo besado para dar la señal de la detención, Jesús le dijo: "Amigo, ¿a qué vienes?" Y en Juan (XIII) las palabras de Jesús a Judas durante la última cena son

significativas y parecen representar una orden. Los discípulos habían pedido a Cristo que les dijese cuál de ellos iba a entregarle.

"Respondió Jesús: «Aquél es a quien yo diere el pan mojado». Y mojado el pan, diolo a Judas Iscariote, hijo de Simón. Y tras el bocado Satanás entró en él. Entonces Jesús le dice: «Lo que haces, hazlo más prestos. Mas ninguno de los que estaban a la mesa entendió a qué propósito dijo esto. Porque los unos pensaban, porque Judas tenía la bolsa, que Jesús le decía: «Compra lo que necesitamos para la fiestas, o que diese algo a los pobres. Como él pues hubo tomado el bocado, luego salió y ya era de noche.» (Juan XIII, 26-30.)

¿Qué era el pan mojado, el bocado, y qué contenía de suerte que expresamente se diga: "Y tras el bocado Satanás entró en él"? Quizá contuviese alguna sustancia que hizo posible el que Judas cumpliera con lo que se le había mandado hacer y que, de otro modo, tal vez no lo hubiese hecho. Pues Jesús con mucha claridad le dice que debe ir y obrar. Le indica: "Lo que haces, hazlo más presto". Y el relato nuevamente pone énfasis en la importancia del pan mojado, del bocado, pues agrega: "Como él pues hubo tomado el bocado, luego salió y ya era de noche". No indica que el bocado fuese la señal dada. Más bien muestra que después del bocado Judas tuvo el poder de obrar mal. Le sobrevino un cambio. Y más tarde, durante su conversación con Pilatos, Jesús le dice que no hubiese tenido ningún poder sobre él si no hubiese sido por Judas:

"Ninguna potestad tendrías contra mí si no te fuese dada de arriba; por tanto, el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene" (Juan XIX, 11).

¿Se vio Judas obligado a obrar como lo hizo? ¿Obró de modo inconsciente por la clase de hombre que era? ¿U obró conscientemente y con toda deliberación cargó sobre sí mismo con una parte, con un papel que tenía que representar? De una cosa sí podemos estar ciertos: Judas cumplía con las escrituras. Por lo menos, en este sentido representó un papel. A menudo los Evangelios dicen que ciertas cosas se hacen de la manera como se hacen a fin de que se cumplan las escrituras. Aun se registra al propio Cristo diciendo a sus discípulos

"que era necesario que se cumpliesen todas las cosas que estaban escritas sobre mí en la ley de Moisés y en los profetas y en los salmos" (Luc. XXIV, 44).

A través de todos los Evangelios se indica que Cristo actuaba con deliberación y que eligió a sus discípulos, incluyendo a Judas,

a fin de que representasen los papeles que tenían que desempeñar en el gran drama que había sido previsto y cuyos detalles habían sido arreglados minuciosamente. La primera figura que aparece en este drama es Juan el Bautista, quien ya había realizado su papel. Cristo advirtió a sus discípulos que sería crucificado. En el Evangelio de Juan se relata que cuando Andrés y Felipe le dicen que ciertos griegos han llegado a verle, él acepta esto como una señal de que ha llegado la hora, y dice:

"La hora viene en que el Hijo del Hombre ha de ser glorificado" (Juan XII, 23).

Llama a sus discípulos aparte y les advierte qué clase de muerte es la que habrá de sufrir. No trata de evitar semejante destino, sino que dice: "A este fin yo he nacido". En todos los detalles se subraya que deben cumplirse las escrituras. Cuando los soldados llegaron a prender a Jesús, éste reprendió a Pedro por tratar de detenerlos, diciendo:

"¿Acaso piensas que no puedo orar ahora a mi Padre y él me dará más de doce legiones de ángeles? ¿Cómo pues se cumplirán las escrituras, que así conviene que sea hecho? .. Mas todo esto se hace para que se cumplan las escrituras de los profetas" (Mat. XXVI, 53, 54, 56).

En este drama, conscientemente representado y cuyo cumplimiento estaba previsto. Judas Iscariote tenía que desempeñar el más difícil de todos los papeles. Consideremos en qué forma dio cumplimiento a las escrituras. Después de haber arrojado las treinta piezas de plata en el santuario y de haber ido a colgarse, se dice en Mateo:

"Y los príncipes de los sacerdotes, tomando las piezas de plata, dijeron: «No es lícito echarlas en el tesoro de los dones porque es precio de sangre». Mas habido consejo compraron con ellas el campo del alfarero, por sepultura para los extranjeros. Por lo cual fue llamado aquel campo. Campo de Sangre, hasta el día de hoy. Entonces se cumplió lo que fue dicho por el profeta Jeremías, que dijo: «Y tomaron las treinta piezas de plata, precio del apreciado, que fue apreciado por los hijos de Israel.»" (Mat. XXVII, 6-9.)

Resulta claro que Judas actuó como lo hizo en cumplimiento de las escrituras. O sea que obró como debía. ¿Pero actuó consciente o inconscientemente?

Examinemos aquella parte de las antiguas escrituras que el tenía que cumplir. No se encuentra en Jeremías, sino en Zacarías.

El profeta describe cómo el Señor le dice que alimente a cierto rebaño, o sea, en este caso, a cierta parte del pueblo judío. Para este fin tomó dos caminos, o sea que les enseñó a través de dos fuentes de poder (pues un cayado representa poder), uno de los cuales se llama Suavidad o Gracia, y el otro Ataduras (o Unión). Son el *Bien* y la *Verdad* de la enseñanza; y dice:

"Apacenté pues las ovejas de la matanza, es saber, los pobres del rebaño. Y me tomé dos cayados: al uno puse por nombre Suavidad, y al otro Ataduras; y apacenté las ovejas. E hice matar tres pastores en un mes y mi alma se angustió por ellos, y también el alma de ellos me aborreció a mí. Y dije: «No os apacentaré: la que muriere, muera; y la que se perdiere, se pierda; y las que quedaren, que cada una coma la carne de su compañera»."

Todo esto significa que esta enseñanza no fue recibida. Morir significa acá la muerte interior que ocurre cuando se pierde de vista el Bien, y el profeta continúa:

"Tomé luego mi cayado Suavidad y quebrólo, para deshacer mi pacto que concerté con todos los pueblos. Y fue deshecho en ese día y así conocieron los pobres del rebaño que miran a mí, que era la palabra de Jehová. Y díjeles: «Si os parece bien, dadme mi salario; y si no, dejadlo». Y pesaron para mi salario treinta piezas de plata. Y díjome Jehová: «Échalo al tesoro, hermoso precio con que me han apreciado». Y tomé las treinta piezas de plata y échelas en la casa de Jehová al tesorero. Quebré luego el otro mi cayado Ataduras para romper la hermandad entre Judo. e Israel." (Zac. XI, 7-14.)

La conexión obvia entre este pasaje y la tragedia de Judas estriba en el avalúo que se hizo del profeta, y el avalúo de Cristo en treinta piezas de plata. En los versículos ya citados se ve claramente una referencia a la enseñanza: La frase: "*Y díjome Jehová: «Échalo (las 30 piezas de plata) al tesoro, hermoso precio con que me han apreciado»*", tiene un significado mordaz como si dijese: "Mirad ¡qué maravilloso valor me dan!" Judas tuvo que representar todo esto, representar el fracaso de la enseñanza en el sentido interior. Tuvo que simbolizar con dinero literal la valorización de Cristo y de su enseñanza que en los versículos de Zacarías fue cumplido por quienes recibieron una enseñanza similar del profeta. Si Judas Iscariote fue un hombre malo de veras, ¿por qué los discípulos no dicen nada contra él? Había sido elegido por Cristo, y estuvo con él por un tiempo, algo así como tres años, o sea durante todo el periodo *completo* de la enseñanza

de Cristo. Esto tiene un significado histórico, pues *tres* significa siempre algo completo, algo pleno. Ninguno de los tres primeros autores del Evangelio dice nada contra Judas. Cuando durante la Última Cena Cristo anuncia que uno de ellos le entregará, ni siquiera se registra una sospecha de que pueda ser Judas. Marcos dice que uno por uno los discípulos preguntaron a Cristo: "¿Soy yo?" Y Juan dice que "entonces los discípulos mirábanse los unos a los otros, dudando de quién decía". Aun cuando Judas salió siendo ya noche, tras haber recibido el bocado y la orden de Cristo, se recalca en forma especial que

"ninguno de los que estaban a la mesa entendió a qué propósito dijo esto" (Cristo a Judas) (Juan XIII 28).

Ni tampoco hay comentario alguno por el autor de este Evangelio.

Apéndice

El hombre sin traje de bodas llega al reino de los cielos. Si; *sube* y no debiera. ¿Por qué medios sube? Aparentando en forma muy inteligente. La parábola se relata en Mateo:

"El reino de los cielos es semejante a un hombre rey que hizo bodas a su hijo y envió sus siervos para que llamasen los llamados a las bodas; mas no quisieron venir. Volvió a enviar otros siervos, diciendo: «Decid a los llamados: he aquí mi comida he aparejado, mis toros y animales engordados son muertos, y todo está prevenido: venid a las bodas». Mas ellos no se cuidaron y se fueron, uno a su labranza y otro a sus negocios; y otros tomando a sus siervos los afrentaron y los mataron. Y el rey oyendo esto se enojó; y enviando sus ejércitos destruyó a estos homicidas, puso fuego a su ciudad. Entonces dice a sus siervos: «Las bodas a la verdad están aparejadas; mas los que eran llamados no eran dignos. Id pues a las salidas de los caminos, y llamad a las bodas a cuantos hallareis». Y saliendo los siervos por los caminos, juntaron a todos los que hallaron, juntamente malos y buenos: y las bodas fueron llenas de convidados. Y entró el rey para ver los convidados, y vio ahí a un hombre no vestido de boda. Y le dijo: «Amigo, ¿cómo entraste aquí no teniendo vestido de boda?» Mas él cerró la boca. Entonces el rey dijo a los que le servían: «Atado de pies y de manos tomadle, y echadle en las tinieblas de afuera: allí será el lloro y crujir de dientes. Porque muchos son llamados, y pocos escogidos»." (Mat. XXII, 2-14.)

¿Quiénes eran los invitados? Tómese nota que fueron hallados a la salida de los caminos. Uno de ellos no tiene traje de bodas. Un hombre alcanza cierta comprensión. Comprende hasta cierto punto. ¿Va a continuar en pos de aquello que comprende? Llega a la salida de los caminos. Ha recibido intelectualmente lo que se le enseñó, porque para poder llegar a la "salida de los caminos" tiene que haber recibido cierta enseñanza. Puede haber predicado, puede haber persuadido a miles con su retórica. ¿Pero creía en su interior aquello que enseñaba exteriormente? Este hombre se encuentra sin traje de bodas y no lo lleva porque no tiene intención alguna de creer en lo que ha dicho. No cabe duda de que aparenta ser bueno, cariñoso, sufrido, paciente y caritativo. Utiliza las palabras apropiadas. Engaña a todos. Puede monear cualquiera de las virtudes. Pero interiormente no cree en nada. Todo es teatro

externo. Cuando llega a colocarse bajo la poderosa luz de quienes son mucho más conscientes que él, deja de engañar. Se advierte su falta de creencia interior. En lo interno está desnudo. Un traje de bodas significa desear la unión. La boda es la unión con aquello que está más allá de uno mismo, y no con uno mismo. Esto sólo puede venir del *Hombre Interior* en cada cual. El hombre sin traje de bodas es todo egoísmo, todo apariencia, todo reputación. Todo cuanto hace lo efectúa para sí. No ama a nadie sino a sí mismo. Pero sabe representar bien, es un buen comediante. Es un actor — υποκριτής—, un hipócrita. Exteriormente parece que cree lo que dice. Interiormente no cree nada. De suerte que en lo íntimo no tiene un traje de bodas. No quiere que su ser se una con lo que enseña: cuando llega hasta aquellos cuya visión puede penetrar las apariencias externas, se ve con claridad que no lleva traje de bodas. No tiene deseos de unirse a lo que enseña. Porque no posee ninguna bondad en sí mismo. Aun cuando enseñase la Verdad, no se unirá a ella.